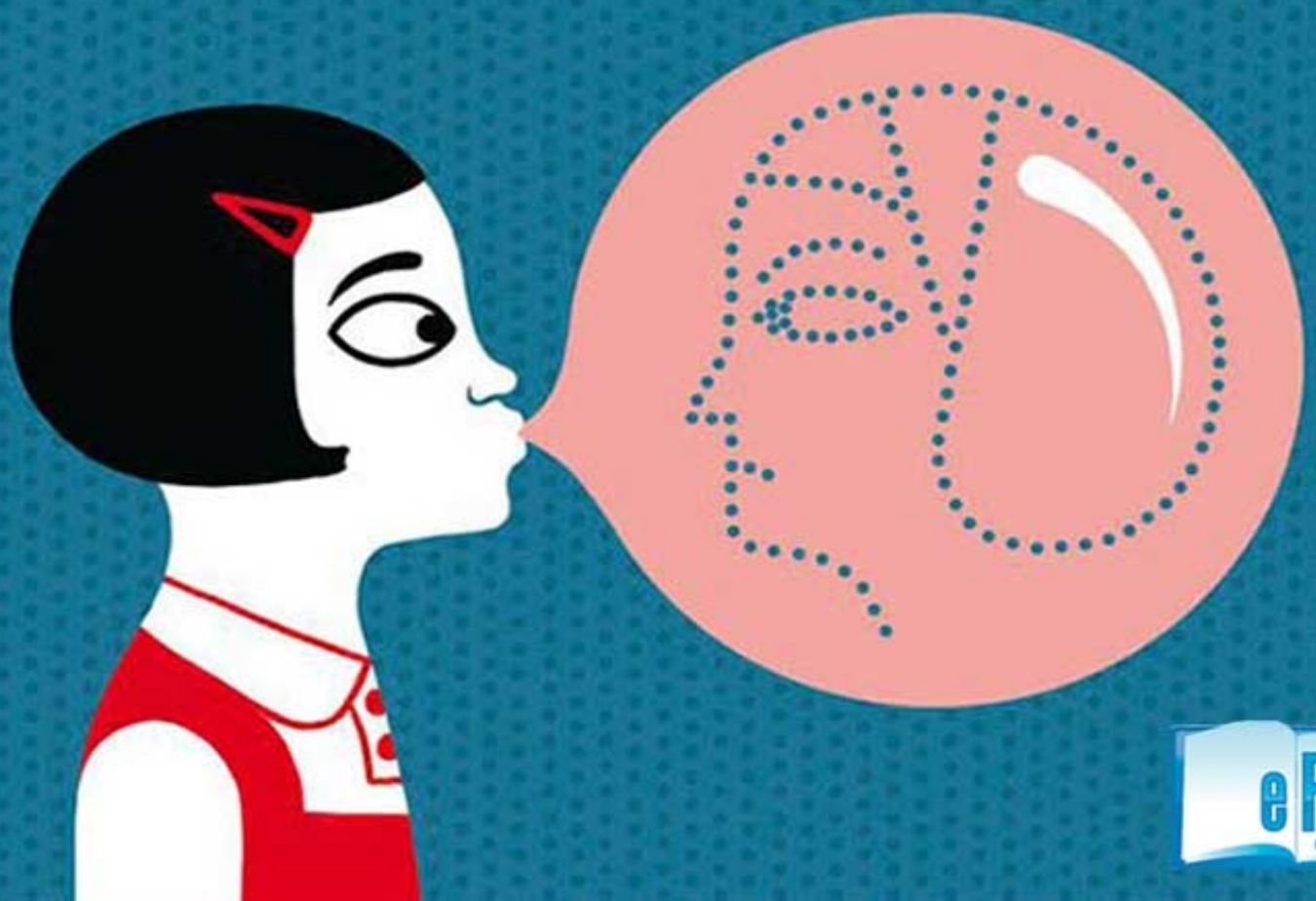


AMAYA ASCUNCE

CÓMO NO SER UNA DRAMA MAMÁ

LAS 101 FRASES DE TU MADRE
QUE JURASTE NO REPETIR



Este libro es para todos los que oyeron frases inolvidables como éstas: «Tómame el zumo rápido que se le van las vitaminas», «Te voy a lavar la boca con jabón», o «¿Te crees que soy la dueña del Banco de España?» Es para los niños con coderas y chándal de táctel que sabían que los cromos que regalaban en la puerta del cole llevaban droga y que hay que hacer dos horas de digestión para meterse en el agua. Pero también es para los que aseguran convencidos que nunca serán como su madre. Infelices.

Aquí van las 101 frases que prometiste no repetir; la opinión de algunos expertos, como Javier Urra y Rocío Ramos-Paul –la supernanny de la tele–; la contribución de cientos de lectores anónimos que contaron su versión; y la historia de la nena, la protagonista, que sabe que lo negro del plátano no está buenísimo, por mucho que lo diga su madre. Si la tuya nunca dijo estas frases, bendice tu suerte.



Amaya Ascunce

Cómo no ser una drama mamá

Las 101 frases de tu madre que juraste no repetir

ePub r1.1

Beneho 20.05.14

más libros en epubgratis.net

Título original: *Cómo no ser una drama mamá*
Amaya Ascunce, 2012
Ilustración de portada: Luci Gutiérrez
Editor digital: Banshee
Corrección de erratas: quimera
ePub base r1.0

*A mis padres, por todo, y aún me quedo corta
A Silvia, la mejor compañera en el drama
A José Manuel, por ser el principio*

Prólogo

Lo primero es lo primero: yo nunca he quemado una casa. Esto que quede claro. Ni lo he intentado ni he estado a punto de hacerlo; nunca he tenido ganas de incendiar algo. Tampoco lo he soñado y ni siquiera he hablado del tema alguna vez, algo como: «¿Te imaginas qué pasaría si quemara una casa?» No, no, no. Pero a mi madre esto no le parece motivo suficiente para dejar de repetirme que apague los fuegos cada vez que voy a salir, y eso que vivimos a 400 kilómetros de distancia. Ella me llama y dice: «Nena, apaga los fuegos cuando te vayas.» Con naturalidad, le sale de dentro, como quien tose o dice que llueve.

Con 31 años cumplidos me lo dijo y pensé: ¿por qué creará que tiene una hija pirómana? Y, sobre todo, qué le hace pensar que, si no me lo dijera, me los dejaría encendidos, ardería el edificio, me llevarían a la cárcel por imprudente y ella me tendría que llevar la comida, porque: «Nena, con lo mal que comes, como para vivir de rancho, imagínate. ¡Si se te hace bolo hasta el solomillo! Y, además, seguro que en la cárcel hay muchas corrientes y ya sabes que te coges anginas, y eso sí que no, que las anginas son muy malas y nunca se sabe. Así que acuérdate, nena, apaga los fuegos al salir de casa, por Dios.» Ahí está: una verdadera drama mamá. A borbotones, que es un poco su estilo.

Así empezó el blog, ahora convertido en libro: con una llamada cotidiana. Una más. Cuando colgué, me pregunté si cuando yo fuera madre iba a ser igual de dramática con mis hijos. También intenté averiguar cuántos de los miedos que tengo provienen de esa visión del mundo en la que, si te tragas un chicle, se te pegan las tripas o en la que los cromos que regalan a la puerta del colegio llevan droga.

Al día siguiente, empecé a escribir uno a uno los consejos que mi madre me ha ido dando a lo largo de la vida. A mí es que las listas y el regaliz negro me pierden. Me senté en una mesa con un boli —que es como se debe escribir—, y con toda esa ilusión que, desde niña, me ha hecho parecer «intensita» y algo convulsa, me salieron de golpe más de cien frases. Así, sin pensar. Primero me asusté por el peso maternal que andaba acarreado. Después de un poco de regaliz y unas cuantas uñas valoré mi posible estado mental y me propuse liberar algunas de las costumbres derivadas que todavía sufro, como mi total incapacidad para meterme en el agua si no he hecho dos horas de digestión. Mi intención inicial era analizar la situación en la que yo recibía cada consejo, las consecuencias que había tenido en mí y, por último, quería encontrar alguna excepción para poder utilizarlo con mis futuros hijos, aunque algo me decía que habría pocas. Infeliz. Si ya me lo decía mi madre: «Nena, que tú eres de creerte cualquier cosa y así no vas a llegar a ningún lado, que los pies en la tierra importan, y tú andas siempre como por encima, hazme caso que soy tu madre.» Como para no hacerle caso.

Abrí una cuenta de blogger y empecé a soltar todo lo que se me ocurría, recordaba o imaginaba. Lo bueno de internet es que hay alguien al otro lado. Consejo a consejo, descubrí que las drama mamás eran legión y que cada una tenía su propia versión del drama. Mis amigos me fueron recordando frases del pasado e, incluso, desde el otro lado del océano, me llegaron ecos de eso que debe de ser el gen de la maternidad. Porque de verdad que no entiendo que las mamás caribeñas les digan a sus hijos que no anden descalzos, que van a coger frío.

Por eso, en este libro he querido añadir los recuerdos de muchos de esos lectores como los de *Pilar casi anónima y madre con experiencia*, que me ha hecho ponerme en el otro lado; los de *Mortiziia*, que puede sobrevivir comiendo calabaza meses, los de *Drew*, que quería que su madre le comprara un caballo, los de *Queta*, que desinfecta su casa cuando su madre va de visita, los de *Víctor Zurdo*, que no sólo ha sufrido la zapatilla voladora, no: Víctor conoce el zueco volador; o los de *Pamplinero*, que limpia la casa antes de que venga la asistenta... No nos conocíamos, pero el

drama une. Así que he añadido en el libro una sección con las versiones de vuestras madres, padres, abuelas o hermanas... Muchos de estos consejos os pertenecen: gracias.

Para equilibrar un poco esta balanza en la que por un lado hablo yo y, por el otro lado, una madre exagerada por mí, pensé que algún experto podría introducir cierto criterio pedagógico a mi atrevimiento. Así que Javier Urra, que haría buenas migas con mi madre, y una simpatiquísima supernanny, Rocío Ramos-Paul, que no me quitó ningún punto a pesar de mi atrevimiento, han aportado algo de racionalidad a esta historia. Fue complicado hacerles las preguntas tipo: ¿qué piensa usted sobre eso de que lo negro del plátano está buenísimo? Pero, oye, me contestaron. Probablemente pensaron que estaba bajo medicación. También busqué aquí y allá algunas opiniones al respecto en libros gordísimos que me han quitado las ganas de tener hijos ¡Padres! ¡Sois unos valientes! Así que detrás de algunos consejos, pongo la matización de los expertos, no vaya a ser que a algún imprudente le dé por tomarme en serio. Y ya os adelanto algo: a la supernanny, su madre le sigue diciendo que se ponga recta...

Futuros drama mamás y papás, en este tiempo leyendo y escribiendo sobre la maternidad que no ejerzo he llegado a varias conclusiones (pocas, cierto es), por si os sirven, aunque lo dudo:

—Estamos jodidos. Sí. Dejad de pensar eso de: «Yo nunca seré como mi madre.» Todos los que me escriben aseguran que han repetido las frases que siempre creyeron que nunca dirían. Tiempo al tiempo. No vayáis de chulitos, que va a ser peor. Yo tengo claro que me acabaré tragando mis propias palabras. Exactamente las 89.914 del libro.

—Segunda consecuencia: La modernidad lo complica todo, un poco más si cabía. Las redes sociales sirven para que, vía Messenger, tu madre te mande a dormir a la cama pronto, también a los 40 años. No abuséis con vuestros hijos, tened misericordia...

—Increíblemente, a miles de niños les gustaban las vainas.^[1] Yo no me lo creía. Cruzad los dedos para que sean vuestros hijos. Si no, un secreto: con mucha mayonesa y bien de pan, las judías entran, doy fe.

—Los campamentos de verano curten. Si os ha tocado un niño blando, pensáoslo. No os lo perdonará y lo mismo se abre un blog para meterse con vosotros.

—Muchos niños no duermen pensando que se les van a pegar las tripas por un chicle. Eso es cruel. Muchos adultos lo siguen pensando. Eso es raro.

—La muerte como amenaza es demasiado. Es mejor asustarle con el coco, hacedme caso. A los niños nihilistas les cuesta hacer amigos.

—Nadie recuerda con cariño las coderas ni los pasamontañas; una vez más, pido piedad con los vástagos. Los abrigo tres tallas grandes tampoco favorecen.

—Disfrazar a una niña de basura es acabar con su vida social. Las hadas y princesas están bien. Es mejor ser cursi que marginal. Palabrita.

—Las drama mamás tienden a convertirse en abuelas consentidoras. Sentiréis la más profunda de las envidias cuando malcríen a vuestros hijos mientras os regañan por ir mal peinadas.

—Y, por último, no hay nada en la vida de lo que no te debas reír, ni siquiera de tu madre.

Algunos (incluido un psicoanalista al que le di una pena horrible, horrible) me escribieron compadeciéndome, diciendo que el trauma queda, que los niños deben crecer en la ternura y la seguridad... Ésos no han entendido nada. Con los miles de comentarios que he recibido, lo que me ha quedado en las manos es mi más sincero homenaje a los drama mamás y papás (que *haberlos haylos*). A su entrega, a su cariño, a sus ganas de hacerlo bien, a sus miedos, a sus excesos en nuestra alimentación, a su esfuerzo en que estuviéramos abrigados, en que fuéramos gente de bien, gente que sabe querer y decir gracias y perdón cuando hace falta. Que no creáis

que hay tanta.

Yo, a estas alturas, ya no pretendo librarme de ese gen dramático. Casi con seguridad, si tengo hijos, acabaré gritándoles: «Algo habrás hecho tú.» Y probablemente lo haga con orgullo recordando a mi madre y sus brazos en jarras. A mi abuela Aurora, que creía que la comida te curaba de todo. También a la madre de *Valentina*, mi amiga Cristina, a la que no le gustaban los pantalones que te hacían culo de pollo y no le importaba proclamarlo en medio de una tienda. A mis tías, Carmen y Paqui, con su eterno consejo de que cuando conduzca «coja las curvas rectico». A la madre de Maite y su terror a que se secase el pelo descalza para no morir electrocutada. A la madre de mi otra Cristina, una de esas personas capaces de ver que los interruptores de la luz están sucios. Y, por supuesto, a mi no drama papá y su ausencia total de consejos: «¿Que la nena fuma? Déjala, que se fastidie.»

Por último, dos recomendaciones para leer el libro: tened en cuenta lo que dice mi madre: «Nena, que tú eres muy exagerada, que ves una paloma y ya andas diciendo que es un flamenco» y, sobre todo, no vayáis a pensar que sé de lo que estoy hablando. Sólo me lo estaba pasando bien.

CAPÍTULO 1

No te asomes a las ventanas

Este consejo es hereditario en mi familia. Mi abuela se lo decía a mi madre, mi madre me lo decía a mí. Yo no quiero decírselo nunca a mis hijos.

En qué situación lo utilizaban:

Cualquiera: si te mudabas a una nueva casa, fuera un primero o un décimo; si ibas a visitar a un amigo, aunque viviera en un chalet; si ibas de viaje, aunque fueras de camping; cuando te despedías al teléfono, por si acaso.

Cuáles eran los motivos:

—«La cabeza pesa mucho más de lo que piensas. Si te asomas a una ventana, te puede vencer el peso.»

—«Una vecina de tu tía Juani se mató limpiando los cristales. Pobrecita, con dos hijos que tenía, y lo limpia que era. Por eso se mató, por limpia.»

—«Se ve lo mismo a 10 centímetros del cristal, que sacando la cabeza por él.»

Consecuencias en mi hermana y en mí:

Cuando nos despedimos durante un tiempo o nos vamos de viaje, en vez de decir «cuídate» o «pásalo bien», decimos: «Y no te asomes a las ventanas.»

Excepciones para utilizarlo con mis posibles futuros hijos:

En caso de tornado, huracán, tsunami, plaga de langostas y juicio final.

Versiones:

Betzabe también recibió este consejo con dos justificaciones: Explicación 1: «No te asomes a la ventana, mira que el que busca encuentra, dice la Biblia, y puedes encontrarte con lo que no andas buscando...” Yo aquí pensaba en un fantasma de inmediato y ni loca me asomo a una ventana de noche».

Explicación 2: «No te asomes a la ventana, mira que así es como las cabezas encuentran las balas perdidas y luego dicen: “¡Ay, pobrecita! La mató una bala perdida en su propia casa.”»

La opinión del experto:

«A veces a los niños hay que asustarles con los riesgos, aunque no siempre van a comprenderlo. Decirle a un niño que no meta los dedos en un enchufe no implica explicarle lo que es el sistema eléctrico, pero hay que advertirle que no debe cruzar un semáforo en rojo. A los niños se les vacuna; no siempre les gusta, pero es necesario. Ésa es la responsabilidad de los adultos.» *Javier Urra*

Empezamos mal con los expertos, ya os voy advirtiendo que no están de nuestra parte. Van con el otro equipo.

CAPÍTULO 2

Si duermes con el pelo mojado, te puede dar un aire

¿Qué es un aire? Todavía vivo aterrada de que me dé uno. De pequeña, imaginaba que era una especie de ataque que me iba a paralizar la cara. Miles de veces me he dormido con el pelo mojado y los dedos cruzados.

Me he metido en Google para intentar saber si es cierto. Normalmente, busques lo que busques, siempre encuentras un millón de resultados. Lo único que he encontrado son las preguntas en los foros de miles de niñas traumatizadas que han recibido el mismo consejo.

Una amable doctora dice: «Lo que hace que los niños enfermen son los virus y las bacterias, no el hecho de que se acuesten con el cabello mojado.» Gracias, doctora.

En cuanto a lo del aire, no he sido capaz de encontrar nada. ¿Alguien sabe qué es?

Cuándo lo utilizaba mi madre:

Preferiblemente en época estival. Siempre que me iba de vacaciones, de excursión o a pasar la noche en casa de una amiga.

Consecuencias en la mente de un niño:

Terror a los aires, aunque sin certeza de qué narices son. Es decir, miedo a que te pase algo terrible que ni siquiera sabes qué es.

No hay excepción para utilizar este consejo:

Lo ha dicho la amable doctora.

Versiones:

«Yo también tengo miedo a los aires, y cuando hago muecas ni te cuento. “No hagas eso, a ver si te da un aire y se te queda la cara así para siempre...”» *Queta*

«La mía llega más allá: “Hija, si te duermes con el pelo mojado cuando tienes la regla, la siguiente vez que te venga tendrás una hemorragia tremenda y lo pasarás fatal.”» *Anónimo*

CAPÍTULO 3

Quando seas madre comerás huevos

Este consejo muchas veces venía combinado con el siempre socorrido «porque lo digo yo», que él solito se merece un capítulo completo.

Cuándo lo utilizaba:

Básicamente cuando yo le decía: «¿Por qué tú puedes salir un martes por la noche y yo no? ¿Por qué tú puedes fumar y yo no? ¿Por qué tú puedes maquillarte y yo no?»

Consecuencias del consejo:

A mí no me gustaban los huevos, así que las consecuencias de este consejo han sido mínimas, dejando a un lado la pataleta por no poder hacer lo que me daba la gana.

Excepción para utilizarlo:

No se me ocurre. Fumé, salí los martes y me maquillé. Eso sí, todo a escondidas.

Versiones:

«¿Cómo puede uno desarrollarse como ser humano sin haber pasado por esa frasecita? ¡Forma parte de la existencia! Es como un complemento cromosómico, pero vacío de contenido biológico y limitado a lo educacional. Durante mucho tiempo me pregunté qué tenían de malo los huevos; estaría encantada de tener hijos si gracias a eso me asegurasen el plato de comida. Lo que tiene nacer pobre: hasta estas cosas se valoran de niño.» *Marta*

«Mi madre decía: “Comerás huevos duros.” Y yo le contestaba: “Pues ya me los como y no soy madre.” “Niña, ¡no contestes a tu madre! Harás lo que quieras cuando seas madre.” ¡Qué broncas!» *Tinta por un tubo*

CAPÍTULO 4

Retírate el pelo de la cara

Tengo 33 años y, a día de hoy, me retiro el pelo de la cara cuando quedo con mi madre para no tener que oírla. Lo reconozco, no tengo dignidad.

Cuándo utiliza el consejo:

Siempre. Siempre quiere decir siempre:

—Cuando llevo el pelo suelto me dice: «Con lo guapa que estás con la cara despejada. ¿Es que te quieres ver fea? No sé qué tienes que esconder. Te crearás moderna. Además, tienes pinta de sucia.»

—Cuando llevo el pelo recogido: «Con lo guapa que estás así. Si me hicieras caso, algo mejor te iría. Con la pinta de sucia que tienes cuando lo llevas suelto...»

Consecuencias:

No puedo llevar el pelo suelto si la voy a ver. No tengo fuerzas para soportarlo. Mi hermana, que está en plan rebelde, se ha puesto flequillo. Después de unos meses, ha decidido llevar una horquilla en el bolsillo. Tiene 29 años.

Excepciones para utilizarlo con mis hijos:

Si estamos andando por un precipicio estrecho y el pelo les impide ver el camino. Punto. Hijos, ¡llevad el pelo como queráis! Corto, largo, rizado, azul... No importa. Hay miles de cosas en la vida más importantes. No pienso perder mis fuerzas en eso.

Versiones:

«Yo no llevo nunca pendientes, pero cuando quedo con mi madre, pendientes en el monedero para ponérmelos antes de verla, porque “hija mía, una mujer sin pendientes es como un burro sin dientes.”» *Anónimo*

«Mi abuela me decía: “Péinate esas greñas, que te van a comer la cara”, lo cual no quiere decir que fuera despeinada, sólo que no lo llevaba recogido.» *Vero*

La opinión del experto:

«Aunque tengas 33 años, las madres lo son toda la vida y con eso se ganan el derecho a decirte todo lo que les parezca que puede mejorarte ¡durante toda la vida!» *Rocío Ramos-Paul*

Que sepas, supernanny, que después de esta frase te quito un punto, y no te mando a pensar a un rincón porque no nos tenemos confianza, pero dame tiempo...

CAPÍTULO 5

Cierra la puerta al salir de casa

Cuándo lo utiliza:

Ayer. Hablando por teléfono le conté que había quedado con unas amigas y del tirón me dijo: «Pues cierra la puerta cuando te vayas.»

Pequeñas aclaraciones: no vivo con ella. Ni siquiera vivimos en la misma ciudad. Nunca me he dejado la puerta abierta de casa, ni las llaves puestas por dentro.

Consecuencias:

Nunca se me ha olvidado cerrar la puerta. No sé si por su consejo o porque TODO EL MUNDO CIERRA LA DICHOSA PUERTA CUANDO SALE DE CASA. No es que yo vea la puerta y piense: «Voy a cerrarla, que me lo ha dicho mi madre.» No, no es eso. Tiene que ver con el hecho de que las puertas de las casas sólo se abren para entrar y para salir, el resto del tiempo están cerradas. Yo creo que sólo por observación, hasta un mono la cerraría.

Excepciones para utilizarlo:

Hasta que mis hijos tengan 10 años si su cociente de inteligencia es normal. Puede que antes si son listos.

Versiones:

«Yo necesito una terapia laaaarrgggaaa para poder superar lo de la puerta. Me moriré yo antes que la obsesión de la puerta que queda mal cerrada. Ya te digo.»

Treinta Abriles

«En mi caso, además de cerrar la puerta, ¡había que apagar el gas! A veces me pregunto cómo hemos sobrevivido.» *Yapalf*

CAPÍTULO 6

Los interruptores de la luz también se limpian

Pues sí, yo no lo sabía, y hasta el momento en que mi madre me dio ese consejo, jamás había necesitado limpiarlos. O puede que alguna vez, de manera inconsciente, les hubiera pasado un paño. Pero no me levantaba un día y pensaba: «Hoy me toca limpiar los interruptores.» Ni paseaba por mi casa y pensaba: «Por Dios, tengo que limpiar ese interruptor, está asqueroso.» Vivía más feliz.

Cuándo lo utilizaba:

La primera vez que vino a mi casa. Yo llevaba cuatro días limpiando cada rincón, y luego volviéndolo a limpiar por si acaso, para superar la prueba de Don Limpio de mi madre. Echó un ojo por encima de los muebles, el salón, pasó el dedo por las estanterías... Yo estaba pletórica. Lo había conseguido, no había ni un poquito de polvo. Entonces, de soslayo, dijo: «Los interruptores de la luz también se limpian.» Y me vine abajo.

Consecuencias del consejo:

Sufro. Sufro cuando va a venir a mi casa por si hay algún objeto en el que yo jamás haya reparado. Sufro limpiando como una loca y, sobre todo, sufro cuando veo un interruptor sucio. Antes no sufría, y de eso se trata. No es cuestión de limpiar todo, sino de que no te molesten esas pequeñas suciedades.

Excepciones para usar este consejo:

No lo sé. Si los interruptores de casa de mis hijos están negros y se te pegan los dedos... creo que no podré contenerme. Es culpa de mi madre: si no me hubiera dicho que hay que limpiarlos...

Variante del consejo:

La segunda vez que vino a mi casa los interruptores estaban impolutos. Así que, de soslayo, dijo: «Entre las ranuras del radiador también se limpia.» Sí, mamá, también.

Versiones:

«Pues mi madre no es la reina de la limpieza; de hecho, en ocasiones deja que desear, pero lo de los interruptores sí que lo hace. Yo ya no puedo ir a ningún sitio sin fijarme en ellos. Incluso los he limpiado a escondidas en casa de algún amigo... Me da vergüenza, pero no lo puedo evitar.» *Alejandra*

CAPÍTULO 7

Llega una edad, nena, en la que tienes que elegir entre culo o cara

Este consejo me horroriza especialmente. Mi madre, que me quiere mucho, eso es verdad, me traumatizó con él. Me hizo sentirme vieja con 17 años. Además, a mí elegir siempre me ha frustrado, porque inevitablemente pienso que he escogido la peor opción.

Qué quiere decir:

Que llega un momento en el que o tienes buena cara (sin arrugas) o un culo pequeño. Las dos cosas no se puede.

Cuándo lo utiliza:

En cuanto me ve adelgazar me dice que ya tengo edad de elegir la cara. Ella es así: optimista, positiva... Te levanta el ánimo enseguida, tiene un don.

Consecuencias del consejo:

Inevitablemente, el culo pequeño me hace sentirme vieja. Y frustrada.

Excepción para utilizarlo con mis hijos:

Espero que nunca. Intentaré explicarles eso de que la belleza está en el interior. Sí, lo sé, lo tengo difícil.

Versiones:

«Mi madre nunca lo ha usado, pero yo... bueno, bueno, es mi favorito para decírselo a mis amigas, que me odian profundamente.» *Lula*

CAPÍTULO 8

Por si acaso, nena, por si acaso

Mi vida está llena de por si acasos. En mi bolso, suelo llevar unos cinco o seis. En mi casa, tengo cientos. El maletero de mi coche podría salvar la vida a una familia en caso de desastre natural. Gracias al consejo de mi madre, siempre tengo un plan B, y viajo con herramientas y bragas extra. Ni siquiera fumo como la gente normal: yo tengo tabaco «por si acaso» (negro o de liar, por si acaso se me acaba el mío), mecheros escondidos, incluso cerillas, por si acaso no encuentro los mecheros. Una vez tuve un novio por si acaso. No me juzguéis. Es algo educacional.

Cuándo utiliza el consejo:

Siempre. Constantemente, y varias veces en cada llamada de teléfono, y me llama todos los días. Están los típicos:

—Coge una chaqueta por si acaso refresca.

—Coge el paraguas por si acaso llueve.

Luego los de segundo grado, ligeramente aterradores:

—Ve siempre depilada, por si acaso tienes un accidente.

—Lleva el dinero pegado al cuerpo, por si acaso te atracan.

Y luego están los que sólo mi madre te puede dar:

—No invites a dormir a nadie a casa, por si acaso están metidos en drogas.

El mundo es un lugar terriblemente amenazador para mi madre, y con ciertas conexiones que jamás llegaré a entender.

Consecuencias del consejo:

Lo dicho, tengo una vida llena de por si acasos y planes B. También tuvo consecuencias en aquel pobre novio.

Excepciones para utilizarlo:

¡Ay!, va a ser difícil no usarlo. Pero realmente me gustaría no cargar a mis hijos con todos esos miedos y esas bragas de más.

Versiones:

«Mi madre llevaba en el bolso hasta un destornillador “por si acaso”, y el caso es que la he visto utilizarlo. Ni que decir tiene lo que pesa el bolso de mi madre.» *Yadil*

CAPÍTULO 9

Si te toca lo puesto, te guardas algo para un café. Así no serás ludópata

En fin, ¿por dónde empezar? Lo primero: es un consejo raro, muy raro. En toda su pedagogía, que os aseguro que es mucha, ella no intenta que aprenda a ahorrar. Lo que le da miedo es que sea ludópata. Así es mi madre, llenita de miedos. Lo segundo: me lo dijo antes de ayer, y antes de ayer yo tenía 33 años. La típica edad en la que necesitas un consejo pedagógico sobre ludopatía.

Tercero, y que quede claro: jamás he tenido ningún problema con el juego, las apuestas ni el bingo.

Cuándo lo utilizó:

Reproduzco la conversación telefónica literalmente. En serio, es literal:

—¿Qué tal en el trabajo? —dice ella.

—Mal, pero como me va a tocar la primitiva mañana, estoy tranquila. —Ésta soy yo.

—¡Uy! Sí, tú siempre con tus cosas.

—No, en serio, me va a tocar, mamá: llevo un mes que me toca lo puesto y vuelvo a jugarlo...

Aquí me corta. Allá vamos:

—Nena, si te toca lo puesto, te guardas algo para un café, así no serás ludópata. Si te lo gastas todo... malo, malo.

Yo bloqueada, asimilando.

—Nena, ¿nena? ¿Me oyes? Se ha cortado. ¿Nena?

—Estoy aquí, mamá. —Asimilando.

—¿Me has oído? Que no lo gastes todo.

—¡Pero si me han tocado cuatro euros!

—Pues te guardas dos. Así son las cosas.

—Mamá, te tengo que dejar, me llaman al telefonillo.

—Mucho te llaman a ti. Bueno, cuídate y no salgas demasiado.

Consecuencias del consejo:

Me ha quitado la fe. Ya no creo que me vaya a tocar la primitiva.

Excepciones para utilizarlo con mis hijos:

Por Dios: nunca.

Versiones:

¿En serio pensáis que alguien puede tener una versión para este consejo?

CAPÍTULO 10

Como tenga que ir yo...

¡Ay!, este consejo de mi madre me produce nostalgia. Básicamente era un consejo muy, muy práctico, porque si ella venía... Os podéis imaginar.

Cuándo lo utilizaba:

Constantemente:

—Si oía que mi hermana y yo nos peleábamos.

—Si oía bullicio.

—Si no nos oía.

—Si nos había mandado a por algo y no volvíamos.

—Y, sobre todo, si nos llamaba a comer. Después de diez gritos, lo siguiente era eso de: «Como tenga que ir yo...» Mira, era oírlo y como si un resorte nos pusiera de pie, en guardia, todos los sentidos alerta, y nos impulsara a obedecer. Vamos, lo que viene siendo puro miedo.

Consecuencias del consejo:

Nada graves. Cierta nostalgia de que ya no venga con tanta frecuencia. Aunque a veces viene incluso con 33 años.

Excepciones para utilizarlo:

Cuando me dé la gana. Me gusta este consejo. Es más, estoy deseando tener hijos para decirlo, porque como yo vaya...

Variante del consejo:

No era una frase, era la zapatilla con efecto. Estabas tan tranquila, peleando con tu hermana, un par de tortas, un pellizco, un poquito de *pressing catch*, lo típico... Y sin saber cómo, ni de dónde, aparecía la zapatilla voladora, con esa suela de goma que picaba cosa mala. Afortunados aquellos cuya madre era alta y no utilizaba cuña en las zapatillas de andar por casa, porque era terrible. Incluso si conseguías escapar por el pasillo y te creías a salvo (infeliz), la zapatilla giraba contigo. Sólo las madres saben lanzar zapatillas con efecto.

Versiones:

«La variante de mi madre era en catalán: “Si vaig jo allà!”, es decir: “Si voy yo ahí...” La opción de la zapatilla a veces se relevaba con el sonido de la correa de mi padre mientras se la quitaba, y ¡mano de santo! A la primera hacíamos lo que querían.»

Anónimo

«Mi madre usaba zuecos, de los de madera. Eso sí que pica.» *Víctor Zurdo*

CAPÍTULO 11

Si te bebes la leche de alguien, qué menos que tener un detalle

Mi madre formula los consejos de manera que no te queda escapatoria. Una madre normal diría: «Si te alojas en casa de alguien, deberías tener un detalle.» Ya está, es un buen consejo, te queda claro y, si quieres, pues le compras una caja de pastas. Pero mi madre, ante el miedo de que no le hagas caso, le da una vuelta. Te hace sentir culpable, porque no es que duermas gratis en casa de otra persona, es que encima te bebes su leche. Tú ya te sientes como una invasora que acaba con las existencias de tu anfitrión: ¿cómo no le vas a comprar algo? Pero si le debes la vida, ¡la vida!

Cuándo lo utiliza:

Podría parecer que sólo cuando alguien te aloja en su casa, pero no, es una gran metáfora. Sirve si alguien te presta algo, si te hacen un favor, si te ayudan con algo...

Consecuencias del consejo:

Soy incapaz de beberme la leche de nadie. Si me quedo a dormir en casa ajena, siento que es su bien máspreciado, así que siempre desayuno en la calle. Y en mi casa siempre tengo leche para las visitas, pero de manera industrial, por si andan pensando en bebérsela toda.

Además, si me alojo en una casa que no es la mía, me siento obligada a hacer un buen regalo; vamos, que me suele salir más barato irme a un hotel.

Excepción para utilizar el consejo:

No sé, así formulado, creo que nunca. Pero me gustaría que mis hijos fueran conscientes de lo importantes que son los detalles y de cuánto definen a quien los hace. Tendré que buscar mi propio consejo que no les cueste un remordimiento más, que ya trae la vida demasiados.

Versiones:

«Mi madre decía: “Es de bien nacidos ser agradecidos”, y la verdad es que funcionó. Somos de los pocos de la pandilla de amigos que, si nos invitan a cenar, a ver una peli en casa o lo que sea, llevamos la cerveza, la botella de vino, la caja de bombones... Algo, siempre algo.» *Cattys*

No tienen las temidas consecuencias anunciadas por tu madre. Además, cuando se abusa de la amenaza, ésta deja de tener efecto, esto es: “Que sí, mamá, que sí, que ya sé que se me va a pegar el chicle a las tripas...”» Vamos, que, por una vez, la supernanny Rocío Ramos-Paul está de mi parte. Queda claro.

CAPÍTULO 13

Échate un novio pudiente, creyente y sin pendiente

Así tal cual.

Pequeña explicación del consejo:

Pudiente: que tenga pasta; no hace falta que sea millonario, pero que no pase miserias. Su explicación: «Nena, eso de “contigo pan y cebolla” es mentira. Si es “contigo pata negra y buen vino”, mucho mejor. Más fácil. No quiere decir que vaya a funcionar, pero será más fácil. ¿Tú dónde crees que discuten más las parejas, de camping o en un hotel de cinco estrellas? Pues eso, si puedes, que sea pudiente. Todos viviremos más tranquilos. Yo también.» Siempre que me dice estas cosas me deja sin palabras. Cuando yo tenía 16 años, con todo mi espíritu romántico, le contestaba: «Mamá, el amor no se elige, el amor sobrevive a todas las penurias; en el amor no importa el dinero.» Ahora me callo, primero por cansancio y segundo porque verdaderamente discutes menos en un cinco estrellas. Así es la vida.

Creyente: en fin. Esta parte del consejo es la que ha perdido más fuerza con los años. Con que crea en algo: la bondad, las caras de Bélmez o los yogures bio, de momento le vale. También le sirven los kiwis. Mi madre cree en los kiwis con una fe ciega.

Sin pendiente: mejor que hable ella: «Uy, uy, uy, uy, los modernos esos... Se crearán modernos por llevar pendiente. Uy, uy, uy, uy... No traigas uno de éstos, no, no, no. ¿Me has oído? Que a veces creo que no me oyes, y luego pasa lo que pasa. Ésos no pueden estar bien de la cabeza. ¡Un pendiente! ¡En un hombre! Lo que me quedará por ver... Quieren ser taaannn originales, taaaaan diferentes. Nena, tú uno normal, normal, normal. ¿Me oyes?» La nena ha oído, por eso se queda ojiplática.

Consecuencias del consejo:

Agotadoras discusiones en la adolescencia, tipo:

—Yo saldré con quien me dé la gana. El amor está por encima de todo; si el papá se hiciera un pendiente ¿le dejarías de querer? —Ésta soy yo con 16 años, ligeramente deprimida, sensible y explosiva a partes iguales.

—¿Tu padre? Anda, nena, ¡tu padre, un pendiente! Es que tienes unas cosas. Tu padre no es de éstos, es de los de verdad. —Ésta es mi madre, simplemente explosiva a cualquier edad.

Segunda consecuencia: novios aterrorizados cada vez que les presentaba a mis padres.

Tercera consecuencia en mi madre: frustración. Sólo un novio mío no llevaba pendiente.

Excepción para utilizar el consejo:

Nunca. Futuros hijos míos: que os quieran y que os quieran bien, que os hagan reír a carcajadas, que se os erice la piel cuando andáis cerca, que os dejen espacio, que os sigan de cerca, que crean en vosotros por encima de todas las cosas (incluso de los kiwis) y, sobre todo, que sepáis que en la vida hay pocas cosas de las que uno no pueda reírse. Muy pocas.

Versiones:

«“Hija, el novio siempre limpín y fresquín.” Lo que quería decir: sin greñas, tatoos, pantalones caídos, etc.» *Cris Mitre*

CAPÍTULO 14

Tómate el zumo rápido que se le van las vitaminas

Si te pasas por cualquier cafetería de España por la mañana, lo notas. Más de la mitad de la gente que está en la barra ha recibido este consejo de su madre. Se percibe en la tensión, los reflejos... Ahí estamos, y según se acerca el camarero con el zumo de naranja en la mano, nos lanzamos como locos a bebérselo, que se le van las vitaminas. De un trago. No pienses en nada: es cuestión de vida o muerte. De la fuente de la eterna juventud a un líquido naranja.

Cuándo utilizaba el consejo:

Por las mañanas te asaltaba con el zumo en mitad del pasillo: «Corre, nena, de un trago, que si no, no sirve para nada. Corre, nena, que se le van las vitaminas. Deja lo de respirar para luego, el zumo, nena, el zumo es lo importante.»

Consecuencias del consejo:

A mí, tomarme un zumo de naranja me asfixia. Me provoca estrés. Siempre tengo la sensación de que me estoy perdiendo lo mejor. ¿Y si el camarero ha tardado en dármelo? Ya no tendrá ni una miserable vitamina, ni una. ¿Para qué entonces? La vida no tiene sentido.

Además, en ayunas y de un solo trago me provoca acidez. Consecuencia principal: no disfruto del zumo. Ni un poquito. Al contrario, me frustra y también tiende a indigestarme. Encima estoy esclavizada. En el bar donde desayuno todos los días el zumo es gratis. Te lo dan con el café y las tostadas. Y entonces, me asalta otro consejo de mi madre: «Nena, si es gratis, tú lo coges, luego ya veremos qué hacemos con eso.» Pues eso hacemos, mamá, indigestarnos.

Excepciones para utilizarlo:

Nunca. Futuros hijos míos: disfrutad del zumo de naranja despacito. De ese color que parece de juguete y del dulzor que sabe a un azúcar auténtico, como si todos los demás lo anduvieran imitando. Saboreadlo y empezad el día sin estrés, que bastante os espera por delante. Ya conseguiremos las vitaminas de otro lado, vitaminas más relajadas.

Versiones:

«Una excepción: mi madre me sigue asaltando con el zumo de naranja los domingos por la mañana con una resaca del tres, y es el único momento en el que beberlo de un trago me sienta de miedo, tal vez por lo reseca que me he quedado durante la noche.» *Maitetxu*

«Mis consecuencias han sido las siguientes: jamás pido zumo en un bar cuando veo que tienen una jarrita de esas ya preparadas, y jamás pido sólo zumo para estar en una cafetería, porque me lo bebo de un trago y se acaba la excusa para ocupar la mesa.»
Anónimo

CAPÍTULO 15

Algo habrás hecho tú

Yo cuando veo una noticia de «Padre va al cole y pega al profesor de su hijo», a mí me parece ciencia ficción. Nunca. Y digo nunca sabiendo exactamente qué significa: en ningún tiempo, ninguna vez, *never, never*. No vayáis a pensar que lo digo porque queda bien, porque es contundente o retórico. No, no. Cuando digo nunca, es que mi madre nunca me dio la razón frente a ningún profesor, compañero, amigo, primo, monja, cura, monitor de gimnasia o incluso un extraño que pasaba por mi lado en la calle y con el que tuve algún encontronazo. Nunca.

Consecuencias en la infancia:

- Mamá, me han castigado en el colegio porque dicen que he copiado, y yo no era.
- Algo habrás hecho tú.
- Mamá, un señor me ha robado la pelota en la calle.
- Algo habrás hecho tú.
- Mamá, Pablito me ha roto las palas de un balonazo.
- Algo habrás hecho tú.
- Mamá, que dice la señorita Charo que estoy castigada por escaparme del grupo en la excursión del martes.
- Algo habrás hecho tú.
- Mamá, ¡pero si yo no fui a la excursión!
- A mí no me rechistes, nena. Me vas a matar de un disgusto. Un día me matas de un disgusto.

Me pasé la infancia sintiendo que era yo contra todo el mundo.

Consecuencias en la adolescencia:

- Mamá, Pablo ha roto conmigo.
 - Algo habrás hecho tú.
 - Mamá, pero si se ha liado con Martita.
 - Algo habrás hecho tú.
 - Pues le he partido las palas.
 - Me vas a matar de un disgusto. Un día me matas de un disgusto.
- Después de una infancia de «sola contra el mundo», había aprendido a defenderme.

Consecuencias en la treintena:

- Mamá, han hecho un ERE en mi empresa y nos echan a noventa a la calle.
 - Algo habrás hecho tú.
- Cada vez que pasa algo en 20 kilómetros a la redonda: una inundación, un terremoto, una riada, un accidente, una crisis económica mundial, me pregunto: «¿Habré sido yo?»

Excepciones para utilizar esta frase con mis futuros hijos:

Es fácil. Cuando hayan hecho algo. No cuando me lo imagine, lo crea, lo intuya, me lo invente, lo necesite o esté casi segura. No, no. Sólo cuando realmente hayan hecho algo mal.

Versiones:

«No lo olvidaré en mi vida. Llego con 8 años indignada a mi casa, preparando mi intervención ante el defensor del menor, y pienso: esa monja se va a cagar. “Mamá, la hermana María me ha pegado dos veces con el borrador en la cabeza. Tienes que hacer algo.” ¿Su respuesta? “Qué raro que no le haya hecho falta una tercera.” Entonces lloraba, ahora no paro de reírme. No sé si es porque no he tenido otra o porque me he acostumbrado, pero, a día de hoy, no la cambiaba.» *Valentina*, mi amiga Cristina

La opinión del experto:

No conviene reprender a un niño «cuando exista una duda considerable sobre quién ha hecho qué a quién. Casi todos los niños pequeños son bastante transparentes, y enseguida sabrás cuál ha sido la parte culpable en una disputa sucedida en tu ausencia. Pero si castigas a un niño repetidas veces por algo que no ha hecho tendrá todo el derecho del mundo a sentirse perseguido y empezará a mentir». Jo Frost. (*Supernanny. Consejos prácticos y sensatos para educar a tus hijos.*)

Repito: TODO EL DERECHO DEL MUNDO. Jamás pensé que escuchara algo así de la boca de una supernanny.

CAPÍTULO 16

Si no te lo comes para cenar, pues para desayunar

Debo de ser la persona que más veces ha desayunado pescado en este país. ¿Y tostadas? Pues creo que un par de veces sí que las desayuné, pero el resto: besugo, merluza, gallo y salchichas los días buenos.

Sí, mi madre no tenía misericordia. Yo era mala comedora. Mala, mala. Me gustaban la leche y los yogures, y ya. En serio, no me gustaba nada más. De calcio iba sobrada, pero del resto mejor ni hablar. Así que mi madre, con una infinita paciencia, al principio, y sin paciencia ninguna después, lo probó todo:

Primer intento: obligarme. Pero yo me adapto con facilidad al medio. Aprendí a lanzar la comida por la ventana, detrás de los radiadores, vaciaba una muñeca y le metía la comida dentro hasta que se pudría y, sobre todo, aprendí que mi hermana pequeña se lo comía todo. Le daba igual: alubias, carne, acelgas, espinacas. La tía no tenía fondo. Hasta que la endocrina, preocupada por su aumento de peso, encontró la causa y el fondo: una hermana raquítica que la cebaba cada vez que mi madre se daba la vuelta.

Siguiente intento: un pediatra «moderno» (como cuenta mi madre) le dijo que me dejara comer cuando yo quisiera, que de hambre no iba a morir. Pero el señor pediatra no me conocía. Acabé ingresada de urgencia con una anemia de impresión. «Mira, nena, si llego a coger en aquel momento al pediatra ese... No veas cómo me miraban los médicos en el hospital, como si fuera una mala madre. ¡Yo! ¡Una mala madre! Así que me fui a su consulta y se lo dije: “Menos moderneces, señor, que casi se me muere la niña de desnutrición.” Y me aguanté las ganas de meterle un sopapo. Porque era mayor, que si llega a ser más joven, se lo meto. Así te lo digo.» Me lo creo, mamá.

Tercer intento: por mis muertos que tú comes. Ésta fue la peor etapa. Primero el embudo. En serio. Me daban de comer con un embudo. Hacían todo un puré y allá que iba, libre por mi garganta. Se ve que ahí empecé a transigir (vamos, no me quedaba otra opción) y llegó el «si no te lo comes para cenar, pues para desayunar». Y oye, otra cosa no, pero cumplidora mi madre es un rato. He desayunado pescado, he comido cereales y zumo de naranja, merendado bocata de lentejas y cenado sándwich de Nocilla. Así en bucle durante años.

Consecuencias del consejo:

—Nunca sé qué toca comer a qué hora. No tengo criterio. Un cordero me parece poco para cenar y un par de aceitunas y un café, suficiente para comer. Soy capaz de cenar sólo chocolate y de merendar un plato de pasta. Pues eso, sin criterio.

—Odio a Baltasar. Un 5 de enero, harta mi madre de que no comiera las lentejas, y con toda la familia en el portal esperándome para ir a la cabalgata, me las puso entre pan y pan. Estábamos allí, esperando a los Reyes, yo chupando aquel asqueroso bocata de lentejas frías y mi madre metiéndome codazos para que me lo comiera, cuando el simpático y supermágico y superpoderoso Baltasar (hasta aquel momento) se acerca y me dice: «¡Uy!, esta niña, qué a gusto se está comiendo el bocadillo. Se ve que está muy rico. Así seguro que le traemos buenos regalos.» Pues sí, los Reyes lo saben todo, todo. Menuda mierda de mago, pensé. Y, desde entonces, le tengo tirria.

Excepciones para utilizarlo:

Como a mis futuros hijos sólo les gusten la leche y los yogures, están jodidos, porque van a desayunar pescado seguro. Quitando mi desorden horario, como de todo. Bueno, casi, casi.

Versiones:

«En mi caso, además de “casi todo” lo que cuentas, mi madre también me amenazaba con que me iba a morir. La muerte era su segunda opción para convencerme, la primera era la culpa. “Si no comes, te ingresarán en PortaCoeli (un

hospital que por entonces era para terminales) y te vas a morir allí”, me decía. Hoy sigo sin poder aguantar una lenteja en la boca, y me sigue resultando insoportable el olor a acelgas.» *Cristina Sanjosé*

«En mi casa se decía (y se sigue diciendo): “Fraile de menos, ración de más.” Y como si no comías, pasabas hambre, hemos salido los tres hermanos con un saque tremendo.» *Anónimo*

La opinión del experto:

«El apetito de los niños es, en realidad, muy variable: a veces comen mucho, otras poco, incluso pueden saltarse alguna comida. Es completamente normal y no tiene ninguna importancia. Saltarse alguna comida de un modo esporádico puede ser incluso sano... Sólo debes preocuparte cuando esta inapetencia va acompañada de otros síntomas, tales como fiebre, decaimiento, disminución de la actividad física, tristeza o diarrea.» Doctor Juan Casado, jefe del servicio de Pediatría y del área de Cuidados Intensivos Pediátricos del Hospital Infantil Universitario Niño Jesús de Madrid. (*El gran libro de la pediatría.*)

Esto me lo voy a imprimir, le voy a poner un marquito y lo voy a colocar en la cocina de mi madre, con 33 años.

CAPÍTULO 17

Como sigas llorando, te voy a dar una razón para que llores de verdad

Se entiende fácil. Es el típico consejo que no te deja lugar a dudas: «Nena, mejor te callas que vas a cobrar.» Todo hay que decirlo, es una frase que se cumplía: realmente, si no dejaba de llorar, ella me daba una razón extra para seguir haciéndolo.

Cuándo lo utilizaba:

También es fácil: siempre que lloraba, con o sin motivos. El problema es que a ella mis motivos nunca le parecen motivos sino caprichos aleatorios de una niña mimada. Digo le parecen, en presente, porque es exactamente lo que ella piensa: que a los 33 años soy una niña mimada con caprichos aleatorios.

Para mi madre sólo hay tres motivos para llorar: una muerte cercana, una enfermedad grave y una desgracia. Voy a concretar: no una desgracia tipo «me ha dejado mi novio en el altar», en ese caso diría: «Algo habrás hecho tú»; sino algo tipo «me ha caído un rayo encima». Pues... tampoco sirve. En ese caso diría: «Eso te pasa por andar siempre en la calle.» No sé, no sé... Algo tipo «ha habido un terremoto y mi casa se ha derrumbado». Mmm..., tampoco sirve, mi madre diría: «Eso te pasa por vivir en ese barrio inmundo con construcciones de papel, si me hubieras hecho caso...» En fin, para mi madre sólo hay dos motivos para llorar: una muerte y una enfermedad.

Consecuencias del consejo:

No lloro. Casi nada. Y cuando lloro, lo hago con rabia. No sólo me siento mal por lo que sea que me provoque tristeza, encima me fastidia llorar y, mucho más, que me vean.

Segunda consecuencia: normalmente lloro en los baños, para que nadie me vea. He llorado en el baño de mi trabajo, en los bares, en los restaurantes, y una vez en Hacienda. Y os prometo que es muy difícil parar de llorar en sitios así: los baños deprimen.

Excepciones para utilizarlo:

Primero tengo que aprender a llorar como la gente normal, sin remordimientos. Y quiero que mis futuros hijos lloren con libertad. Ya veré cómo soluciono las rabietas absurdas. Ignorarlos puede ser una opción. ¡Ay!, si mi madre me ignorara alguna vez...

Versiones:

«A mí también me lo decían mis padres, y cuando me daban “la verdadera razón para llorar” ya no dejaba de soltar lágrimas, porque ya tenía “el motivo” y no podían decirme nada más. No he dejado de llorar por eso, es más, soy una llorona confesa, y mi madre sigue riñéndome.» *Queta*

La opinión del experto:

«Muchas veces, los niños lloran sólo para llamar la atención de sus padres, prefieren incluso que les reprendan por un llanto sin causa que pasar desapercibidos... El llanto es un arma muy poderosa, el llanto continuo sin descanso ataca los nervios de cualquier adulto, que cede para evitar el castigo que representa el golpeteo del sollozo.» Doctor Juan Casado, jefe del servicio de Pediatría y del área de Cuidados Intensivos Pediátricos del Hospital Infantil Universitario Niño Jesús de Madrid. (*El gran libro de la pediatría.*)

¿Ceder? ¿Ceder al llanto? Este señor no conoce a mi madre. De eso estoy segura.

CAPÍTULO 18

Los cromos que regalan en la puerta del cole llevan droga

¡Ay, qué nostalgia! El cole, las batas de colores, los bocatas de chorizo, ese señor que nos regalaba álbumes a través de las verjas y mi madre a la salida gritando: «¡Nena! Tira ese álbum a la basura ya mismo. ¿Me has oído? Ya mismo, que esos cromos llevan droga. Lo han dado en la tele. He dicho “ya”, y cuando yo digo “ya” no es dentro de un rato, es ya.»

Y yo arrastrándome a la papelería más cercana, con aquel álbum que se pegaba a mis pequeños dedos ávidos de convertirse en dedos coleccionistas. Purita nostalgia.

Y con todo mi disgusto, me montaba en el coche de camino a casa. «Nena, que no te fíes de los extraños, te lo vengo diciendo y tú ni caso. Lo dieron en la tele. Esos cromos llevan droga pegada. Si los metes en agua se ve la droga. Es que eres muy ingenua. Porque tú eres muy de creerte cualquier cosa. Lo sabes, ¿no? Con eso vamos a tener que vivir. ¿Cómo te van a dar cromos así por así? Sólo de pensarlo me da la risa. Que te queda mucho por aprender, mucho. Eso es una técnica para hacerte adicta a la droga esa que llevan, y luego, hala, a vivir con una hija drogadicta. Y yo por ahí no paso. ¿Me oyes? Yo drogadictos en casa no quiero.»

Consecuencias del consejo:

—Nostalgia de los álbumes que nunca terminé.

—Cierta vergüenza al recordar cómo sumergí un cromo en agua para ver cómo era la droga esa.

—Temor: la droga era invisible, apenas teñía un poco el agua. Tenía que estar alerta: cualquier cosa podía llevar droga y, como yo era muy de crearme todo, me podían engañar.

—Más temor: si consumía cualquier droga, cosa que podía pasarme porque yo era muy ingenua y la droga, muy transparente, mi madre me echaba de casa.

—Más nostalgia: de esa bendita ingenuidad que ojalá siguiera teniendo para poder creer que el mundo es un lugar mejor de lo que pienso.

Excepciones para utilizar el consejo con mis futuros hijos:

Nunca. ¡Mamá, era marketing, marketing! Pero no para hacerme drogadicta, sino para que tú tuvieras que comprarme todos los cromos que me faltaban. Ahora que lo pienso... ¡ella lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Qué narices de droga! Lo que no quería era comprarme los malditos cromos. Ésta te la guardo, mamá, palabra que te la guardo.

Consecuencias en este preciso momento:

Lo admito, era una ingenua. Del todo, mierda, del todo. La reina del marketing: ésa es mi madre; y yo, como decía ella... yo siempre he sido de crearme mucho las cosas, sobre todo a ella.

Versiones:

«Tenía 30 años cuando me fui con mi novio a un festival de verano y su madre nos dijo: “Cuidado que allí dan droga.” ¡Como si la regalaran! Y como si fuéramos aún niños. Dejé al novio y a su madre.» *Myriam*

«Vivo en Argentina y acá también existía la mentira paternal de los álbumes de figuritas y la droga. Según investigaciones recientes, parece que cuando Colón zarpó, ya la reina Isabel la Católica le hizo advertencias sobre la droga que podían ofrecerle los nativos de Oriente. Y también le dijo que llevase abrigo, por si refrescaba.» *Dayana*

CAPÍTULO 19

Nunca compres sólo dos patatas, eso es de gente triste, nena, muy triste

Creo que este consejo entra dentro de la categoría de los que sólo da «la madre de la nena». Nadie puede desarrollar su pensamiento hasta llegar a: «Nunca compres sólo dos patatas en la frutería, eso es de gente triste, muy triste. Y todos los demás lo sabrán.» Aunque puede que el resto de madres de España me sorprendan.

Breve explicación del consejo:

Mi madre vive traumatizada y muerta de pena por una vecina que un día entró en la frutería abarrotada y dijo: «Dos patatas, por favor.» «Y ya, nena, no pidió nada más. Se hizo un silencio... ¡Uy, horrible! Ya te digo. ¡Dos patatas! Es muy triste. Pobrecica, eso es porque vive sola y no tiene para quién cocinar. ¡Ay!, qué tristeza me dio, con lo educada que es, y limpia, porque será triste pero tiene pinta de ser muy limpia, que eso se nota. Nena, tú disimula. Si sólo necesitas dos patatas, pues pides cuatro aunque las vayas a tirar. Y pide también un pimiento y perejil, que la gente se piense que vas a hacer un guiso. Y un tomate, tú pide un tomate, que los tomates siempre vienen bien.» Ajá, éste es el desarrollo del pensamiento de mi madre.

Segunda breve explicación del consejo:

No vayáis a pensar que mi vecina pasa apuros económicos. Lo que pasa es que vive sola, y se ve que es de poco comer. Y llamadme intuitiva, pero la buena mujer a lo mejor sólo necesitaba dos patatas.

Consecuencias:

Antes sufría en la frutería porque mi lista tipo es: dos pimientos, dos cebollas, dos cogollos y seis tomates (los tomates siempre vienen bien). Pensaba: «Esta gente va a creer que soy una triste, me van a llamar “la de los dos pimientos”.» Lo he superado. Eso sí, por el camino he tirado cantidades ingentes de comida podrida, sobre todo patatas.

Excepciones para utilizarlo:

Nunca. Futuros hijos: la frutería es un sitio en el que podéis comprar desde una patata hasta todas las que tengan. El sistema funciona de la siguiente manera: ¿cuántas patatas necesitas? Pues ésas son las que compras.

Versiones:

«Mi madre lo compra todo a pares “por si acaso”, y dice que mi casa no está preparada para nada. Me pregunto si se referirá a huracanes o ciclones. Pero ella dice que si algo se gasta, me quedo sin. Y digo yo, ¿no es así como va? Pues no, hay que tener en casa dos de todo. ¡Las madres son curiosísimas!» *Anita Patata Frita*

«Como mujer soltera y que vive más sola que la una, lo digo alto y claro: compro dos patatas, un limón y una zanahoria. Al principio me daba vergüenza, pero ya estoy cansada de tirar comida. Y di un paso más: “Media pechuga de pollo, fileteadita, por favor.”» *Myriam*

CAPÍTULO 20

No hables bajito, la gente que habla bajito tiene miedo al qué dirán

Mi madre les tiene una inquina absoluta a todas las personas que hablan bajito. Yo no lo entiendo, pero hablar alto, que para ella también significa claro, es una virtud. «Nena, tú fíate de la Mari, que es muy limpia y habla alto.» Uno de esos misterios de mi madre. Cómo justifica tanta inquina:

—Unos no pronuncian: «Eso es por mal aprendizaje de pequeños; no saben y no saben, y para qué hablar con alguien que no sabe...»

—Otros no vocalizan: «Es porque son unos vagos, andan arrastrando las sílabas, y yo vagos cerca no quiero.»

—Otros son tímidos: «Pobrecicos, es por miedo, andan acobardados, pero de los cobardes no se puede uno fiar.»

—Y a los que les tiene más tiña es a los que hablan bajito porque sí: «Eso es de pueblo, por el miedo al qué dirán. Cuando te importa tres pepinos lo que piensen los demás, pues hablas como yo: bien clarito y vocalizando. Además, quien habla así es porque tiene la razón de su mano. Y tú ya sabes que yo siempre tengo la razón.» Amén.

Consecuencias del consejo:

Si voy a mentir, grito. ¡Bien alto! «¡QUE YO NO HE ROBADO NADA, SEÑOR AGENTE! YO SÓLO PASABA POR AQUÍ.» O sea, que me cuesta mentir.

Nunca me juego pasta a las cartas. Soy nefasta con el póquer y al mus: «¡ENVIDO A GRANDES QUE VOY CARGADA!» Así no hay manera.

Excepciones para utilizar el consejo:

Nunca. Hijos, hay gente que habla bajito porque le sale así, por respeto, por discreción, por falta de capacidad en la garganta... Ahora, como consejo, a la abuela le habláis vocalizando, si queréis que os dé la paga.

Versiones:

«Mi madre es justo lo contrario. Es más de “no levantes la voz que no somos unas verduleras”. Y cuanto más gritamos, más bajito nos habla ella. Creo que no se entendería con tu madre.» *Sara*

CAPÍTULO 21

Nena, ponte recta; si andas encogida te va a salir chepa

Allá vamos con uno de mis consejos preferidos, terrorífico y que te puede acomplejar para el resto de tu vida.

La nena (yo misma) estaba hacia los 13 años tan tranquila dentro de su uniforme del cole, delgada, pequeña, discreta... Pero el cuerpo de la nena estalló dentro de aquel uniforme. A los 14 años crecí hasta el metro setenta y tres centímetros actual, la talla 100 y un 40 de pie. Fue un martes por la noche. Me metí en la cama y me desperté así: intensa, contundente y aterrada. Y me encogí. En parte por el susto, y en parte porque las tetas pesan. Es así, mamá, no lo decidí yo, lo llaman ley de la gravedad. Pero a ella las leyes que no sean tuyas le dan igual.

«Gravedad, gravedad. Te voy a dar yo a ti gravedad. Lo que te pasa es que te avergüenzas de tu cuerpo. Eso te pasa. Pero tú verás. Haz lo que quieras. Eso sí, no vengas luego a quejarte de que tienes chepa. Noooo. Yo te lo he advertido. Gravedad... Lo que tiene una que oír.»

Normalmente, cuando alguien pronuncia un discurso así, pues se supone que dicho está. Pero mi madre es muy de por si acaso, y por si acaso no me había quedado claro, durante ese año tuve que escuchar:

—«Bueno, no pasa nada. Ya sabes que las chepas traen suerte.»

—«Una chepa tampoco es algo tan serio, lo disimulamos con camisetas de capucha y ya está. Hombre, el traje de novia te va a quedar raro, pero a ti las cosas raras te gustan.»

—«Oye, he decidido que no te voy a comprar para tu cumple ese vestido que tanto te gusta, total, dentro de nada, cuando te salga chepa, no lo vas a poder usar.»

—«He estado pensando que igual es genético: la abuela tenía chepa. No pasa nada, te ha tocado y te ha tocado, lo superaremos.»

Esto es lo que mi madre entiende por ironía.

Consecuencias del consejo:

Comprensión absoluta hacia la gente que tiene chepa.

Terror cada vez que me encogía.

Ligero complejo de espalda fea a base de imaginármela con chepa. Contribuyó a ello un novio imbécil al que le pregunté: «¿Cuál es la parte de mi cuerpo que menos te gusta?» «Tu espalda», dijo justo en el momento en el que dejó de ser mi novio para siempre.

Éxito total entre el sector masculino adolescente: una talla 100, y encima erguida. Con orgullo.

Agradecimiento infinito a Dios cuando el resto de mis amigas echaron tetas, crecieron y dejaron de ser discretas.

Agradecimiento infinito a todos los dioses cuando mis propias hormonas ajustaron a mi cuerpo el volumen de mi pecho, que se replegó a una más proporcionada talla 95.

Excepciones para utilizarlo:

Nunca. Si veo que mis futuros hijos no van rectos les apuntaré a ballet, natación o les llevaré al médico. Bueno, si son varones y les salen tetas pasaremos del ballet e iremos directamente al médico.

Versiones:

«A mis sobrinas se lo dicen todos los días con la variante: “Niña, te he dicho mil veces que te sientes derecha.” Las niñas resoplan, se sientan derechas. A los tres minutos: “Niña, te he dicho mil veces que te sientes derecha.” Las niñas resoplan...»

Manon

«A mí mis tías me martirizaban con ese consejo. Más que un consejo era “o lo haces o lo haces ya”, pero le sumaban el tema de “meter tripa”. Pero no en plan de sacar las costillas y quedarse sin aire, sino que había que contraer los músculos

abdominales permanentemente, veinticuatro horas al día. Y no con la finalidad de parecer más delgada, sino de ¡estar más recta! Así desarrollé unos abdominales duros como una roca y, a día de hoy, a mis 29 años, aunque estoy más relajada en eso y en mil cosas más, no puedo evitar contraerlos cada vez que las veo.» *Chita Lou*

La opinión del experto:

«Ir recta me parece bien, es bueno para la espalda y como actitud de vida. Resulta sencillo distinguir a los militares por cómo van de erguidos. Hay mucha gente que es muy dejada. Si yo quisiera saber cómo eres, te preguntaría cómo te comportas cuando estás sola. Esto me daría alguna pista.» *Javier Urra*

Me acabo de poner recta escribiendo esta declaración... No tengo personalidad.

CAPÍTULO 22

Si eres mayor para trasnochar, también para madrugar

Creo que ésta es una de esas frases que han forjado a una generación. La mía. Y no puedo evitar que me entre una horrible nostalgia al repetirla. Mi madre abriendo la puerta de mi cuarto como si fuera a empotrarla en la pared, y esa voz aterradora y concreta:

—Ale, que ya es hora de levantarse. Si eres mayor para trasnochar, también para madrugar. Que tenemos muchas cosas que hacer. Hay que limpiar los cristales, pasar el aspirador, poner una colada, bajar a hacer la compra...

No me lo creo, mamá. Nunca hay que hacer tantas cosas un sábado por la mañana. ¡Si cada vez que yo salía, había que hacer la limpieza anual de la casa! Yo creo que acumulaba esas tareas para las terribles mañanas de resaca. Cada vez que paseaba por la casa y veía los radiadores sucios, ella pensaba: «Esto me lo apunto para el día que salga la nena, ¡juy!, que hace tiempo que no ordenamos los armarios, y los filtros del aire acondicionado los tengo llenitos de polvo; bien, bien, otra cosita más.» Es que la estoy viendo.

Consecuencias del consejo:

Tenía truco. Si no te pillaba en la cama no te encargaba tareas y sobre todo no gritaba, que los gritos para la resaca van muy mal. Así que mi hermana y yo dormíamos con disimulo y en cualquier sitio. Según oíamos que se levantaba, cada una se buscaba la vida. Yo, que soy de tendencia vaga, intentaba esconderme detrás de la puerta. Así, cuando ella entraba, veía la cama hecha y se iba. Luego me volvía a meter en la cama. Mi hermana iba al baño, abría la ducha y se dormía encima de la taza. Media horita de sueño. Siguiendo asalto. Yo a la ducha, mi hermana dentro del armario. Otra media horita. A desayunar, mi hermana dormida sobre la mesa, yo en el armario. Media hora más. Luego a estudiar. Las dos sobadas sobre los libros. Eso sí, con el oído atento. Porque como te pillara, olvídte: las tareas de desinfección de un hospital son una tontería al lado de lo que iba a encargarte. Porque las madres no limpian normal, al menos la mía no:

—Nena, te coges el paño azul, el suave. Lo pasas por los fuegos. Luego con una servilleta de papel, pero de las que no tienen pelusilla. Sin pelusilla, ¿eh?, que si no quedan feos. Ahora ya puedes empezar a limpiarlos. Coges el limpiador rojo, echas un poco. Poco, nena, que si no cuesta sacarlo. Lo retiras con el paño amarillo humedecido en agua. Que no esté empapado que se quedan feos; he dicho humedecido. Para terminar, el paño rosa y un poco del spray amarillo.

Y yo pensando: «¿De qué hablas, mamá? ¿De limpiar los fuegos o de conseguir erradicar las bacterias del mundo? ¿Qué más dará que los fuegos queden feos? Son fuegos. ¿Con qué paño había que empezar? Mierda, ¿cuál era el paño?» Porque, de una manera increíble, ella, con sólo mirarlo, sabía si habías cambiado el proceso. Las madres pueden adivinar cosas imposibles con sólo mirarte a los ojos.

Excepciones para utilizarlo:

Uf. Algo de razón tenía, pero intentaré no martirizar a mis futuros hijos. Yo nunca madrugo, pero desde las ocho de la mañana estoy en la cama sufriendo y, aunque esté sola, si alguien me llama por teléfono disimulo:

—¿Estabas dormida? ¿Te he despertado?

—¡Qué va! Llevo limpiando los fuegos desde las ocho.

Versiones:

«La frase de mi madre: “El que quiere ser tunante, tiene que ser velante.”»
Anónimo

«Hay una versión más *light*, más sutil, pero igualmente malintencionada. Consiste en hacer tanto ruido en la habitación de al lado que no te quede otra que levantarte, o

pasar la bendita aspiradora en el pasillo y chocar “ligeramente” contra la puerta de tu cuarto. Así que, al final, te levantas y le dices: “Mira, mamá, si quieres que me levante, me lo dices.” Y ella te contesta, no sin recochineo: “¿Yo? Pero si sólo estoy ordenando y pasando la aspiradora, que ya podríais hacerlo vosotras, ¿eh?” Y entonces añade como sentencia final: “El que vale para salir, vale para levantarse a la mañana siguiente” o “Hija, qué mal humor. Noches alegres, mañanas tristes.”» *Laura*

«La frase de mi madre era (y es): “Por la noche leones y por la mañana ¡cagones!” Todavía la usa cuando veraneamos juntos en el pueblo. Aunque reconozco que ahora me sienta todavía peor que me despierte mi hija.» *Itxi*

La opinión del experto:

«Este consejo me parece esencial. Yo lo que creo es que primero vamos a madrugar, vamos a ir a la piscina o a hacer cosas, y a partir de ahí, trasnocha lo que quieras, haz con tu cuerpo lo que quieras.

Pero primero es el deber, la obligación, a lo que nos comprometemos, y si el sábado hemos dicho que vamos a coger la bicicleta y nos vamos a ir por ahí, pues lo hacemos. Que sales la noche anterior, a mí me parece bien, pero ya sabes a qué hora nos levantamos, y además con buen tono; más allá, haz lo que quieras.» *Javier Urrea*, que está claro que hace madrugar a sus hijos.

CAPÍTULO 23

Si no comes, no vas a crecer

Éste es el típico consejo ¡QUE ES MENTIRA! Mamá: mentira, mentira. Ahora, desde mi metro setenta y tres, lo sé, pero con 10 años no lo sabía, no. Pasé mucho tiempo haciéndome a la idea de que iba a ser muy, pero que muy bajita. Mi madre no te da los consejos sin más, ella los refuerza con algo lo suficientemente catastrófico para que si no le haces caso, al menos sufras.

—Tú sigue así, con tus manías. No vas a crecer ni un poquito. ¡Ah!, y luego vendrán los lloros. No te vas a poder montar sola en los ascensores, no llegarás a los armarios, no te atenderán en las tiendas porque no te verán. Una pena. Pero te empeñas en no comer y eso es lo que te espera. Una vida pequeñita.

¡Mentira! Con lo malísima comedora que yo he sido, y sigo siendo, soy la más alta de mi familia. Ahora, que no le paso una. Cuando voy a comer a su casa y me dice:

—Anda, cógeme eso, que yo no llego...

Es que no me puedo aguantar:

—¡Uy! Mamá, igual de pequeña no comías lo suficiente. ¿Por eso eres bajita? ¿Por comer mal?

—Mira, nena, menos ironías y más garbo con esas lentejas, que de ahí no te levantas hasta que se le vea el dibujo al plato.

Sí, exactamente a los 33 años estoy obligada a verle el dibujo al plato. Lo sé, ligeramente deprimente.

Consecuencias del consejo:

Miedo y terrores infantiles.

Sorpresa y descreimiento cuando crecí tanto.

En mi interior me siento bajita.

Excepciones para utilizarlo:

Hombre, sin dramatismos. Algo un poco más científico y menos sentimental: futuros hijos míos, vuestro desarrollo depende de lo que comáis, así que vamos a intentar que las cosas salgan bien.

Ahora, la frase «de ahí no te levantas hasta que se le vea el dibujo al plato» pienso utilizarla. Sin criterio, pero es que me encanta.

Versiones:

«Una variación: “Si no te bebes la leche, no crecerás.” Consecuencia: un día estábamos en un paso de cebra y junto a nosotras había una señora enana, yo me volví hacia mi madre y le dije: “Mira, mamá, esta señora no bebió leche de pequeña.” Mi madre no supo dónde meterse, pero le está bien merecido.» *Yaiza*

«Este consejo me gusta. Me acuerdo de cuando iba a comer a casa de una tía con mis primas, y para convencernos de que tomáramos pan decía: “Venga, que si coméis pan os crecerán las tetas.” Parece mentira, pero mis primas se atracaban. Yo no, porque comer pan con los espaguetis me parecía y me sigue pareciendo una tontería.» *Sara*

«Mi madre era más de chantaje psicológico estilo: “Con los pobres niños de África que se están muriendo de hambre.” Razón no le faltaba, pero mi hermano pequeño, que era el peor comedor, respondía: “Pues dáselo a los niños de África, que yo no lo quiero”, y razón tampoco le faltaba al enano.» *Meriyeini*

La opinión del experto:

Por partes: «Los niños bajitos comen lógicamente menos que los niños grandes, y no son pequeños porque no comen, sino que no comen porque son pequeños.» Y ahora viene la mejor parte: «Los hijos de padres que fueron malos comedores en su infancia suelen ser también niños inapetentes.» Doctor Juan Casado, jefe del servicio de Pediatría y del área de Cuidados Intensivos Pediátricos del Hospital Infantil Universitario Niño Jesús de Madrid. (*El gran libro de la pediatría.*)

A ver, mamá, ¿tienes algo que decirme?

CAPÍTULO 24

Que no te pillen

«Nena, sobre todo que no te pillen.» Lo he pensado durante años, y éste es un buen consejo. Es más, es un consejo poco propio de una madre, y menos de la mía. Pero me gusta.

Cuándo lo utilizaba:

Aquí está el truco. Siempre después de una interminable lista de terroríficos consejos:

—«No copies en los exámenes; Dios te castigará con su furia. Y si copias, que no te pillen.»

—«No mientas, y si mientes que no te pillen. Aunque ya te digo que antes se pilla a un mentiroso que a un cojo.»

—«No robes, que se te caerán las manos. Pero si robas, que no te pillen.»

—«No bebas alcohol, y si bebes, que no te pille yo, nena, porque como te pille, te vas a enterar. ¿Has oído?»

Sí. Con mi madre hay que saber leer entre líneas: la furia de Dios, se te caerán las manos... Pero, oye, ahí está el buen consejo: que no te pillen.

Consecuencias del consejo:

Soy capaz de aguantar la mirada de cualquiera mientras meto la bola más grande del mundo. Después de que me pillara en varias ocasiones (y de que me enterara más que de sobra), puedo asegurar que soy capaz de pasar el polígrafo diciendo que un día vi una vaca volar y que los cerdos hacen mu. Eso sí, a gritos. Y tan pancha. Adaptación al medio, me parece que lo llaman. Aunque yo lo definiría como supervivencia pura y dura.

Excepciones para utilizar el consejo:

Pues oye, éste me lo quedo. Futuros hijos míos, en muchas ocasiones, la clave va a estar en que no os pille. Así son las cosas. Podría ir de madre enrollada, pero no me va a salir. Yo he tenido una madre que me obligaba a merendar lentejas, me hacía limpiar los interruptores de la luz, y me asustaba diciendo que se me iban a pegar las tripas si me tragaba un chicle. Y todo eso imprime carácter. Así que vamos a dejarlo en que seré feliz si no os pilló. No os quejéis, por lo menos no mando la furia de Dios sobre vosotros.

Versiones:

«Este consejo lo aplico yo también, pero no me lo enseñó mi madre. Lo que me enseñó fue que “Las mentiras tienen las patas muy cortas”. Por eso, que no te pillen, nena.» *Anita Patata Frita*

«¡Qué bueno! Un consejo estupendo que yo no pienso darle a mi hija, que en el plan en el que está no me conviene nada nada.» *Pili Pili*

«Está la versión de eludir el chaparrón con: “Ya estaba así cuando llegué”, que también va ligado a este consejo.» *Ana R*

CAPÍTULO 25

Nena, si es gratis, tú lo coges, luego ya veremos qué hacemos con eso

Este consejo es toda una filosofía de vida. Existen personas a las que, si algo es gratis, directamente no les gusta. Existen personas a las que, si algo es gratis, les parece mejor, y luego está mi madre, a la que no disfrutar de algo que es gratis le parece pecado mortal.

A mi madre las promociones la vuelven loca. Esta frase es poco concisa, demasiado tópica. Cuando digo que la vuelven loca, es real. Se transforma. Sus manos se vuelven más prensiles que nunca. Parece que los monos sólo hubieran evolucionado para que el pulgar y el índice de mi madre se pinzaran para coger ese balón de playa de Nivea. Porque cuando algo es gratis, ella lo coge con tanta intensidad que parece que va a reventarlo. Bueno, los monos evolucionaron para eso y para cuando la nena decía algo fuera de lugar delante de extraños y ella me metía «un pellizco de la muerte» (sí, mi hermana y yo les pusimos nombre). ¿Qué tendrán esas manos de madre para meter semejantes pellizcos? Retorcidos, pequeños, precisos... Olvídate de los métodos de la Inquisición. Tú pones a mi madre al lado de un ateo a meterle pellizquitos, y vaya si cree en Dios. Y si lanzas a mi madre con tres amigas más, te evangelizan el Nuevo Mundo en un par de semanas.

Cuándo utilizaba el consejo:

En el súper, en la playa, en el centro comercial...

Alguna vez incluso en un contenedor de basura:

—Mamá, que eso lo ha tirado la gente porque no sirve.

—No les sirve a ellos, pero igual a nosotros sí.

—Pero, mamá, ¿nosotros para qué queremos un cortacésped? Si no tenemos jardín.

—Mira, si es gratis, tú lo coges, luego ya veremos qué hacemos con eso.

—Pues tirarlo a otra basura —decía yo entre dientes.

—Te he oído, nena, a mí no me repliques que te pongo a pasar el cortacésped en mi jardín imaginario todo el día y te enteras para qué sirve. ¿Eh? Has oído, ¿no? Pues ahora lo coges y lo empujas hasta casa.

Consecuencias del consejo:

Yo ya he cogido todas las cosas gratis que una persona se merece a lo largo de su vida. Es decir, ya me he humillado lo suficiente:

—He ido a por pelotas de Nivea con la frase preparada: «Deme dos, que mi hermanito está cojo y no puede venir por la suya.»

—A por degustaciones de queso en el súper: «Niña, ¿tu madre te da de comer? Es el quinto trozo que te doy.»

—A por batidos a la salida del cole: «Niña, ¿no te he dado antes una caja?» «¡Uy!, sería a mi gemela.»

—A por yogures en el centro comercial: «Deme dos, que soy hija de padres separados.» Eso enternece a todo el mundo. «Pobrecita, dale otro, que tiene que sufrir mucho.»

Todo excepto los álbumes que regalaban a la puerta del cole; ésos no, que llevaban droga y eran lo único gratis que he querido yo en mi vida.

Excepciones para utilizarlo:

Si regalan oro, dinero, diamantes, Ferraris y casas de lujo, futuros hijos míos, más os vale llegar los primeros. O puede que acabéis conociendo el temido pellizco de la muerte.

Versiones:

«Ese consejo me lo dieron mis suegros hace menos de un mes al cambiar de operadora de telefonía móvil. Yo tengo una Blackberry y me daban otro terminal (peor pero gratis) y dije que no. “Pero, chica, si es gratis cógelo”, me dijo ella. “No, suegra, no

es gratis, te lo cobran a precio de 18 meses de permanencia o una penalización de 150 euros si te marchas.” Al final no lo cogí, claro. Sin embargo, he de reconocer que el “gen madre” empieza a poseerme y a veces miro con zalamería los contenedores de basura.» *Ana R*

«En mi caso, este consejo es más de una tía abuela que tengo especializada en conseguir descuentos hasta en las tiendas de multinacionales, en pedir muestras en las droguerías y en la caza del canapé. A mi madre lo que le pone es tirar todo lo que se encuentra en los armarios y preguntar si te hacía falta o si le tenías cariño cuando ya está en el vertedero.» *Celita*

CAPÍTULO 26

¡Ni chocolate ni chocolata!

Esto más que un consejo es la primera entrega del vocabulario de madres.

La mía nunca jamás nos daba un capricho. No. Ella creía que con que nos comprara una única vez un huevo Kinder íbamos a quedar marcadas de por vida por ese capricho, ya nunca jamás tendríamos fuerza de voluntad y nos dedicaríamos a la vida fácil y ociosa, y a todos los vicios posibles, «que son muchos, nena, ahí están para que tú caigas, y tú eres mucho de caer».

Así que tú le decías:

—Mamá, quiero un huevo de chocolate.

—No.

—Porfa, mami, cómprame un huevo. —Con cara de niña buenísima.

—No.

—Mamiiiiii, que me voy portar superbien si me compras chocolate. —Aquí rebasaba su paciencia.

—¡Ni chocolate ni chocolata!, y como no te portes bien tú solica, te vas a enterar. Mi obligación es tenerte abrigada y bien comida, y la tuya, portarte bien. Así que, si tú no cumples, esta noche duermes en la terraza y vas a cenar huevos de chocolate imaginarios, que parece que te gustan mucho.

Sí, tampoco es que mi madre fuera el santo Job.

Cuando le cambiaba el género a cualquier cosa, ya sabías que no había esperanza.

—Mami, cómprame una Barbie que Martita tiene una superchula.

—Pues anda que no es chula tu muñeca Pepa.

—Mami, pero si le falta un ojo.

—¡Será culpa mía! No habérselo arrancado.

—Jooo, mami, que la Barbie es superguapa y tiene muchos vestidos.

—Y la Pepa se tira pedos.

—Mami, no es lo mismo. La Barbie tiene estilo y está delgada.

—Mira, a mí la Pepa me parece mucho más simpática que la escuálida esa, que no puede ser bueno que las niñas juguéis a princesas con muñecas que parecen pilinguis. —¡Eh!, otra palabra de madre, al menos de la mía: pilingui.

Y aquí llegaba el punto de no retorno:

—Ay, mami, si me quisieras me comprarías una Barbie.

—¡Qué Barbie ni qué barbo! Yo a tu edad jugaba con una caja de cartón durante horas. Y como vuelvas a decir una tontería de esas como que no te quiero, te regalo a los gitanos del circo, que ya me estás hartando.

Consecuencias:

—En mi mente, los huevos Kinder son un lujo tipo caviar. Vamos, sólo me los permito cuando cobro la extra y con miedo a convertirme en una drogadicta.

—Sonreía constantemente a los gitanos del circo preparando el terreno, por si un día me mandaba con ellos.

—Hubo una época en la que de mayor quería ser pilingui. Hasta que se lo dije a una vecina de mi madre.

Situación: me pregunta la amable señora: «Y de mayor ¿qué vas a ser?» «Yo, pilingui, como la Barbie.» Pellizco de la muerte, codazo, pisotón. Breve explicación a la vecina ojiplática: «Esta niña repite todo lo que oye en la tele. Desde luego, la televisión va a destrozar a esta generación.» Otro pellizco de la muerte en el ascensor. Un par de invitaciones cordiales a irme a vivir con los gitanos. Otro par menos cordiales. Pellizco de la muerte. Reflexión por mi parte: «Mami, pensándolo mejor seré profesora, porque lo de pilingui nos va a costar un disgusto.» «Nena, a veces no sé si es que eres muy lista o tremendamente tonta. De verdad que no lo sé.» Ahí, reforzando mi autoestima.

Excepciones para utilizar el cambio de género:

Pues en el fondo es gracioso. Ya me estoy viendo: «Ni pokemon ni pokeman», «Ni tele ni tela», «Ni ipod ni ipad». ¡Eh!, la madre de Steve Jobs era de las mías.

Versiones:

«Pues yo uso una variante, repitiendo el mismo género; no es tan original pero funciona: “¿Qué Ben Ten, ni qué Ben Ten?” Y reconozco que lo hago para evitar la expresión que usan algunas madres: “¿Qué Ben Ten ni qué niño muerto?”, que siempre me ha dado auténtico pavor.» *Paula*

«Mi madre, además del recurso este del género, a veces confrontaba frustraciones: “Mamá, quiero ese cochecito del escaparate.” “Y yo un Síseñor con las patas colgando del culo.” Te desarmaba. Mi hermana y yo aún no hemos descubierto qué aspecto tiene un Síseñor con las patas colgando del culo. Y lo hemos investigado.» *Víctor Zurdo*

«Lo siento, no sé lo que será un Síseñor con las patas colgando del culo. No obstante, si alguien sabe qué es un “Correquetevás con una Levita Atrás”, por favor, que me lo diga.» *Anónimo*

«Yo tampoco sé qué es un Síseñor con las patas colgando del culo, no tuve el gusto ni siquiera de oírsele a mi madre, ya que ella lo que quería era un Síseñor y un Mandeusted. Dichosas madres, qué pesadas son a veces, ¡pero cuánto las queremos!»
Lucía M

«En mi casa la versión era “Mañana te lo compro”, hasta el punto de que el pequeño de mis hermanos en lugar de preguntar: “Mamá, ¿me compras esto?”, decía: “Mamá, me lo comprarás mañana, ¿verdad?”» *Meriyeni*

La opinión del experto:

«Los padres, muchas veces influenciados por la industria del juguete, proporcionan a sus hijos sólo juguetes educativos. Esto limita el juego que le permite aprender sobre el mundo real, sobre sí mismo y sobre su entorno, actividades tanto o más educativas que las obtenidas con los llamados juguetes educativos.» Doctor Juan Casado, jefe del servicio de Pediatría y del área de Cuidados Intensivos Pediátricos del Hospital Infantil Universitario Niño Jesús de Madrid. (*El gran libro de la pediatría.*)

Necesito el teléfono de este señor, no llego a entender si una Barbie me hubiera hecho aprender algo sobre el mundo real. Ahora, mamá, el tangram no tiene nada de real. ¿Quién necesita hacer la figura de un canguro con triángulos? ¿Eh?

CAPÍTULO 27

Esto me duele más a mí que a ti, nena

Pues mira, mamá, lo dudo. Pero mucho, mucho.

Al principio te creía: «Castigada sin cenar por no haber merendado. Y no llores, que esto me duele más a mí que a ti, nena.»

Vale. Puede que en ese caso le doliera más a ella, si tengo en cuenta que siempre me ha tratado de alimentar como si en mi interior vivieran cuatro niñas más, y una de ellas con la tenía. Cuando mi madre me dice: «Te he dejado la comida preparada», ya sé que podemos comer yo y el colegio entero de las Teresianas, y puede que sobre algo. Así que vale, dejarme sin cenar podía dolerle más a ella.

Puede que también fuera verdad cuando me llevaba a natación y aquel simpático profesor me tiraba al agua mientras le decía: «Tranquila, mujer, los buenos sobreviven.»

Teniendo en cuenta que todo, repito, todo en esta vida le parece una amenaza... Pongamos ejemplos para dejar las cosas claras: «Las moscas son unos seres horrorosos que transmiten infecciones mortales; en el mar te puede atacar un banco de medusas; en la arena de la playa hay jeringuillas escondidas para infectar a niñas como tú; en los vasos te echan droga; todos los hombres menos tu padre quieren aprovecharse de ti; por la noche hay delincuentes; por el día no puedes reconocer a los delincuentes porque disimulan; el cloro de la piscina te puede dejar ciega; si andas descalza cogerás hongos; las mariquitas son moscas disfrazadas.» Se entiende, ¿no? Bueno, por si acaso: «Te puedes pillar cualquier cosa si vas de camping; si te muerdes las uñas se te clavarán en la barriga; si te haces un pendiente se pudrirá y se te va a caer la nariz; las mariposas también son moscas disfrazadas.» Ahora sí.

Bueno, también puede que le doliera más a ella verme tragar agua e intentar sobrevivir en aquella piscina del infierno, porque si tenía que confiar en que sólo los buenos sobrevivían... no lo vería muy claro.

Pero el resto de las veces: castigada sin salir, sin postre, sin tele, sin jugar, sin bajar a la plaza, castigada a comer doble ración de vainas, castigada a fregar toda la casa, a limpiar las ventanas, a sacar la basura, a ordenar los armarios... «Esto me duele más a mí que a ti, nena.» ¡Ja! Vamos, mamá, un poco de seriedad: no te dolía nada de nada, ni siquiera un poquito.

Excepciones para utilizar el consejo:

No pienso hacerles creer que yo sufro más por los castigos que ellos. Tampoco es que vaya a disfrutar, aunque tengo serias dudas. Estoy segura de que mi madre se lo pasaba pipa viéndome comer doble ración de alubias verdes: «Ale, ya la he alimentado por hoy y por mañana. Anda que no soy buena madre ni nada. ¡Una medalla me tenían que dar!»

Pues eso, queda prohibida la frase. Suficiente hay con el castigo como para encima regocijarse.

Versiones:

«Mi madre limitaba esta costumbre a los castigos físicos. Nos culpaba de hacerse daño en la mano. Fue entonces cuando decidió recurrir a los zuecos, que eran de madera y, además, arrojadizos...» *Víctor Zurdo*

«Mi madre tenía otra variante: “Prefiero que llores tú ahora, que llorar yo después.” “¡Egoísta!”, pensaba yo, pero como para decírselo.» *Anónimo*

La versión del experto:

«Las madres no son capaces de hacer nada que no crean que es por tu bien; la intención está fuera de toda duda, lo que no significa que siempre tengan razón. Conforme crecemos nos vamos haciendo más independientes de sus opiniones, porque cobran más fuerza las nuestras. Pero ellas siguen insistiendo cada vez que creen que te equivocas. Yo intentaría hacerlo menos veces de las que me lo dijeron a

mí, pero seguro que alguna vez me sale». *Rocío Ramos-Paul*

Si la supernanny dice que se le escapará... futuros drama mamás y papás, vamos listos...

CAPÍTULO 28

Y si Martita se tira por la ventana...

Pues yo detrás, mamá, porque soy un ser sin personalidad que cree que tirarse por la ventana es una opción como cualquier otra: «¿Seré abogada o arquitecta? Bah... No. Mejor me tiro por una ventana como Martita.»

Mira, esta frase me ponía, y me pone, de los nervios. Digo «me pone» porque la frase sigue ahí para mí:

—Mamá, me voy a ir de viaje a México.

—¡Uy, a México! Pero si todos los días dan en la tele que allí matan gente. Decapitados, me parece. Ése no puede ser un país normal. ¿Qué vas a hacer tú en México? ¿Qué necesidad tienes con la de España que hay por ver? (Mi madre es muy de España.)

—Pero es que la zona a la que voy es para turistas y muy segura. Hay mucha policía.

—¡Uy! Donde hay policía es que se necesita, que tienes unas cosas. ¿A que cuando tú vas paseando por Gandía no ves mucha? Porque es un sitio seguro, por eso no hay. Además, ¿ésos no son los de la gripe porcina?

—La gripe A, mamá.

—Pues eso, que lo mismo da.

—No es lo mismo, mamá, una la padecen los cerdos y otra, las personas.

—Pues más a mi favor. Entonces, ¿dices que la gripe mortal de personas es mexicana?

—Mamá, eso fue hace un año y en todo el mundo, y han demostrado que no era peligrosa.

—No, claro, no, no era nada peligrosa. ¿Y quién lo ha demostrado? ¿No habrán sido los mexicanos? Por favor, que tú eres de creerte cualquier cosa, que ya lo hemos hablado.

—¡Ay! Mamá, de verdad que es muy seguro y hay unas playas preciosas.

—¡Playas preciosas, dice! En Valencia hay más de cien playas con bandera azul, que ha salido en la tele que es el mejor diploma que le pueden dar a una playa. ¿Las de México tienen bandera azul?

—No la necesitan, tienen el mar Caribe.

—Y Gandía el Mediterráneo, y una arena buenísima que no se pega, y no andan decapitando gente por la calle sin ton ni son. Que además en esos viajes a saber qué te dan de comer, y luego te entran unas diarreas malísimas y te quedas más delgada aún, que te lo he dicho: tú, más que flaca, estás espiritual. Con la paella tan buena que dan en Gandía, y la fideuá, que me dijo tu tía Juani de un sitio estupendo para tomarla, un sitio limpio, limpio, que te ponen manteles de tela; si vas, le dices que eres sobrina de la Juani, la de Manolo, y ya vas a ver que te atienden de primera y te echan un montón de gambas en la ración.

Y justo en este punto, demostrado que la lógica, la información y la racionalidad no funcionan, es cuando yo digo:

—Mamá, Marta fue en junio a México, volvió encantada y no tuvieron ningún problema.

—Y si Martita se tira por una ventana, tú detrás.

Esto fue antes de ayer, 33 años que tengo yo y Martita, una hija y un trabajo como pediatra y un marido serio que haría las delicias de mi madre como yerno. Pero ella sigue siendo Martita y yo un ser sin personalidad, y mi madre, agotadora.

Consecuencias del consejo:

Le he mentado durante años, pero con avaricia. En realidad, sólo una de las treinta veces que cree que he estado en Gandía era verdad. Fui una vez y me hice miles de fotos para usarlas de recurso. Todos vivimos más tranquilos.

Excepciones para utilizar la frasecita:

Cuando Martita se tire por la dichosa ventana.

Versiones:

«¿Será que se desbloquea alguna neurona con el parto? Porque mira que me siento identificada... Mi madre, además, tenía un puntito sádico: ¡nos mentía! Y no sabes qué mentiras. Aquí en Tenerife hay una playa que se llama Las Galletas. Recuerdo la primera vez que fuimos: “Niños, mañana vamos a la playa de Las Galletas.” “Mamá, ¿y por qué se llama la playa de Las Galletas.” “Pues porque en lugar de arena hay galletas y cuelgan de las palmeras.” Imagínate: tres niños sin dormir toda la noche, pensando en el día que nos esperaba, la playa llena de galletas... Y nuestra imaginación volando. Recuerdo perfectamente el sueño que tuve aquella noche: la playa dividida según los sabores. Al día siguiente, hazte la idea de la cara que se nos quedó cuando llegamos a la playa y sólo había arena. Pero mi madre tenía una explicación para todo: “Mamá, ¿dónde están las galletas?” “Hemos llegado tan tarde que ya se las han comido. Es que no se puede llegar a la playa a estas horas.” ¡Y nosotros nos lo creímos! Bueno, por lo menos nos compraba Kinder Sorpresa.»

Maynth

«La de mi madre es: “Y si tus amigas se tiran a un pozo, ¿tú detrás?” Y después viene: “Lo que tus amigas hagan me importa una mierda. Tú te quedas aquí”» *Anita Patata Frita*

CAPÍTULO 29

Quien tiende bien, plancha la mitad

Lo tengo que reconocer: mi madre tiene razón. Un gran consejo. Estupendo. Pura sabiduría de madre. Una verdad como un templo. Si no te gusta planchar... Bueno, ¿a qué clase de persona le puede gustar planchar? Mi madre, que tiene su casa limpia, pero limpia tipo «en esta casa no hay atmósfera, por eso no hay ni una motita de polvo», odia planchar. Y tiene ese truco. Un buen truco. Vale, dejo de insistir, pero es que los buenos consejos de mi madre los paladeo con placer.

Matizaciones malas a un buen consejo:

Mi madre lo plancha todo.

—«Por supuesto que las sábanas se planchan. ¿Y si te pones mala y tiene que venir el médico a casa? Imagínate qué vergüenza si están arrugadas. Nena, las sábanas se planchan.»

—«Las toallas también se planchan, ¿cómo no se van a planchar? Es que tienes unas cosas. ¿Y si viene algún invitado a casa y las ve todas arrugadas en el baño, qué va a pensar de ti? Pues que eres una sucia, y eso no. ¿Me has oído? De una hija mía nadie va a decir que es sucia, antes me borro como madre.»

—¡Ay! Y ya que estás, no te cuesta nada darles un planchado a los calcetines, que quedan mejor, tú hazme caso, y si alguien abre el cajón de los calcetines, pues pensará: «Pero qué chica más limpia.»

—Pero, mamá, ¿quién narices va a abrir mi cajón de los calcetines?

—Nunca se sabe, tú por si acaso dales una planchada. Y, por favor, no digas «narices», que queda vulgar.

Para mi madre, la limpieza es LA VIRTUD, sin lugar a dudas lo mejor que se puede decir de alguien. Puedes saber si una persona le ha impresionado porque dice: «He conocido a la hija de Pili, ¡ay!, muy mona, muy estilosa, es médico, trabaja en una ONG, pero sobre todo ¡tiene una pinta de limpia!» Mi madre vio a Obama y dijo: «Me gusta ese chico, tiene pinta de ser muy limpio.» Tú estudias durante años, cúrrate una dura carrera política, sé el primer presidente negro de Estados Unidos y nada de eso valdrá tanto como que lleves los calcetines planchados.

Excepciones para utilizar el consejo (en realidad, variación del consejo):

Futuros hijos míos: quien tiende bien, plancha la mitad. Una buena sacudida, la ropa bien colgada, y no habrá que planchar.

Segundo consejo: existen tejidos que no hace falta planchar, así que compraos toda la ropa hecha con ellos. A excepción de la lycra, hijos, la lycra sólo se admite en un bañador y con mucho, mucho cuidado.

No perdáis tiempo planchando sábanas, toallas, bragas, calcetines, paños de cocina y la mayoría de las camisetas y pantalones. Si alguien dice que sois unos sucios por no planchar los calcetines, no pasa nada, el problema es suyo. Conoceréis más gente. Si es vuestra suegra, estáis jodidos.

Versiones:

«Mi madre lo planchaba todo a excepción de los calcetines. Pero poco a poco se empezó a dar cuenta de que hay cosas que no lo necesitan tanto, y que con una buena tendida está todo solucionado. Ahora ya está tan cansada de los añazos que lleva limpiando y ocupándose de la casa, que sólo plancha lo estrictamente necesario. Ya era hora de que descansara un poco (sólo un poco).» *Queta*

«Mi suegra plancha hasta la ropa interior. Y una temporada que tuvo a sus sobrinos en casa, le planchó al pequeño una camisa “moderna” de estas que están muy muy arrugadas, pero que son así. Pues le quitó hasta la última marca de la última arruga. ¡El chaval pilló un cabreo descomunal!» *TNO*

«Mi madre, cuando voy a su casa a comer, me dice: “Hija mía, quítate esa camisa que le voy a dar una planchadita.” Y lo peor, a mi marido, que trabaja con traje: “Miguel,

quítate los pantalones que los llevas sin raya.»» *Anónimo*

CAPÍTULO 30

Nena, como te caigas, vas a cobrar

—¿Voy a cobrar cien pesetas, mamá? —Ajá, soy de la generación de las pesetas y de los chistes malos.

—Mira, como te sigas haciendo la graciosa no te va a hacer falta caerte para cobrar. Y bájate de esa barandilla, que te vas a abrir la crisma y luego vendrán los lloros.

Oye, dicho y hecho. Es que mi madre te dice algo tipo «ten cuidado con ese vaso que se te va a caer», y al maldito vaso parece que le faltan segundos para estamparse contra el suelo. Y por supuesto que a mi madre le faltan menos segundos aún para añadir: «Te lo dije, nena.»

Yo creo que es un superpoder de madres. En realidad, si ella no dijera nada, el vaso jamás se caería, pero se cae y vienen los lloros y las crismas abiertas.

«Crisma» es una de esas palabras que no tengo ni idea de qué significa, supongo que cabeza, y que sólo se la he oído a mi madre en dos variantes: romper la crisma y abrir la crisma (segunda entrega del vocabulario de madre).

Y también está esa gran frase de madre: «Luego vendrán los lloros.» Tengo que confesar que durante años, para mí, los lloros eran unos seres tipo el coco, malvados, que iban a venir a castigarme por portarme mal. Descubrí lo que eran la primera vez que me abrí la crisma. La escena: yo llorando con una herida en la cabeza y mi madre:

«Te lo dije. Ah, no, no, a mí con lloros no me vengas. Que te lo he dicho: bájate de ese patinete, que tú tienes el mismo equilibrio que un calabacín; estás mejor tumbada. Pero noooo, tú ni caso: que mira cómo me deslizo, que mira qué velocidad... Pues ¡hala! Ya lo has aprendido: la velocidad en la vida no trae nada bueno nunca, y tú sobre ruedas... pues tampoco puedes traer nada bueno. ¡Pero si tenías ocho meses y todavía no te sujetabas la cabeza! ¡Que las vecinas me decían que te pusiera collarín para que se fijara un poco el cuello, que no era normal! Y sí que estabas un poco rara, y así te has quedado, rara. Que ya es desgracia. Habiendo podido ser normal, normal, pues mira, nos ha tocado que seas rara.»

Insisto: yo lloraba con una herida en la cabeza.

Consecuencias:

Puro y rotundo pánico cada vez que mi madre dice cosas tipo: «Tú sigue así, que te van a echar a la calle en dos días.» Oye, pues justo: fueron dos días y a la calle.

Le hago caso, al menos con las cosas básicas, le hago caso: «Nena, si no sabes cocinar vas a morir sola.» A ver quién tiene narices de no hacerle caso. ¿Eh? ¿A ver, quién? Vamos, que hago una paella para chuparse los dedos y estoy aprendiendo a deconstruir la tortilla de patatas. Bueno, para qué mentir, mis tortillas siempre son deconstruidas, jamás me cuajan. Mierda, voy a morir sola.

Excepciones para utilizar el consejo:

Futuros hijos míos, lo siento, pero el consejo me importa un pimiento, lo que quiero son esos superpoderes premonitorios ya mismo y decirme por las noches: «Nena, como mañana eches la primitiva, te van a tocar veinte kilos.» ¡Y a vivir!, que es lo mío.

Versiones:

«Que no son superpoderes, que es más fácil, una cuestión de probabilidades: si te subes en la barandilla o vas a toda velocidad en un patinete lo raro es que no te caigas.» *Anónimo*

«Dicho que va de la mano de “Como te peguen en el cole, te pego yo más” y que se aplicaba cuando te quejabas de mosquearte con algún “amigo” y tu madre juzgaba que no habías sabido “defenderte”. Qué jodienda.» *Miryam*

«Una variación muy mítica de las abuelas gallegas es el “Vas caeeer” (te vas a caer) que te regalan cuando ya estás estampado en el suelo. No conozco a ningún gallego al que su abuela no le haya dicho eso en su niñez, y varias veces.» *Anónimo*

CAPÍTULO 31

Tenías que haber caído en otra casa

Esto nunca se le debería decir a un niño, porque un niño puede pensar:

Primero: los niños caen, lo que produce confusiones en cuanto a la reproducción humana.

Segundo: a mi madre le hubiera gustado que le hubiera caído otra niña distinta, más... más... No es que no se me ocurran cosas, es que son tantas que me cuesta ordenarlas: más limpia, ordenada, buena comedora, recta, educada, tranquila, obediente, conformista, disciplinada y, sobre todo, más normal. Voy a parar de enumerar para no deprimirme.

Tercero: ¿y si hubiera caído en casa de Martita? Tendría Barbie y piscina. ¡Oh, mundo cruel! Y yo con la muñeca Pepa que sólo sabe tirarse pedos y la piscina municipal con el profesor psicópata de natación:

—No llores, niña. Tampoco es tan grave que te caiga alguien encima desde el trampolín. Que eres muy blanda.

—Pero es que Manolito pesa setenta kilos.

—¡Ah! O sea que tenemos una niña que discrimina a los demás por su peso. Bueno, pues se me ocurre que piense en ello nadando otros..., pongamos..., treinta largos. Y suelta la burbuja, que te estoy viendo. Así no te vas a hacer fuerte, niña.

Cuándo utilizaba el consejo:

Siempre que me quejaba.

—Joo, mami, las vainas están malas.

—Tenías que haber caído en otra casa en la que te dieran de comer siempre vainas, para que aprendieras.

—Mami, nosotros nunca tenemos Nocilla.

—Tenías que haber caído en otra casa en la que te dieran de comer siempre vainas, para que aprendieras.

—Mami, yo lo que quiero cenar de verdad son Tranchetes, sólo Tranchetes.

—Tenías que haber caído en otra casa en la que te dieran de comer siempre vainas, para que aprendieras.

Luego se pregunta por qué narices le tengo tanta manía a las alubias.

—También podía haber caído en una casa en la que sólo me dieran Nocilla y Tranchetes —decía yo por lo bajini.

Pero el superoído de madre está siempre ahí, para amargarle el día a una.

—¡Ah, sí! Pues hala, venga, vete a buscar esa casa. Sí, sí, ya me estás oyendo. Anda, coge tus cosas. Ah, no, que tus cosas son nuestras. ¿O es que tú has pagado alguna? Venga, que sí, nena, que tienes mi permiso. Vete a ver si te quieren en otra casa; no sé, igual los gitanos del circo buscan niñas.

Y yo me comía las dichosas alubias.

Excepciones para utilizar este consejo:

Ninguna. Futuros hijos míos: habéis caído en mi casa. La vida es así. Espero tener piscina para cuando lleguéis; Nocilla ya tengo, algo es algo, pero algún día habrá que comer vainas. Lo dicho, la vida es así.

Versiones:

«¡Uy! Yo tengo una variante que utilizo con mis hijos cuando se ponen muy pelmas. Ser hijo es difícil, pero ser madre también tiene sus momentos. Yo a mis hijos les digo: “Haber elegido a otra mamá, porque elegisteis a ésta y ahora ya no se puede cambiar, os tenéis que quedar conmigo.”» *Anónimo*

«Mi madre todavía era peor. Su versión era algo así como: “A ti no te quieren ni los gitanos”, cosa que no entendía. Que no me quieren ni los gitanos ¿para qué?, ¿para venderme?» *Valentina*, mi amiga Cristina

«Mi madre tenía una variante de ésta, utilizable cuando había hecho algo malo que

la decepcionaba: “No te conozco, ya no soy tu madre.” Lo primero que dice un niño es: “Mamá, no me digas eso”, y su contestación: “Niño, ¿pero tú quién eres?, ¿qué haces aquí, dónde está tu casa?” ya te remataba.» *Quique*

La opinión del experto:

«Respetar los alimentos que tu hijo rechaza. Igual que los adultos, los niños tienen sus alimentos preferidos, otros que no les acaban de convencer y alguno incluso que odian. No intentes amargarle preparándole comida que siempre rechaza. Recuerda que ningún alimento es imprescindible.» Doctor Juan Casado, jefe del servicio de Pediatría y del área de Cuidados Intensivos Pediátricos del Hospital Infantil Universitario Niño Jesús de Madrid. (*El gran libro de la pediatría.*)

Las vainas no eran necesarias. ¡No lo eran! Por Dios, qué penita no haber sabido leer antes.

CAPÍTULO 32

Nena, ¿crees que soy la dueña del Banco de España?

Bueno, en realidad, la formulación era Bancoespaña, del tirón. Y a mí me daban unas ganas horribles de decirle:

«Pues sí, mamá, porque si yo de paga tengo 2 duros y en tu cartera hay más de 600 veces esa cantidad... pues sí, mamá, algo tienes que tener tú con el Bancoespaña para tener tantíiiiisimo dinero, con el que me podría comprar todos los huevos Kinder del mundo. Ahora, que no lo haces porque no te da la gana.»

Pero sólo me daban ganas de decirselo, porque si yo le contestaba así a mi madre me regalaba a los gitanos del circo, que ya me lo tenía advertido.

Variaciones del consejo:

—«Pero ¿tú te crees que soy la dueña de Iberdrola?»

—«Pero ¿tú te crees que el dinero lo regalan?»

—«Pero ¿tú te crees que el dinero crece en los árboles?»

Cuándo utilizaba el consejo:

Pues siempre que le pedía algo, fuera un capricho o una necesidad. A mi madre todo le parece un gasto.

—Mami, ¿me compras un estuche nuevo?

—Pero si tienes el que te compré el año pasado. Nena, ¿tú te crees que soy la dueña del Bancoespaña?

—Es de hace dos años, mami.

—Está como nuevo, y no me llames mami que me pone nerviosa.

—Mamá, pero si no cierra, la cremallera está rota.

—¡Ah!, ¿y se la he roto yo? He sido yo, ¿no?

—No, mamá, se ha roto de usarlo mucho.

—Pues no te pienso comprar otro para que lo rompas otra vez. (¿Os habéis dado cuenta? Ya no estamos discutiendo sobre comprarme o no el estuche, estamos hablando de que la nena rompe cosas constantemente. Otro poder de madre: manipulación.)

—Pero mamá, es que Martita tiene uno superchulo con un organillo en la tapa, y puedes tocar canciones mientras haces la tarea.

—¿Un organillo? Mira, tú haz las tareas centrada y en silencio, sin musiquitas, que yo artista en la familia no quiero. Un estuche con música, ¡qué inventarán! Un estuche lo que tiene que hacer es guardar bolis y punto. Aparte de que tú desafinas cantando «Campana sobre campana», que mira que es difícil, así que no vamos a tirar el dinero.

—Pero mami, ¿cómo llevo los bolis dentro de este estuche roto?

—Ni mami ni zarandajas. Le pones una goma y a ver si cuidas un poco las cosas, que el dinero no me lo regalan, ¿eh, nena?

Consecuencias del consejo:

Odio el Bancoespaña. ¡Egoístas! ¿Qué os costaba haberle dado a mi madre 500 pesetas para un estuche con órgano, eh? Que sólo dos niñas de mi clase no tuvimos ese estuche, y Laurita era la que creía que no había cosa más divertida que mirar un metrónomo durante horas. Pues eso, egoístas, a ver cómo queríais que tuviera una vida social normal con un estuche cerrado con una goma. Es que es pasar por la calle Alcalá y me tengo que cambiar de acera, porque me entran unas ganas de prenderle fuego al edificio, qué miedo me doy.

Excepciones para utilizarlo:

No pienso utilizarlo. Mi frase tipo será más del estilo:

—Mami, quiero un estuche que vuela. —Porque en mi mente de los ochenta, todo en el futuro debe volar.

—No tengo dinero, porque me lo gasto en terapia para superar un exceso de

educación maternal.

—Pero mami...

—Ni mami ni zarandajas.

Me gusta cómo suena «zarandajas», aunque ni idea de qué significa.

Versiones:

«Yo les debo a mis padres un trauma con el material de oficina. Todo siempre usado del año anterior o de hace dos, o más... O heredado de mi hermana. Y luego los famosos bolis de publicidad de Ertoil (empresa de aceite para coche) que le regalaban a mi padre en cantidades industriales, con el consecuente ahorro para ellos en bolis a principio de curso, el consecuente disgusto de ser la única que no tenía los bolis X que estaban de moda en el cole, y la consecuente manía, que todavía me dura, de pegar la nariz al cristal de cuanta tienda de material de oficina me encuentro. Si entro en un sitio así, mi marido se echa a temblar. Por el bien de su economía futura, nunca le negaré a mi hijo un boli nuevo a principio de curso. Por cierto, en nuestro caso una variación del consejo era también “Apaga la luz, que no somos de Fenosaaaaaa” y “Cuelga yaaa, que no somos de Telefónicaaaaa”. Odio Fenosa y Telefónica, claro está.» *Rous*

«Yo utilizo la variante de si creen que tenemos una máquina de hacer dinero en casa. Pero mi padre me decía lo mismo, que si creía que nos llovía del cielo o que él era el Banco de España.» *Pili Pili*

«Mi madre me enseñó el término “accionista”. “Que no soy accionista de Fenosa...” “Que no tengo acciones en Telefónica...” “A ver si te crees que soy accionista del Banco de España...” Yo también odio Fenosa, Telefónica y el Banco de España.» *MJ*

«Pues la versión de mi madre era más “salvaje”: cuando teníamos todas las luces encendidas decía: “¿Qué os creéis? ¿Que me acuesto con el tío de Sevillana?” Las conclusiones que se pueden sacar de esta frase son, como poco, nada educativas.» *Anónimo*

«La mía era menos diplomática: “¿Qué te crees, que estamos cagando la plata?”» *Mona*

La opinión del experto:

«Para conseguir que un niño entienda el valor del dinero hay que hacerlo así, diciéndole que No. Dándole valor a lo material, pidiéndole esfuerzos para conseguir las cosas, enseñándole a ahorrar para comprarse sus caprichos y diciéndole que las cosas no aparecen por arte de magia.» *Rocío Ramos-Paul*

Yo es que siempre he sido muy de magia. Bueno, y de caprichos, también he sido de caprichos.

CAPÍTULO 33

Nena, el mundo es un lugar terriblemente injusto

¿Y cómo lo iba a aprender la nena? Pues sintiendo la injusticia en sus carnes. No era plan de contármelo, ponerme un vídeo y no concederme nunca un capricho en pro de todos aquellos niños más desgraciados que yo. Eso hubiera sido simple, sencillo, poco perturbador, y mi madre es perturbadora por encima de todas las cosas. Quería que yo fuera consciente de la marginación, el sexismo, el racismo, la pobreza y, sobre todo, el clasismo, una cosa que a mi madre le parece el peor invento del demonio.

Así que el plan era el siguiente:

Tratamiento de choque contra el racismo: Consistía en no comprarme ninguna muñeca blanca. Nada ni remotamente cercano a la raza a la que pertenezco. Nunca me compró una Barbie, ni siquiera una Nancy rubia. En la cabeza de mi madre, si yo jugaba con muñecas de otras razas, no sería racista. Así que mis muñecas fueron una Barriguita africana con el pelo ensortijado y una Nancy marroquí (en serio), cuyo mejor complemento era el sari indio que traía para cambiarle la ropa. Tuve un bebé chino de color amarillo chillón, porque tampoco es que comprara los juguetes caros, así que más que oriental el bebé parecía un extraterrestre (tratamiento de choque contra la pobreza). Tuve matriuskas, una geisha, una familia andina al completo y una especie de Barbie regordeta de todo a 100 y pelirroja, porque «nena, los pelirrojos también sufren mucho».

Segunda parte del plan, la que era realmente perturbadora. El día de la vuelta al colegio después de Navidad, todos teníamos que llevar un juguete, el preferido, el más grande, el más caro. Finalidad: dar el máximo posible de envidia al resto de niños. Y ahí entraba mi madre.

—Tu juguete lo elijo yo. En tu clase hay algunos niños que no habrán tenido regalos tan estupendos como los tuyos, así que vas a aprender a solidarizarte con ellos. Te llevas la Barriguita negra y no se hable más (tratamiento de choque contra las desigualdades sociales, aunque personalmente creo que era un tratamiento de choque contra mis relaciones sociales normales).

—Pero mamaaaaá... Martita va a llevar la autocaravana de la Barbie y Ana, el carricoche del Nenuco. Nadie va a querer jugar conmigo; déjame llevarme al menos las marionetas rusas, que hay más.

—No, cuando seas mayor me lo agradecerás.

Puede, mamá, pero con 7 años aquello era un castigo. Me pasaba esos días sentada en el pupitre intentando jugar con Laurita y un tangram, que ella llevaba voluntariamente. «Nena, tú hazte amiga de Laurita, que es un niña lista y sabe lo que importa en la vida.» Sí, mamá, la capacidad de abstracción a veces es lo más importante en la vida. Sobre todo cuando te mandan a chulear al cole con un ábaco, para que aprendas la importancia de las matemáticas; otra vez con una plantilla, para aprender a atarme los cordones; otra vez con un tampón que imprimaba mini Quijotes... En fin, lo que viene siendo una vida social de mierda.

Consecuencias del consejo:

Lo dicho, escasa vida social y cierta marginación.

Estado total de éxtasis cada vez que iba a casa de Martita: me disfrazaba de princesa, me pintaba la cara, llevaba unas cinco Barbies en la mano mientras acunaba a un Nenuco dentro de la autocaravana y merendaba Nocilla, untada sobre Krispies de Kelloggs, que estaban prohibidos en mi casa: «Eso no es comida, son chucherías inventadas por los americanos para hacer de los niños seres pusilánimes. En nuestra casa se desayunan tostadas, como Dios manda, con su pan y su mermelada. ¡Arroz inflado! El arroz para la paella. A ver si aprendes a distinguir las cosas importantes de las tonterías, que parece que te cuesta un poco.»

Excepciones para utilizar el consejo:

Todas.

Gracias, mamá, por enseñarme la cantidad de tonterías que hay en el mundo y por hacerme creer que es posible educar a los niños de otra manera, para que los adultos acaben siendo también de otra manera. Gracias por hacerme valorar cada juguete que tuve, y porque gracias a ti hubo muchas Lauritas en mi vida con sus tangram y sus metrónomos, que me siguen acompañando veinte años después y que jamás me dieron de lado por no tener una Barbie.

Eso sí, te pierden las formas, mamá, de verdad que te pierden. ¿Qué te costaba haberme mandado al cole con un muñeco algo más normal? Me daba igual que fuera aquel bebé indígena con taparrabos, pero ¿el ábaco? Eso no es un juguete, mamá, eso es hundirle la vida social a un niño. Palabra.

Versiones:

«Mi trauma personal: mi madre me hizo una boti-bota con una cuerda y una botella de leche. Cutre, cutre. A mí me avergonzaba mogollón. Ahora, con los años, la entiendo (era un pingo que costaba un pastón y de vida muy limitada), pero qué vergüenza... Para eso no me hagas nada. Recuerdo, por cierto, la Barriguita amarilla limón. Y la india, que era de un rojo subido...» *Walewska*

«Os quejáis por nada, vosotras que vivisteis en la opulencia muñequil. Mis juguetes fueron tres, sí, tres contados. A saber, muñeca pepona (pieza de plástico duro con todo pintado) y su carricoche. ¿Que no sabéis lo que es un carricoche? Pues algo así como el coche de los Picapiedra pero en carrito de muñecas-bebé. Una batería de cocina, con todas sus cacerolitas, ollas y cacitos, y ¡un triciclo! El drama consistía en que sólo me dejaban jugar con semejantes tesoros en momentos puntuales, no fuera que se rompiesen. ¡Me olvidaba de la Nancy! Cayó en un día de Reyes con 12 años recién cumplidos (me dieron los 16 cambiándole de ropita y peinándola).» *Pilar casi anónima*

«En casa de mis padres siguen sin estrenar, y en su blíster original, dos Barriguitas de mi hermana (la oriental y la indígena norteamericana) y el Quimicefa. Es para que no se estropeen. En el caso del Quimicefa, porque era peligroso y era mejor esperar a que fuéramos más mayores. Un día salió el tema, con veintitantos años, y mi madre nos autorizó a abrirlo. Lo oxidable se había oxidado, y lo decantable se había decantado. Estaba inservible. Excepto para vacilar a mi madre y estimular un poco su sentimiento de culpa: para eso era perfecto.» *Víctor Zurdo*

«Yo también tuve una boti-bota que era una cuerda atada a una bolsa llena de papeles de periódico. Sólo tuve una Barbie, y nunca me compraron la casa de Pin y Pon... Un año mi madre me hizo poner en la carta de los Reyes que quería libros y ropa para los niños necesitados, porque los pobres no tenían de nada y yo sí, así que no podía pedir juguetes.» *María*

CAPÍTULO 34

Tú nunca me escuchas.

Ahora, que un día me vas a escuchar

Vale, trato de no escucharla mucho, ésa es la verdad. Pero es que mi madre habla raro y largo, sobre todo largo.

Me explico:

—Bájate al trastero y me traes la carpeta roja de las facturas. —Parece una orden simple. ¡Ah!, pero la simplicidad no existe en la comunicación maternal, y ella sigue—: La roja ¿eh, nena? Ni la azul ni la amarilla.

—Que sí, mamá, que te he oído.

—Sí, sí, tú oyes mucho pero te enteras de poquico, que ya lo llevo viendo un tiempo. La carpeta está en el armario del medio, en el del medio, no en el pequeño azul ni en el grande marrón. En el del medio, que es como de color caqui, pero está muy viejo. Mira que nos costó dinero ese armario y salió malo, malo. Se lo dije a tu padre, que los de muebles El Gran Pino son unos liantes. Pero como tienen nombre en el barrio, pues te cuelan cualquier cosa a un precio de rico; que podíamos haber comprado otro beige que había, pero chica, elegí ése porque el beige es tan sucio, tan poco sufrido. Como la falda esa que te compraste el año pasado y que no te pones nunca. Ya te lo dije: que el beige no aguanta nada y tú eres muy de arrastrarte. ¿Quién te habrá enseñado a ti esa manía de sentarte en el suelo como si fueras una apache? Porque yo no habré sido. Ésos son los de la catequesis, que van de místicos modernos y os sientan en corro, ¡habiendo sillas! Bien que piden dinero para la Iglesia, y luego los niños al suelo y yo a gastarme dinero en detergente para sacarte todos esos manchurroneos. Bueno, pues la carpeta está en el tercer cajón. Ni en el primero ni en el segundo. Y no vayas a abrir con fuerza el segundo porque está flojo y mal sujeto, que ya te digo yo que es el último mueble que les compro a los de El Gran Pino. ¡Tres años aguantó el cajón! ¿Tú has visto las mesillas que hay en mi cuarto? Pues llevan ahí desde que me casé con tu padre. Las compramos por cuatro duros, porque antes nos casábamos con nada, que ahora necesitáis tener un jacuzzi para casaros, que si no el matrimonio no funciona. Mucha tontería es lo que tenéis. ¿Cuántas veces habré abierto yo esas mesillas? ¿Miles? Qué digo miles, millones, porque yo por las noches me despierto mucho, que tengo insomnio. Cuando era joven no lo tenía, pero como tú dormías tan mal de pequeña pues me cambiaste el sueño y ahora me despierto muchas veces. Y los cajones siguen como el primer día. Además, son de estilo castellano, que va con cualquier cosa, y son muy sufridas y ni un arañazo que tienen. ¿Me has oído? Pues no te quedes con esa cara de pasmada que me corre prisa. Tengo que llamar a tu tía Juani para decirle cuánto me costó la olla exprés, porque ha visto una parecida pero le parece muy cara y yo no me acuerdo de memoria del precio. Chica, se me olvida todo. Han dado en la tele que las almendras van muy bien, y mira que me tomo tres todas las mañanas, pero no noto nada, ando fatal de memoria...

Dios, mamá, ¡porque la tienes llena de palabras! Hasta arriba, ahí no te entra ni un recuerdo nuevo, todo tiene que resbalar (esto sólo lo pienso mientras pongo cara de concentrada, si lo digo en alto, puedo llegar a ver el mismo centro del infierno en un momentito).

Consecuencias del consejo:

Estoy en el trastero y mi memoria rastrea. Recuerdo las palabras «carpeta, facturas, amarilla, azul, roja y armario beige». No hay armario beige. Creo que también ha dicho marrón. No, el marrón no era. Está lleno de ropa. ¡Caqui!, era el caqui, que es más sufrido. Recuerdo las palabras: segundo cajón. Irremediablemente abro el segundo cajón y todo el contenido cae al suelo. Lo recoloco, nerviosa. Se va a dar cuenta. La he cagado. Abro los otros; hay montones de carpetas. Tengo que abrirlas. ¿Cuál era? ¡Facturas! ¡Ha dicho «facturas»! Hay dos carpetas llenas y una especie de archivador

con acordeón. Joder.

—Ya era hora, pues menos mal que te he dicho que tenía prisa. Llevas ahí abajo más de media hora. Pero ¿qué narices haces con todas esas carpetas? Si te lo he dicho, nena, pero tú nunca me escuchas. Ahora, que un día me vas a escuchar. Bien clarito te lo he dicho: la carpeta roja del armario caqui, en el tercer cajón. Si es que todo lo tengo que hacer yo.

Excepciones para utilizarlo:

Tranquilos, futuros hijos míos, no tengo ese don de palabra. He necesitado reescribir cuatro veces este consejo hasta que he conseguido que la carpeta fuera del color y estuviera en el armario y el cajón en que inicialmente había pensado. Será porque no me gustan las almendras.

Versiones:

«Mi madre es igual. Ahora, cuando empieza a contarme algo que ya me ha contado anteriormente, la corto, porque para decirte una chorrada se puede tirar cuatro horas y contarte los detalles más inimaginables. Pero me da que me acabaré convirtiendo en mi madre en este sentido, y mis hijas tendrán la misma queja... Me lo estoy oliendo.»

Waleska

«La mía era la reina del “trae aquello que está allá, al lado de lo otro”. ¡Hala, y búscalos! A saber lo que era, porque ni lo señalaba ni nada. Y cuando no lo encontrabas: “Uf, ya voy yo, que to’ lo tiene que hacer una.”» *Siriñiadas*

«Mi madre, para contar algo que le pasó a las ocho de la noche, comienza con: «Ese día me levanté yo muy cansada. Es que no dormí nada (ronca como un tigre-búfalo y cuando se mueve en la cama parece que haya un temblor), fui a hacer café pero no encontré el colador, y eso que yo siempre lo lavo, lo hiervo, lo exprimo y lo guardo en su sitio, pero vaya a saber usted quién lo habrá cogido y movido de sitio (vive sola). Total, que se lanza a contarte todo su día. Y por teléfono, que se le entiende poco. ¡Ayyyyy, Dios mío! Sólo el hecho de amarlas con locura le impide a uno decirles: “Venga, cuenta la vaina sin tantos rodeos.” Pero eso es poco; lo peor es escuchar la repetición cuando se lo cuenta a una segunda persona, igualito, y hasta con las mismas pausas y ejemplos. Y pensar que me aterra perderla y no poder escuchar esos cuentos...» *Betzabe*

CAPÍTULO 35

Un drogata suicida no es decorativo, nena, una planta sí

Mi madre utiliza la palabra «drogata» como calificativo: pantalones de drogata, pelo de drogata, zapatos de drogata. La otra palabra perfecta para definir mis gustos es «pilingui». Y si algo es de «drogata pilingui sucia», olvídate. Ya puedes ir tirando a la basura lo que sea que cuadre en esa clasificación, porque no podrás soportar oírla cada vez que te lo pongas. Te derrumba. Bueno, tiene que ver con un agotamiento tipo el que debe de sentir alguien que sube al Himalaya. O eso me imagino la 304 vez que le oigo decirme: «Nena, esa falda es horrorosa, te sienta fatal, es que no entiendo cómo pagas por algo así. ¡Pero si eso es de pilingui drogata sucia! Y no me digas que es moderno. Que me tienes de las moderneces hasta las narices. Lo que es bonito, es bonito, ¡ahora y con los romanos!» Y yo no puedo respirar, siento el mal de altura y me dan ganas de buscar un buen precipicio por donde tirarme.

Bueno, pues con 16 años, en plena rebelión hormonal, intenté resistir. El caso es que puse en mi cuarto un póster de Kurt Cobain. Me gustaba mucho y fue el único póster que he tenido de un cantante, actor, etc. Lo colgué medio escondido porque veía la que se me venía encima, y se me vino. No quedaba muy normal, ésa es la verdad. Digamos que no encajaba con las enormes hortensias moradas de mis cortinas (quien dice mis cortinas, dice las cortinas que mi madre eligió mientras yo pataleaba como una loca gritando: «Mamá, son de vieja, y de vieja cursi»), ni con los cuadros de marinas ni con las muñecas de porcelana, sobre todo no pegaba con las muñecas de porcelana, que por cierto de pequeña me daban un miedo de muerte.

Pero la nena pensó que tenía que defender su identidad y en aquel momento toda mi identidad residía en aquel póster. Ahora, que mi madre pensó que la guerra de los Cien Años iba a ser una tontá comparada con el asedio al que iba a someterme.

Comenzó sin miramientos:

—Un drogata suicida no es decorativo, nena, una planta sí. ¿Entiendes la diferencia? Voy a intentar explicártelo: las plantas son bonitas, quedan bien con todo y están vivas, no como ese drogata de la pared. Te voy a poner otro ejemplo: una hortensia en una cortina es algo bonito. Por eso durante siglos las hortensias han decorado los jardines reales. ¿Alguna vez has visto jardines con drogatas suicidas plantados? Nooooo, porque son feos. ¿Entiendes ahora la diferencia entre decorativo y feo? Te lo digo, porque me parece que se te resiste el concepto.

Intentó seguir por otros caminos al ver que yo no lo quitaba de la pared:

—Nena, pues si quieres un póster, ponte el de un chico guapo, como ese de *Los problemas crecen*.

—A mí no me gusta, y se llama Kirk Cameron.

—¡Ay, qué gracia! ¿En serio que eso es un nombre de persona? ¿Y por qué no te gusta? Si es muy guapo y tiene un pelo precioso, que se le ve que va a envejecer bien.

—Pues a mí me gusta Kurt Cobain y su pelo.

—Pelo escoba, eso es lo que tenía ése. Muerto y feo.

—Se ha suicidado porque sufría mucho. Tú no lo entiendes, mamá.

—Yo sí que sufro mucho, y no veo que pongas ningún póster mío en la pared.

—Y me encanta su música.

—¡Ah, no! Vale que te permita tener al drogata muerto en la pared, pero que llames música a eso que pones, por ahí no paso. Serrat hace música, con sus letras bonitas y sus melodías, y no ese drogata que sólo grita y hace ruidos. Por no hablar de que Serrat está vivo.

—Mamá, déjame, es que no me entiendes. Nadie me entiende.

Vale, yo misma me caigo mal oyéndome, y ni siquiera me parece guapo Kurt Cobain. Creo que, en realidad, fue mi primera gran guerra. Perdí. Como le parecía muy

triste el póster, le puso delante un jarrón con flores de plástico. «¡Ay, nena! Para darle otro aire, de... no sé... ¿más vivo?»

Consecuencias del consejo:

Pocas. Grandes batallas durante toda mi vida ejemplificadas con: «Como cuando te dio por poner al drogata aquel en la pared, que tú solica te diste cuenta de que quedaba mal. Pues esto es lo mismo, al final me darás la razón. Al tiempo, nena, al tiempo.»

Excepciones para utilizarlo con mis futuros hijos:

Por favor, por favor, que no os dé por el reggaeton. Lo que sea, hijos, pero el reggaeton no.

Versiones:

«Los calificativos de mi madre eran “de yonqui” o “de gitana”, dependiendo de la ocasión. Y en vez de al “melenudo ese” de Bon Jovi, mi señora madre habría preferido ver a Tom Cruise en la pared.» *M J*

«Los pósters: “Ni se te ocurra ponerme en la pared tontalacos de esos que salen en las revistas. Que no vea yo uno pegado, porque te arranco la cabeza. ¿Qué es eso de colgar caras de otros por la casa? ¿Qué sentido tiene?” Aun así, mi madre es maravillosa y ahora nos reímos un montón cuando le recuerdo estas cosas, y la pobre, con cara de pena, me dice: “Es que yo qué sabía... Tenía tanto miedo.”» *Bea*

«En mi casa lo de “pilingui” también es la muerte. Como yo era de las empollonas no me iba tanto lo de los pósters, a lo más llegué a tener en la carpeta una foto del tenista Boris Becker. Eso sí, cuando puse un disco a todo volumen de los Héroes del Silencio, la canción en que dicen “vender a tu madre por unas monedas”, eso ya mi madre no lo pudo aguantar, y nada, de vuelta al elepé de Mocedades, que también me gustaba, o peor, de Diango.» *Silvia*

CAPÍTULO 36

Bah, esos pelos se ponen rubios con el sol y ni se ven

Calculo que tenía 13 años. Igual 12.

—Mamá, quiero depilarme.

—Eres muy pequeña.

—Seré pequeña, pero tengo pelos en las piernas.

—¡Bah, tonterías! Esos pelos se ponen rubios con el sol y ni se ven. Que eres muy exagerada. Que tú ves una paloma y ya andas diciendo que es un flamenco. Cuatro pelos tienes, y finitos. Mucho cuento es lo que tienes. Una vez que empiezas a depilarte, tienes que hacerlo todos los meses. Eso es muy esclavo, y caro. Ale, te aguantas un poquito que no te va a pasar nada.

—Pero maaaaaami, si los pelos me traspasan los leotardos.

—Pues más calentita que irás, y te he dicho cien veces que no me llames mami, que me pone nerviosa, que pareces una niña de cuatro años con ese tonillo. ¡Un poco de carácter, por Dios!

—Pero mamá, ¿tú a qué edad empezaste a depilarte?

—Mira, en mi época no nos depilábamos porque no había dinero ni para playas ni para piscinas. Cuando seas mayor me lo agradecerás. Te habré ahorrado unos años de estar esclavizada a la cera, porque tú no lo sabes, pero la cera es un horror. Según te depilas, ale, ya te vuelven a salir los pelos otra vez. Además que te nacen con más fuerza, y recuerda, nunca, nunca te pases la cuchilla, que te salen más. ¿Me has oído?

—Entonces ¿puedo hacerme la cera que salen menos?

—Pero a ver, ¿de verdad crees que me vas a engañar así? A veces de tan ingenua no sé si eres un poco tonta, tal cual te lo digo. Que más sabe el diablo por viejo, que por diablo. Y no me hagas perder más tiempo que tengo muchas cosas que hacer. He dicho que no, y es que no.

Ésta era una frase de no retorno. La nena tenía claro que no había discusión.

Consecuencias del consejo:

Mamá, se veían. Los malditos pelos se veían perfectamente a distancia. Y eso de que se ponen rubios... ¡es a la semana de estar en la playa! ¡A la semana! Que me pasaba el rato en el agua para que nadie me viera. Que por ahorrarme dos años de depilación me tiré dos veranos a remojo. ¿Y eso de hacerme después sólo medias piernas? ¡Qué narices van a ser más finos los pelos de los muslos! Otros dos veranos con falda hasta la rodilla.

Excepciones para utilizarlo con mis futuros hijos:

No hay.

Si son niñas: se depilarán cuando tengan pelos. Por supuesto que si traspasan los leotardos, empezaremos a pensar en la depilación láser rapidito. Así, sí que os ahorraré años de depilación.

Si son niños: en el caso de los niños no era la depilación, era esa absurda pelusilla que llevaban como bigote durante años. Imagino que ante el consejo de las drama mamás: «Si te afeitas una vez, lo tendrás que hacer todos los días.» Pues hijos, os afeitaréis todos los días y punto. Eso es mejor que la pinta tan rara que tenían los niños de mi clase. Que se veía perfectamente el bigote, por Dios.

Versiones:

«¿Y la decoloración? ¿Qué me decís de eso? Aún recuerdo la crema decolorante Andina, y era peor el remedio que la enfermedad (otra frase de la escuela de madres).»

M J

«Todas debimos de pasar por el Andina. Te ponía el pelo más fuerte, decolorado sí, pero duro como las canas. Mi madre también me dijo que ya me quitaría los pelos, que una vez que empiezas te conviertes en una esclava. Yo le dije: “Mamá, se notan.” “Qué

se van a notar, qué se van a notar. Anda, anda, quién va a mirarte las piernas. Eso eres tú, que andas ahí mirándolos todo el rato.” “Que son negros y largos, mamá.” “Qué van a ser largos. Tú empieza y luego como yo, que mira qué pelos me salen. Estás bien de más, así”. Yo pasé olímpicamente de sus instrucciones y un día, con 15 años, mientras me duchaba, decidí arriesgarme a tener lianas y me depilé.» *Bea*

«Pues mi madre me decía: “No te preocupes, hija mía, si alguien se ríe de tu bigote le dices: ‘Las mujeres bigotudas, desde lejos se saludan.’” Y se quedaba tan ancha.»
Ana

CAPÍTULO 37

No te separes del grupo

Cuándo utilizaba el consejo:

De la lista de 534 recomendaciones ordenadas por importancia cuando me iba de excursión, de viaje o a dar una vuelta a la manzana, una de las últimas era: «No te separes del grupo.»

En la lista también estaban: «Pórtate bien, como si yo te estuviera viendo, y sé educada, como te he enseñado. No hables mucho, que tú eres de hablar mucho y eso cansa. No te metas en lo oscuro. Lleva siempre las bragas limpias por si acaso tienes un accidente, que los médicos vean que eres una niña aseada. Nunca sabes qué te puede pasar. Da siempre las gracias, acuérdate, que eres mucho de olvidarte. No andes tarde por las calles, ni muy pronto, que a esas horas sólo hay maleantes. No te asomes por las ventanas, no aceptes nada de desconocidos y, sobre todo, nena, no te separes del grupo.»

Yo todavía no entiendo qué tipo de escudo protector le parecían a mi madre los grupos.

—Mamá, ¿y si el grupo se pierde?

—Pues tú te pierdes con el grupo.

—¿Y si le roban a todo el grupo?

—Pues tú los salvas, porque te he cosido un bolsillo interno en la falda y te puedes meter ahí el dinero. Los billetes, nena, a ver si te vas a meter las monedas y del peso se te cae la falda y andas con las bragas al aire. Lleva la mochila por delante, que así no te robarán. Que hay ladrones muy listos y ni te enteras. Que cuando tu tía Juani fue a Madrid, iba en el metro, que ya le dije yo que qué hacía ella en el metro, que para dos días que va, podían cogerse un taxi. Total, tu tío Manolo, que es un poco agarrado, pues ale, en metro. Y la Juani, que mira que es cuidadosa y llevaba el bolso cruzado delante, y con cremallera y todo, un bolso que le regalamos por Navidad, muy bonito, que parece casi de piel, de esos plásticos que lo aguantan todo. Bueno, pues se lo abrieron y ella tan tranquila. Que no notó nada, dice. Y la Juani, que es veinte veces más cuidadosa que tú, porque sabe lo que vale un peine y el esfuerzo que cuesta ganar dinero, no como tú, que te crees que los pájaros maman, se llevó un disgusto horrible. Con hipo me llamó la pobre, y sobre todo le daba pena porque llevaba en la cartera una foto de cuando éramos pequeñas, en la que salimos vestidas de flamencas, ¡más saladas! Y no tenemos copia. Que ya podría el ladrón haber devuelto la cartera, echarla a un buzón, que tu tía todavía va ilusionada cuando llega el cartero y eso que hace tres años desde lo de Madrid. ¿Me estás oyendo?

—Que sí, mamá, que no me separe del grupo.

—Pues eso.

Consecuencias del consejo:

Ligero aborregamiento. Allá donde hay un grupo, estoy yo.

Confusión cuando le decía a mi madre años después:

—Mamá, que a todo el grupo le dejan salir hasta las 12.

—A mí lo que hagan los hijos de los demás me importa un rábano. Tú a las 10 en casa, y puntual.

—Pero mamá, ¿qué me va a pasar, si voy en grupo?

—Te va a pasar que te vas a tirar castigada dos meses sin salir, que no son horas para que una niña ande por la calle. ¡Las 12! Yo hasta que no estuve casada con tu padre no salí por ahí a esas horas. A las 10 y no se hable más.

—Los tiempos cambian, mamá. —Ésta soy yo tentando mi suerte.

—A ver, que igual no me he explicado bien. ¿Qué entiendes tú por «no se hable más»?

Y me callaba, porque yo suicida no era.

Excepciones para utilizar el consejo:

Si sois el quinto Beatle. Si acabo siendo la madre del quinto Beatle, no os queda país para correr.

Versiones:

«Dos consejos de mi madre: “Hay que salir a la calle con la ropa interior limpia, y si se va al médico, mejor de estreno. Y antes de salir de casa, hay que dejar la cama hecha.” No importa que te levantes a las cuatro de la mañana para coger un avión y no tengas tiempo ni de tomarte un café. Es que si te pasa algo y tienen que ir a tu casa, se van a encontrar con que tienes la habitación revuelta. Por supuesto, los consejos pasaron a mi hija, pero a ella, a diferencia de mí, le entraron por un oído y le salieron por el otro. Como tiene que ser.» *Lola*

«Una de las obsesiones de mi madre, no sé si compartida, era dejarme superchafada cada vez que me compraba algo de ropa. Yo me la compro, e inmediatamente la estreno. Pues siempre me saltaba con la frasecita de: “¿Qué pasa?, ¿que a veces hay muertes repentinas?” Y, claro, ya no lo estrenabas con la misma alegría.» *Waleska*

CAPÍTULO 38

Nena, los pantalones tienen que llegar a la cintura

—Nena, los pantalones tienen que llegar a la cintura. Por eso la parte de arriba se llama cintura. Donde se pone el cinturón. ¿Ves como es muy fácil de entender? Las palabras lo dicen bien clarito. Si hubieran querido que llevaras los pantalones a la cadera, esa zona se llamaría cadera. Pero no, no, no... Se llama cintura y es exactamente ahí donde te tienen que llegar los vaqueros.

—¿Si hubieran querido quiénes?

—Dios y los inventores de los pantalones. Y como digas una palabra más, este año te pagas la ropa tú. Que te estás volviendo muy, muy responzona. Y hortera. También te estás volviendo un poco hortera.

Cuándo utilizaba el consejo:

Invariablemente este consejo viene justo después de cogermelo de los pantalones cuando los llevo puestos y meterme un tirón hacia arriba. Es ligeramente doloroso y absolutamente irritante, sobre todo a los 33 años.

Primero el tirón, y luego:

—De verdad que no entiendo esa manía de llevar los pantalones bajos. No te favorecen nada. El cuerpo de la mujer está hecho para ceñirse en la cintura, CINTURA, y el del hombre en la cadera, CADERA. Te lo repito así despacito, porque parece que a ritmo normal no te entra. ¡Pero si te marca todos los cuadriles! Porque tú estás flaca, pero eres mujer de cuadriles. Pero noooo. Ahora llega la moda y todas como tontas a deformaros la silueta. Porque ese corte te deforma la silueta. Sólo yo te digo la verdad. Tus amigas te dirán que vas monísima. Seguro. Pero yo soy tu madre y estoy obligada a decirte la verdad: pareces un palo.

—Mamá, no tienes ni idea de lo que se lleva —le decía yo a los 15 años.

—Ni falta que me hace, nena. De toda la vida de Dios, los cánones de belleza son los que son. Básicamente porque la cintura está donde está. ¿Lo entiendes?

—Los cánones también cambian.

—Pues no, los cánones son para siempre. Si no se llamarían modas, y si fueran como esta moda de llevar los pantalones por la cadera, se llamarían modas de mierda.

—Mamá, has dicho «mierda»...

—Y poco me parece. Que viene un tarado y dice que lo que se lleva es ponerse una gallina en la cabeza, y ale, todas corriendo a comprar vuestra gallina.

—Pero maaaaá... Todo el mundo los lleva así.

—A mí lo que haga todo el mundo me importa un pepino. No te pienso pagar esos vaqueros; pero si se te ve toda la tripa... Una fulanilla es lo que pareces. Por ahí no paso. ¡Una hija mía vestida como una fulana! Cuando tengas tu dinero te compras lo que quieras, mientras tanto elijo yo.

Vale, mamá, el dinero era tuyo. Pero a los 33 años sigues tirando de mis pantalones y explicándome la diferencia entre cadera y cintura. Lo entiendo, pero no quiero parecer el Cachuli. Es una decisión personal.

Consecuencias del consejo:

Leves. Quitando que hasta los 18 llevaba pantalones sobaqueros, por lo que he tenido que quemar tres álbumes familiares.

Cierta desorientación en mi madre: «Nena, ¿no había fotos del viaje a Nerja? Es que no las encuentro. Para mí que teníamos una foto de los cuatro en la puerta de las cuevas de Nerja, en las que estábamos todos muy bien. Tu hermana con ese vestido con babero que le quedaba tan mono. Chica, la recuerdo perfectamente, pero no hay manera de encontrarla.»

Excepciones para utilizarlo con mis hijos:

Espero con toda mi ilusión que no vuelva la moda cachuli, por vuestro bien, el mío y

el de las futuras generaciones. Eso y los pantalones nevados, por favor, que no vuelvan los horribles pantalones nevados.

Versiones:

«Los pantalones tenían que ir a la cintura, lo primero claramente por estética y después para tener los riñones calientes. A través de los riñones se cogían catarros, cistitis y tifus, cosa que teniéndolos tapados hacía que te inmunizaras.» *Noemí*

«“Ven, que le meto el bajo a los pantalones. No tires para arriba, que luego te los vuelves a dejar caídos y los llevas arrastrando. Te duran los bajos dos días. Qué manera de tirar el dinero. Cómo os gusta llevarlo todo roto.” Porque a mi madre no le importa dónde empiezan los pantalones, sino dónde acaban. Un día, al llegar a comer en concentración familiar, y ante el rechazo frontal a mi indumentaria, amenacé con quitarme los pantalones y comer en gallumbos. Muerto el perro, se acabó la rabia. Mano de santo, oiga.» *Víctor Zurdo*

CAPÍTULO 39

No tires eso, que se puede aprovechar

Según mi madre todo se puede aprovechar; en especial, la ropa. Éste era básicamente el ciclo de la vestimenta en mi casa.

Primero, te vestías con ropa heredada:

—Las camisetas que mis primas no querían porque: A) eran de propaganda de la carnicería del barrio, B) eran de algún color espantoso, por ejemplo verde lima a aguas, C) tenían un estampado completamente equivocado. Una vez tuve un chándal con un *print* de leopardo en rosa y morado, de un tejido que a mi madre le parecía lo más de lo más: el táctel. «Nena, no se plancha, no se ensucia y es casi impermeable», me decía tan ufana. «Ya, mamá, pero brillo demasiado, reflejo la luz como el faro de la bici y me resbalo de la silla», decía yo menos ufana. «Pues te agarras mejor, que te quejas por cualquier cosa.»

—Cuando ya estaban completamente pasadas de moda y habían perdido su color, las ropas heredadas pasaban al cajón de los disfraces. «Guarda eso para el disfraz de fin de curso. ¿De qué querías ir? Ah, sí, de Madonna, ya vas a ver qué éxito.» «Mamá, Madonna no lleva chándales de táctel. Esa ropa es supercutre incluso para un disfraz.» «Y tú eres demasiado superlistilla, que con la pinta de fante que llevas, cualquier cosa te sirve.»

—Cuando ya me había disfrazado de Madonna unas cuatro veces, y tres de zíngara (ella lo llamaba de zíngara, pero las mendigas del barrio quedaban glamurosas a mi lado), la ropa se transformaba en paños de cocina.

—Cuando los paños de cocina usados habían perdido la dignidad, les llegaba el turno de ser mopas para el suelo. «Ponte esos paños en las zapatillas y arrástrate por la casa, que hay que sacarle un poco de brillo al parqué que lo tengo muy tristón. ¡Nenaaaaa! (ésta es mi madre gritando desde la cocina). Y no derrapes, que la última vez que derrapaste, ¿te acuerdas de lo que pasó? Te lo voy a recordar, por si acaso: conseguiste ponerte el dedo pequeño del pie mirando hacia el talón. ¿Te acuerdas ahora? Sí, nos acordamos todos, ¿verdad? Hasta el médico aquel que te sacó fotos porque nunca había visto una fractura así, que ya le dije yo, que la niña nos ha salido especial hasta para partirse un dedo. Pues eso, nada de derrapar.»

—Y ya, por fin, aquella ropa inmunda conseguía su merecido descanso.

Segundo ciclo económico de la ropa: ésta era la parte en la que mi madre me compraba ropa, sólo para mí. Pero, ¡ah!, no hay que emocionarse antes de tiempo. La premisa era: comprar todo dos tallas más, para cuando creciera:

—Te está un poco grande, pero así te lo podrás poner dentro de un par de años —me decía mientras trataba de colocarme un falda que a Montserrat Caballé le hubiera quedado holgada.

—Pero mamá, si me la piso al andar, que parece que tengo cola y aquí dentro cabe otra niña gorda.

—Tonterías. Que creces muy rápido y no hay que tirar el dinero, que como tú no lo ganas, pues no sabes lo que cuesta conseguirlo. En un par de meses te quedará estupenda, que te quejas por todo.

—Pero mamiiii, si las mangas de la chaqueta me llegan a las rodillas.

—Va, va, eso lo remangamos un poco... —Y me subía todo el exceso de tejido por los brazos.

—¡Mamá! Ahora no puedo doblar los codos.

—Pues mejor, así no te arrugas la ropa.

Pasados los dos años:

—Mamá, esta falda me está muy corta.

—Anda, anda, si no enseñas las piernas ahora, ¿cuándo lo vas a hacer?

—Pero me da frío, que justo me tapa el culo.

—Pues te pones unos leotardos, que eres muy quejica.

—Y tiene un agujero.

—Uy, nena, te he comprado unas pegatinas de Snoopy de esas que se planchan a la ropa y lo tapan todo, y encima le dan otro aire que parece nuevo.

—Pero mamá, Snoopy es para niños y la chaqueta a juego me queda como si fuera de manga corta.

—Ay, qué cansada eres. Ahora se llevan así, se llama manga francesa. Es lo último, y Snoopy también.

Pues eso, el reciclaje lo inventó mi madre, e imaginación no le faltaba para colarte cualquier cosa. Cuando ya no había manera de meterse en aquellas faldas, cuando le había sacado las pinzas al uniforme porque las tetas ya no entraban allí dentro, cuando las chaquetas se convertían en manga a la sisa, entonces, sí:

—Pues se lo das a tu hermana, que seguro que le queda monísimo.

Consecuencias del consejo:

Mi hermana me odia un poco. Le encanta estrenar ropa y llamarme para decírmelo. No se lo tengo en cuenta: después de que ella tuviera que llevar aquel espantoso chándal de táctel, al que ya le habían puesto rodilleras después de mi segundo derrape, oye, le perdono lo que sea.

Segunda consecuencia: yo todavía me pongo la ropa de los 17 años. Ahora a mi madre no le hace ninguna gracia, claro:

—Nena, tienes 33 años, ¿no crees que ya puedes tirar esa chupa de cuero que te compré en segundo de BUP? Que yo recuerde era azul marino, y ahora es gris.

—Pero ¿no hay que aprovecharlo todo?

—Sí, pero también hay que encontrarte un marido (golpe bajo), y con esa pinta de indigente no te van a querer ni los de Cáritas.

Pequeña depresión tipo: voy a morir sola.

Excepciones para utilizar el consejo:

Futuros hijos míos, tenéis suerte. En mi época no había Primark ni H eso sí, no quiero saber nada de derrapes y vosotros no tendréis que saber nada de coderas. ¿Queda claro?

Versiones:

«Llevé la primera chaqueta de pana de mi padre (se la compró antes de irse a la mili) hasta hace dos días, y todavía sigue rodando por mi casa. Porque no es plan de tirarla, que está “nueva”. Estamos hablando de una chaqueta con 43 años a sus espaldas, que mi padre va ya por los 60. De mis chándales y mis camisetas con GRÚAS PACO y CEMENTOS BENÍTEZ E HIJOS no te digo *ná* y te lo digo *tó*. Consecuencia en mi vida: la misma. Tengo ropa que me pongo desde los 17 años (en la que quepo). Naturalmente a mi drama mamá no le gustaba esa ropa cuando yo tenía esa edad, y ahora le gusta todavía menos, porque no es ropa de señora sino de porrera arrastrada.» *Mortiziia*

«Mi madre me obligó a llevar una “austríaca” de mi abuelo en el primer cotillón de Nochevieja al que fui. Si mi intención era pillar cacho esa noche tan especial, se fue todo al garete.» *Alber*

«Yo casi no tenía ropa: al cole de uniforme, el sábado de chándal (el mismo siempre, todo el invierno-otoño-primavera) y el domingo una muda que sólo era para ir a misa, o a una fiesta de barrio, que te la ponías en el momento de salir de casa y te la quitabas nada más terminaba el evento. Mi madre odiaba ir de compras, así que yo tenía que tirarme años con lo mismo. De niña tuve suerte por ser la mayor: no heredaba nada. Pero cuando entré en la adolescencia, yo quería tener algo más de ropa y, como no era posible, rebuscaba en las cajas de ropa retirada de mi madre y de allí sacaba alguna prenda. Así descubrí el vintage. Sin ir más lejos, mi primer sujetador fue de mi madre. ¡Ni mi primer sujetador pude estrenar!» *Bea*

«Mi madre arregló de cintura los pantalones y el lobo marino de cuando mi tío hizo la mili en la marina, y me los plantó. En esa época llevar pantalones pata de elefante era condenarte directamente al ostracismo en el colegio. De unas cortinas me hizo un traje de fin de año (decía: «Mira, hija, como Escarlata O'Hara»). Cuando el chándal de táctel de mi prima pasó a mí y ya no dio más de sí, nos hizo ¡biquinis! Eso sí, sólo la parte de abajo porque no daba la tela para la de arriba. La cazadora vaquera forrada de borreguito tipo western americano todavía anda por mi casa y todos los inviernos me la quiere endilgar (ya tengo 37 tacos), al igual que la chaqueta de cuero con superhombreras tipo Duran Duran.» *Bea*

CAPÍTULO 40

Le quitas lo negro al plátano y está buenísimo

Mamá, si le quito lo negro al plátano suelen quedar dos opciones:

1. Me quedo sin plátano, porque el negro está por todos los lados.
2. Me como una especie de puré de plátano dulzón que me da un para atrás que no puedo soportar, y lo único que se puede morder de ese plátano son los asquerosos hilos.

Y se me hace bolo. Sí, con 33 años hay cosas que me hacen bolo. No entiendo cómo pasa y mi madre tampoco pero, ¡eh!, ahí está el bolo de plátano pasado para demostrarlo.

—Ese plátano no está pasado. Está maduro. Le quitas lo negro y está buenísimo.

—Pues a mí no me gusta tan blando.

—Pero si es como más rico está. Anda, come un poco.

—Mamá, pero si parece puré. Me da asco.

—Nena, nunca puedes decir de la comida que da asco. ¿Qué pasa? ¿Soy yo una asquerosa porque a mí me gusta maduro?

—Pues cómetelo tú.

—Te voy a estampar el plátano en la cara, a ver si está lo suficientemente blando o no.

Oye, mira, las palabras mágicas: plátano y estampar. No hay mejor sistema para tragar un bolo.

Cuándo utilizaba el consejo:

Lo negro del plátano es un ejemplo de la economía de madre. Sirve con los melocotones, peras, cerezas, manzanas:

—Mamiiiiiii, esta manzana tiene gusanos.

—Que no me llames mami, por Dios, que no me llames mami, que a mí las niñas cursis me dan jaqueca.

—Mamá, están golpeadas y parece que tienen gusanos, están llenas de agujeros...

—A ver, dame. —Cogía una, la partía por la mitad—. Lo que les pasa es que son de huerto, y son manzanas de verdad, no como las que salen en la tele, que son de plástico. Que os engañan con cualquier cosa. Serán bonitas y brillantes, pero no saben a manzana. Éstas están buenísimas aunque sean feúchas. Y cómetela ya.

—Pero mamá, que por aquí veo un hueco como de gusano.

—Pues le quitas esa esquina y listo. Y déjame tranquila que tengo mucho que hacer.

La esquina se le quitaba a todo: al queso mohoso, a la mayonesa amarillenta, al jamón de York un poco seco, a los tomates golpeados. Bajo la premisa por la que todos los niños de mi generación podremos sobrevivir ante terribles hambrunas: «Lo que no mata engorda.» Y oye, seguimos vivos.

Consecuencias del consejo:

Como con miedo, en tensión: ¿esto me engordará o me matará? Un poco rollo ruleta rusa: ¿esta empanadilla será la última? Y, sobre todo, no creo para nada en las fechas de «Consumir preferentemente antes de». ¡Vamos, hombre! Tú pones a mi madre a estampar esos sellos y terminamos con el hambre en el mundo.

Excepciones para utilizarlo:

Todas. Lo siento, futuros hijos míos. No os mentiré diciendo que está buenísimo. A mí los plátanos muy maduros no me gustan, pero no es suficiente motivo para tirarlos; como diría mi madre: «Por Dios, con la de niños que hay muriéndose de hambre en África.»

Versiones:

«Mi madre decía: “Lo negro es el caramelo, es lo que le da el dulzor al plátano, ea.”

Y se quedaba tan pancha. Y también: “Porque el yogur lleve 5 días caducados no le pasa nada, eso lo ponen las marcas para vender más”, o “si se cae al suelo, lo lavas debajo del grifo y para dentro”. Jolín, que no estábamos en la posguerra.» *Bea*

«Mi abuela me decía: “¡Qué suerte! Te ha tocado un plátano de caramelo”..» *Irene*

«¡Ay!, qué sufrimiento con el plátano (y con otras frutas que se me hacían bola, también aplastadas, pasadas, agusanadas y picadas, como todas las del huerto de mi padre). La frase de mi madre era: “Eso es sólo por fuera, por fuera está negro, pero lo pelas y está buenísimo.” Mentira cochina, por supuesto.» *Mortiziia*

La opinión del experto:

«No siempre es creíble ni convincente. No sé si hay que decirlo. ¿Si lo dices es porque es real? En realidad, ya está caducado, pero está bueno. El niño debe tener capacidad crítica. Ser padre no significa tener la razón. Ni querer imponerla.» Ya lo sabéis, Javier Urra asegura que lo negro del plátano no está buenísimo; bueno, casi lo asegura, casi.

CAPÍTULO 41

Nena, abrígate, que viene un frente

A mi madre el frío no es que la asuste: la aterroriza. Olvídate de zombis, demonios o plagas mundiales, tú a mi madre como mejor la puedes asustar es diciéndole:

—Mamá, he oído en el parte que viene una ola de frío.

Y se le eriza la piel como si hubiera visto al mismo diablo. A mi madre el cambio climático no le parece tan malo porque va a hacer más calor. Y los nórdicos le dan una pena que no puede:

—Esa pobre gente, todo el año con frío a punto de coger un resfriado. ¡Qué horror! Si alguna vez hay una tercera guerra mundial, tú te vas para el sur, que bastante jodida es una guerra como para que encima pases frío.

—Mamá... Has dicho «jodida»...

—¡Nena, por Dios! Que te estoy hablando de una cosa muy seria, déjate de tonterías. Tú te vas para el sur que, con calor, el hambre es menos mala.

Sí, ésa es la peor pesadilla de mi madre: su hija malcomiendo y muerta de frío. Su propia versión del Apocalipsis.

Ella vive la meteorología como si fuera una telenovela. Está completamente enganchada. Tiene termómetros dentro y fuera de casa, una pequeña estación meteorológica y una figura de una pastora con una oveja que cambia de color en función del tiempo. Le tiene una fe absoluta. Incluso le pone velas cuando quiere que pare de llover. Así que ayer me llamó y me dice:

—Nena, ¿has sacado los abrigos de invierno? Que la oveja está azul, azul. Y eso es que mañana viene un frente.

—Pues chica, aquí hace 20 grados. He estado tomándome un café en una terraza en la calle y se estaba tan a gusto.

—Tú siempre en la calle, ¿en casa no tienes café? Ya son ganas de gastar, luego vienen los lloros de que no tienes dinero. Pero bueno, tú sabrás, ya eres mayor para perder el tiempo y el dinero en lo que quieras. Ahora, si te da por seguir siendo una derrochona mañana, te coges un abrigo, que la pastora está azul y he visto la estación, y da descenso de hasta 7 grados, que ya me estoy notando yo en esta rodilla que viene lluvia.

Yo no sé para qué España se gasta dinero en el Meteosat, si con una llamada a mi madre les bastaba. Ella cree en los meteorólogos como la gente en los astrólogos:

«Yo es que he sido muy de José Antonio Maldonado, de la 1, que me acertaba mucho. Y se toma esto en serio, no como el muchacho de La Sexta, que hace bromas. El tiempo es una cosa muy seria como para andar con jueguecitos. Muy modernos, eso es lo que son. Y también me gusta una chica nueva que hay en la 1 que tiene pinta de limpia, y cuenta muy bien todo: de dónde va a soplar el viento en cada provincia y bien clarito. Que en algunos canales sólo hablan de Madrid, y en provincias también nos enfriamos, y pillamos la gripe. Y más aquí, que un día te pilla el viento norte y te da un aire que te paraliza la cara. El de la Ser, ese que tiene nombre de mujer mayor, Florenci, ése, pues me hace gracia. Es demasiado optimista pero, chica, cuando se acerca el fin de semana sólo tengo ganas de oír buenas noticias y, llámame loca, pero le hago caso, y me acierta bastante, aunque ya te digo, es muy optimista; yo por si acaso siempre echo una chaqueta de más. Y bueno, mi pastora, que no me falla nunca y hoy está azul. Así que mañana, no te olvides el abrigo.»

Creo que si mi madre descubriera que en internet puede ver el tiempo que hace en todo el mundo, y todas las aplicaciones que hay sobre el clima, entraría en colapso.

Consecuencias del consejo:

No me sé abrigar sola. Llevo toda la vida escuchando qué debía ponerme la noche anterior. Incluso ahora que vivo lejos de mi madre, me llama y me informa. Así que, si un día no hablo con ella, o en Madrid el clima es distinto, me pilla por sorpresa,

desabrigada. Yo a ella no se lo digo, porque si le digo que he pasado frío se echa a llorar y se lleva un disgusto enorme.

Otra consecuencia es que yo sufro mis resfriados en silencio. No le puedo decir que estoy mala porque me echa la bronca por no haberme abrigado, así que me inflo a Couldina y Lizipaina para que no me lo note en la voz cuando le llamo. Eso sí, luego tengo que aguantar cosas como: «¿Ves, nena? Llevas diez años sin cogerte un catarro, y todo por abrigarte bien. ¡Ay...! Si me hicieras caso en todo, algo mejor te iría en la vida...»

Excepciones para utilizar el consejo:

Futuros hijos míos, si algún día tomo alguna decisión en función del cambio de color de una oveja, podéis estamparla contra el suelo. Eso sí, si viene frío, os abrigáis, no os vaya a dar un aire.

Versiones:

«Por Dios, mi madre hasta me llama los sábados por la noche para decirme que me abrigue si voy a salir. Y si no es ella, lo hace mi abuela. Y si se tercia, las dos a coro por el teléfono, como este sábado. Yo creo que se turnan: “¿Has llamado a la niña para que se abrigue?” “No, hoy te toca a ti.” “Ah, pues muy bien, que además esta noche va a enfriar mucho porque me duelen las cervicales.” ¡Como si lo viera!» *Drew*

«Existen dos escuelas. La de mi madre: el frío se coge por los riñones, así que los abrigos largos, los nikis largos, los jerséis largos. Y todo lo que quepa dentro del pantalón, que vaya por dentro. La de mi padre: el frío no se coge por el centro, se coge por los extremos, la cabeza o los pies. Los calcetines siempre secos, y un gorro que tape las orejas.» *Víctor Zurdo*

«Mi abuela (la drama mamá de mi drama mamá) cuando hacía frío nos decía: “Ponte el jersey, que vas a coger la muerte.” Sí, la muerte.» *Ata*

La opinión del experto:

«Pasar frío, “enfriarse”, está muy relacionado con enfermarse, y el cuidado de los hijos es función de los padres, que se toman muy en serio su trabajo. Los niños pequeños, además, no tienen el mismo termostato que los adultos, tardan en darse cuenta de que tienen frío o calor y los padres suelen usar su temperatura para abrigar o desabrigar al niño.» *Rocío Ramos-Paul*

Bueno, hombre, podría transigir un poco, pero es que mi madre vive en otra provincia, en otra ciudad, con una temperatura diez grados inferior. Por no mencionar el hecho de que tengo 33 años: creo que mi termostato estará ya desarrollado. Aunque vete a saber, porque todavía no tengo las muelas del juicio.

CAPÍTULO 42

Como se entere tu padre

Mi padre no era un drama papá. Era más bien lo opuesto. Voy a intentar ejemplificar por oposición sus diferentes maneras de educar:

Cómo dar órdenes:

Drama mamá: «Pon la mesa hoy antes de que lleguemos. Que tu padre tiene poco tiempo para comer y se le pone ese carácter un poco como torcido. Coge la vajilla de diario, ni se te ocurra sacar la buena, que ya rompiste un plato la última vez. Y acuérdate de poner mantel. Que ahora la gente piensa que no hace falta, pero comer con mantel de tela es algo que no se debería perder. ¿Qué es eso de comer como en las tabernas? En mi casa se come como Dios manda: con mantel y servilletas de tela. Que lo que se aprende en casa, se hace luego. Y pon cucharas que hoy tenemos sopa. Mira a ver si hay cuatro iguales de las que tienen un lazo en la base; si no, friegas una, que no te va a pasar nada. Y pon salvamanteles, que siempre se te olvida. ¿Me has oído, nena?»

No drama papá: mi padre no gastaba palabras. Te dejaba un cuchillo encima de la mesa de la cocina y mi hermana y yo, que ya conocíamos su lenguaje subliminal, sabíamos que teníamos que poner la mesa. Listo.

Cuando nos llamaban a comer:

Drama mamá: «Nenassssss, a comer. Mira que como tenga que ir yo. Que os he dicho que apaguéis la tele. Que os quedáis como embobadas, parecéis dos zombis. No lo vuelvo a repetir: a comer ahora mismo o estáis castigadas un mes sin tele. A ver si así aprendéis a obedecer a la primera.»

No drama papá: cortaba la luz general de la casa. No había tele. A comer. Listo.

Respecto a gastar mucho dinero:

Drama mamá: «Treinta mil pesetas de factura de teléfono. Nena, te vas a pasar la vida pagándome esta factura. ¿Me has oído? ¿Pero tú te crees que somos los dueños de Telefónica? ¿Y de qué hablas? Si tienes 15 años, qué vas a tener tú que contarle a nadie. No lo entiendo, de verdad. ¿De qué hablas con tus amigas para gastar 30.000 pesetas si las acabas de ver? Pero óyeme, una y no más. Tú al teléfono no te acercas. Me vas a matar de un disgusto. Pero qué te has pensado tú, que eres hija de millonarios, ¿no? Esto se va a acabar. Ya puedes aprender a comunicarte con Martita con tambores, porque lo que es al teléfono ni te acerques. Ya vas a ver cuando se entere tu padre.»

No drama papá: ese día, cuando llegué a casa, la factura de 30.000 pesetas estaba pegada por fuera de la puerta, en el descansillo, para regocijo de todos mis vecinos, con una nota de mi padre: «Piénsatelo antes de entrar.» Listo. Yo me lo pensé y me quedé en las escaleras llorando hasta que oí que se metían en la cama. Me colé sigilosa, bueno, no tanto, porque mi madre vino corriendo y susurrando: «Te lo dije, te dije que se iba a enfadar. ¿Has cenado algo? ¿Te hago una tortilla?» Ella se enfada mucho, pero con la alimentación no se juega.

Sobre llegar tarde:

Drama mamá: «¿Pero qué horas son éstas de llegar a casa? De verdad que no entiendo qué hacéis por ahí a estas horas. Y mira cómo vienes, con los ojos que da pena verte. ¿Qué has tomado? Algo has tenido que beber para traer esa cara. Qué disgustos, por Dios, qué disgustos me das. Llevo toda la noche sin dormir, venga a dar vueltas pensando que te había pasado algo, y tú, tan tranquila, con la de violadores que hay. No entiendo a la juventud de ahora. Yo a tu edad ya tenía hijos y no andaba por los bares, como una cualquiera. Ay, si hubieras tenido unos padres como los míos, otro gallo nos cantarían. Habrás cenado algo por lo menos, ¿no? ¿Te hago una tortilla?»

No drama papá: Al día siguiente: «A las tres de la mañana, a casa se llega meada y cenada. Como vuelvas a armar semejante alboroto, te cierro con llave por dentro.»

Listo, porque tengo bien claro que lo hubiera hecho.

Sobre ponerme un pendiente en la nariz:

Drama mamá: «Estás loca, nena. Eso es lo que te pasa. ¿Un pendiente en la nariz? Por encima de mi cadáver, ¿me oyes? Cuando vivas fuera de mi casa haces todas las locuras que te dé la gana, pero mientras vivas bajo mi techo no te dejo que te agujerees el cuerpo. Lo que nos faltaba. Te mando interna. Palabra que te mando interna como aparezcas con un pendiente. ¿Tú has visto a alguien normal con un pendiente? No, no, no. Lo que tengo que aguantar. ¡Me estoy ganando el cielo contigo! Qué castigo, señor. Como se entere tu padre...»

No drama papá: «Si tú te pones un pendiente, yo voy a ir a buscarte al colegio todos los días con una pamelita. ¿Vamos al practicante a que te lo hagan? Yo te lo pago.» Oye, listo. Se me pasó la idea.

Consecuencias del consejo:

Dadme mil enfados de mi madre frente a un mosqueo de mi padre. Yo me apaño.

Fobia a las pamelitas y extraña relación mental entre los disgustos y las tortillas.

Excepciones para utilizarlo:

Eran el equipo perfecto. Lo que le sobraba a uno le faltaba al otro. Ojalá, futuros hijos míos, tengáis la suerte de tener dos padres que se equilibren tan bien, porque imaginaos que os tocan dos drama papás. Eso no hay ser humano que lo soporte.

Versiones:

«A mí mi padre me echó el pestillo con 26 años. Menos mal que sólo eran las 12 de la noche, porque mi padre es sordo, el timbre no lo oye desde la cama y las patadas que le di a la puerta las debieron de oír todos los vecinos. Y encima, cuando me abre la puerta va y me dice: “Ah, si yo creía que estabas en la cama.”» *Mónica Álvarez*

«El mío no tenía ni que hablar, bastaba una mirada para que supieras que te la estabas jugando. Su frase típica era: “Te cuento a tres.” Comenzaba a contar y pobre de ti como le hicieras llegar al dos.» *Anónimo*

«Aunque nunca llegó a ser tan literal, el concepto era claro. Mi padre pegaba un golpe en la mesa que saltaba todo lo que hubiera encima, y los que estábamos cerca saltábamos también, y decía: “¡Aquí se va a hacer lo que le dé la gana a tu madre!” Porque una cosa es la autoridad, y otra el gobierno.» *Victor Zurdo*

CAPÍTULO 43

Las cosas hay que hacerlas en el momento

Mi madre está mala, con jaqueca. Ella es muy de jaquecas. Y es porque se preocupa por todo. Creo que ésa es la primera premisa para ser una drama mamá: que todo te angustie un poco. Y en este momento, mi madre tiene la mayor de las angustias encima: está reformando la casa. Que si se midieran las angustias como los terremotos, en mi madre una reforma es un 9 en la escala de Richter. El 10 es un constipado de alguna de sus hijas.

Está en plan «vamos a tirarlo todo» y eso, lo está tirando todo, y también me obliga a mí. Me pasé el sábado intentando salvar cosas bajo la premisa: «Esto dentro de unos años valdrá un pastón.» El típico tocadiscos que no funciona, la típica cinta original de Los Inhumanos, la típica falda de ante con agujeros... Estoy tranquila porque en diez años voy a estar forrada. ¿Os he comentado que tengo la típica cinta original de Olé Olé? Lo sé, os morís de envidia.

Pero mi madre, que está de vuelta de todo y no se ha hecho rica con sus reliquias, me lo dejó clarito:

—Nena, la mierda vale lo mismo ahora que en el futuro: una mierda. Así que ya me vas tirando eso.

—Pero mamá, ¿tú sabes lo que va a valer dentro de unos años este teléfono móvil que pesa seis kilos y medio?

—Sí, seis kilos y medio de mierda. Tíralo ya.

—Mamá, deja que me lo piense. Lo aparto ahí y luego decido.

—Las cosas hay que hacerlas en el momento.

—Pero qué más te da esperar una hora más después de veinte años.

—Mira, en mayo quise mandarle unas flores a tu tía de Málaga porque allí se celebra el santo, no como aquí, que sólo tenemos el cumpleaños. En el sur son más de festejar, y eso se agradece. Es por el calor. Con este frío sólo dan ganas de deprimirse. En cuanto podamos nos vamos para el sur, te lo digo, en cuanto nos jubilemos, a tener los pies calientes todo el año. ¿Te imaginas? Eso es la gran vida. Bueno, pues total, que se me pasó y no le mandé flores. Me dije: pues para el cumpleaños, que seguro que con 86 años le hace ilusión. Pero me dijo su hija que el día del cumpleaños no iban a estar en casa, que se la llevaban a comer pescadito. Ya ves tú, con 86 años y conservaba el apetito, eso es de personas con voluntad. Gracias a comer bien y a un vasito de vino que se tomaba en las comidas estaba tan bien, pobre mía, con lo que pasó en la guerra. Porque que sepas que en Andalucía no hay nacionalismos porque es lo que tiene el hambre, que no te deja espacio para pensar en banderas, sólo piensas en patatas. Así que tampoco pude mandarle el ramo. ¿Qué ha pasado por no hacer las cosas en el momento? Pues ya lo sabes: que hace dos semanas se las mandé, pero para su tumba. Así que aprende, nena, nunca sabes cuando todo esto se puede acabar. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

Mi madre me aterrera a veces de tal manera que cualquier cosa deja de tener importancia al lado de la crisis existencial en la que me sumerge: ¿para qué guardar un móvil para el futuro? El jodido futuro no existe.

Consecuencias del consejo:

Soy vaga. Esto lo traigo puesto en los genes, que está claro que no son de mi madre. Me he pasado 33 años batallando entre mi personalidad perezosa y esa angustiante sensación de que me voy a morir en cualquier momento. Así que mi cerebro procesa con completa normalidad pensamientos como: «Tengo que estudiar; mejor me voy a la calle a jugar, total, me voy a morir mañana.» Lo que a su vez ha supuesto numerosas collejas de mi madre: «Mira, tú me tomas la palabra para lo que te da la gana. Yo que tú me ponía a estudiar porque como no te mueras mañana y me

suspendas el inglés, vas a estar más cerca del infierno de lo que te crees.»

Excepciones para utilizarlo:

En realidad tiene razón. Futuros hijos míos, las cosas hay que hacerlas en el momento. No pienso traumatizaros con una muerte inminente. Pero yo tampoco me pienso dejar engañar por el *carpe diem*.

—Nena, eso son tonterías para vagos. Lo que tú tienes que hacer es cumplir con tu obligación, que es ordenar tu cuarto hoy, para que mi obligación mañana no sea castigarte. ¿Lo has entendido? Pues, ale, menos literatura y más acción.

Versiones:

«En mi casa es al contrario, se guarda todo, pero es más cosa de mi padre que de mi madre. Lo que sí comparte con la tuya es el “no dejes para mañana...”, y aquí entra siempre el componente de la muerte. Madre: “Tienes el cajón de la ropa interior que da vergüenza verlo, y un montón de camisetas planchadas cogiendo arrugas a lo tonto por no guardarlas como Dios manda. Ponte y recoge, y deprisita que el polvo está por limpiar y me lo tienes que hacer, que aquí si no hago yo las cosas u os obligo a hacerlas se nos come la mierda y se nos vienen los armarios abajo del desorden.” Yo: “Mamá, es que tengo el brazo en cabestrillo.” Madre: “Pues imagínate si en vez de haberte roto el dedo te hubieras matado al resbalarte en la ducha, estando nosotros fuera como estábamos. La vecina habría entrado con su llave para llamarnos y cogerte ropa para el entierro, y qué se habría encontrado, todo hecho una mierda. ¡Para mañana, para mañana! ¿Y qué habría pensado la vecina? ‘Mira la guarra, todas las bragas ahí hechas una bola, las camisetas agarrando polvo, menuda educación que le dará la madre.’ ¿No te da vergüenza que te tengan que sacar así los colores, para mañana, para mañana?” Yo: “...”» *Mortiziia*

«Mi madre también lo tira todo, pero con alegría, oye. Va tirando y va diciendo: “Otra cosa *quitá* de en medio”, como una cantinela. Se emociona tanto, que ha llegado a tirar sus muelas postizas (dos veces), quince mil pesetas de las de antes, unas gafas de cerca con su funda y todo, un túper de arroz con leche recién hecho, media cubertería... También es de las de hacerlo todo al instante, diciendo su famosa frase: “Otra cosa *quitá* de en medio”, que le sirve para casi todo.» *María José*

CAPÍTULO 44

Nena, eso es un lujo capitalista

Mi madre es un ser contradictorio. Desde que recuerdo, ha deseado que yo fuera normal y me ha educado para no serlo.

Yo de pequeña quería ser diplomática y a mi madre le daba mucha rabia porque le parecía raro. Jugaba a los diplomáticos con mi hermana y, sí, era raro:

—Tú ponte en esa silla y coge ese vaso como si fuera una copa de vino; vamos a discutir sobre política internacional. Yo soy España y tú eres Portugal.

—Jooo, yo no quiero ser Portugal —decía mi hermana.

—Pues Francia no puedes ser, porque con los franceses no se puede discutir.

Muy raro. La culpa en realidad era de mis padres, que me explicaban cosas complicadísimas para una niña y a mí se me grababan a fuego.

A ellos les hacía gracia que yo repitiera cosas así, hasta que se les fue de las manos.

—Nena, a ver si jugamos a cosas más normales. Por ejemplo a papás y mamás, o a profesoras.

—¿Qué tiene de malo ser diplomática? Si vosotros siempre decís que es el mejor trabajo del mundo...

—Nada, no tiene nada de malo, pero tú tienes 9 años y deberías jugar con muñecas.

—¡Pues cómprame una Barbie!

—No empecemos, ¿eh? No empecemos.

¿Pero qué querías, mamá? ¡Si mis muñecas parecían una reunión de las Naciones Unidas!

Otra frase que mis padres me repetían constantemente era: «Eso es un lujo capitalista.» Para que os hagáis una idea: la Nocilla, el pan Bimbo, el chocolate, los cereales, cualquier galleta que no fuera María, los Petit Suisse, la Coca-Cola: todo era un lujo capitalista. Y el Mini Babybel, un superlujo capitalista.

—Mamá, quiero Cola Cao.

—La leche se toma sola. Si quisieran que la tomaras con chocolate, las vacas la harían así.

—Pero mamá, toooodooooo el mundo toma la leche con Cola Cao.

—Pues nosotros no, porque es un lujo capitalista.

Claro que como yo no tenía ni idea de qué significaba aquello, pues no podía discutirlo.

Un día en la panadería del barrio, con todas las vecinas alrededor, mi amiga Martita le pidió a mi madre que le comprara una napolitana de chocolate. Y a mí me faltó tiempo:

—Martita, eso es un lujo capitalista y nosotros no lo compramos.

—¡Ay, qué salada es la niña! —me dijo la típica vecina malvada que vio que allí había materia para la humillación—. ¿Y tú qué quieres ser de mayor, guapa?

—Yo, diplomática, para beber siempre buen vino y viajar mucho.

Pellizco de la muerte, pisotón y mi madre de un rojo escarlata.

—Esta niña, de verdad, que no sé de dónde saca esas cosas.

Tirones del brazo hasta casa, gritos en el ascensor, pellizco de la muerte, repellicco.

—Un día me matas de un disgusto. Pero ¿quién te mandará a ti decir esas cosas en público? Te voy a meter interna, te prometo que te voy a meter interna para que aprendas.

Consecuencias del consejo:

Me pasé años creyendo que «lujo capitalista» debía de ser un insulto parecido a «hijo de puta».

Valoro poco a los diplomáticos: mi imagen de ellos se reduce a gente bebiendo vino

y hablando en palacios impresionantes.

No me gusta la Coca-Cola, el Cola Cao justito y nada los Petit Suisse. Si de pequeña nunca te has acostumbrado a esos sabores, pues de mayor te parecen extraños, sobre todo la Coca-Cola. Esto te hace rara. Muy rara. En los cumpleaños infantiles, en los botellones con el calimocho y en la treintena con los cubatas.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, no os pienso decir frases que no comprendáis, pero quiero ser la madre de un diplomático y beber buen vino y vivir retirada en un palacio. ¿Ha quedado claro? Pues eso.

Versiones:

«En mi casa los cereales tipo Kellogg's eran algo que sólo salía por la tele, "virtual": se veían, pero en realidad no existían, y el Bimbo no entró hasta que yo tuve a mi hijo. Mi madre criticaba a mi tía porque les daba a mis primas Donuts para el colegio o sándwiches en vez de bocatas de pan, pan, pero no porque fueran menos saludables, no (en esa época no se llevaba eso de poco saludable), sino porque era un derroche de dinero. ¿Coca-Cola? Eso sólo se tomaba en las comuniones o si íbamos de visita a alguna casa. En la mía, sólo La Casera. Si íbamos a un bar, las niñas no tomaban refrescos, se pedía una botella de litro de Casera. Creo recordar que no me tomé un refresco de botellín hasta que empecé a salir con mis amigas.» *Bea*

«En mi casa, cuando yo era pequeña, la verdad es que en la nevera siempre solía haber Coca-Colas, tónicas, Fantas y cerveza San Miguel. Sí, pero ¡ay del que un miércoles por la tarde se le ocurriera salir con una de esas botellitas en la mano! "Mamá, ¿puedo tomar una Coca-Cola?" "No." "¿Por qué?" "¿Y si te las bebes y viene una visita a casa? ¿Qué les doy, agua del grifo? Además, de eso sólo se bebe una, y un día especial." Así que nos pasábamos el día rezando para que llegara una visita, que le ofrecieran algo, y así como quien no quiere la cosa, pedir un vasito pequeño delante de ellos. Con las patatas fritas, las cajas de pastas de Surtido Cuétara y demás chuminadas por el estilo pasaba lo mismo. Claro que había temporadas en que las visitas escaseaban, o a las que venían no les apetecía tomar nada, así que los botellines seguían almacenándose en la nevera, saludándonos cada vez que la abríamos para sacar la caja de leche para el desayuno.» *Carolina*

CAPÍTULO 45

Es por tu bien, nena

En mi casa no había tele cuando yo era pequeña. Bueno, miento, había una en blanco y negro pequeña, pequeña, que según mi madre sólo funcionaba de vez en cuando. El cuándo era justo a las 3 y a las 9, a la hora del parte. El caso es que crecí sin tele. A mi madre le parecía una absoluta y rotunda pérdida de tiempo para los niños:

—Ni te abriga, ni te alimenta ni hace que estudies. ¿Para qué perder el tiempo con ella? No sirve para nada, nena. Abre un libro, corre. Que en los libros siempre dan aventuras buenas y además te las imaginas como tú quieras, que es mucho mejor. En la tele todo es muy aburrido y en dos colores. Además hace tontos a los niños, y yo para mí quiero una niña listísima.

—Pero mamá, todo el mundo tiene tele. Y la de Martita lo da todo a colores.

—A mí lo que haga todo el mundo me da igual. No pienso dejar que mis hijas vean los sinsentidos que dan por la tele, que cada vez está peor y tú eres muy influenciable, que digo «Jesús» y tú estornudas. Y si quieres colores, miras por la ventana, que hay muchos. Hazme caso, que es por tu bien, nena.

Consecuencias del consejo:

Te conviertes en una niña fuera de tu tiempo. Yo no echaba de menos la tele porque es imposible echar de menos algo a lo que no estás acostumbrada. Tú vives pensando que todas las familias son como la tuya, y que las mejores aventuras las dan en los libros. Pero creces, te relacionas y en el patio juegan a un juego que se llama V y todas las niñas quieren ser Elisabeth, la niña de las estrellas, y todos los niños quieren ser Donovan, y como tu aislamiento te hace débil acabas siendo Diana (pronunciado Daiana). Que realmente no te importa, porque no tienes ni idea de quién es la tal Daiana porque estás terriblemente concentrada en adivinar porqué ahora todos los niños juegan a comerse ratones. El caso es que te mueves por el patio con cara de «¿Nos hemos vuelto locos, niños? ¿Qué ha pasado con el apasionante escondite o el siempre sorprendente bote-bote? ¿O ese relajado y constructivo juego llamado El Burro?»

Los niños se van a la cama con Casimiro. Tú piensas que por qué Casimiro no tiene nunca tiempo de pasar por tu casa para llevarte a dormir, que seguro que es más agradable el señor Casimiro que tu madre a grito pelado chillando que apagues ya la luz si no quieres enterarte de lo que significa estar cerca de la muerte en un pispás.

Los niños gritan «el de Tulipán» cada vez que ven un helicóptero. Tú sonríes y haces como que saludas al señor ese de Tulipán al que tampoco tienes el placer de conocer.

La gente pide, para Reyes, boti-botas; tú por si acaso también. Total, te van a traer un puzle.

Pero lo que más me sorprendió fue el fenómeno del fútbol. Estaba pasando la tarde en casa de Martita cuando su hermano Juan empezó a llorar porque su equipo había perdido. Oye, se abrió el mundo ante mis ojos: ¿El fútbol no era sólo un juego del recreo? ¿Qué nivel tenía el fútbol frente a mi amado escondite para que Juan llorara por perder? ¿Daban también el escondite por la tele?

Llegué a casa y formulé exactamente esas preguntas a mis padres. Conmocionados, me regalaron una tele en color. Bueno, quien dice me regalaron dice compraron una para el salón. Bueno, en realidad, utilizaron todas las pagas que yo había recogido en la primera comunión y que se supone que eran para estudiar una carrera y compraron la tele.

«Nena, es por tu bien. Dudo mucho que llegues a la universidad si seguimos por este camino.»

Excepciones para utilizarlo:

La frase es una mierda y no tener tele de pequeña, más. ¿Sabes la típica conversación en el curro en la que alguien dice «Os acordáis de aquella canción de Barrio Sésamo...»? Pues yo no me acuerdo, nunca. Así que, futuros hijos míos, ésta nos la vamos a saltar. Y damos por hecho que todo lo que yo haga por vosotros será por vuestro bien. Para eso habéis salido de mis entrañas o de un larguísimo y carísimo proceso de adopción, que es aún peor.

Versiones:

«La primera vez que pusieron *Alien* por la tele mi madre no me dejaba verla, pero como yo no quería estar sola en mi habitación me dejó quedarme con ella en el salón. ¿Solución para no ver la película? Me tuve que poner de espaldas a la tele, así que escuché la peli entera, pero no la vi. Y hasta el día de hoy, sigo sin verla, ya por pura manía.» *Drew*

«Cuando yo era muy pequeña y me mandaban a dormir, me volvía a bajar de la cama, me deslizaba sigilosamente por el pasillo y asomaba un cuarto de mi cabeza (procurando que en ese cuarto hubiera un ojo y una oreja) por el umbral de la puerta del salón. Era todo un riesgo, pues mi padre estaba sentado al lado. “¡Beatriz! ¡Vete para la cama!” “Jooo.”» *Bea*

La opinión del experto:

«La televisión es una realidad en el mundo actual, es inútil vivir sin ella, porque si tú no tienes aparato de televisión, tu hijo escapará a la casa de un amigo para verla. Tiene inconvenientes, pero también muchos efectos beneficiosos, como la capacidad para enseñar y adquirir conocimientos, cultura, reforzar valores y ampliar el lenguaje. Para esto, es recomendable elegir programas adecuados a la edad, sencillos, cortos, atractivos y entretenidos.» Doctor Juan Casado, jefe del servicio de Pediatría y del área de Cuidados Intensivos Pediátricos del Hospital Infantil Universitario Niño Jesús de Madrid. (*El gran libro de la pediatría.*)

Amén.

CAPÍTULO 46

Deja ya de enredar o te llevas un sopapo

Oye, mira, el típico consejo que no necesita un capítulo para explicarse porque dudo que haya un solo niño, por muy tonto que sea, que no lo entienda. Luego, eso sí, estaba la opción kamikaze: seguir enredando. Y yo era muy de eso.

Cuándo utilizaba el consejo:

Cuando éramos niñas, yo creía que mi hermana podía volar. En serio: estaba convencida de que podía volar. Sí, yo era imaginativa y poco despierta. ¿Mi teoría? Mi hermana es cuatro años más pequeña que yo; por tanto, más bajita, por tanto, si saltábamos desde una mesa, ella llegaba más tarde al suelo; por tanto, si le ponía unos cojines debajo de los brazos y le hacía agitarlos, mi hermana volaría; por tanto, queda confirmado que yo muy despierta no era y que mi hermana no volaba.

Lejos de pensar que mi teoría sobre la hermana bajita voladora no era cierta, la subía encima la mesa, la empujaba con fuerza y luego le pegaba por no mover los cojines con suficiente esfuerzo:

—¡Pero agita más los brazos! ¡Que pareces tonta! Anda que si yo pudiera volar, iba a desaprovechar la oportunidad, pero no puedo porque soy más alta que tú y llego antes al suelo. ¿Lo entiendes? Así que te subes otra vez y le das bien fuerte, o te voy a dar yo más fuerte.

Lo dije justo a tiempo para que lo oyera mi madre, que entró en estampida al cuarto.

—Lo tuyo no tiene nombre. Pero qué volar ni qué volar. Yo sí que te voy a hacer volar a ti, pero de un sopapo. Y deja a tu hermana en paz, que no haces más que enredar. Trae aquí tu mano.

Quien dice trae, dice que mi madre la cogió por sí misma, es decir, me enganchó de la muñeca de un tirón y puso su mano al lado de la mía.

—¿Qué mano es más grande, nena?

—La tuya. —Yo sabía que estaba al borde del precipicio.

—¿Estás segura? Compruébalo bien, asegúrate. —Yo la miraba con cara de alucinada, pensando: «Esto tiene trampa, tiene trampa, seguro.»

—La tuya es más grande —dije con miedo.

—Y si mi mano es más grande, ¿cuál crees que dará sopapos más grandes? ¿La tuya o la mía?

«Aquí va a haber sopapo seguro —pensé—, ésa es la trampa.»

—La tuya... —dije apartándome un poco.

—Pues como te vea pegarle una torta más a tu hermana, te voy a demostrar que mis leyes físicas sí que son de verdad, y no las tonterías que te andas imaginando. ¿Estamos? Así que deja ya de enredar o te llevas un sopapo.

Consecuencias del consejo:

La física me parece una mierda.

Mi hermana casi me saca los ojos cuando le explicaron en clase la ley de la gravedad.

Mi madre vivía con miedo constante y me decía cosas como: «¿Tú sabes que todas las personas se queman con el fuego por igual, no?», o: «Las personas no rebotan», o el mítico: «Todos, nena, y cuando digo todos es todos, necesitamos oxígeno tooodoo el rato, ¿lo entiendes?» Esto provocó cierta sensación en mí de que me tomaba por bastante imbécil, con razón, eso sí, pero imbécil.

Terror. ¿Sabéis lo qué es peor que un sopapo? La amenaza del sopapo que nunca llega.

Excepciones para utilizarlo:

Bueno... Tengo que admitir, y lo siento, futuros hijos míos, que la palabra «sopapo»... ¡ME VUELVE LOCA! ¿Pero habéis oído cómo suena? Prometo utilizarla

con contención, pero así, como consejo, más os vale no enredar.

Versiones:

«Cuando estábamos en la calle y yo andaba enredando, me decía: “Recuérdame que te pegue cuando llegemos a casa.” Sí, hombre, que te lo iba a recordar yo.»

Anónimo

«“Te voy a meter una que te mando a la luna de Valencia, fíjate lo que te digo, así que ándate con cuidado”. Palabra de mi madre.» *Bea*

«“Te voy a dar un tortazo que te vas a creer que han chocado dos mundos.” “Te voy a dar una que no vas a poder ni llorar.”» *María José*

«¿Y lo de “te voy a dar detrás *pa* que vayas *palante*”?» *Víctor Zurdo*

La opinión del experto:

«Los niños pequeños actúan por impulsos, salvo que alguien les sugiera otra cosa o se les impida. No saben que las patadas duelen. Sencillamente les parece una buena idea durante el nanosegundo en que se les pasa por la cabeza. Los niños suelen resolver físicamente lo que no saben resolver con palabras. No acudas corriendo al primer signo de discusión.» Jo Frost. (*Supernanny. Consejos prácticos y sensatos para educar a tus hijos.*)

Ves, mamá, no era culpa mía, estaba en mi pobre naturaleza. Yo no quería...

CAPÍTULO 47

Tu cuarto está manga por hombro

Me encantaba lo de «manga por hombro». De pequeña me parecía una frase mágica, aunque mi madre sabía quitarle la magia rapidito:

—Tu habitación está manga por hombro, tienes media hora para ordenarla. Aquí no hay quien encuentre nada.

—Pero yo sé dónde están las cosas, mami.

—Porque tienes el cerebro tan desordenado como el cuarto. No quiero repetirlo, ¿eh? Tienes media hora.

—¿Cuánto es media hora?

—Pero qué pesada eres, en serio, nena. ¿Ves la aguja grande? Pues cuando llegue a las seis... Estoy pensando que para tu cumple te voy a regalar un juego educativo para aprender las horas.

—Mamá, no quiero juegos educativos nunca más, son superaburridos y yo ya estoy supereducada.

—Superpesada, eso es lo que eres; media hora, te lo he dicho, luego no vengas con que no te he advertido.

Yo me arrastraba hasta mi cuarto con la enorme tristeza de saber que me esperaba un juego educativo por mi cumple, y me daba mucha pena, y para consolarme me ponía a jugar con el tangram, y como aún me daba más pena, construía una casita para las Barriguitas con el tangram, y aún la pena era mayor porque la casa era amorfa, y entonces me asustaba y salía corriendo al pasillo y gritaba:

—¡Mamaaaaaá! ¿Ha llegado la aguja grande a las seis?

—No, pero le falta un periquete y espero que no haya nada fuera de su sitio.

Yo volvía a mi cuarto y a patadas metía cosas debajo de la cama, y los juguetes los guardaba en el armario al montón, y los Clics caían dentro de los zapatos, y la ropa a mogollón encima de todo aquello, porque yo pensaba que mi madre nunca jamás iba a abrir nada de aquello. En mi mente de niña los armarios debían de ser como invisibles, porque en serio que no lo entiendo. La aguja grande llegaba a las seis. Mi madre entraba en el cuarto y, con ese poder que sólo tienen las madres, descubría todos los sitios, sin que se le escapara ninguno. Y cada vez que encontraba algo lo tiraba al centro de la habitación hasta que se hizo un montón del doble de altura que la nena y entonces sí que sí:

—Tienes media hora. Todo lo que no esté en su sitio lo tiro a la basura. ¿Me entiendes ahora? Yo creo que sí, y si hace falta, mañana te vas al cole sin calcetines. ¿Está todo claro?

Clarísimo. Dejé desordenado el tangram, un libro sobre las fábulas de Esopo (pero qué mierda de libro infantil era ése) y una muñeca de porcelana que me daba miedo. No coló. Y por la chulería, me tuvo secuestradas durante un mes las marionetas de los tres cerditos que tantas tardes de asueto me habían dado.

Consecuencias de la frase:

Pues el desorden no se me ha corregido. Al contrario, he desarrollado un sofisticado método de desorden que parece que no se ve, pero ahí está. Y me tengo que guiar por rutas tipo: ¿Dónde estarán las tijeras? Lo primero: en el cajón de las tijeras sé que no. En el bote para los bolis sé que nunca las pondría, demasiado obvio. ¿En el cajón de la cocina de los cubiertos? Podría ser, si no hubiera encontrado las tijeras de la cocina y hubiera recurrido a ellas. Miro, pero no están ninguna de las dos. ¿Qué es lo último que he cortado? Rebusco por mi casa y encuentro etiquetas de la ropa (seis montones en distintos lugares), pero no: todas están cortadas con los dientes. Ya sólo me queda la pregunta: ¿dónde puede que me hiciera gracia guardarlas? Pues sí, clavadas en una planta, después de pensar: «Nunca se me va a olvidar que las tengo aquí.»

Psé, lo sé, esto sí que es magia, y no la tontería esa de «manga por hombro».

Excepciones para utilizarlo:

Mirad, uno de mis mayores temores como futura madre es perder un niño. Ya he perdido varios: dos primos, un vecino y una hermana. Lo sé, tengo un don. Así que paso del orden. Futuros hijos míos: me da igual que todo esté manga por hombro, pero, por Dios, vosotros donde pueda veros.

Versiones:

«Aquí la de mi madre era: “Esto parece una leonera.” Y qué quieres que te diga, las leoneras son jaulas mucho más minimalistas.» *Miryam*

«Mi madre decía que mi habitación iba a “pegar un trueno”. Yo me imaginaba todas las cosas derrumbándose, incluida la cama y las estanterías.» *Raquel*

CAPÍTULO 48

Nena, búscate un hombre que no te dé mala vida

Éste es un consejo exprés que me dio ayer por la noche por teléfono a propósito del día contra la violencia de género:

—Te voy a dar un buen consejo, el mejor que te pueda dar: búscate un hombre que no te dé mala vida. Me da igual que sea guapo o feo, que tenga dinero o estudios, que sea listo, o incluso que tenga un pendiente (esto lo dice por decir). Pero que te dé buena vida. ¿Me oyes, nena? Tú has tenido suerte: eres alta (ser alto para mi madre es una virtud, por eso le encanta el príncipe, por alto), eres muy lista, no estás enferma, eres guapa (es mi madre, qué va a decir), tus padres te quieren y te han dado abrigo y comida, y cultura, nena, porque nosotros dinero no te vamos a poder dejar, toda tu herencia va a ser tu educación. A lo que iba, tú has tenido suerte, has caído en el lado de los afortunados siempre, pero hay una cosa que no te puedo dar: eres mujer, y eso te va colocar miles de veces en el lugar más débil. No te dejes, nena, no te dejes, en serio. Así que te andas con ojo y te buscas un buen hombre, un hombre de ley, y como te levante la mano, tú me llamas, que tu padre y yo te sacamos de donde sea. ¿Me estás oyendo? No aguantes ni una, porque esa una ya te sobra. A ti no te ha pegado nunca nadie un sopapo, ¿no? Dime la verdad, nena, por Dios, dime la verdad.

—Claro que no, mamá...

—No lo digas así, que muchas mujeres que pensaron «a mí nunca» han tenido que soportar muy mala vida. Más de sesenta mujeres muertas han dicho en el parte, y las que lo sufren en silencio. ¿Te lo puedes creer? Así que te andas con ojo, que tu padre y yo nos hemos esforzado mucho para que tú seas feliz, y no va a venir ningún desgraciado a ponerte la mano encima, porque vales mucho, que no se te olvide. ¿Te queda claro?

Clarísimo, mamá.

Excepciones para utilizar el consejo:

Todas. Futuras hijas más: buscaos un hombre que no os dé mala vida, en serio.

Versiones:

«Mi madre a todo esto le une un “y si no, que lo aguante su madre”.» *Lucía*

«Buenísimo consejo, buenísimo. El de mi casa era peor: “Búscate un muchacho que sea limpio, que sea limpio y trabajador.”» *Mortiziia*

CAPÍTULO 49

El pescado tiene mucho fósforo

—Cómete ese chicharro que está riquísimo y me ha costado un ojo de la cara. Además, el pescado tiene mucho fósforo.

—¿Por qué se llama tan feo? ¿Por eso está tan malo?

—Qué feo ni qué feo. Harta me tienes. Todo el día pensando qué hacerte para comer y tú siempre con tus ascos. Eso sí, un día me voy a cansar y entonces ya veremos, os vais a enterar de lo que es estar sin mí.

—Mamá, es que la piel me da asco...

—Nena, es lo que más fósforo tiene. Y el fósforo hace niños listos, y tu padre y yo queremos una niña lista, así que date vida.

—Mamá, ¿y por qué Dios no puso el fósforo en el queso, que está más rico, y lo tuvo que poner en la piel del pescado?

—Pero ¡qué cosas tienes! ¿Y quién eres tú para cuestionar dónde puso Dios las cosas? Pues donde le dio la real gana. Sólo faltaba, que eres una milindris. ¿Me oyes? Eso es lo que pasa, que yo sí que me pregunto cómo Dios me dio una hija tan milindris. Y no encuentro respuesta. Ahora, que tú te comes esa piel ahora mismo. ¿Me oyes? O vas a estar castigada hasta que vayas a la universidad.

—Bueno, mami, no te pongas así que sólo era una pregunta...

—Una pregunta, dice. Que comas ya eso, hombre, que me tienes harta. Y ni una palabra más.

Consecuencias del consejo:

Lo del fósforo yo lo repetía continuamente de niña. Cada vez que alguien decía algo sobre el pescado, ahí estaba yo para contarle al mundo entero que «tiene mucho fósforo y es muy bueno para el cerebro, que me lo ha dicho mi madre, y sobre todo la piel». Estuve a punto de ser linchada en el comedor del colegio un par de veces. Ya sabes, típica situación, la monja le dice a la niña de mi lado:

—Niña, cómete el pescado.

—Pero, hermana, es que a mí no me gusta.

Y yo que nunca he sido de medir las consecuencias:

—Pues tiene mucho fósforo y es superbueno para el cerebro. Sobre todo la piel.

—Mira, ya lo has oído, a comer, y cómete también la piel.

La niña, con los ojos inyectados en sangre, y esa cara de: «Ya nos veremos en el patio, ya.»

Me costó también más de una tarde de aislamiento por parte de mis primos, que me bautizaron como «la pesada del fósforo» después de que repitiera la frasecita en una comida familiar.

Todos mis tíos me rieron la gracia, y todos mis primos quisieron matarme en ese momento a base de rellenarme de pescado. No es mi imaginación, es exactamente lo que me dijo mi primo: «Te voy a meter todo el pescado que sobre por la boca hasta que te quedes rellena como un pimiento.» Sí, ése es mi primo el sensible.

Por mi empeño en defender sus virtudes se podría deducir que me gustaba el pescado... Ni de broma. Insisto, de pequeña sólo me gustaban el queso y los yogures. Ya. Nada más. Pero era un poco resabidilla y sobre todo era una experta desintegradora de comida. Los verdaderos malos comedores desarrollan todo tipo de técnicas:

1. Partir todo en trozos pequeñitos y esparcirlo por el plato, dejando caer algún trozo fuera.

2. Si a pesar de eso el adulto insistía, en cuanto se despistaran los comensales de al lado, echarles trozos pequeños a sus platos.

3. Si los comensales se daban cuenta, los radiadores cercanos son capaces de albergar ingentes cantidades de comida. (Esta técnica tiene un pero: hay que acordarse de limpiar la comida ese mismo día. Si no, huele, y tu madre te obliga a

comértelo. Bueno, no sé si tu madre, pero la mía sí.)

4. Sólo para precavidos: en los bolsillos, colocar estratégicamente papel Albal y vaciar el asqueroso pescado en el interior. Seguir siendo una niña feliz en ayunas.

Excepciones para utilizar el consejo:

Pues futuros hijos míos, acabo de buscar en Google si lo del pescado es cierto y resulta que el queso, sí, mi amado queso, tiene la misma proporción de fósforo. ¡Mamaaaaá! ¡Era mentira, leche! Tanta propaganda que le hice yo al pescado y era mentira.

En fin, eso sí, futuros hijos míos, lo tenéis realmente difícil para engañarme con la comida, me las sé todas. Sí, la de vaciar un peluche de espuma y meterle la comida dentro también.

Versiones:

«Qué tiempos, yo también escondía comida en los bolsillos de la bata, detrás del armario, debajo del sofá, lo tiraba por la ventana (lo malo es que yo tenía un tejadillo debajo y luego se veía), lo escondía en medio de la bolsa de basura para que no se viera por ningún sitio. Vamos, que he probado de todo. Ahora, que me dieran macarrones o tortilla de patata, que entonces era capaz de comerme hasta lo que se caía en el suelo.» *Arantxa*

«Yo siempre he sido de buen comer, pero el pescado me daba un asco atroz. Mi madre me permitía dejar la piel, lo cual era un buen escondite para soltar algunos trocitos debajo, y también procuraba dejarme mucho en la raspa. Nunca fui capaz de esconderme comida para tirarla luego, me daba demasiado miedo que me pillasen. Sí, mi madre era tiradora olímpica de zapatilla y mi padre arreaba unos sopapos de mano abierta descomunales.» *Bego's*

La opinión del experto:

«Ese empeño vale de poco. Conozco un montón de gente que de adulta no ha podido volver a probar el alimento que estaba en la mesa para comer, merendar y cenar. Retirar el alimento y no permitir el picoteo hasta la comida siguiente es mucho más eficaz.» Lo dice nuestra supernanny española Rocío Ramos-Paul, que sabe mucho de esto. ¡Ay!, Rocío, lo que hubiera dado yo porque me retiraran los alimentos...

CAPÍTULO 50

Nena, cuando te vayas, apaga los fuegos

Yo esta frase no la entiendo. En serio.

Primero: lo dice como si yo tuviera los fuegos encendidos todo el rato. Como si los fuegos fueran las luces.

Segundo: me lo sigue diciendo. Tengo 33 años y nunca, repito, nunca he quemado una casa. Pero mi madre piensa que siempre estoy a punto de hacerlo.

Tercero: ¿qué fuegos? Si yo apenas cocino y como mucho enciendo uno para hacer pasta.

Cuarto: lo dice siempre que nos despedimos, como quien dice adiós. También por teléfono, que yo lo mismo no voy a salir de mi casa, pero ella, ante el miedo de que le prenda fuego al edificio, me lo dice: «Nena, cuando te vayas, apaga los fuegos.»

Consecuencias del consejo:

Pues, clarísimamente, siempre creo que me los he dejado encendidos. No hay como pensar si has apagado algo para que te entre la duda. Y si estoy en casa de mis padres, soy capaz de volver a comprobarlo de forma compulsiva. Trescientos kilómetros soy capaz de volver, aunque no haya cocinado. Porque, ¿te imaginas que un día se me olvida y prenden? ¿Te imaginas lo que tendría que aguantar? Pues yo sí, me hago a la idea perfectamente, y siento escalofríos sólo de pensarlo, en realidad me muero un poco sólo de pensarlo.

La segunda consecuencia es una inseguridad constante a producir una catástrofe, inundación o incendio. Vivo en tensión. Porque está claro que si tu madre es capaz de repetirte durante treinta y tres años, unas trescientas veces al año, que apagues los fuegos, la plancha, cierres los grifos, quites el gas y cierres la puerta, cada vez que se despide de ti, insisto CADA VEZ QUE SE DESPIDE DE TI, eso es que ve algo en ti que se te escapa, algo así como la capacidad de destruir el mundo.

Tercera consecuencia: cuando regreso a casa voy pensando: «Por Dios, que no se haya quemado, que no se haya quemado, que mi madre me mata.»

Cuarta consecuencia: yo veo un bombero y disimulo, como si hubiera hecho algo malo y estuviera a punto de pillarme.

Excepciones para utilizarlo:

Ninguna. Me niego a cargar a mis futuros hijos con el peso de producir un apocalipsis en cualquier momento. Ahora, eso sí, no sé cómo voy a hacer yo para fiarme de que los apagan, porque ¿te imaginas que se les olvida? ¿Te imaginas que se los dejan encendidos y me queman la casa? Mi madre me mata.

Versiones:

«La frase de mi madre es más práctica y realista: “Por favor, no pierdas la cartera.” Y la de mi padre, vaya a donde vaya y tenga los años que tenga: “Por favor, pórtate bien.” Tú provocarás Apocalipsis, pero yo para mi padre debo de ser un pendón florido.» *Valentina*, mi amiga Cristina.

«Yo me he vuelto del trabajo (a media mañana, vamos, que tuve que pedir permiso) porque pensé que me había dejado la plancha encendida, y la plancha es un aparato con una resistencia que se calienta y se enfría. Pero, hija, criadas en la paranoia... ¿Y lo de “como des un golpe a la televisión, explota” no te lo decían? Porque yo me he sorprendido diciéndoselo a mis hijas el día que les dio por jugar con una peonza en el salón. Sí, confieso, soy una drama mamá.» *Kinchu*

«Durante mi más tierna infancia y adolescencia, más de una vez, más de dos y más de tres, camino de casa de mis abuelos (a 50 km), de la playa (100 km) o de la excursión de turno, recuerdo haber tenido que dar mi padre la vuelta con el coche para echar un ojo a la plancha porque mi madre “estaba segurísima de haberla apagado pero mejor volvemos a mirar, por si acaso”. No sé por qué la muy petarda se ponía a

planchar invariablemente antes de ir en coche a algún sitio, si siempre le pasaba lo mismo. Pero el caso es que aunque a mí nunca me ha dado el consejo de los fuegos, sí me ha contagiado de tal manera que no es normal la cantidad de mañanas que me paso en el trabajo plenamente convencida de que mi casa se está incendiando por culpa de la plancha del pelo.» *Miss Amanda Jones*

CAPÍTULO 51

Nena, hay que limpiar, que viene la chica

Pues sí, en mi casa se limpia antes de que venga la chica a limpiar. Yo he intentado explicarle a mi madre que eso es un sinsentido pero, para qué mentir, jamás en mi vida he conseguido convencer a mi madre de nada.

—Pero ¿qué va a pensar Maru si ve la casa sucia cuando venga? De eso nada. Sólo faltaba que fuera diciendo por ahí que tenemos la casa hecha un desastre. Nadie va a decir eso de nosotros, nunca, ¿me oyes? Nunca. Así que limpia el baño.

—Pero mamá, ¿tú para qué le pagas?

—Para que limpie, pero un poco por encima, que tampoco hace falta que llegue aquí y esto parezca una casa de sucios.

—Pero mamá, si yo soy capaz de chupar este suelo y tan tranquila.

—Tú porque eres muy liberal, eso es lo que pasa. Qué vas a chupar tú el suelo ni nada, te suelto un sopapo como te vea. Chupar el suelo, dice, pero ¿qué te crees, que somos hippies? (Lo siento, hippies del mundo, sois el peor colectivo para mi madre después de los drogatas.)

—Ay, mamá, era un decir...

—Un decir, un decir... Como te oiga cualquiera diciendo que chupas el suelo... El suelo no se chupa, nena, no se chupa, ni se dice que se chupa si se quiere ser una persona normal. ¿Qué habré hecho yo para tener una hija como tú? No lo entiendo. Y te coges esa escoba que está a punto de llegar Maru y quiero que la casa esté impoluta.

Consecuencias del consejo:

Maru es superfeliz. La nuestra debe de ser la casa más limpia que limpia. Además, mi madre no está acostumbrada a que alguien trabaje para ella, y para no ser una empresaria explotadora, según llega Maru le pone un café y unos bollos, porque mi madre sólo compra bollos el día que viene la chica. Se sienta con ella y se tiran desayunando un rato. Y luego, como no sabe pedirle que se ponga a trabajar, se levanta ella y le dice: «Maru, tú quédate aquí tranquila que yo tengo muchas cosas que limpiar.»

Y Maru se queda tan tranquila, leyendo el periódico mientras mi madre trabaja. A las tres horas, mi madre le paga el sueldo, con una propinilla: «Porque es muy buena persona. Menuda suerte hemos tenido con Maru. Que me puedo dejar dinero en cualquier lado y ella jamás toca nada, que se te mete en casa una aprovechada y a ver qué haces; en cambio, la Maru, la dejo tan tranquila.» Ajá.

Y luego Maru se queda a comer, porque «donde comen cuatro comen cinco, y esta gente lo ha pasado muy mal en su país, que se han cruzado un mundo para venir aquí. Además, nena, a los trabajadores hay que tratarlos bien, con sus pagas y sus dietas, porque eso es de gente de ley. Y yo no quiero que vayan diciendo por ahí que me aprovecho de nadie. Pobrecica Maru, con lo sola que está, y sin saber hacer cocido, que me lo dijo el otro día. Nena, ¿te puedes creer que en Bolivia no se come cocido? Ni vainas, tampoco comen vainas. Yo le he tratado de enseñar a Maru a cocinarlas, pero claro, con lo del salto cultural, dice que le salen malas. Normal. Si yo tuviera que cocinar..., bueno lo que sea que comen allí, pues me saldrían mal. Aunque vete a saber, porque a mí la cocina se me da muy bien, que con una patata, un hueso y un puerro te hago un guiso para seis. Así que igual aprendía yo a hacer sus platos. Pero ella, la pobre, no sabe. Así que le he hecho un par de túpers, para que se lleve a casa y congele. También para una compañera de piso que tiene que es marroquí, las pobres». Lo dicho, Maru es superfeliz y, en mi casa, cada vez que viene limpiamos y cocinamos como si viniera el rey. Ya es una más de la familia. No te digo más que le ponemos zapato la noche de Reyes.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, que alguien limpie tu casa es un auténtico lujo que la mayoría de la gente no se puede permitir. Si alguna vez podéis contratar a alguien, disfrutad de ello sin tensión. Eso sí, tratadle al menos con la mitad de cariño que nosotros le tenemos a Maru. Y nada de chupar el suelo, que os estoy viendo... Y ésta no es la casa de mi madre, no os vayáis a pillar cualquier cosa.

Versiones:

«Dios Santo, ésta no es mi madre, ¡es mi suegra!» *Sandra*

«Los jueves por la tarde/noche y los viernes, antes de salir de casa, obligo a mis hijas a recoger sus habitaciones y el cuarto de baño (hay horquillas y gomas del pelo por todas partes) porque la “maru” viene a limpiar y no a mover sus trastos de un lado a otro.» *Sita*

CAPÍTULO 52

Tengamos la fiesta en paz

A nosotros, llegar al cariño nos cuesta. Nuestra particular Nochebuena comenzó con mi madre cocinando. Justo encendió el fuego y se puso a llorar, y así llegamos hasta sentarnos en la mesa. Ella lloraba por nostalgia de los que no estaban, y también de los que sí estaban, y se iba bebiendo un vino dulce malagueño que a ratos le calmaba, a ratos le daba rienda suelta para gritarnos.

Primera bronca: vestimenta.

—Pero ¿qué es eso que has decidido ponerte hoy? Justo hoy. Lo haces para fastidiar porque si no, no lo entiendo, con lo mona que estás con el vestido que te regalé y no con ese pingo de mercadillo. Y haz el favor de retirarte el pelo de la cara que estás más guapa. Y a mí no me tuerzas el morro. Tengamos la fiesta en paz, nena. ¡Ay! Si tu abuelo estuviera aquí para ver lo guapa que estás. (Y se pone a llorar mientras le da un traguito al vino.)

Segunda bronca: el árbol.

Desde siempre, todas las Navidades en mi casa hay un enfrentamiento a muerte. Mi hermana y yo somos partidarias de las bolas de colores, es decir, de todos los colores. Y mi madre es muy de flor de Pascua, bolas rojas y cabello de ángel plateado, punto.

—Pero ¿qué narices le habéis hecho al pobre árbol? Anda, anda. Ya estáis quitando esas bolas, que eso más que un abeto parece un matojo hawaiano. Los árboles de colores son horteras. ¿No has visto el que sacan los Reyes? Pues yo quiero uno como ése, elegante y discreto.

—¡Jo, mamá!, por un año nos podías dejar poner uno un poco más alegre.

—A ver, nena, no confundas alegría con desorden, ¿eh? Eso que habéis colocado es un fante y ya me lo estás quitando, que luego tenemos la copita con los vecinos y van a pensar que en esta casa viven cuatro monos daltónicos. Tengamos la fiesta en paz. ¡Ay! Si tu abuela viera lo bonito que tengo el belén con su niño Jesús bien cuidadito... (Y se pone a llorar otro poco.)

Tercera bronca: el discurso del rey.

—Ni se te ocurra apagar la tele; quiero que los reyes sepan que les vemos, que así se demuestra el apoyo del pueblo.

—Pero qué van a saber ellos, si nosotros no tenemos un audímetro.

—Pues de alguna manera contará. Tú me dejas la tele puesta aunque estemos cocinando.

—Pero, mamá, ¿no te das cuenta de que la monarquía es un sistema obsoleto? (Le mete un trago al vino que tengo claro que no significa nada bueno.)

—¡Por Dios, nena! No digas blasfemias, que tú tendrás muchos estudios, pero nuestros reyes son los mejores del mundo. Tú no habías nacido, por eso no te enteras. Si te oyera tu tía Pilar... ¡Obsoleto! Te voy a dar obsoleto a ti. Pero mira qué majo es. ¡Ay! Si los políticos le hicieran un poco más de caso... Algo mejor nos iría, y eso que está muy mayor, y ahí sigue, porque el nuestro es un rey con el que se puede contar, y muy cercano, que se le nota. Y yo también soy muy de la reina, que siempre va tan bien, tan correcta. Ésa sí que es una mujer elegante y no las pelandruscas que salen en la tele. ¡Y mira el árbol! Nenaaaa, deja todo eso y ven al salón. ¡Mira el árbol! Es como el nuestro, nena, igual, igual. Bueno, el suyo es más grande, pero el mismo estilo. Si me hicieras más caso... Ya vas a ver las vecinas cuando se den cuenta de que tenemos el mismo árbol de Navidad que los reyes.

—Mamá, tampoco es tan igual...

—¡He dicho que el mismo! Tengamos la fiesta en paz, nena, tengamos la fiesta en paz.

Cuarta bronca: la compota de manzana.

—Mamá, ¿por qué hay que hacer compota? No le gusta a nadie.

—Pero qué manía le tenéis. La compota es digestiva, y una tradición que llevamos haciendo toda la vida.

—Pero si sólo os la coméis la tía y tú.

—Porque somos las que sabemos de la vida.

—Mamá, eso era un postre cuando no había dinero para comer dulces buenos, ahora no tiene sentido y te tiras veinticuatro horas de trabajo para hacerla.

—Porque se necesitan veinticuatro horas exactamente, hirviendo despacito, para que salga igual que la de tu abuela, que una vez la hice rápido y menudo desastre. Me llevé un disgusto... Y tu tía igual. (Ligero lloriqueo.) Y no está de más que aprendáis que nosotros no hemos tenido tanto dulce, que sois todos unos señoritingos. A mí de pequeña, una naranja me parecía un lujo, nena, y no como tú, que dices que te da dentera morder los gajos. Así que a callar y me sigues removiendo esa compota, tengamos la fiesta en paz.

Quinta bronca: los regalos.

En mi casa, el día de Navidad tenemos un detalle, porque por supuesto que mi madre es más de Reyes, odia a Papá Noel, y el Olentzero (un carbonero que es el que trae los regalos en mi tierra) le parece «un poco sucio, sin gracia y con pinta de comerse a los niños». Así que los regalos no los trae ningún ser mágico, sino nosotros mismos. Bueno, pues este año se me olvidaron los regalos en Madrid, y yo era la encargada de dos personas. Así que me fui a una librería y compré libros. Durante la entrega mi madre sonreía; ahora, que cuando fui a la cocina:

—¿Libros? Que yo no tengo nada contra los libros, que son muy útiles, pero y los zapatos que habías comprado para tu hermana, ¿dónde están?

—Es que se me han olvidado los regalos en casa y he comprado en la librería de abajo lo que me ha dado tiempo.

—Claro, eso te pasa por dejarlo siempre para última hora. Que ya te veo haciendo la maleta esta mañana, que tú más que maletas haces hatillos de mendigo, que ya he visto cómo traes la ropa, toda hecha un bolo. Porque no te has dado cuenta, pero ya le he metido una planchada. Eres un desastre. Que los libros están bien, pero un día vas a dejarte olvidada la cabeza. Y tu hermana ha sonreído porque es de sonreír, pero tú sabes que no lee nada. Y no será porque yo no lo haya intentado, y obligado también, porque la hemos obligado, pero chica, no es de leer. ¡Y tú le traes un libro! Si es que todo lo tengo que hacer yo... Bueno, lleva la compota para la cocina y tengamos la fiesta en paz.

Consecuencias:

A mí las fiestas en paz como que no me van. Si no hay bronca, pues para mí no hay fiesta.

Segunda consecuencia: en mi casa había que beber antes de la cena, si no, no lo soportabas. Así que mi «no drama papá» sacaba una botellita de vermut y allí que íbamos, con alegría.

Excepciones para utilizarlo:

La frase me hace gracia. Y futuros hijos míos, espero que seáis de bolas de colores, de espumillón del gordo y luces intermitentes, porque nuestro pino va a ser reventón, reventón. Y si no os gusta, a callar, y tengamos la fiesta en paz.

Versiones:

«Yo más que de Málaga Virgen soy del vinillo tinto; un buen Riberita de Duero antes de la cena sienta divinamente, sobre todo si en la mesa puede haber dramas familiares.» *Belén*

«A mí también me gusta el vino dulce, mi suegra siempre me lo tenía en la mesa cuando íbamos a almorzar a su casa. Y también soy de las que me pongo con la llorona después de un par de vasitos, aunque primero canto.» *Lola*

«En mi casa había variantes, pero muy por el estilo. Lo de la compota de manzana

en mi casa son las conservas de membrillo. Ni el Tato quiere luego membrillo en conserva o carne de membrillo, pero en vez de dejar que el árbol se pierda y olvidar esta pesadilla, todos los años hay que pasarse un fin de semana pelando, cortando, cocinando, removiendo, probando, envasando y almacenando los dichosos membrillos, porque “¿dejar que se pierdan los membrillos? Ni hablar, con la de gente que hay muriéndose de hambre, además que en esta casa se hacen y punto, pare usted de contar”.» *Mortiziia*

CAPÍTULO 53

Si te portas mal, los Reyes te traerán carbón

Vaya por delante que actualmente mi madre es la mejor reina maga del mundo. En serio. Tú dices allá por agosto: «Mira qué gafas más monas», y ella las compra y te las guarda para Reyes. O vas de compras y te pruebas un vestido y ella empieza: «Te queda fatal, chica, no te compres eso que es muy feo, es de pilingui.» Y ella lo reserva cuando te metes al probador y te lo pone en el zapato. Ha conseguido que con 33 años me ponga el despertador el día de Reyes y levante a mi hermana a gritos. Incluso mi no drama papá se pone nervioso abriendo sus paquetes. Siempre en orden. Porque en mi casa abrimos uno cada uno, por turnos, y todos celebramos los regalos de los demás.

Además, siempre tiene algún regalo sentido. Por ejemplo, este año, me ha agrupado una colección de jaboncillos que tenía cuando era pequeña, me ha comprado una caja preciosa donde guardarlos y me lo puso en el zapato. Y lloramos las dos cuando abrí el regalo. Así somos, sentidas.

Además es espléndida, y mi no drama papá también. Entre muchos regalos me ha caído un billete de 500 euros. Ajá, existen, y yo tengo uno. Nuevecito, que parece del Monopoly.

—Ale, para que ahorres, que tú tienes un agujero en la mano. Te lo damos agarrado, que nadie te cambia un billete así, para que no te lo gastes. Porque, nena, tú sabes que no puedes ir a un bar con ese billete, ¿no? Pues eso, el lunes te vas directica al banco y lo ingresas.

—Pero mamá, el dinero es para gastar.

—Así te va, nena, así te va. Pues éste no vas a poder gastarlo, y si no, nos lo devuelves. Es para la cuenta de ahorro, esa que tiene que hacer eco, que yo creo que tú el dinero te lo comes.

Vamos, que tengo un billete de 500 para mí solita, de recuerdo, porque no se puede gastar.

Es la reina maga perfecta, pero ha sido muy pro carbón para que entendiéramos el mensaje de los Reyes, pero pro carbón de la caldera de mi abuela, nada del dulce.

—Pero ¿cómo narices va a entender un niño que se ha portado mal si le dan azúcar? No, no, no.

—Ya, mamá, pero ¿te parece normal que hasta los 18 años me echaras un saco de carbón? Tooodooss los años.

—Mira, ¿te parece normal que tú hasta los 18 años fueras una niña insufrible que no paraba de portarse mal?

—No tan insufrible...

—Nena, que a ti se te hacía bolo la carne en la universidad. Insufrible es poco, y si hubieras sido insufrible pero no anémica pues igual lo hubiéramos llevado mejor, pero todo junto... Lo que me has hecho sufrir tú a mí. Bastantes regalos has tenido con lo mala que eras. ¿Quieres que te recuerde cuando rompiste el espejo del baño? Enterico, con la cabeza. Que te llevé a urgencias con todos los cristales clavados en la cara y los brazos, y me miraron con una cara... ¡Que parecíamos la procesión del Cristo Mutilado! Lo que me costó explicarle al médico aquel lo que te había pasado. Y mira que te dije que no entraras al baño, que la luna estaba floja. Y tú no sólo entraste, sino que te dio por descubrir que si pegas un párpado a un espejo te notas el pulso. Eso le decías al médico aquel, que tuvo que pensar que a ti te faltaba un punto de cocción. Porque no era normal. Toda llena de yodo. O cuando saltaste de aquel tractor, que un día ya me contarás qué hacías tú en un tractor, que todavía no lo entiendo, y te partiste la rabadilla, que debe de ser el hueso más inútil del cuerpo pero te tiraste un mes sin sentarte, con aquel flotador a todos lados, ¿te acuerdas? O el año que te dio

por hacerte la fugitiva y desapareciste tres horas al salir de colegio...

—Vale, vale, es que era inquieta.

—Nena, inquieto es alguien que se mueve en la silla, tú más bien eras convulsa. A ver, para que me entiendas, inquieta es tu hermana cuando mueve el pie repetidamente estando en el sofá, que me pone de los nervios. Te lo digo: un día se lo corto. Tú eras más bien de probar a darle la vuelta a tu pierna por detrás del cuello a ver si llegabas a tocarte la oreja, tirabas la lámpara de cristal al intentarlo y también te dislocabas el tobillo. ¿Lo entiendes? Tenía que haberte hecho comer el carbón, pero el de tu abuela, a ver si parabas quieta un rato, que somos clientes VIP de urgencias.

Consecuencias del consejo:

De muy pequeña, los Reyes y yo no nos entendíamos. A ver, esos tipos me traían sacos enormes de carbón, y me dejaban una carta escrita con cientos de recomendaciones que debía cumplir si quería más regalos al año siguiente, y en la carta siempre ponían que le hiciera caso a mi madre, que sufría mucho cuando me portaba mal y era una buena madre con una hija muy revoltosa. Total, me traían juegos educativos y nunca la Barbie con la que yo soñaba. Psé, su magia me parecía bastante justa.

Como un año que me levanté en mitad de la noche y vi un bulto enorme en mi zapato, del doble de mi altura, y me fui a la cama como si me hubieran pinchado cafeína en vena, aguantando histérica a que dieran las ocho de la mañana para abrir aquel enorme regalo que tenía que ser la leche, con lo grande que era. ¿Y qué era? Pues dos sillas para mi cuarto, con dos cojines de flores a juego, con volantes. Sí, el sueño de toda niña de 10 años.

—Pero, mamá, ¿por qué pusiste eso en el zapato?

—Chica, había que comprarlas y dije: pues así desenvuelve un regalo más. Oye, y bien que te has sentado años en ellas.

Pues eso, es pro carbón y también es muy pro regalo práctico. Eso, con 33 años, lo agradeces, pero con 10, te frustra.

Excepciones para utilizarlo:

Estoy casi convencida de que los niños de ahora se creen que el carbón es eso dulce que traen los Reyes. Así que paso de la frase, eso sí, la carta de los Reyes con todos los deseos para que obedezcan mis órdenes y sepan la supermadre que soy ya la tengo escrita, y no estoy siquiera embarazada.

Versiones:

«A mí también me dejaban una carta con una serie de recomendaciones, que yo cumplía al pie de la letra durante la primera semana. Pero mi reina maga hacía lo imposible por dejarme las cosas que yo había pedido, como un juego de dormitorio, que era la cosa más linda que había visto, con su armario de puertas correderas y todo. Y si tenía que estar hasta altas horas de la noche cosiendo para que mis muñecas tuvieran ropa nueva para estrenar el día de Reyes, lo hacía con todo el amor del mundo.» *Lola*

«Soy superdrama mamá en la cabalgata, porque lloro de la emoción de ver a mis peques emocionados... Soy drama mamá cuando se disfrazan en el cole por carnavales y nos hacen el paseílo todos vestidos de ficha de parchís... Ahí, lloro a caños.» *Lula*

CAPÍTULO 54

Te voy a lavar la boca con jabón

Y a punto hemos estado más de una vez porque, para mi madre, cualquier cosa puede ser un taco.

Para saber qué considera ella un insulto asumible, sólo hay que verla conduciendo. Ella insulta, sí, aunque a su manera. Allí va ella, en su minicoche. Ufana, tranquila.

—Mira ése, mira ése. Van como locos. Yo no entiendo cómo les dan el carnet. Si yo fuera presidente del gobierno, ponía un límite a los coches y todo el mundo a 50. Ya vas a ver, nena, cómo no había tantos accidentes. Pero mira ése, casi nos da... ¡Ca... —está casi a punto, tú crees que va a decirlo, tú crees que por fin vas a oír a tu madre decir «cabrón», pero—, caaaa... nelo, más que canelo!

Ahí está, su gran insulto, y pone cara de victoria.

—¿Y ése? Ése se cree que esto es el París Dakar. Si yo fuera policía, me iba a poner fina a multas, que no entiendo qué hacen, porque en esta calle te pones todo el rato y conseguimos bajarle los impuestos a todos los españoles de bien a base de multas a los locos estos. Pero míralo, aún me da, aún me da... Ma... —y tú casi estás rezando: «Que diga “mamón”; venga, mamá, tú puedes, dilo»—, Ma... meluco.

Te desinflas.

—Esto me pasa por ser mujer y conducir un coche pequeño. Cuando voy con tu padre, nada. Le respetan, pero a mí... Las que me lían. Como el otro día, que iba a aparcar al lado de esa frutería que me gusta tanto, que lo tienen todo a buen precio y siempre me acaban regalando algo, que si unas patatas, o un racimo de uvas... Es que la frutera es tan detallista, así da gusto. No como el estirado del Mateo, toda la vida comprándole la verdura y ni un perejil, nena, ni uno. Y en cuanto puede, te mete un melocotón pocho, que lo tengo que vigilar para que no me cuele una. Bueno, pues que veo que va a salir un coche y yo doy a mi intermitente, porque yo señalizo lo que voy a hacer, como Dios manda. Empiezo a dar marcha atrás para dejar salir al coche, porque yo soy educada como Dios manda, y coge otro, un jovenzuelo con un coche macarra, y se mete. Ahora, que ya te digo, me bajé, le pegué en la ventanilla y le dije de todo. No le di un sopapo porque me estaban pitando los coches, que si voy tranquila, te digo que le doy un sopapo. ¡Habrased visto! Ya le dije: «¡Ay! Si te viera tu madre.» Pues eso a tu padre no le pasa, no. Y ése, ¿a qué espera ahora?, ¿no ve que le estoy cediendo el paso? Venga, mi chico, que te estoy cediendo...

—Mamá, es que él tiene un ceda el paso...

Esto le pasa siempre. Mi madre siempre hace un stop porque, mitad por educación mitad porque no se fía, ella siempre cede, por si acaso.

—Mira, nena, tengo treinta años de carnet de conducir y nunca, repito, nunca, he tenido un accidente. Así que no me des lecciones. Bueno, pues si él no se decide, voy a pasar yo.

Y esto también le pasa siempre: arranca justo en el momento que el otro coche, harto de esperar, arranca. Así que frenazo y me pone su brazo a modo de barrera, porque mi madre se debe de creer que ella con su brazo es capaz de protegerme del embiste de un todoterreno, bueno, y de una manada de rinocerontes. Ella y su brazo poderoso... Y entonces, crees que sí. Ha llegado el momento en que tu madre por fin dice un taco. Se lo ves en la cara.

—Me ca...

—¡Me cago en tu madre! Dilo, mamá, díselo. —Porque ya no te aguantas y te sale solo.

—Pero ¡qué dices, nena!, ¿quién te ha enseñado a hablar así? Mecachis la mar, eso iba a decir. ¡Pero qué boca más sucia tienes! Como te vuelva a oír decir algo así, te lavo la boca con jabón. ¿Me has oído? A quién se le ocurre. ¿Pero qué culpa tendrá la madre de ese desgraciado? Bastante tendrá ya la pobre mujer.

Consecuencias del consejo:

Disfruto de los tacos. Es que siento verdadera relajación cuando los pronuncio. Tanto tiempo sentada a su lado imaginando el impropio que iba a soltar y, nada, siempre cosas como: mameluco, canelo, ostriviri, mecachis la mar, gilipichis en los días más salvajes.

Alguna escasa vez le he oído decir «mierda» y es una palabra de no retorno. Si mi madre me dice «¿pero qué mierda has hecho?», más me vale salir corriendo.

Una vez dije «copón» en mitad de una comida familiar y ahí sí que conocí su brazo poderoso, que casi me saca un pulmón del codazo. «Ya hablaremos en casa, nena, ya hablaremos tú y yo.»

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, hay que ser educado. No es necesario ir cagándose en la madre de nadie, pero algunas veces con un «ostriviri» no se consigue nada. Se dice «hostia» y os quitáis un peso de encima, porque ojalá todo lo que os encontréis en la vida sean gilipichis, pero para vuestra desgracia, lo que hay es mucho gilipollas.

Uf... qué a gusto me he quedado.

Versiones:

«Me recuerda también a mi abuela (que es inglesa); siempre dice “*sugar*” en lugar de “*shit*”. Y yo siempre pienso que se quedaría más a gusto diciendo la palabra que es, pero ella, por ser educada...» *Cat*

«En mi casa somos tres chicos y dos chicas, a cada cual más burro cuando se pone a decir tacos. Pero nunca, repito, nunca, se nos ocurrió decir un taco delante de mi madre. Yo no sé cómo lo conseguí, porque no recuerdo que nos hubiera soltado una charla sobre no decir tacos o similar. Mi madre era más de las de “miradas asesinas” comprensibles hasta por el más tierno infante. ¡Infalible! Todavía me parto de la risa al recordar a mi hermano mayor, a sus 37 tacos, decir “me caguen la tos” “jelines” y “tontaina” cuando estaba enfadado en casa. Y oye, le salía tan natural; nunca se “equivocó de registro”. Eso sí, cuando mi madre no estaba... La verdad que, ahora que soy mamá, espero haber heredado esa virtud de mi drama mamá y conseguir que mis hermanos (y yo) no digamos ni un solo taco delante de mi niña. ¡Ojalá!» *Rocío*

«Mi hermana sufrió la consecuencia última: mi madre la llevó al baño, le hizo sacar la lengua y se la lavó, con jabón de tajo, para más señas. Oye, que mi hermana no volvió a soltar una palabrota nunca más. ¡Ay! Vuestras drama mamás son de chiste si las comparáis con la nuestra. Aunque mi hermana era tan mala, tan mala de pequeña, que lo que no sé es cómo mi pobre madre no le cortó la lengua.» *Maynith*

«Mi madre dice: “MIER... mosa patria.”» *Mona*

CAPÍTULO 55

A mí no me levantes la voz, que te enteras

Y te enterabas. Vamos que si te enterabas. Si tú le levantabas la voz, ella era capaz de gritarte hasta reventarte un tímpano.

Cuándo utilizaba el consejo:

Siempre que se te ocurría levantar la voz. Incluso cuando le gritabas desde otro cuarto para decirle dónde estaban las tijeras, ella venía a pasitos, abría la puerta y te decía con las manos en jarras:

—A mí no me levantes la voz que soy tu madre y esto no es una casa de locos. Si quieres saber dónde está algo, me lo dices como las personas civilizadas, que para eso te he educado yo, no para que andes como una verdulera..., ¿o tú eres una verdulera y no nos has dicho nada? Porque si lo que pasa es que tienes una frutería, pues igual hay que quitarte la paga, porque imagino que ganarás tu propio dinero, ¿no? —Yo en este punto me perdía ¿de qué narices hablaba? ¿Y cómo habíamos llegado a que yo tenía una frutería? Y ¡¿qué paga?!—. ¿Me estás oyendo? A mí no me levantes la voz, que te enteras. Y las tijeras están en su sitio, donde deben estar.

A mi madre también le importaba un pimiento dónde estuviéramos. Lo de la vergüenza ajena y la propia a ella le parece debilidad humana. Un día fuimos de compras. Yo con 16 años y toda la vergüenza que puede caber dentro de un cuerpo. Mi madre, 47 años, y toda la desvergüenza que puede caber en un cuerpo... en el cuerpo de ocho... En un cuerpo solar y no sé si llego.

—Nena, venga, sal ya del probador que no tengo todo el día.

—Ahora voy... —Pero eso a mi madre le daba igual, y le faltaba tiempo para abrirte la cortina y que media tienda te viera en pelotas.

—Chica, mamá, que ya voy. —Yo alcanzaba cotas de color escarlata que Pantone desconoce.

—Ni chica ni chico. Ven para afuera que ahí no se ve nada, que hacen los probadores para enanas, porque no lo entiendo si no. —Yo salía con timidez y ella sentada en un sofá me miraba con desaprobación.

—No, no, no. No me gusta nada. No es nada fino, con ese escote... Mejor pruébate ese pichi que te he cogido yo, que es mucho más mono.

—Pero a mí éste me gusta...

—Pero tú no tienes ni idea de vestirte bien. Además, si pago yo, elijo yo.

—Es que a mí me gusta éste. —Lo dije un poco más alto, un poco, como quien sube una rayita el volumen de la tele, pero ella debió de oírlo por la megafonía de la tienda o algo. Y allí en medio, con otras diez madres y otras diez hijas adolescentes, se puso en jarras y yo me esperé lo peor. Y como casi siempre que espero lo peor con mi madre, acerté:

—¡A mí no me levantes la voz que soy tu madre! ¿Me oyes? —Lo dijo a grito pelado—. Y ya te estás quitando ese vestido que pareces una fulana cualquiera. —Esto lo dijo como si pones la tele a un 5.1 y le subes el volumen a tope en mitad de la noche, a las tres de la madrugada, en un pueblo de Soria. De manera que todos esos ojos se volvieron. Las madres la miraban con orgullo, rollo: «Ahí va una buena madre», y las hijas me miraban con pena, rollo: «Entendería que te suicidaras porque además sé a qué colegio vas.» Me pareció ver que a una incluso se le nublaban los ojos—. ¡Habrased visto! «A mí me gusta», dice la nena. Mira, llenito tienes el armario de cosas que te gustaban. No, qué digo gustar, que te encantaban y que te has puesto una vez. ¡Una vez! Se acabó, cuando tengas 18 años irás con la pinta de fulana que te dé la gana, pero mientras pague yo, te vistes como Dios manda, la niña esta...

Consecuencias del consejo:

Yo soy capaz de discutir a susurros y, claro, pierdo credibilidad. La gente no te tiene

en cuenta. Insultar en voz bajita tampoco funciona, la gente no me toma en serio.

Consecuencias en mi hermana: a ella no le puedes gritar. Nada. Le ha cogido terror a los gritos y aunque la llamen guapa, ella llora.

Excepciones para utilizarlo:

No creo que vayamos a tener este problema. Futuros hijos míos, esta frase me pone muy nerviosa, así que intentaré no utilizarla. Eso sí, a ver cómo aprendo a mandaros a la cama con autoridad a base de susurros. No lo veo, lo intento, pero de verdad que no lo veo.

Versiones:

«Cuando se llevaban los “campanolos” y nos moríamos por tener unos, pues mi madre no sólo me montó ese espectaculillo de que si vaya culo de pollo (blablablá): se dirigió a un grupo de gente que había en la tienda (no, no eran la dependienta y sus amigas sólo) y les dijo: “¿No os parece que le hace un culo de pollo horrible?” ¡Por favor! Ella todavía se ríe; de hecho, el camino a casa fue tal cual, ella muerta de la risa y yo de un tono superior a tu escarlata, que, créeme, existe.» *Valentina*, mi amiga Cristina

«Al dato, yo fui con la drama mamá a comprarme ropa interior. Mientras miraba unos tangas me dijo a grito pelado: “Yo esto no te lo compro que seguro que acabas con almorranas.” Nunca más le he dejado que me acompañe, y nunca más me he comprado uno.» *La hermana de la nena*, mi querida Silvia voladora

CAPÍTULO 56

Cuando seas responsable, tendrás una mascota

Creo que hacia los 8 años descubrí que los pollos no vuelan y, por tanto, si lo lanzas desde la ventana, pues el pollo no vuela. Cae a plomo. Y me quedé con cara de: «Pero ¿qué ha pasado? Venga, pollito, levántate, ven aquí y volvemos a probar.»

Entonces tu madre te explica lo del cielo de los pollos y lo de «nunca más vas a tener una mascota porque no eres responsable y yo he tenido que estar pendiente del pollo, y limpiarlo, y mira que huele y caga, el pollo, que ya me dirás tú para qué queremos nosotros que la casa huela a corral. ¡Que estamos en un país desarrollado, por Dios!».

Pero unos años después, algún tío pensó que unas minitortugas eran un increíble regalo de cumpleaños. Y lo eran: *Perejil* y *Sarampión*. Mi hermana y yo en estado de éxtasis durante una semana. Que si carreras de tortugas, que si mis Barriguitas tienen una hija tortuga, que si los Clics piratas llegan a una isla de tortugas gigantes que se los comen, que si a las tortugas las vainas les encantan, que si a las tortugas la acelga les sienta muy bien... Lo típico. Y de repente, *Perejil* y *Sarampión* no se movían. Entonces tu madre te explica que también hay un cielo para tortugas y que no quiere un bicho más en esa casa. «Que les cojo cariño y, como sois dos bestias, aquí no sobrevive ni un león, y me llevo un disgusto horrible. ¿Qué culpa tendrían esas dos pobres tortugas de que tú seas una mala comedora? Y demasiado imaginativa, nena, demasiado, que ya veremos qué te acarrea eso en la vida, porque yo creo que nada bueno.»

Pero siendo ya adolescente, mi amiga Laurita pensó que regalarme una coneja enana por el amigo invisible era una idea increíble y, sí, llegué con aquel animalito a casa y mi madre no se lo podía creer. «¡Pero ¿qué te he dicho mil veces?! Que no quiero bichos en esta casa. Ni verlo quiero, que le cojo cariño. Te lo metes en tu habitación y mañana le buscas un sitio o lo sueltas en el monte. Lo mismo me da. Para tener una mascota hay que ser responsable y tú no sabes cuidar ni de ti misma. Que luego me toca a mí cuidar del bicho y bastante tengo con vosotras dos.»

Así que el conejillo y yo dormimos juntos aquella noche, yo con una tristeza infinita. Me fui al colegio por la mañana y cuando llegué a casa me lo encontré suelto en la cocina hablando con mi madre. Bueno, en realidad, mi madre hablaba con él:

—¡Ay, *Filomena*! ¿Has visto qué lechuguita más rica que te he preparado? ¡Y mira qué cajita para que duermas! Dime, ¿quién es la mejor madre de personas y de conejos del mundo?

Tal cual. En los meses siguientes también dijo frases como: «Pero ¿cómo puede oler así esta coneja si sólo come lechuga? Por la ventana la voy a tirar cualquier día, y a ti con ella. Harta me tienes de limpiarle la caja. Que no le haces ni caso a la *Filo* y ella lo nota, que se le ponen las orejas como caídas. Y la manía que le ha dado de cagar debajo del sofá... Harta me tenéis. Y como te vuelva a ver darle vainas, te voy a hacer un perolo de tres kilos para ti sola. ¿Me oyes, nena? Por las orejas te van a salir.»

El estado de histeria duró hasta que mi no drama papá, meses después, se la llevó sin avisar a una huerta de mi tío. Mi madre, mi hermana y yo dejamos de hablarle durante semanas, por insensible. Sobre todo mi madre: «Ni despedirme me has dejado, qué disgusto tengo, con lo que nos queríamos las dos. Si es que ella era la única que me entendía en esta casa. Y la más agradecida con la comida. Todo se lo acababa y sin protestar.»

Consecuencias:

No como conejo y mi madre dejó de cocinarlo desde que *Filomena* pasó por nuestras vidas.

Para que de pequeña comiera pollo mis padres me decían que había «pechugas» o «muslos», en abstracto; si decían «pechugas de pollo», no podía parar con las arcadas de imaginarme el pollo. Así que me pasé la infancia pensando que el lomo era un tipo de alimento que no salía de ningún animal concreto, como las pechugas o los filetes.

Excepciones para utilizarlo:

Yo qué sé, futuros hijos, igual todavía no soy responsable para tener mascotas. Lo que me preocupa es si lo soy para tener hijos. ¡Cruza los dedos!

Versiones:

«Yo también tuve un conejo. Se llamaba *Mariano* y le tocó a mi madre en un concurso de la radio local. Mi hermana y yo estábamos encantadas, aunque no era muy juguetón porque ya era grande y tenía miedo. Hasta que un día, comiendo un guiso, le preguntamos a mi madre qué era, y mi madre, que es el colmo de la delicadeza, tan delicada como el dulce tacto de un cactus en la planta de tus pies, nos soltó a bocajarro: “Mariano.” Imaginad el drama... Mi madre no volvió a hacer conejo.»
Bego's

CAPÍTULO 57

¿No tienes nada que contarme?

Yo era oír esa pregunta y me moría de miedo. La había liado, seguro, pero yo siempre andaba liándola y no sabía exactamente en cuál de todas me había pillado. Así que llegábamos a situaciones realmente imbéciles. Un ejemplo:

La primera vez que yo les pedí permiso a mis padres para ir a una discoteca con 14 años, ellos, por supuesto, me dijeron que no. Y yo, por supuesto, fui. Llegué a casa extasiada de ese mundo increíble que acababa de descubrir, en el que te pasabas toda la noche hablando en una esquina con tus amigas del colegio viendo a los chicos, en la otra esquina, hablando también con los mismos chicos con los que estaban todo el tiempo en clase. Ajá. Increíble. El caso es que llegué a casa pensando que el cielo era algo parecido a una discoteca y me encontré a mis padres en la cocina, separando lentejas:

—¿No tienes nada que contarme? —Te lo decía así, como si nada.

—Pues no, creo que no, vamos. —Y ya estaba vendida.

—¡Ah, bueno!... ¿De dónde vienes que es como si hubieras sudado? —¡Pregunta trampa, pregunta trampa!

—Pues es que estábamos en la plaza y han venido unos chicos con globos de agua. Entonces hemos empezado a correr y nos hemos tenido que esconder porque eran muy brutos; nos han encontrado y otra vez a correr.

—¿Y qué chicos eran éstos?

—Pues no sé, unos chicos.

—¿En abstracto o tenían nombres?

—Es que no los conocíamos, pero nos han estado persiguiendo toda la tarde.

Ella seguía separando lentejas como si nada.

—¿Y hasta dónde os han perseguido? —Lenteja pocha a la basura.

—Pues por el barrio.

—¡Ahhh!, por el barrio... —Lenteja buena al plato con agua.

—¿Eh? Sí, por el barrio. —A esas alturas yo ya me temía lo peor. Y acertaba.

—¿Y no has salido del barrio? —Lenteja pocha a la basura.

—Pues no..., bueno, creo que no.

—¿Y por qué tienes los ojos como tan negros?

«Me ha pillado. Se ha dado cuenta de que me he maquillado. Pero ¿cómo? Si me he limpiado en el ascensor, seis veces.»

—Pues no sé, será sucio...

—¡Ah...! ¿Y qué has hecho para ensuciarte así?

—Pues no sé, igual de correr o algo, del parque, eso, del parque. Es que una de las veces nos hemos escondido en el parque y el suelo estaba como negro. —Lo sé, yo era imbécil—. Tiene que ser de eso.

—Claro, claro. De la tierra negra del parque. —Lenteja buena al agua.

—Sí, sí, de la tierra, eso es.

—¿Y te lo has pasado bien? —Lenteja pocha a la basura.

—Sí, muy bien, aunque estoy un poco cansada y creo que me voy a ir a la cama...

—Pues ya puedes habértelo pasado de maravilla porque —y se ponía de pie y caían lentejas por todos los lados— ¡¡¡¡¡no vas a volver a ver la calle en meses!!!! ¿Me estás oyendo? Qué correr, ni qué globos de agua. Que te han visto entrando a la discoteca. Y me han llamado para decírmelo, que menuda vergüenza he pasado yo. Y mira que te hemos dado la oportunidad de que dijeras la verdad, y nooooo, tú con tus mentiras, con tus malas mentiras, por cierto. Tiempo te ha faltado para ir. Ayer te lo prohibimos, hoy vas. Y encima maquillada, porque esos ojos de mapache son de rímel. ¡A mí me vas a engañar tú! Muy bien. Pues como no nos podemos fiar de ti, tres meses sin salir de casa. Directa del colegio a tu cuarto.

—¡Pero mamá! Si a todas mis amigas les dejan...

—Encima no me grites que te enteras. Un pimiento me importan todas tus amigas. Y para la cama ya, que me tienes muy enfadada. ¡Catorce años! Yo fui a mi primera discoteca en la luna de miel. Vamos, hombre, la nena nos ha salido moderna. Pues ya te digo que por ahí no paso, antes te mando interna. Buena soy yo.

Consecuencias de la frase:

Pues creo que he estado tres veces en mi vida en una discoteca; llamadme influenciable, pero les cogí manía.

Mi vida social adolescente fue como el Guadiana: ahora tienes, ahora te la quito durante tres meses; ahora tienes, ahora te castigo cuatro meses, y así hasta que me fui de casa.

Excepciones para utilizarlo:

La verdad es que es una técnica cojonuda. Yo creo que a veces ella no sabía nada y me hacía la preguntita por si acaso, y allá que iba yo directa, al patíbulo de cabeza. Tú pones a un acusado frente al juez y que le pregunte: «¿No tienes nada que contarme?» El sistema judicial español se ahorraría mucho trabajo.

Lo siento, futuros hijos míos, éste me lo quedo. Id pensando al menos en buenas historias...

Versiones:

«A mí, mi madre siempre me decía: “No tires el bocadillo, que mamá lo va a saber.” Yo me iba cada día más lejos a tirar el bocadillo, miraba y remiraba veinte veces y, cuando volvía a casa, mi madre me miraba a los ojos y me decía: “¡Has tirado el bocadillo!” Claro, yo lloraba de tal forma que me delataba enseguida. Me parecía magia... ¿Cómo podía saberlo siempre? Todavía recuerdo la cara de mema que se me quedó cuando me contó que me lo decía para ver cómo reaccionaba.» *Itxi*

«Éste es todo un clásico de la guerra psicológica, sí señora. Sólo comparable con aquella de mi profesora que decía: “La que está hablando que sepa que lo he notado”, con la cara vuelta a la pizarra. ¡Creíamos que tenía ojos en la espalda! Ya de mayor, me confesó una vez que la vi que sabía que había siempre alguna hablando.»
Superwoman

La opinión del experto:

«Los padres estamos muy atentos a los hijos, a lo que dicen, a lo que callan. Además hemos sido hijos y sabemos lo que callamos nosotros. Y si un padre está atento a los cambios conductuales, si un padre conoce a los amigos de los hijos, si habla con los tutores, se va a centrar bastante en decirle: “Oye, hijo, algo está pasando.” Si ves cómo llega a las dos de la noche, si tiene halitosis, si tiene las pupilas dilatadas o si ha salido con una chica y cae en un mutismo, pues vamos a saber si es que está consumiendo o está deprimido porque le han dejado. Los padres podemos escuchar muy bien si un fin de semana no llaman a nuestro hijo; si uno está con el fonendoscopio puesto, capta mucho lo que dicen, lo que mienten. Otra cosa es que a veces hay que dejarse engañar. No hay que ser siempre inquisitivo, no hay que estar siempre en posesión de la verdad. A veces, ves que un chaval va a tropezar y hay que dejarle, porque no corre riesgo y sin embargo es consciente. Hay que educar en la libertad y en la responsabilidad. A un niño hay que decirle: “Tienes cerebro, dos pulmones, dos riñones, un hígado, tú mismo. Un día podrás estar todo el día de putas (¡mamá, ha dicho putas!), otro día engancharte a la droga, otro día podrás ser un déspota con quien trabaje para ti; yo te voy a formar correcta, moralmente, pero dependerá de ti.”» *Javier Urra*

CAPÍTULO 58

Como te vea con un cigarro, te lo tragas

Y claro, después de recibir este consejo, pues nunca me vio.

Cuándo utilizaba el consejo:

Sin criterio ni contexto, vamos, como coletilla general en cualquier situación. Pongamos ejemplos:

—Nena, te he preparado la mochila para la excursión y te he metido 500 pesetas, por si acaso. Y no te alejes del grupo, que eres muy de alejarte, y haz caso a las profesoras, y como te vea alguien con un cigarro en la boca, te lo tragas. (Ajá.)

—Nena, vuelve a casa a las diez, ni un minuto más. Mira, para que no te entren dudas, que tú eres muy de dudar: por cada minuto tarde que llegues, te castigo un mes. Tú verás si te compensa dudar, y como te vea con un cigarro en la boca, te lo tragas. (Ajá.)

—Nena, baja a por patatas, un kilo, de las de atrás que son las mejores, y le pides un poco de perejil, y como te vea con un cigarro en la boca, te lo tragas. (Ajá, ajá.)

Mi madre inventó el spam. Palabrita.

Consecuencias del consejo:

Fumo a toda pastilla, con ansiedad, por si acaso anda cerca.

Segunda consecuencia: falta de credibilidad en mi madre. Llegué un día a casa y, después de un par de gritos, la veo en la terraza pequeña de su cuarto.

—¿Qué haces aquí, mamá?

Y ella me mira con cara de infarto.

—Pues mirando por la ventana, que hay mucho que mirar. —Seguía con cara de infarto y un brazo flexionado detrás de la espalda.

—Mamá, ¿estás fumando? —Lo dije con miedo, sabiendo que podía lanzarme por la ventana.

—¡Pero qué voy a fumar yo! ¡Qué cosas tienes! Ayayayayay esta chica. —Cara de infarto e ictus.

—Pero mamá... —Me estaba jugando la vida—. La cortina de detrás de ti está ardiendo.

Ahí sí se le saltaron los ojos de las órbitas, cara de apoplejía y, un segundo después, sin mirar a la cortina que ardía:

—Mucho tiempo tienes tú para estar aquí de cháchara, será que ya has ordenado tu cuarto y hecho los deberes. Entonces se me ocurre que te puedes poner a limpiar borraja, por ejemplo, y luego te pasas el aspirador y...

—Ya me voy, ya me voy...

¡Estaba fumando! ¡La vi! Bueno, en realidad vi cómo ardía la cortina. Se lo conté a mi hermana como si le contara un secreto en el que estuviera en juego el futuro del planeta. Y nunca, jamás, ni siquiera en la típica cena de Nochebuena en la que te relajas, jamás, hemos hablado del «incidente de la cortina». Me podéis llamar cobarde, pero yo me veo más como una superviviente. Ajá.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, este consejo no sirve para nada. Fumar es una mierda y siento una enorme envidia de la gente que no fuma y no se tiene que enfrentar a dejar un vicio asqueroso como éste. Así que optaré por la técnica de mi no drama papá, mucho más realista: «¿Que la nena fuma? Déjala, que se fastidie.»

Versiones:

«Todavía recuerdo el día de mi boda. Todo el mundo buscando a la novia y ahí estaba yo encerrada en el baño, fumándome un cigarrito para que mi madre no me viera. Que daba igual la edad que tenía, que me iba de casa y que era mi boda... Si mi madre me ve con el cigarro en la boca, ¡me lo trago!» *Anónimo*

«Sobre fumar, mi madre siempre me decía: “Como te pille fumando con lo antitabaco que tú eres, te enteras.” En cambio, recuerdo muy claramente su frase sobre los tatoos: “Como te pongas un tatuaje, te lo borro de un guantazo.”» *María*

CAPÍTULO 59

Nena, tú nunca seas la primera en nada

El otro día le dije a mi madre que iba a hacerme la depilación láser y me recordó uno de los consejos más raros que me solía dar:

—Ni se te ocurra, nena, que eso no está ni investigado ni nada, a ver si te queman o te pegan algo raro, que nunca se sabe. No ha pasado tiempo suficiente para que se conozcan las consecuencias, y las compañías lo único que quieren es ganar dinero. A mi costa no, desde luego, no me verás a mí esperando a que una señorita con unas gafas de marciana me apunte con una pistola de luz azul a la piel. Nooooo. Muy tonto hay que ser para caer en eso.

—Pero si se lo hace mucha gente.

—¿Cuántos años han pasado desde que se lo hizo la primera? ¿Dos, tres?

—Pues no sé, mamá, algo más.

—Pues cuando esa primera mujer se muera con 80 años, feliz y rodeada de nietos, podrán decir que no tiene consecuencias. Yo mientras tanto me espero, que de toda la vida de Dios nos hemos depilado de manera normal y no pasaba nada, que ahora sois muy finas. Yo con mi Antonia, que me hace la cera perfectamente, y además me da conversación.

—Mamá, hay que avanzar, si por ti fuera en esta casa no habría entrado ni un microondas...

—Mira la moderna. Yo he sido toda una avanzada, aquí donde me ves, que tú no tienes ni idea de lo que hemos tenido que pasar las mujeres de mi generación y todo lo que hemos tenido que inventarnos. Ni idea tienes. Eso sí, de ahí a creerme que no sé por qué magia divina la comida congelada se calienta, pues no, no soy tan moderna ni falta que me hace. Que si así de pocha se queda la comida, algo malo le hará. Nunca hay que ser la primera en nada, nena, en nada. Ni en probar cosas nuevas, ni en ser la primera de la clase tampoco. El segundo puesto está de maravilla en la vida. Ya lo aprenderás. La más guapa siempre acaba mal. Es mejor ser del montón. La más lista, siempre acaba sola. Por eso siempre os lo he dicho: yo quiero hijas del montón. Que los niños listísimos se los queden otros. Vosotras normalicas, como a mí me gustan, con una vida normal, un novio normal y un trabajo normal.

—Mamá, eso es un poco raro. Todos los padres quieren que su hija sea la más guapa y la más lista.

—Pues yo no. Mira la Azucena, era la guapa de mi colegio. Monísima, una mujer de bandera. Pues me la encontré hace poco, gorda como un tonel, que ya sabes que yo prefiero un hija gorda que una flacucha, pero hay que cuidarse, por salud. Pues como ella era tan guapa, se fue dejando. El caso es que nos ponemos a charlar, cuarenta años después, y de repente me saca del bolso una carta firmada por todos los chicos del colegio de al lado. ¡Cuarenta años después! Nena, esa mujer llevaba en su bolso esa carta vieja como el mayor trofeo de su vida. ¡Ay! Me pareció tristísimo. Y todo eso por ser guapa. Yo, como era del montón, en mi bolso llevo tu foto y la de tu hermana, que menuda pinta tienes tú. A ver si te sacas una foto en la que salgas bien, que es de la época en la que te dio por ir de sucia, porque ya me dirás tú ese pelo tan largo... ¡Ni la Pantoja! Que las que son muy morenas y con tanto pelo se tienen que peinar bien, que te lo tengo dicho, que si fueras rubia, pues puedes ir despeinada y pareces graciosa, ¡pero tú! Tú pareces sucia. Con lo mona que podrías ir si me hicieras caso.

—Más spam—. ¡Ah!, y en el bolso también llevo el carnet de conducir, que creo que ha sido lo mejor que he hecho en mi vida, bueno, después de vosotras, que no sabes la libertad que te da eso de ir a donde te dé la gana. A por patatas, a por patatas, al supermercado, al supermercado, a casa de mi hermana, a casa de mi hermana, y sin pedir a nadie que te lleve, que es casi como pedir permiso. Eso sí que ha sido la

liberación de la mujer.

Consecuencias del consejo:

A mí, destacar en algo me hacía sentirme fracasada, ya de entrada.

Segunda consecuencia: frustración.

—¡Un cinco en matemáticas!

—Pero mami, ¿no decías que no querías que fuera la primera?

—Pero mira la listilla. La segunda, nena, te dije la segunda, no la listilla que sólo quiere llegar al mínimo.

—Pero es que la de mates me tiene manía.

—Yo también te la tendría si no fueras mi hija, que eres muy listilla. Y ya te estás poniendo a estudiar desde hoy mismo si quieres volver a pisar la calle.

—Pero mamá...

—Chist. He dicho ¡YA!

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, sin presiones, pero me encantaría que fuerais los primeros de vuestra clase en retirar a vuestra madre a vivir a una isla caribeña. Para el resto, pues lo mismo me da.

Versiones:

«Mi madre es al revés, es de las de “Cuanto más destaques, mejor”. En mi colegio se daba todos los años un banderín al chaval más esforzado de la clase, y a mí no me lo dieron nunca en doce años, a pesar de que yo de notas iba bien y esas cosas (aunque reconozco que lo del esfuerzo era más bien esforzarme para hacer de todo menos estudiar, pero bueno). Pues bien, todavía hoy, con la carrera recién terminada, si nos ponemos a hablar del colegio mi madre dice: “Yo estoy encantada de cómo has salido, pero chico, en doce años, mira que no darte ni un solo banderín, y eso que tus profesores todo el día decían lo listo que eras. Que podías haber hecho ciencias en vez de letras perfectamente, vaya, pero no, para darte el banderín eso no bastaba, no.” Y de ahí no la sacas en media hora por lo menos.» *Paulus Albus*

CAPÍTULO 60

Eso es que estás creciendo

Tú te levantabas un día de la cama y se te doblaban las rodillas:

—Mami, me encuentro fatal, yo creo que esta noche durmiendo me he partido las piernas.

—No digas tonterías, que no dices más que tonterías. Eso es que estás creciendo.

—¿Crecer duele?

—En la vida todo duele, pero si me haces caso y eres una niña obediente, la vida te dolerá menos.

—¿Por qué duele?

—Ya estamos con los porqués, ¿eh, nena? ¿No habíamos hablado ya de que, a veces, las cosas son más bonitas si no sabemos porqué? Acuérdate del disgusto que te llevaste cuando tu padre te explicó que el frigo no era una caja mágica que hace frío. Acuérdate de que no te hizo ninguna gracia. Pues eso, a veces es mejor pensar que las cosas son mágicas, y punto.

—Mamiiiiiii, pero es que me duele.

—Mira, nena, te he dicho una y mil veces que no me llames mami, que no eres un bebé y yo me pongo muy nerviosa. Te duele porque sí, porque te tiene que doler.

—«Porque sí» no es una respuesta. —Ahí, en plan kamikaze.

—«Porque sí» es una respuesta si lo digo yo. ¿Te queda claro?

—Jo, sólo preguntaba...

—¡Ay! Qué pesada eres, de verdad. Pues la vida duele porque la hicieron así y tus piernas, porque los huesos se están estirando y empujan a tus piernas, por eso te duele.

—Pues yo no quiero crecer más.

—¡Ah, claro! Que te quieres quedar enana, muy práctico. Así no tendré que comprarte ropa nunca más, ni zapatos, ni cambiarás de clase, porque como no habrás crecido...

—Bueno, no sé... Si no tengo que crecer más..., ¿tendría que seguir comiendo vainas que son buenas para crecer? —Estaba loca, mirando directamente a los ojos del abismo y tan tranquila, como si no fuera conmigo.

—Mira, nena, tú te comes las vainas aunque midas la mitad de Pulgarcito, ¿me oyes? Y como te hagas la lista, dos platos cada vez. Y vete a hacer los deberes, que me tienes harta.

Consecuencias del consejo:

Miedo paralizante por las noches. «Y si mis huesos crecen mucho y me revientan la piel, ¿qué? ¿Cómo se vive una vida con la piel reventada?»

Segunda consecuencia: crecer me parece una mierda. No sólo te dolían las rodillas, cualquier catarro, angina, dolor de muelas, de cabeza e incluso moratón era «porque estás creciendo».

Tercera consecuencia: terror a ser un gigante. Yo crecí de golpe. Un martes. Pasé al metro setenta y tres de golpe, y mucho antes que mis amigas. Así que todos los dolores que padecí después de «El estirón» me aterrorizaban. «¡Por Dios, no quiero crecer más! Ni un centímetro. Esto me pasa por comer tantas vainas.»

Cuarta consecuencia: incredulidad en la sabiduría materna. Vamos, hombre, con 33 años que tengo y me siguen doliendo las rodillas, no fastidies que todavía me queda por dar un estirón.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, la vida duele, es así. Me gustaría daros buenas noticias, pero duele. Ahora, que si sois obedientes...

Versiones:

«A mí también hubo una época de mi niñez en la que me dolían muchísimo las

piernas, y me quejaba constantemente. Mi madre me daba friegas con pomadas para los dolores y me aliviaban bastante, al menos un ratito. Hasta que por lo visto un día no le quedaba pomada y me dio con crema de manos, y claro, noté alivio, pero por las friegas, no por el aloe vera. Ella creyó que lo que tenía yo era mucho cuento, y ya no me volvió a dar masajitos. Aún hoy me lo recuerda, que era una cuentista, y no he logrado hacerle entender que el alivio era ¡por las friegas! Jesús, qué cruz.» *Ana*

«Lo mío daba una vuelta de rosca más. Solía dolerme un costado o el otro, una pierna o la otra, pero nunca ambos lados al mismo tiempo. Tras quejarme, mi madre me espetaba eso de “estás creciendo” y mi respuesta (sincera y acojonada) se presentaba en forma de pregunta: “¿Y estoy creciendo sólo de un lado?” Ya me veía contrahecha y torcida para el resto de mis días. Realmente terrible.» *Cintia*

La opinión del experto:

«El dolor de huesos o de piernas es muy frecuente en edad escolar y en los adolescentes. Hasta el momento ha sido llamado dolor de crecimiento, aunque nada tiene que ver con éste, ni con ninguna enfermedad. En ocasiones se debe a contusiones, golpes o traumatismos. Todos esos dolores son agudos y aparecen y desaparecen en horas o pocos días... Los médicos no sabemos la causa del mal llamado dolor de crecimiento, conocemos que no es una enfermedad. Es posible que el dolor esté relacionado, sin que se sepa con exactitud, con el excesivo ejercicio físico de los niños, con el hiperentrenamiento, porque el reposo resuelve el dolor.» Doctor Juan Casado, jefe del Servicio de Pediatría y del área de Cuidados Intensivos Pediátricos del Hospital Infantil Universitario Niño Jesús de Madrid. (*El gran libro de la pediatría.*)

No me fastidies: resulta que ni los médicos saben qué es...

CAPÍTULO 61

Nena, como te caigas, encima te doy

En defensa de mi madre, aquí va el parte de accidentes de mi infancia:

Fracturas:

—Los dos brazos, juntos y por separado. Juntos: haciendo una voltereta lateral encima de una barra de un columpio. Por separado: haciendo el pino y peleando con un vecino.

—Los dos tobillos, por separado. Una vez jugando a saltarle a mi hermana por encima. Otra vez jugando al bote bote.

—Varios dedos de los pies. Siempre por correr dentro de casa... Malditos quicios de las puertas.

—La tibia y el tobillo en una misma caída. Haciendo un montón con hojas de los árboles un día de lluvia y jugando a patinar sobre ellas. Sí, patiné demasiado.

—Casi todos los dedos de las manos: baloncesto, gimnasia, fútbol, *pressing catch* con mi hermana...

—La rabadilla, en varias ocasiones. La primera me caí de una rueda de tractor; la segunda, persiguiendo a un gato, caí de culo en una minisima; y la tercera haciendo saltos cruzados en una colchoneta elástica, hasta que me choqué con mi compañera de saltos y fui a parar con el culo en el centro, es decir, en la parte que no es para nada elástica sino un hierro duro con una colchoneta de un milímetro de grosor.

—Las dos palas de leche y una definitiva. Bici y patines, las falsas; y tirándome de cabeza la definitiva, que en realidad en mi caso fue poco definitiva, un año de definitiva, la pobre:

—¡Pero qué narices has hecho! Un día me matas de un disgusto, y ya te estás tirando a la piscina a buscarla, que igual te la pueden pegar.

—Pero mamá, que estoy sangrando...

—Pues habértelo pensado antes de tirarte como Tarzán. A ti quién te mandará. Nena, que no eres de goma, que te lo he dicho mil veces. Ahora toda la vida sin palas, por no hablar de la fortuna que me voy a tener que dejar en el dentista. Una hija mellada. Que te tires a por el trozo de pala, y tu hermana también, por dejarte hacer tonterías.

Un espectáculo en mi piscina que los niños todavía recuerdan. Y una cara atónita, la del dentista: «Pero, señora, ¿exactamente qué quiere que haga con esto?»

Brechas: barbilla, frente, rodillas, dedo gordo del pie y brazo derecho.

Cuándo utilizaba el consejo:

Siempre que veía peligro; bueno, la verdad es que ella siempre veía peligro. Y yo nunca. Yo descubrí el miedo en la universidad. Así que he sufrido los accidentes más raros que se pueda uno imaginar. Para que os hagáis una idea, una vez me clavaron un palo de esquí justo encima de las palas. Y no fue culpa mía, aunque claro, para rato mi madre me creía nada.

Si además sabía que cerca de mí iba a haber cualquier cosa con ruedas, ella entraba en estado de histeria. «Nena, no juegues con eso, bájate de ahí, aléjate de ese quicio, no corras, no saltes, no te muevas y suelta ese patinete que lo carga el diablo.»

Consecuencias del consejo:

Múltiples heridas de guerra. Sigo teniendo piedras pequeñas en las rodillas de algún derrape indebido que, por no decirle a mi madre que me había vuelto a caer, pues ahí se han quedado, de recuerdo.

Segunda consecuencia: una fama inmerecida en el barrio que llegó a su esplendor un día que estábamos en los columpios de la plaza.

—¡Nena! Siéntate en la ruleta ahora mismo.

—Pero mami, que es más divertido así hacia atrás.

—Que te he dicho que te sientes, que te vas a abrir la cabeza. Y esta semana no

podemos ir a urgencias otra vez. Que ya me tratan de tú. Y acábate ese plátano ya, por Dios, que llevas una hora para dos bocados.

—Pero mira, mami, cómo hago. —Y yo me ponía colgando de la barra central de la ruleta con la cabeza mirando para atrás... Lo dicho, me creía inmortal.

—Nena, como te caigas, encima te doy.

Pero no hizo falta, un ligero desequilibrio y me hice una brecha en la cabeza. Sangraba una barbaridad y mi madre me arrastró a la farmacia de la esquina mientras repetía todo el rato el número de teléfono de mi padre como una letanía; yo callada, porque sabía que podía cobrar. Según entramos en la farmacia, dijo el número una vez más y se desmayó. Así que mi padre recibió la siguiente llamada:

—Mire, lo de la niña no es nada, un par de puntos; ahora, que lo de su mujer ya no sabemos.

Lo dicho, a la boticaria, que era una cotilla, le faltó tiempo para irle con el cuento a todas mis vecinas.

Tercera consecuencia: mote familiar, «La nena mercromina».

Excepciones para utilizarlo:

Además de las leches que me he dado a lo largo de mi vida, lo único peor era pensar que encima me podía llevar un sopapo. Éste no pienso utilizarlo. Ahora, futuros hijos míos, cruzad los dedos para que mi gen de la inmortalidad sea recesivo. Por Dios, hacedme caso, tenéis que salir a vuestro padre.

Versiones:

«Yo era de brechas y moratones, entraba en casa diciendo: “Mamá, no te asustes que ya me han llevado al médico en el cole.” Y qué hay de ése: “¿Y ahora por qué lloras? A ver si te voy a dar para que así llores con un motivo.”» *Pseudosocióloga*

«Yo era, y sigo siendo, de natural patosa y me “esmorro” en llano, sin nada que me ayude a caer, vamos. Tengo alguna que otra cicatriz, pero romperme sólo me rompí la nariz. Mi madre me decía: “Tu cáete, cáete, que verás qué sopapo te arreo, no te va a dar tiempo ni de levantarte.” Lo peor del consejito de mi madre es que yo se lo he dicho a mi hija demasiado a menudo. Un día se cayó después de varios “te vas a caer”. Salí corriendo para cogerla y cuando llego me dice: “No me des azote, no me des azote que ya me he hecho daño solita.” Pobrecilla, no se lo he vuelto a repetir, claro.» *Xiao*

CAPÍTULO 62

Te lo dije, nena, te lo dije

Este consejo me da pereza y probablemente sea el que más veces he escuchado, escucho y escucharé. Por los siglos de los siglos, amén. Y sin lugar a dudas, es la frase que más me molesta escuchar de boca de mi madre porque, la vida es así, ella siempre me lo ha dicho antes de que algo malo suceda.

Cuándo lo utiliza:

Pues para fastidiar, porque no me cabe otra explicación, siempre que algo me ha salido mal y con una coletilla que te termina de rematar, normalmente acompañado de un refrán.

—Si suspendía un examen: «Te lo dije, nena, te lo dije. Sabe el diablo más por viejo que por diablo, y yo sabía que con lo poco que has estudiado te quedaban las matemáticas. Ahora que las dos sabemos que eso significa que estás castigada sin salir hasta... Encima no me tuerzas el morro que la tenemos. A buen entendedor pocas palabras bastan».

—Si volvía mojada a casa: «Te lo dije, nena, te lo dije, que iba a llover y que te cogieras el paraguas. Que en abril, aguas mil. Pero tú te debes de creer que eres impermeable. Pues no, nena, no, el don que te ha dado Dios es la ubicuidad, que no paras quieta, pero de momento, la lluvia te moja y te acatarra como a todos los mortales, así que ya te estás comiendo una naranja, que más vale prevenir que curar.»

—Si me dejaba un novio: «Te lo dije, nena, te lo dije, que así no ibas a ningún lado, que si somos modernos y yo puedo salir con mis amigas cuando quiera,irme de viaje sin pedir permiso, no llamarle en tres días... Pues no, nena, ni tan modernos ni nada. Gota a gota el mar se agota. Y ale, para de llorar, que me pones nerviosa con tanto hipo.»

—Si me perdían las maletas en un vuelo: «Te lo dije, nena, te lo dije. Que te llevaras una muda limpia y un vestido en la maleta de mano, pero noooo, tú a tu aire, como siempre. Hombre prevenido vale por dos. Y luego a llorar, que te has gastado todo el dinero del viaje de fin de curso en bragas. Y no digas que era poco dinero. A París la niña, con 16 años, y que no tenía ni para tomar un café. Pero qué café ni qué ocho cuartos: a París, a tu edad, se va a mirar, que es muy bonito. Y no me digas que has pasado hambre, que te cruzo la cara. Eso sí que no. Te metí mortadela para siete días, lo que pasa es que eres muy fina y no puedes comer todos los días lo mismo, ¿no? Ah, y que querías también Coca-Cola. Mira, lo que dan los grifos es agua, y eso bebemos nosotros. Habrase visto, y quítate de mi vista que aún te pongo a comer mortadela otra semana más, para que aprendas a hacerme caso, que te lo dije, nena. Te lo dije, que esos de Iberia no tienen cuidado y les da lo mismo París que Moscú. Que tu tía Juani cuando fue de crucero, para una vez que se estira tu tío, le perdieron la maleta en Barcelona y todo el crucero sin ropa. Ella que se había llevado un vestido de gala para la cena con el capitán... Pues en pareo tuvo que andar quince días, porque ¡lo que valen las cosas en esos barcos! Que ya le dije yo que no lo entendía, que una falda es falda en el mar y en la tierra, pero como no tienes otro remedio, pues ellos ponen el precio que quieren. Y cada vez que hacían una visita a un sitio a correr a ver si encontraban algún puesto más barato para comprar al menos bragas y calzoncillos, y se perdieron todos los monumentos. Ahora tu tía, de los mercadillos del Mediterráneo, se lo sabe todo. Total, que llegaron a casa y la maleta traía la mismita ruta que ellos, pero les seguía tarde. Desde entonces yo siempre hago un petate con cuatro cosas para poder salir del paso. Y ya te digo que yo a un crucero no voy. Vamos, hombre, por mucho capitán que me pongan que...» En este punto he desarrollado lo que mi hermana y yo llamamos «el poder del clic». Clic y a pensar en mis cosas, y ya no tengo ni repajolera idea de qué narices habla.

Consecuencias:

Odio los refranes, el refranero español y la madre del que se inventó tanta frase tocapelotas, pero ¡no puedo evitar repetirlos constantemente!

Segunda consecuencia: cierto aire de niña envejecida cuando les decía a mis compañeras: «Más vale pájaro en mano que ciento volando.»

Tercera consecuencia: aislamiento social no elegido, yo lo llamo así, otros prefieren llamarlo marginación. Malas personas...

Cuarta consecuencia: terror. Cada vez que dice: «Esa mayonesa se va a cortar, va a caer una nevada, te vas a coger anginas», tiemblo. Leche, es que siempre acierta. Aunque he empezado a dudar. Creo que la técnica es la siguiente: ella siempre piensa que pueden pasar las peores cosas, y cuando pasan, ahí está para recordarte que lo había dicho. Ahora, cuando todas esas pequeñas apocalipsis no suceden... ¿Quién se acuerda de que ella dijo que en el año 2000 se iban a estropear todos los electrodomésticos y que por eso no compraban tele nueva? ¿Quién? Pues yo, pero cualquiera se lo recuerda.

Excepciones para utilizarlo:

Me niego. Futuros hijos míos, si os lo dije, estoy segura de que os acordaréis solitos cuando os tiréis una semana comiendo mortadela. De los escarmentados nacen los avisados, ea.

Versiones:

«Ese maldito don de la profecía que tienen. Yo sí que le he recordado a mi madre alguno de esos pequeños apocalipsis que predijo y no llegaron a cumplirse, y no merece la pena. O lo niega todo categóricamente o, lo que es peor, el discursito: “Si las cosas han salido bien es porque tienes suerte, una suerte que no te la mereces tú, ¿me oyes? Pero otra vez puede no ser así, y entonces veremos quién tiene la razón...”»
Paulus Albus

«Mi madre éste lo bordaba. Le salía tan bien, tan bien, pero que tan bien, que ni siquiera tenía que decirlo con palabras. Tenía una cara especial para los “ya te lo dije”. Ella la ponía y tú pensabas: “Ya me lo había dicho.” ¿Comunicación no verbal se llama eso? Pues la bordaba.» *Zulú*

CAPÍTULO 63

Hasta que no se rompa, no se compra otro

Mi madre se ríe de la obsolescencia programada. ¿Que fabrican las medias mal para que se hagan carreras? Pues ella aprende a remendarlas. ¿Que quedan fatal porque se ve como un pellizco en mitad de las rodillas? Pues a ella le importa un pimiento. Listo. Si fuera por mi madre el sistema capitalista se hubiera ido al traste hace años. Viviríamos en el Estado del Drama donde todo el mundo lleva coderas y rodilleras y todos los días se comen vainas. Vamos, el jodido paraíso.

Cuándo utilizaba el consejo:

Siempre que pedías algo, insisto, siempre.

—Mamá, quiero un walkman nuevo.

—Y yo un tren eléctrico. —Ahí, con esa lógica que te descompone porque empiezas a pensar: «¿Un tren eléctrico?, ¿para qué narices quiere ella un tren eléctrico?»

Te vuelves a centrar:

—¡Eh...! Bueno, pues yo un walkman nuevo, que éste ya no rebobina.

—A ver, nena, para un rato que me siento al día y tienes que venir a incordiar. Vete a jugar con tu hermana que no la oigo, y seguro que está haciendo algo malo.

—Que no te incordio más, pero necesito un walkman nuevo.

—Mira, nena, uno necesita respirar, comer, dormir y que le quieran. Todo lo demás no es necesario, es un plus. Y tú ya tienes pluses de sobra, si hasta tienes unos patines, mira si andas sobrada de pluses.

—Pero mamiii...

—Ay, qué pesada eres. A ver, trae ese ualman (ajá, mi madre habla inglés). ¿Cómo se enciende?

—Con el play, mami.

—A mí háblame clarito que estamos en España y somos españoles.

—Con el botón grande.

—¡Uy! Si se oye de maravilla, ¿qué andas diciendo que no funciona?

—Es que no puedo echar las canciones para atrás.

—Pues te las escuchas todas, que eres muy fina tú.

—Pero es que la cara B está vacía.

—¿Y por qué andas desaprovechando una cara entera? ¿Qué te crees, que las cintas me las regalan? Ya estás grabando en el otro lado. Y hasta que no se rompa, no se compra otro. Habrase visto.

—Pero no puedo rebobinar... —Muy pesada, lo sé, y poco intuitiva de dónde estaba el límite de su paciencia.

—Mira que me estás hartando, a ver si al final te tiro el ualman por la ventana y la única música que vas a oír van a ser mis gritos por soleares de par de mañana. Te coges un boli Bic y le das para atrás.

—Pero mamá..., además está como desteñido, ya no se lee ni lo que pone en las teclas.

—Chisttt, a callar ya. ¿Desgastado? Tú sí que me estás desgastando. Se oye, ¿no? Pues ya está bien. ¿O quieres que lo tire por la ventana? ¿Y a ti detrás?

Aquí ya no hacía falta intuición y me iba a buscar un boli Bic.

Consecuencias del consejo:

He roto miles de cosas a propósito. Y ella ha conseguido reparar el 80 por ciento de ellas: ropa remendada, juguetes pegados, estuches atados con gomas, incluso una vez me arregló los frenos de una bici BH azul de tercera mano (mi prima, su hermana y yo).

Segunda consecuencia: en mi casa la compra de esparadrapo, cinta aislante y pegamento alcanzaba cotas de mayorista.

Tercera consecuencia: éxtasis total ante las cosas nuevas. Con éxtasis me refiero a

saltos, grititos y abrazos a la cosa nueva que fuera (una bici, unos patines, unas botas, una tele, una caja de galletas...).

Cuarta consecuencia: mala valoración actual de si algo está roto o no. Ejemplo: tengo una caja de música que no hace música y no cierra, tuve un coche en el que no funcionaban la radio, las ventanas, la bocina, el aire acondicionado y llevaba pegada con cinta aislante la guantera...

Quinta consecuencia: mi vida está llena de trucos. He tenido tantos objetos medio rotos que me he acostumbrado a que haya que ponerle una piedra al cable de la tele para que se pueda oír bien. Pero si lo que quiero ver es el DVD, tengo que quitar la piedra de la tele y poner un paquete de tabaco debajo del euroconector. Agotador.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, este consejo me lo quedo. ¡Hombre ya, con tanta tontería de comprar y comprar! Más os vale que las coderas se pongan de moda. Dicho está, y os voy avisando de que si queréis cambiar de canal, hay que meterle un pañuelo de papel al mando, donde las pilas, porque se han aflojado los muelles.

Versiones:

«Eso que a ti te parecía un capricho de tu madre, en Cuba era el pan nuestro de cada día. Mi madre aprendió a forrar los muebles de la sala con la tela de las cortinas, los vestidos con falda ancha se ponían de través y me hacía vestidos tipo saco, a los zapatos que llevaba al instituto les ponía una especie de alza para que no se notara que estaban todo torcidos por detrás; esto especialmente me ha afectado mucho y cuando compro zapatos siempre miro que tengan un buen contrafuerte. Y a las bragas aprendí a hacerles unos remiendos que parecían verdaderas obras de arte. Por eso cuando llegué a España, durante los primeros años, cada vez que iba de compras compraba docenas de bragas, por si acaso. Y ahora tengo una cafetera que hay que mantener el reposafiltro con la mano para poder hacer el café, aunque me temo que mi hija que viene pasado mañana le dará la jubilación.» *Lola*

«Mi madre era igual. Eso de comprarte el vestido/abrigo dos tallas más grande para que te durara varios años. Cosiendo y descosiendo. Pero la "peor", mi abuela: no nos dejaba sacar punta a los lápices de colores. Cuando se terminaba, teníamos que llevárselo para que lo verificase y entonces ella nos sacaba la punta... porque si no lo malgastábamos.» *Cuchi*

CAPÍTULO 64

Tápate la barriga, que te vas a enfriar

Yo de pequeña pensaba que las barrigas eran hipersensibles, y que si se te enfriaban era una auténtica catástrofe. A mí no hacía falta que me dijeran que iba a venir el coco, menuda tontada, a mí lo que me asustaba de verdad era un corte de digestión. Claro que yo me imaginaba que se me iba a partir en dos la tripa, tipo hachazo. Sí, una niña un pelín gore.

Cuándo utilizaba el consejo:

Tú piensas que lo lógico es que lo dijera cuando hacía frío. ¡Ay, infeliz! Esperando lógica de una drama mamá. Mi madre me lo decía cada vez que me veía la barriga. Voy a concretar un poco. Eso ni siquiera significa que la tuvieras al aire, noooo, eso significa que si se acordaba de que eras su hija y no tenía otro consejo pendiente, te decía:

—Nena, tápate mejor la barriga, que te vas a enfriar.

Que yo me recuerdo mirando mi barriga pensando: «¡Por Dios! ¿De qué está hecha? Si llevo una camiseta interior, unas bragas de puntillas hasta debajo del pecho, una camiseta con felpilla por dentro, un jersey de lana que haría las delicias de cualquier esquimal, un pantalón de pana, un anorak de paño, bufanda, guantes y pasamontañas.» Porque sí, yo fui niña de pasamontañas, pero de los que sólo se te ven los ojos:

—Que por la boca se coge de todo, nena, y las anginas son muy malas.

—Ya, mamá, pero no puedo hablar.

—¿Pero tú qué vas a querer decir con lo pequeña que eres? De aquí al cole vas en silencio, repasando la lección, que seguro que te viene bien.

—Ya, mamá, pero es que no oigo bien.

—Pues te agarras a la mano del abuelo y que él te lleve. Ya te lo he dicho, repasando la lección, la tabla del siete que siempre te la inventas.

—Ya, mamá, pero es que no puedo ver bien.

—Ya, mamá, ya, mamá... ¡Qué pesada eres! Que ves perfectamente, ¿o quieres que te tengan que operar las anginas? —Yo negaba, por cansancio, probablemente, porque ni idea de qué eran las anginas—. Pues eso, te vas con el gorro bien puestico.

—Pero es que tengo pinta un poco rara... Martita tiene un gorro superguay con una bola roja y orejas de conejo, y el mío es como de ladrón.

—¡Ay, por Dios! Que tienes cada cosa... El tuyo es mejor, que lo hizo tu abuela. ¿O le vas a decir a tu abuela que su gorro no te gusta?

Chantaje, leches, eso era chantaje emocional en toda regla, y allá que iba yo, que sólo se me veían los ojos, como un alma en pena, como una pequeña terrorista en pena, porque de eso era de lo que tenía pinta. Y aún gritaba:

—Y tápate bien la barriga, que te puede dar un corte de digestión.

Lo segundo más terrible que te podía pasar en la vida era que se te enfriaran los riñones. De ahí que fuera supernecesario meterte la camiseta por las bragas, qué digo la camiseta, yo he llevado jerséis de lana gorda (sí, de esos que picaban) remetidos por las bragas. Esto movilidad no te daba, te convertía un poco en una niña palo, ahora, que con tanto refajo y tan bien colocado, eras una niña que rebotaba con los golpes. Incómodo pero práctico.

Consecuencias del consejo:

Me siento salvaje si no me remeto la camiseta dentro de las bragas. Puro riesgo.

En agosto, duermo con la sábana sobre la barriga. Puedo estar desnuda, pero necesito aunque sea un pañuelo en la tripa, si no, no cojo el sueño.

Consecuencias en mi hermana, mucho más dramáticas: necesita pilas de ropa para dormir, también a 40 grados; no le sirven los edredones. Necesita mantas que pesen, varias. Y varias veces hemos estado a punto de perderla por un golpe de calor

mientras dormía.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, prometo decirlo sólo si hace frío y si tenéis la barriga destapada. Y si alguna vez os meto un jersey de lana por dentro de la ropa interior, tenéis mi permiso para gritarme. Y para haceros un blog metiéndoos con vuestra madre, también.

Versiones:

«Eso no me lo dice mi madre, me lo dice mi abuela. Pero en su caso es más bien afirmación: “¿Cómo no vas a estar siempre enferma llevando los riñones al aire? ¿No tienes frío?” Su concepto de riñones al aire es que al agacharme se vea un centímetro de piel entre el vaquero y el jersey. Y, por supuesto, ese centímetro es el culpable de todas mis anginas desde que tengo 14 años.» *Drew*

«¿Cómo no te van a doler los riñones con la camisa por fuera? Claro, que si te casaste con la camisa por fuera pues ya eso te lleva a la tumba.” Ése es el diagnóstico de las hernias de disco que tengo, según mi madre.» *Anónimo*

«Mi madre era aún más dramática: “Tápate la barriga, que vas a coger la muerte.” Ni frío ni leches, nada menos que la muerte. Consecuencia: ahora, a mis 29, tengo cierta fobia a coger frío y tener cistitis, y hago propaganda entre mi grupo de amigas para que se tapen los riñones, no se sienten en zonas frías y húmedas, etc. Y ni tan siquiera soy madre. ¡El gen de drama mamá ya está en mi sangre!» *Marta*

«Mi drama mamá, al ser vallisoletana, tenía muy interiorizado lo que es el frío. Yo llevaba puesto habitualmente en invierno: bragas de la abuela de ganchillo que cuando te las quitabas permanecía el dibujo en la carne, camiseta de felpa remetida en la braga, faja (sí, faja, para abrigar los riñones y la barriga), jersey de cuello alto y jersey de lana. Parte inferior: leotardos, pantalón de guata y calcetines. Anorak, manoplas y pasamontañas. De calzado: botas, vaya a ser que con unos zapatos me mojara. Consecuencia: recuerdo hacerme pis encima por no darme tiempo a bajarme tanto atuendo. Ahora, a mis 38, estoy en plan anárquico y hasta salgo con el pelo mojado a cero grados.» *Evita*

CAPÍTULO 65

Nena, no te vayas tarde a la cama

¡Ay, por Dios! Qué fatiguita me da este consejo. Porque me lo dice siempre. Sea la hora que sea, esté haciendo lo que esté haciendo, duerma en su casa o esté al otro lado del mundo. «Nena, no te vayas tarde a la cama.» Como si toda tu vida se pudiera estropear por irte tarde a la cama.

Cuándo utilizaba el consejo:

Bueno, primero tuvimos que superar la época en la que yo me iba a la cama cuando ella quería, que nos duró casi hasta la universidad, igual sin el casi. La época en la que más collejas he recibido, cuando debajo de la colcha con una linterna intentaba leer. Que mira que hay que ser tonta para pensar que no se daría cuenta. Un bulto enorme luminoso debajo de una colcha de ganchillo, de esas llenas de agujeros... Pues eso, que pillé collejas a mansalva cada vez que intentaba saltarme el toque de queda.

Luego pasamos a la época en la que podía quedarme estudiando, en la que también recibí collejas a mansalva cada vez que ella, sigilosa, me pillaba leyendo una revista en vez de estudiar. Que hay que ser muy tonta para no conocer la capacidad de sigilo de una drama mamá cuando te quiere pillar en algo. Se desplazan sin tocar el suelo, como levitando, ni el aire mueven. Que tú te preguntas cómo es posible que esa mujer sea la misma persona que es capaz de reventar a gritos un cristal cuando le da un ataque de ira en mitad del súper cuando insistes, digamos ligeramente, en que quieres que te compre Nocilla.

Y luego, por fin, pasamos a la época en la que podía quedarme viendo la tele cuando ella se iba a la cama. Esta época empezó hace unos tres años y, aun y todo, antes de irse a dormir, me dice:

—Nena, no te vayas tarde a la cama, que si no mañana tendrás mal cuerpo, y tenemos muchas cosas que hacer. Total, para lo que dan a estas horas...

Entonces se va a lavarse los dientes, y tú te tumbas, tu momento del día. ¡Ja! A los diez minutos vuelve sigilosa:

—¿Pero qué haces aquí todavía? Y quita los pies de la mesa, cómo te lo tengo que decir. —Y llega la siempre sorpresiva colleja. Que hay que ser muy tonta para que a estas alturas una colleja me pille por sorpresa, pero sí, así es la vida y yo así de tonta—. Las mesas son para comer, que los pies andan por el suelo y el suelo está lleno de porquería. Qué manía tienes. Cada cosa tiene su función, no sé, imagínate que a mí me diera por utilizar tus vestidos de trapos; no te gustaría, ¿no? Pues que no te lo tenga que repetir y tira ya para la cama.

—Mamá, que no tengo sueño...

—El sueño en la cama se cría, anda ya.

Consecuencias del consejo:

Siempre que trasnocho estoy como pendiente de que llegue la colleja. Aunque mi madre esté a 500 kilómetros de mí, aunque esté de bares, en una discoteca, en otro meridiano... yo ando vigilándome la espalda, por si acaso. Cualquiera se fía, con tanto sigilo.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, habrá una época en la que yo decida a qué hora os vais a la cama, otra en la que os quedaréis estudiando y otra en la que haréis lo que os dé la gana. Eso sí, confío en que el poder del sigilo me sea entregado en breve... Estáis advertidos.

Versiones:

«Mi madre me lo dice vía Messenger... y no veas lo que me cabrea.» *Drew*

«La mía no da collejas, pero se levanta a fumar por las noches y, como te pille, va subiendo el volumen a medida que pasan las horas. La vez que peor lo pasé (y que más me reí después) fue cuando, pasando las vacaciones en casa, estaba skypeando

con mi novio, ahora marido, a las tantas de la mañana. Conversación normalita (nada para malpensados), pero con la cámara. Y no me di cuenta de que estaba detrás de mí hasta que mi novio en la pantalla puso cara de haber visto un fantasma. Imagínate la primera vez que ves a tu suegra y tiene que ser en camisón, con los pelos revueltos, cara hinchada y con voz gutural diciendo eso de: “¡Vete a la cama!”» Mamá española en *Alemania*

«“Vete pronto a la cama, que si no al día siguiente el que vale para trasnochar valdrá para madrugar, ¿cómo te lo tengo que decir, nena?” Yo me he estado yendo a la cama durante años cuando mi querida progenitora (ayudada por mi querido progenitor, que para esto del dormir es más talibán aún) decidía.» *Ang*

CAPÍTULO 66

Nena, vas a ver qué bien en el campamento al que te he apuntado

Yo he sido una niña de campamento. Y los niños de campamento somos una raza superior, sólo justo por debajo de los niños internos. Si te parece osado decir esto, es que tú no has sido niño de campamento.

Un niño de campamento evoluciona rápido, se adapta al medio, sobrevive a base de pan duro y sabe cómo esquivar casi cualquier tipo de humillación. No os engañéis. Los campamentos son a los niños lo que la mili a los adultos: una faena que te curte a base de bien. Y yo he sido una niña de campamento porque mi madre me mandó a uno todos los veranos desde los 9 años. Ella lo llamaba sus vacaciones, «por fin, que ya era hora de tener un ratito para mí». Yo lo llamaba «mi castigo por ser una niña tan revoltosa». Y hacía propósito de enmienda de ser más buena para no acabar otra vez allí. Nunca funcionó.

—Nena, vas a ver qué bien en el campamento al que te he apuntado.

—Pero yo no quiero ir...

—Pero yo sí quiero que vayas; además, que vas a hacer muchos amiguitos.

—Yo ya tengo amigos.

—Pues te haces más, que siempre vienen bien en la vida. Además, vas a aprender un montón de cosas nuevas. Y que no me tengan que llamar para traerte a casa, que te mando interna.

Primer campamento, 9 años:

Unas colonias con, calculo, otros trescientos niños más. En un pueblo de Gipuzkoa en el que no paró de llover en quince días, con lo que estuve conviviendo con una jauría dentro de un patio interior. Creo que perdí capacidad auditiva. Aprendí a tirar comida desde la ventana con una puntería que ya quisieran los GEOS. Adelgacé siete kilos. Descubrí que los niños que sufrían lo que se llamaba «mamitis» (es decir, los que no paraban de llorar) reciben peor trato de los otros niños. Pasé de la mamitis. Sobreviví.

Segundo campamento, 10 años:

Colonias también. Con uniforme: pantaloneta y camiseta. Otros trescientos niños. Cada uno tenía un número. El mío era el 112. Así que cuando había colada, los monitores cogían un enorme carro de ropa y comenzaban:

—Bragas del 97, calzoncillos del 15, camiseta del 23. —Y los niños iban a por ellas—. Bragas del 112... A ver ¡112! Bragas rosas con puntillas, ¿112...?

Aprendí que hay niñas que con 10 años descubren que es mejor lavarse las bragas por la noche y nunca salir a recoger aquel despropósito públicamente. Perdí cinco kilos y siete bragas.

Tercer campamento, 11 años:

En tiendas de campaña. En plan salvaje. Aprendí que los niños gordos no pueden subir en tirolina, que los gamusinos son mentira (eso sí, después de sufrir la humillación), que en los campings hay supermercado y que una niña puede sobrevivir a base de leche condensada quince días. Perdí seis kilos, el saco de dormir y un pijama. «Que no entiendo cómo lo haces, nena, ¿pero dónde has dormido?»

Cuarto campamento, 12 años:

Era un campamento de marchas en Jaca. Aprendí que el agua da flato, que en cambio existen unos simpáticos monitores que te dan un limón para chupar y que no tengas sed mientras andas diez kilómetros. Aprendí que los limones no quitan la sed y tampoco el flato. Y que jugar a la gallinita ciega cerca de un lumigás es una idea nefasta. Pero sobre todo aprendí a suplicar que no llamaran a mi madre. Sobreviví.

Quinto campamento, 13 años:

En inglés. Aprendí de todo menos inglés: cómo cazar murciélagos, a pintar moscas,

a colgarle latas del rabo a los gatos y, sobre todo, que ya era una sénior de los campamentos con una ingente cantidad de leche condensada preparada, y que los niños con 13 años no saben la diferencia entre un golpecito y partirte una pierna. Perdí 4 kilos.

Sexto y último, 14 años:

Con una familia inglesa en la costa, con otras cinco niñas. Aprendí algo de inglés, que los chupitos de tequila están más ricos que la leche condensada, que no hay nada como un amor de verano valenciano, que puedes escaparte de una casa saltando desde un segundo y no partirte nada, que la playa a las cuatro de la madrugada es mucho mejor, que fuera de casa te puedes pintar como una pilingui y que el mundo del campamento había mejorado considerablemente. Mi madre aprendió que se habían acabado los campamentos para siempre.

Consecuencias del consejo:

Todo tipo de gritos e improperios a costa de todo lo que perdí en los campamentos: zapatos, linternas, pantalones, mochilas, una uña del pie y, sobre todo, los kilos. Según me recogían íbamos directos al pediatra a hacer una revisión completa.

También aprendí que a mi madre sus vacaciones de mí no le servían para mucho.

Admiración total por las niñas internas de mi colegio, supervivientes natas.

Cierto empacho de leche condensada que me dura hasta la actualidad.

Excepciones para utilizarlo:

Ya veremos, porque como seáis los típicos blandos con mamitis, no sobreviviréis. Os lo digo yo. Prometo no mandaros con ropa interior vergonzosa y daros dinero para leche condensada, por si acaso. Pero futuros hijos míos: yo he hecho rápel, espiritismo en una tienda de campaña a las tres de la madrugada, sé orientarme con una brújula, hacer un vivac, quitarle el aguijón a una abeja y, bueno, algo de inglés. Así que ya os puede parecer divertido porque estáis jodidos. Eso sí, a los 13 años, se acabó lo que se daba. Eso también lo he aprendido.

Versiones:

«Yo fui niña de campamento hasta los 17. Y comparto el empacho de leche condensada, no la he vuelto a probar. Ni eso ni el magro de cerdo. Mis consecuencias son infinidad de cicatrices y conocimientos la mar de absurdos como saber hacer nudos, o montar una ducha con un andamio y un par de dobles techos. Pero eso nos da la oportunidad de tener nuestras propias historias de “abuela cebolleta”.» *Drew*

«¡Jo! ¡Qué suerte! Yo nunca fui a un campamento porque mi madre decía que en los campamentos o abusaban de los niños o se ahogaban en el pantano (por una noticia que saldría en la tele) y a ella se le quedó; y claro, ya en todos los campamentos del mundo entero abusaban de todos los niños y en todos los pantanos se ahogaban niños. Todos los veranos pataleaba por ir a uno y eso me traumatizó, porque ahora mi hijo (9 años) me está pidiendo ir, y yo me cago de que le pase algo y oír gritar a mi madre: “Si ya lo decía yo, los campamentos no traen nada bueno.”» *Bea*

«Yo nunca fui de campamento y creo que fue lo mejor que me pudo pasar: tengo una drama mamá cuya mayor afición es el teléfono: “Llámame nada más llegar, que si no me llamas ya sabes que no vivo.” Esto en la época en la que no existían los móviles era muy, muy estresante. “Llámame todos los días, por lo menos dos veces, que si no me llamas ya sabes que no vivo.” ¿Te imaginas ser la niña del campamento que todos los días tiene que buscar una cabina no una, sino dos veces para llamar a su mamá? Mejor no haber ido.» *Zulú*

La opinión del experto:

«Yo he estado toda la vida en campamentos. Desde los 7 años, he sido jefe de campamento, llevé a niños deficientes mentales cuando eso en España no existía. He aprendido de todo: el esfuerzo, la voluntad, la risa compartida, el contacto con la naturaleza, mirar a las estrellas y hacerme alguna pregunta inteligente, la soledad.»

Javier Urra, pro campamento total

CAPÍTULO 67

¿Ahora sales? Pero si es hora de volver

¡Ay! ¡Qué nostalgia! Bueno, nostalgia, quien dice nostalgia: creo que hace un par de meses me lo dijo, pero es que llevo tantos años acompañada de este consejo...

Cuándo lo utilizaba:

Vamos por partes. Si alguien escucha este consejo pensará que yo no he tenido hora de vuelta a casa. Bueno, realmente si alguien piensa esto es que ésta es la primera vez que se enfrenta al concepto drama mamá y no ha leído nada del libro. Bueno, y también que tuvo una adolescencia afortunada en la que podía quedarse por ahí cuando empezaba lo mejor, es decir, cuando yo me iba a casa.

Yo tuve hora de vuelta siempre, y no sólo eso: mi madre iba a buscarme.

—Nena, que hay mucha gente muy mala, y por lo oscuro te puede pasar cualquier cosa. ¿Has oído lo del violador del ascensor? —En todas las épocas de mi vida había uno, que ya es casualidad—. Mira que si te pasa algo. A mí no me cuesta nada, y estoy más tranquila. Además, así te veo cómo llegas, que cualquiera se fía. Que ahora tenéis mucha libertad, y que si me tomo una Coca-Cola y que si la Coca-Cola llevaba vinito y no, no quiero una hija borracha. Como te vea piripi, ¡ay!, como yo te vea piripi una vez en tu vida... Ni en tu boda. ¿Me oyes? Ni en tu boda te dejo ponerte piripi. Nada, que te espero a las 10 en la plaza. Y puntual.

—Pero mamá, que a todo el mundo le dejan hasta las 12.

—A mí me da lo mismo lo que hagan los padres de los demás. Tú a las 10, y así mañana aprovechas el día. Que ya me dirás tú qué haces a esas horas que no puedas hacer a las cinco de la tarde.

—Es que a las cinco no hay nadie, están a las doce.

—Pues quedad antes, chica, quedad antes, que mira que es fácil la solución. ¡Las doce! Ésas no son horas para que una niña ande por las calles. Te espero a las 10, y ven rectica, que como te vea dar un traspíe no vuelves a pisar la calle. ¿Me oyes? Y como te huela a tabaco, te enteras.

Cuando ya no me iba a buscar, es decir con 20 años o así, yo seguía teniendo hora. No lo hablábamos claramente, para evitar el enfrentamiento, pero si tú a mi casa llegas después del periódico del que mis padres son suscriptores, vas lista. Más te vale que parezca que has salido a correr, porque si no, correrás de verdad.

Consecuencias del consejo:

Soy absolutamente nocturna. Toda la vida pensando que lo mejor pasaba cuando yo me iba, así que nunca veo el momento de ir a la cama. Me lío. «Me voy a ir ya a dormir, total, no dan nada en la tele. Bueno, igual me meto a Facebook. Y ¿Twitter? Espera, igual ha pasado algo increíble en el mundo. Debería ordenar esas fotos de vacaciones. Este programa lo he visto. Un zapping. Me voy a depilar las cejas mientras. A ver qué dicen en Twitter.» Las dos de la madrugada.

Segunda consecuencia: arrastro un sueño perenne. «Y si ahora pasa lo mejor, ¿qué? Aguanta un poco, nena, aguanta un poco.»

Tercera consecuencia: broncas infinitas e interminables cada vez que iba a salir.

—¿Pero adónde vas a estas horas? Las 10 de la noche es hora de volver, no de salir.

—¡Ay, mamá! Pues a dar una vuelta.

—¿Con quién?

—Con éstas. —Ya sabes, típica edad comunicativa.

—¡Uy! ¡Sí! Me dejas mucho más tranquila. ¿Pero qué hacéis por ahí? No lo entiendo, de verdad que no lo entiendo. Con lo bonito que es el día, con su luz y su sol. Pero no, vosotros sólo sabéis estar por la noche. Que qué haréis...

—Pues bailar y hablar...

—Con lo mal que tú bailas, no lo entiendo. —Ahí, reforzándote—. No bebas nada. Y

no vuelvas por lo oscuro, que el otro día dieron la noticia de que hay un nuevo violador del ascensor. A ver si vamos a tener un disgusto, nena, que un día tú a mí me matas de un disgusto. Total, por andar mal bailando, porque tú sabes que bailarina no puedes ser, ¿no? Chica, ya te podías quedar en casa haciendo algo de provecho.

Poder del clic. Clic y ya no la oigo, porque puede llenar el mundo de palabras y darle una vuelta, y otra, y otra, y otra...

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, tranquilos, sé que lo mejor pasa a última hora. Llegaremos a un acuerdo. Eso sí, me quedo con el consejo de mi no drama papá: «Nena, imagínate que yo me despierto una noche porque haces ruido al llegar de madrugada. Ésa es la última noche que tú duermes en esta casa. A esas horas se llega meada. Y si llegas más tarde que el periódico, compra churros, que me lo tomaré mejor.»

Versiones:

«La mía también me venía a buscar cuando salía de noche. Pero tengo que añadir el punto más dramático del asunto: ¡venía en pijama! En su coche y en pijama. Un día chocó a otro coche por detrás; era un padre que iba a recoger a su hija y adivina: ¡también iba en pijama! Te juro que es verdad absoluta, parece inventado, pero es ciertísimo. De hecho, lo recordamos cientos de veces durante años y años y años. Me meo de imaginármela.» *Lula P.*

«¿Que vas a salir con tus amigas y sin tu novio?» Y lo que es peor aún, la semana pasada me dijo: “Yo no entiendo esta juventud. Te vas a cenar con tus amigas y dejas a tu marido en casa con los niños.” Las drama mamás nunca dejan de serlo, da igual que vivas en casa o la edad que tengas.» *Anónimo*

CAPÍTULO 68

Los mejores disfraces son los que te haces tú misma

Sesenta y ocho consejos después me presento oficialmente: la niña de la foto soy yo. No creo que nadie vaya a reconocer a la adulta que soy en esa niña vestida de vieja, así que, allá vamos, en plan kamikaze, esto es casi una salida del armario pero es que una imagen vale más que mil palabras, y ésta debe de valer dos mil o tres mil millones.

Esa niña soy yo, y ése es el disfraz que mi madre eligió para mi primer carnaval. Otros que recuerdo con cierta, digamos, humillación son el de elefante, de judía ortodoxa, de basura, de código de barras, de su propia idea de Madonna...

Cuándo utilizaba el consejo:

Pues cada vez que me he tenido que disfrazar hemos pasado por eso:

—Mami, la semana que viene tenemos que ir disfrazados al cole, y yo quiero ir de princesa.

—¡Bah, bah! Princesas hay montones. Tú tranquila, ya vamos a pensar en alguno más divertido.

—Yo no quiero ser divertida. Quiero ser una princesa. A Martita le han comprado uno superchulo con diadema y varita. Quiero ése.

—Mira, yo no me pienso gastar 3.000 pesetas en un disfraz para que, encima, todas las niñas vayáis iguales, que lo bonito de disfrazarse es que no te reconozcan y hacer como que eres otra persona. Ya vas a ver que con cuatro cosas que tenemos por ahí hacemos el disfraz más original del cole. Que los mejores disfraces son los que te haces tú misma.

—Mami, que no quiero ser original, quiero ser una princesa.

—Qué pesada eres, que te he dicho que no. Tú hazme caso, que vas a causar sensación.

En eso tenía razón. Tendríais que ver mi álbum familiar.

Ella tiene una explicación para todos los disfraces que eligió para mí. A mí no me convence ninguna.

Vieja chocha:

—Mamá, vale que no me disfrazaras de princesa, pero ¿de vieja chocha?

—¡Ay, nena! qué risas nos echamos todos. Pero mira lo salada que estabas. Y no te reconocía nadie. Que te mandé a casa de tu tía a llamar a la puerta y no se dio cuenta de que eras tú. ¡Ay! Yo no podía aguantarme la risa. De verdad que casi me hago pis encima. Y anda que no estabas contenta, porque tú te pensaste que te habían confundido con una vieja chocha. ¡Años estuviste pensando eso! Porque ¿tú sabes que ella de lo que no se dio cuenta es de que eras su sobrina? No es que creyera que realmente eras una vieja...

—Mamá, tengo 33 años.

Elefante:

—Ay, el mejor disfraz que has tenido. Si tenía hasta una polea para que tú solica te subieras y te bajaras la trompa. Pues anda que no me lo pidieron otros padres. Saladísimo era. Y anda que no me costó coserlo y que aquello funcionara. Nadie iba como tú, la más original de todo el cole.

Por lo menos no se me veía la cara...

De judío ortodoxo:

—Pues no sé quién trajo ese casquete a casa pero, chica, nos vino que ni pintado. ¿Ves?, ésos son los buenos disfraces, con un gorrico y ya estabas saladísima, si lo de menos es la ropa.

Nadie ha confesado nunca quién regaló ese casquete a mis padres, porque como yo me entere...

De basura:

Tal cual. Cogió unas bolsas de basura, les hizo un hueco para que sacara la cabeza y me pegó mierda encima.

—Pero era reciclada, que lo dices así y parece que llevabas raspas de pescado y que olías mal o algo. Eran tetrabricks y papelicos, y cosas así. Graciosísima. Bueno, ese año había una niña que iba de torera que casi te gana, pero no, la más salada de todas tú. Y sin gastarnos una peseta, nena, así es como tienen que ser los disfraces.

Consecuencias del consejo:

Qué os voy a contar:

Ganadora absoluta a «la más salada» todos los carnavales.

Cenas familiares en las que mis primos se atragantan recordando las fotos.

El novio de mi hermana me respeta menos desde que conoció los álbumes familiares.

Cuarta consecuencia: estado de total histeria un año que los Reyes me trajeron un disfraz comprado de Escarlata O'Hara, con su falda, su canacán, su vuelo, su chal, su pamea... Dormí un mes con aquel disfraz, incluida la pamea.

Quinta consecuencia: de adulta me he disfrazado de cualquier cosa, aunque a mi madre ya no le hacía tanta gracia:

—Pero nena, ¿de qué vas vestida con ese gorro de piscina?

—De marciana, mamá. ¿No ves las antenas?

—Que tienes 25 años, ¿tú crees que los marcianos van mucho a nadar?

—¿No estoy salada?

—No, estás más bien ridícula, no pareces un marciano. Y ya estás en edad de echarte novio, que con esa pinta lo dudo. Además, ese gorro de silicona te va a cortar el riego, y no andas muy sobrada.

Tenía razón, después de andar toda la noche por ahí, al quitarme el gorro me notaba el pulso en las orejas, durante dos semanas.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, mirad la imagen otra vez. Os pienso comprar el disfraz más chulo del mundo, de princesa, de superhéroe, de lo que sea.

Vamos, que pido un crédito si hace falta.

Versiones:

«Yo he vivido de todo también. Los más “salaos”: disfrazada de “científico loco”, con una peluca que sabe Dios de dónde salió, unas gafas sin cristales, el jersey del revés con una calculadora pegada; de nadadora, al cole en bañador, chanclas y albornoz. Pero sin traumas. Veinte años más de terapia y queda superado.» *Paulacasito*

«A mi madre le encantaba vestirme de dama antigua y de gitana de faralaes. Punto. Como si no tuviera bastante con tenerme el resto del año con faldas tipo coliflor y llena de cancanes, que hasta para ir al zoo me llevaban así. Creo que por eso odio los carnavales.» *Lola*

La opinión del experto:

«Deja que la imaginación de tu hijo se desborde. Los disfraces son estupendos para interpretar un papel. Dale a tus hijos ropa vieja para que se diviertan con ella.» Jo Frost. (*Supernanny. Consejos prácticos y sensatos para educar a tus hijos.*)

A ver, supernanny, y si la que fomentaba la imaginación y se divertía era la madre, ¿entonces qué? Y ¿qué hay de malo en interpretar el papel de princesa? ¡Una vez! Aunque fuera una sola vez.

CAPÍTULO 69

Que no te lo tenga que repetir

Un clásico reeditado año tras año durante toda mi vida, incluido ayer. Ayer mi madre me dijo:

—Haz el favor de comer más lentejas, que se te ve en la cara que te falta hierro. Que no te lo tenga que repetir.

El mundo entero funcionaría mejor si alguien hiciera caso a las madres porque qué análisis de sangre ni qué anemia, si tu madre es capaz de mirarte a los ojos y saber que andas justa de hierro. Tal cual. Da igual lo que tú discutas, mejor que no te lo tenga que repetir. Y, sobre todo, que no se le ocurra a un médico discutirsele. Inconsciente...:

—Pero qué sabrá usted, conoceré a mi hija o no, que la he parido yo. ¡A estas alturas! Que tiene la piel agrietada y se le pone pelo de escoba. ¡Mírela! ¡La pinta de enferma que tiene! —Yo miraba al médico con pena, por él, no por mí—. Y ese pelo de escoba —ahí, insistiendo—, desde hace diez años, es anemia. Que yo vengo al médico porque hay que venir a por la receta, pero yo ya le hubiera dado las ampollas ayer, y me pone también un poco de calcio, que le he visto las uñas muy raras, como arrugadas, y mejor prevenir que curar.

Y el médico y sus diez años de carrera se quedaban allí, con cara de depresión y acordándose de su madre, aunque puede que de la mía también.

Cuándo utilizaba el consejo:

En miles de situaciones, las proféticas, y las que no.

—Ponte a estudiar que mañana te van a preguntar los ríos.

—Voy, mami, déjame que termine un segundo estos dibujos y ahora mismo.

—Nena, que te voy a preguntar luego la lección y vamos a tener un disgusto. Y ya sabes que los disgustos te sientan mal porque a mí me sientan peor.

—Pero si ya me la sé. —Ahí, en plan rebelde.

—Mira, saberse me sé yo los reyes godos, que cuarenta años después todavía me acuerdo, que si quieres te los digo del tirón. Entonces sí que estudiábamos. Tú lo que haces es imaginar que te sabes las cosas, que luego andas diciendo que el Ebro pasa por Sevilla, como en el último control, que me lo dijo la maestra.

—Y a mí de qué me sirve saber por dónde pasa el Ebro... —Tú notas que dices esto y según las palabras pasan por tu boca, se debilitan hasta casi desaparecer, que cuando llegas a decir «Ebro», tu voz ya es un hilito y sabes que la muerte puede andar cerca. Es la típica frase que nunca, nunca, nunca hay que decirle a una drama mamá, a no ser que como niña tengas algún tipo de interés especial en conocer y vivir de cerca el Apocalipsis. Es una cosa que se aprende rápido, te la juegas una vez, dos si eres muy suicida. Hubo una vez una niña que la dijo tres veces y se fue interna.

—¡A mí no me hables así que soy tu madre! Habrase visto, la niña, que para qué necesita saber por dónde pasa el Ebro, pues para que te enteres exactamente dónde has caído cuando te lance al río con esa tele detrás de ti. Así podrás poner cara de «mira, estoy en el Ebro y ésta es la tele que nunca más voy a ver por haberle contestado mal a mi madre», que es la cara que se te va a quedar a ti, respondona. Te pones a estudiar ahora mismo y como no te lo sepas de corrido en una hora, te enteras de dónde está el Ebro, pero bien. ¡Y que no te lo tenga que repetir!

Si se te ocurría levantar los ojos del suelo, no digo ya hablar, no, sólo con cruzar los ojos con los suyos en ese momento, quedabas fulminada y te convertías en una niña de piedra para siempre jamás. Yo nunca miré, por eso no soy de piedra.

Consecuencias del consejo:

Si alguien, cualquiera, un profesor, un cliente, la cajera del súper, me dice: «¿Te lo repito?», yo me descompongo. «Que no me lo repita, que no me lo repita. El mundo se contraerá sobre sí mismo, luego explotará y, encima, mi madre se enterará de que han tenido que repetírmelo.»

Segunda consecuencia: tengo la típica cara de «me entero de todo». Eso no significa que me entere de nada, así que llego a situaciones curiosas; por ejemplo, no me enteré durante meses de para qué servía aquel vaso que nos daban en el cole y, por no preguntar, jamás tomé calcio... Si en el fondo mi madre lo sabía, ya decía ella que me veía las uñas como arrugadas.

Tercera consecuencia: «El Ebro nace en Cantabria y pasa por Castilla y León, La Rioja, Navarra, Aragón y Cataluña.» Veinte años después.

Excepciones para utilizarlo:

No quiero decir esta frase, de verdad que me daba terror. Futuros hijos míos, sed libres y probad a decirlo. Me han contado que funciona así: «¿Le importaría repetírmelo?»

¡Uy, qué mal cuerpo! De verdad, me descompongo sólo con escribirlo.

Versiones:

«Esa frase o “Es la última vez que te lo repito” eran completamente odiosas. Yo siempre pensaba: “¿Última? Pero si es la primera vez que me lo dices...” Y después: “Eso, eso, ojalá sea de verdad la última vez que me lo dices.” Pero no lo era.» *Irene, de los Umpa Lumpa*

La opinión del experto:

«El papel de madre lleva implícito hacer de “mosca cojonera”; es como si a fuerza de repetir las cosas consiguieran grabártelas en el cerebro. Y no les falta razón, lo sabes sobre todo cuando de adulto te sorprendes diciendo a tus hijos lo mismo y de la misma manera que te lo dijeron a ti tus padres.» *Rocío Ramos-Paul*

Tengo un buen titular: la supernanny dice que ser madre es ser «mosca cojonera». Bueno, más o menos lo dice, no me seáis puristas.

CAPÍTULO 70

Las marcas son un invento para cobrar el doble por la misma leche

Cuando éramos pequeñas, en mi casa nunca entró nada de marca; bueno, al menos de una de verdad. Tuvimos una Nintendo que no era Nintendo, con todos los juegos piratas. Así que mi recuerdo del Mario Bros difiere un poco de la realidad. En nuestro juego no había setas, sino una especie de paraguas rosas con lunares:

—Es igual, igual, nena, que te quejas por todo. Pero si es gris también, además trae montones de juegos, la original sólo uno, y cada cartucho es carísimo. Ahora tú ya los tienes todos, y trae pistola para los patos, que me lo ha dicho el vendedor, que es igual, igual, pero mucho más barata.

Y así con todo. Tuve unas Jota Jaiber, tal cual, unas Nike que no eran Nike, unos Levi's que parecían Levi's, pero no, no eran Levi's. Todo era un «casi» pero no.

Cuándo utilizaba el consejo:

Siempre que le pedías algo bajo el concepto «marca». Que no os vayáis a pensar que pedíamos un Louis Vuitton, no, a mi madre la leche Kaiku le parecía una marca y era suficiente motivo para no comprarla.

Ella pensaba que si nos habituábamos a algún producto en concreto, íbamos a ser unas niñas caprichosas el resto de nuestras vidas. Y tuvo una técnica en concreto que desmontó todas las peticiones.

—Mami, a mí no me gusta esta leche, sabe muy fuerte. Prefiero la Kaiku.

—Todas las leches son leches, y lo del nombre es tontería. Las marcas son un invento para cobrar el doble por la misma leche. Y yo no voy a ser la que pague más, así te lo digo, nena, que no estamos para derrochar.

—Pero mami, que yo le noto otro sabor y además ésta hace una nata que me da arcadas.

—Nena, a ti el aire te da arcadas. La Kaiku es más cara sólo por el nombre, así que te tomas ésa y punto.

Y yo vomitaba. Soy así, si me concentro puedo vomitar. Ése es mi don. No sirve para mucho, la verdad, pero tampoco lo elegí yo. Ella comenzó su técnica: «Si no me crees, me vas a creer, vamos que si me vas a creer.» Compró una botella de Kaiku y la estuvo rellenando con la leche de oferta cada día. Sí, mi madre tiene mucha paciencia y mucha mala idea, de eso también tiene. Y pasado el mes, ahí me estaba esperando, con toda su mala idea:

—Qué bien te tomas esa leche, ¿eh, nena? —Ella tranquila, relajada, fregando los platos.

—Sí, es que ésta me gusta mucho. —Imbécil, imbécil, imbécil.

—Y no te da ni un poco de arcadas, ¿eh? —Ella fregando un vaso, feliz, triunfal.

—Ni una, mami, porque no tiene nata. —Imbécil, imbécil, imbécil.

—Claro, claro, es que tienes un paladar muy sensible... —Ya está a punto. Yo notaba algo, tanta felicidad no le pegaba.

—No sé, mami, es que esta leche está más buena. —Muy imbécil, muy imbécil, muy imbécil.

—¡Más buena! ¡Más buena te voy a dar yo a ti! Mira, nena, esa leche es la de oferta, que te llevo un mes rellenando la botella de Kaiku. ¿Me oyes? ¡Un mes! Y como tú has dicho, ni una arcada. Sí, sí, como lo oyes. Mucha tontería es lo que tú tienes, que llevas un mes tomándotela tan tranquila. Así que ya lo sabes, a partir de ahora, leche de oferta y no quiero oír una arcada porque te enteras.

Y yo del susto vomitaba. Ya lo he dicho, es un don.

Consecuencias del consejo:

Desconfianza total de lo que comía. Además del episodio de la leche, hizo lo mismo con el Cola Cao, el chocolate Milka, el pan Bimbo... Compraba uno de la marca, lo

rellenaba con el de oferta, nos lo hacía comer un tiempo y luego, tachán: nos llamaba imbéciles y volvíamos al de oferta a cara descubierta. Y sí, mi hermana y yo muy despiertas no éramos.

Segunda consecuencia: mi recuerdo de algunos productos probablemente sea equivocado, porque una vez comí Nocilla, pero el resto, a saber.

Tercera consecuencia: no le tengo fe a mi paladar. No sé si las cosas me gustan realmente. Si pruebo un vino que me gusta pienso: «Lo mismo si me lo dan en otra botella, me gustaría más.» Así que vivo desnortada, me da lo mismo Nocilla que Nutella, Rioja que Ribera... No tengo criterio.

Cuarta consecuencia: si alguien me pregunta «¿te ha gustado el solomillo?», pues no sé qué decir porque creo que es una pregunta trampa. «¿Y si no era solomillo? Igual no era solomillo, igual estaba malo, o bueno, o igual es el mejor solomillo del mundo.» ¡Por Dios! Y me dan ganas de vomitar.

Quinta consecuencia: una tía mía me regaló una vez unos pantalones Bonaventure de verdad, con su piedra azul en el botón y sus chapitas en el culo. Los llevé puestos hasta que se desintegraron. Porque aquellos vaqueros no se desgastaron, no, llegó un día en que se volatilizaron del uso y aquel día yo fui la niña más infeliz del mundo sabiendo que volvía a los Levi's que no eran Levi's, porque la leche será leche, pero tú sabes que no llevas unos Levi's de verdad, y tus amigas también.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos: la leche es leche. Lo siento, pero este consejo me lo quedo. No tendré mucho criterio para elegir vinos, pero me he ahorrado un dineral a lo largo de mi vida comprando de oferta y con la total tranquilidad de que no me perdía nada, sobre todo eso. Y como os pongáis tontos, prometo tener la misma paciencia que mi madre y, también, la misma mala idea. Dicho está.

Versiones:

«A mí no me gustaban las alubias blancas pero mi madre me decía que no eran alubias, eran “chichiribichis”, y éstas me encantaban. Sí, yo muy despierta tampoco era.» Aqua

«Yo tuve unas botas Dr. Martínez (que por si alguien es muy joven, en mi época se llevaban Dr. Martens), y mi madre siempre le cambiaba a mi hermano las galletas María del desayuno por las que estuvieran de oferta. El pobre siempre decía: “Ahora que me he acostumbrado a éstas, me las vuelves a cambiar.”» *Pilar*

«Niñas con drama madres: ¿dónde estabais cuando yo iba al cole? Porque yo era la única con zapatillas Reevok y pantalones Jevi's en la clase del cole.» *Morti*

CAPÍTULO 71

Nena, ir a un *self-service* es tirar el dinero

Este consejo creo que entrará dentro de la categoría de «sólo la madre de la nena», aunque todavía podéis sorprenderme.

Mi madre les tiene una tirria inconcebible a los *self-service* (o como diría ella: *sel/servis*) y a los restaurantes sin mantel. No puede. Es superior a ella.

—Para una vez que salimos a comer por ahí, nena, una vez al año, ¿y me tengo que servir yo la comida? Vamos, hombre, pero ¡qué invento es éste! Todos los días del año que si pon la mesa, prepara la comida, los manteles, servilletas, los cubiertos, que todo esté rico, que todo esté bonito, y un día, ¡un día! que nos damos un capricho y nos vamos por ahí, tengo yo que levantarme y ponerme la comida, encima con esos mantelitos de papel. Que así yo también tengo un restaurante, total, lo mismo da cocinar para 5 que para 50, si ellos solos se sirven y luego la vajilla y los manteles van a la basura. Vamos, hombre, y si aún fuera un bufet (ella dice «bufé»), que puedes comer todo lo que quieras. Aunque ya te digo yo que la comida es malucha, vamos, que esas croquetas no son ni de pollo ni de jamón, eso es croqueta de bechamel, porque no llevan nada. Pero, bueno, lo del *sel/servis* me parece un horror. Vamos, hombre, la última vez que me ven a mí en uno de éstos. Nena, ir a un *self-service* es tirar el dinero, con lo que cuesta ganarlo.

Cuándo utilizaba el consejo:

En mi casa salir a comer fuera es un acontecimiento. Normalmente lo propone mi madre, pero casi nunca lo conseguimos:

—Estoy harta de cocinar. Todo el día como una criada. Me merezco un descanso, que me tenéis explotada. ¿Por qué no comemos por ahí? Me ha dicho la Juani que han abierto un restaurante muy mono en el centro y que se come bien, y hacen un cordero para chuparse los dedos.

El resto de la familia siempre decimos que sí, pero, ¡ah!, una drama mamá siempre es una drama mamá, no coge fiesta nunca.

—Aunque tengo un chicharro que compré el otro día y que me sale tan rico... Y sería una pena que se perdiera.

—Bueno, mamá, pues lo comemos mañana.

—Ya, pero mañana no estará tan jugoso y con el precio que tiene el pescado... como para dejarlo pasar. Que yo no sé cómo los pescan, a besos debe de ser, porque si no, no entiendo el dinerito que vale.

—Seguro que mañana está igual de bueno.

—Pero tú qué vas a saber, si no soportas el chicharro, si todo te da para atrás, que más que papilas gustativas debes de tener una fregona, porque entre que no te gusta nada y los ascos que te dan... Total, que vamos a un restaurante y pides pollo, que para eso, para comer pollo, nos quedamos en casa y comemos pescado, que seguro que es más sano como lo cocino yo. Que han dicho en la tele que hacen unos pollos sin patas ni nada, sólo cuerpo, y los engordan y los venden muy baratos. Que uno no se puede fiar de lo que le dan en los restaurantes, que en casa sabemos lo que estamos comiendo, con aceite de verdad y no con esos esprays que les echan por ahí.

—Chica, vamos a salir, por un día... —Yo insisto, pero mi no drama papá permanece en silencio porque conoce el final.

—Nada, nos quedamos en casa; si como comemos aquí, no se come en ningún lado.

Una vez se me ocurrió invitarles al típico Wok en el que tú coges lo que quieres y luego un chino te hace algo a la plancha. Quién me mandará a mí innovar con mi madre. Yo no le he visto la cara tan desencajada nunca, ni siquiera cuando le dije que me iba a vivir con un novio sin casarme, y eso que ese día mi hermana y yo casi

pedimos un carro de paradas cardíacas al hospital, en previsión del infarto, digo. Pues lo del Wok, peor:

—Nena, esto no es comida. No, no. —Me miraba con los ojos como platos mientras me metía pellizquitos—. Estos chinos están locos. ¿Arroz tres delicias le llaman a esto? Pero ¿qué delicias?, ¿qué entenderán los chinos por delicias? Es otra cultura, nena, otra cultura. Una delicia es una buena torrija, esto es un trozo de gamba, con suerte, porque las gambas que compro yo tienen otra pinta y otro color, no sé, más color a gamba. ¡Pero si son transparentes! ¿Y los guisantes? —Más pellizquitos—. Mira esos guisantes. —Y ponía cara de estar viendo un cerdo volar—. Eso no son guisantes, te lo digo yo, eso es hierba prensada. ¿Y por qué todo sabe igual? Ayayayayy, a qué sitios nos traes. Yo no entiendo qué ganas de ser moderna tienes. Con lo bueno que está un menú del día o un plato combinado, con su sanjacobo de toda la vida. Pero mira esa gelatina que lleva el cerdo. —Triple pellizco—. Mira que habré cocinado yo el cerdo de mil maneras, qué digo mil, ¡dos mil! Que el cerdo es muy agradecido y nunca, oye lo que te digo, nena, nunca me ha salido esa grasa tan rara. Eso no puede ser cerdo, o los cerdos chinos en vez de piel, tienen vaselina. ¿Y por qué llaman pan a eso? Es un bollo aceitoso, pues que se inventen otro nombre, que no le pongan pan, porque entonces tú crees que vas a comer pan y no, te dan eso medio dulce, ¡y caliente! Te digo, nena, que es otra cultura. ¿Y encima me tengo que levantar yo a servirme? —Siete pellizcos y un pisotón, todo en plan disimulado—. Unos listos son estos chinos, y a ver si aprendes de una vez a comer como la gente normal, que esto son todo guarrerías, vamos. ¡Pagar por esto! Con el chicharro tan rico que tenía yo en la nevera. Esto es tirar el dinero, y tú eres muy mucho de tirar el dinero, que yo no lo entiendo, porque no será que hayas visto en casa que derrochemos. Eso lo has aprendido fuera.

Consecuencias del consejo:

Lo dicho, cuando por fin conseguimos comer fuera de casa, vamos más arreglados que a una boda, y nos sentimos los reyes del mambo.

Segunda consecuencia: soy incapaz de disfrutar de un *self-service*, porque voy tan tranquila con mi bandeja y no paro de oír a mi madre dentro de mi cabeza, y eso te quita el hambre. Os lo digo yo.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, no es que me vuelvan loca, pero tampoco es que los *self-service* los cargue el diablo; vamos, que a vuestro aire. Ya descubriréis si os gustan o no. Aunque lo de la gelatina en el cerdo tengo que admitir que sí es un poco raro.

Versiones:

«A mí no se me ocurre llevarles a un Wok ni loca. Mi padre califica todo lo que no sea comida tradicional como “Pizas y mierdas de ésas” (léase tal cual: pizas). Con decirte que cuando va de Navarra a Madrid por trabajo, cena siempre en un restaurante navarro.» *Teresa*

CAPÍTULO 72

Nena, come zanahorias, que es bueno para la vista

Mi merienda durante años, vamos, desde que aprendí a masticar hasta la adolescencia, incluía una zanahoria y un consejo:

—Anda, no te quejes y sigue mordiendo, que la zanahoria va muy bien para la vista, que lo han dicho en la tele y, además, te pones morenita, que estás más guapa.

Ese atracón de zanahorias duró hasta que me pusieron gafas, con 14 años. Ahí ya me negué.

Cuándo utilizaba el consejo:

Pues eso, siempre que me hacía comer una.

—Mami, no quiero más zanahorias, que están muy malas.

—Tú sí que estás muy mala. Que te la comas, o no te doy bocadillo después, que es buena para la vista. Si yo lo hago por ti.

—Mami, pero si yo veo bien. Mira, ahí pone «Enciclopedia Larousse». Lo leo perfectamente.

—Porque comes todos los días una, si no estarías cegata del todo y no podrías ver ni tus juguetes y te aburrirías mucho. —Ahí, aterrorizando un poco—. Mira los conejos, que ven de maravilla porque comen muchas.

—¿Y cómo sabe la gente que los conejos ven bien? Los conejos no hablan...

—Porque lo digo yo ven bien los conejos, pesada, que eres una pesada. Come eso ya y deja de entretenerme.

—Pero, mami, Martita no come zanahorias para merendar y no lleva gafas.

—Pero las llevará, nena, tiempo al tiempo. Y acábate ésa, que me estás hartando.

—Es que se me hace bolo.

—Mira, nena, a nadie en el mundo se le hace bolo una zanahoria, a nadie. Que tienes mucho cuento o eres la niña más rara del mundo; no puede ser. Porque tú haces saliva, ¿no? Es que no me cabe en la cabeza. Me agotas, me agotas del todo. Todo el día igual con esta niña, todo es una pelea. —Cuando mi madre hablaba de mí, como si yo no estuviera delante, ¡PELIGRO!—. Todo el día preocupándome porque coma bien, duerma bien, estudie, y la niña siempre dando guerra. Ahora, que un día me voy a hartar y te voy a dejar hacer todo lo que quieras, y entonces ya verás. Cuando tu vida sea un desastre y te cojas todas las enfermedades, entonces te acordarás de mí. ¡Y traga ese bolo ya! Que al final la vamos a tener.

Consecuencias del consejo:

Nunca llegó ese día en el que me dejaba hacer lo que yo quisiera, ni siquiera ahora, a los 33. Estuve años pensando: «Hoy es el día, hoy me deja hacer lo que quiera.» Pero no, no se animaba. Así que no he podido corroborar si mi vida se iría al garete. Tengo mis dudas.

Segunda consecuencia: un tono bronceado todo el año durante mi infancia.

Tercera: odio las zanahorias con toda mi alma, y crudas es que me dan náuseas.

Cuarta: incredulidad absoluta ante el poder curativo de los alimentos. Así que *Saber vivir* me parece un cuento chino. No veo de lejos. Tengo miopía, cinco dioptrías en cada ojo. Vamos, que si me quito las lentillas no me veo las manos: eso ya es lejos para mí. Tanta zanahoria para nada.

—Mira, mamá, ya voy por cinco dioptrías, pues sí que me han servido todas esas zanahorias que me has hecho comer —le dije con retintín la última vez que fui al oculista. ¡Ay! A estas alturas y no aprendo. El retintín con una drama mamá es como un *boomerang*, te vuelve y te da en toda la cara.

—Pues nena, da las gracias a esas zanahorias, que, en vez de cinco, tendrías quince dioptrías si no te hubiera dado tantas. Así que hoy, para comer, voy a echarte unas pocas en la ensalada, por si acaso.

Ahí tienes tu retintín de vuelta. Por lista.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, pasamos de las zanahorias. He buscado en Google y unos señores (que debieron de tener una madre como la mía) han hecho un experimento: han comido 30 kilos de zanahorias en tres semanas (que ya hay que tener ganas de quitarle la razón a tu madre para comer tantas). Y han demostrado que no sirve para nada. ¿Lo oyes, mamá? Para nada. Que dicen que el mito se originó durante la segunda guerra mundial, «cuando el ministro británico de Aviación declaró a la prensa que sus pilotos disfrutaban de una gran agudeza visual que les permitía abatir a los aviones alemanes desde muy lejos, incluso por la noche, gracias a una dieta muy rica en zanahorias. En realidad, esta falsa propaganda sólo pretendía esconder una nueva tecnología de radar que habían desarrollado sus científicos, la cual permitía localizar y apuntar a los aviones alemanes antes de que cruzaran el canal de la Mancha».

O sea, que yo he comido ingentes cantidades de zanahoria por culpa de un radar. ¡Qué daño ha hecho la propaganda de guerra a generaciones de niños! No me jodas, hombre, y encima cualquiera se lo cuenta a mi madre, ya estoy viendo el retintín explotarme en la cara.

Versiones:

«Cuando yo preguntaba: “¿Y cómo sabe la gente que los conejos ven bien? Los conejos no hablan...” Ella iba y me soltaba: “¿A que nunca has visto un conejo con gafas?” O: “Pues eso, porque comen zanahorias.” Qué manera de reírme de sus ocurrencias ahora, después de vieja. Lo mejor es que yo le digo lo del conejo y las gafas a mi hija.» *Dayte*

«Si sirve de consuelo, a mi hermana y a mí nos hacían beber el agua con la que hervían las zanahorias, puesto que las zanahorias eran para la cena. Si esto lo cuentas ahora parece que en vez de infancia tuvimos un campamento militar americano.»
Anónimo

CAPÍTULO 73

No te sientes en un baño público, que puedes coger cualquier cosa

Yo no meo como la gente normal, y menos en un servicio público; bueno, en general, trato de no pisar un servicio público ahí me reviente la vejiga.

Cuándo utilizaba el consejo:

Pues cada vez que salía de viaje, o iba a la biblioteca o, a veces, incluso cuando salía de casa sin más, por si me daban ganas de mear:

—Nena, no te sientes nunca en un baño público, que puedes coger cualquier cosa. Y quita el primer trozo de papel higiénico que a saber quién ha sido el último en tocarlo, que se quedan las bacterias y todo ahí pegado. Primero tiras el papel, luego limpia la taza, pero sin tocarla para nada, y luego no te sientes, que te digo que te pillas cualquier cosa. Un truco es ponerse de cuclillas encima, pero levanta la tapa, que no sea mi hija la que va dejando sus huellas en cualquier lado, que sean las de otros. ¡Ah! Y es de muy mal gusto que te oigan orinar (sí, mi madre dice «orinar» y «hacer de vientre»), que hay mujeres que parecen vacas. Eso no es de señoritas. Así que tira de la cadena antes, para disimular. O echa papel. Yo tenía una tía que decía que siempre había que orinar en blandito. Era una señora muy elegante, la tenías que haber conocido, con un moño bajo y un pañuelo blanco al cuello... Es que me impresionaba desde niña. Pues desde que me lo dijo, yo orino en blandito. Bueno, y hacer de vientre... —ella ya sólo con mencionarlo se pone incómoda—, pues en casa, que es una cosa que no se hace por ahí. ¿Me estás oyendo?

—¿Y si me dan ganas?

—Nena, las ganas se educan, como todo en la vida.

Consecuencias del consejo:

Tengo para elegir:

Primera: poseo una vejiga portentosa capaz de aguantar horas y horas. En esto también ha colaborado mi no drama papá que, en 712 kilómetros a Benidorm, paraba una vez en el Milagro de Teruel, y teníamos veinte minutos para comer, mear y estirar las piernas. Yo lo hacía todo a la vez. Meada multitarea.

Segunda consecuencia: no soporto que la gente me oiga mear. Tú dirás: qué tontería. Pues sí, es una tontería, pero yo me he subido cinco pisos en la facultad para mear en los baños de arriba porque siempre estaban vacíos; he sufrido en todos los pisos que he compartido la humillación de tener que explicar por qué siempre tiro dos veces de la cadena (y contando por encima, he tenido más de 14 compañeros de piso, lo que supone muchas humillaciones); se me han cortado las ganas si alguien entraba en el baño por sorpresa (no en el baño en el que estaba yo, que sería normal, sino por ejemplo en los baños de la biblioteca donde había veinte urinarios más), aunque estas sorpresas también han mejorado la capacidad de retención de mi vejiga. Una tontería, sí, pero tengo una aplicación en el móvil que hace el ruido del grifo exactamente con el propósito de que la gente no te oiga mear. Y digo yo que si han hecho una aplicación será que existe otro montón de taradas que no soportan que las oigan mear. Y tú dirás: mal de muchos, consuelo de tontos. Pues sí, pero es que a mí ser tonta siempre me ha dado un poco igual. Convivo con ello con naturalidad.

Más consecuencias: vivo con culpabilidad constante porque yo soy ecologista. No en plan brava, pero cada vez que abro el grifo o tiro dos veces de la cadena, sufro. Ahora, que la tonta que habita en mí puede más que la ecologista. Eso también os lo digo. Así que tengo que reciclar el doble para compensar mis excesos de pudor. Esto a su vez me ha causado numerosas discusiones con mis novios y compañeros de piso: seis papeleras le parecen excesivas a todo el mundo. Así es la gente de insolidaria.

El papel higiénico que no falte. El pan está sobrevalorado en la lista de la compra.

Una vez fui feliz. Fui al baño con una amiga y entré con ella porque la puerta no cerraba. Realmente fue así. No soporto que me oigan mear, pero tampoco ver como

otros mean. El caso es que mi amiga cogió el primer trozo de papel con mucho cuidado, como si pudiera explotar, lo tiró al váter, arrancó más trozos, limpió la taza, levantó la tapa, se puso de cuclillas y entonces se volvió y le dio a la cadena antes de mear. En serio, fui muy feliz. No hay nada como mirar a los ojos de otra tarada mientras mea para comprender que encontrarás a más gente que te quiera con todas tus miserias, y tu papel higiénico en cantidades industriales.

Excepciones para utilizarlo:

No voy a poder. De verdad que no. Yo intentaré educaros para que meéis libremente, en blandito o en plan vaca. Pero no sé si podré. Y, sobre todo, si no conseguimos que este drama consejo se me despegue, no os mandaré a un campamento medio hippie con letrinas en las que tenías que recoger luego la tierra y utilizarla como abono para que entendiéramos el ciclo de la vida. Mira, eso es una cerdada, y hace que casi acabase el campamento con un enema. Futuros hijos míos, creo que se puede tener una vida normal sin conocer el ciclo de la vida. Eso sí, nos vamos a saltar lo de «orinar» y «hacer de vientre», que bastante dura es la vida social de un niño.

Versiones:

«Pues no sabes los trabajos que pasaba cuando mi hija era pequeña y quería hacer pis en un baño público: la agarraba por los sobacos y nos poníamos a hacer equilibrios encima de la taza, al final yo terminaba llena de meados de la nena. La culpa la tuvo mi madre, q.e.p.d., que me inculcó terror a los baños públicos, y no te cuento mi primera impresión cuando fui a la dichosa escuela en el campo y vi las letrinas.» *Lola*

«Mi padre nos prohibió usar el papel de los baños desde que pilló a un drogadicto limpiando la jeringuilla con el papel higiénico de un bar. Desde entonces llevamos kleneex a todos lados. También se lo inculcaré a mi hija, que hay mucho tarado por ahí.» *Misgalletasyotrascosas*

La opinión del experto:

«Enseña a tu hijo, si es mayor y controla los esfínteres, a que no se aguante las ganas de orinar, porque la orina que está mucho tiempo en la vejiga tiene más riesgo de infectarse.» Doctor Juan Casado, jefe del servicio de Pediatría y del área de Cuidados Intensivos Pediátricos del Hospital Infantil Universitario Niño Jesús de Madrid. (*El gran libro de la pediatría.*)

No voy a decir nada, que el señor doctor ya lo ha dicho todo. ¿Estás oyendo, mamá? Mira que igual no está oyendo para una vez que un médico me da la razón en algo.

CAPÍTULO 74

Daos un beso y pedíos perdón

Bueno, tengo que admitir que la mayoría de las veces esta frase mi madre la formulaba diferente: «Dale un beso y pídele perdón.» Pero, hombre, alguna vez mi hermana también tenía la culpa. Alguna, digo.

Cuándo utilizaba el consejo:

Cada vez que nos peleábamos. Y, casi siempre, por mi culpa. Mi hermana es una de esas personas que raramente se enfada. Tiene una capacidad de entrega y una tranquilidad que hace que, a pesar de ser cuatro años más pequeña que yo, siempre haya parecido la mayor. Yo he sido la niña de las broncas, los chichones y los gritos. Probablemente, Dios pensó en compensar a mi madre. Y ella era la niña plácida que sabía reírse como nadie. En serio, tiene una risa contagiosa que deberían dar por la tele cuando el país anduviera deprimido. Bueno, pues a pesar de su personalidad, he conseguido sacarla de quicio. Es otra de mis virtudes, ésa y la de vomitar si me concentro. Lo sé, Dios ha sido generoso con sus dones.

Normalmente empezábamos suave: que si un empujón porque ese tangram es mío (hay que ser friki para pelear por un tangram, pero la necesidad hace milagros), que «de eso nada, que me lo regaló la mamá a mí», un empujón de vuelta, que te piso un pie disimuladamente porque «yo lo estaba usando primera como techo para mi casa de muñecas», pues yo te piso el pie sin disimulo porque «en la caja del tangram viene mi nombre», que si «me da igual porque soy la mayor y todo lo que me dé la gana es mío, para eso llegaste después» y te meto un pellizco pequeñito (que esto entre hermanos es algo parecido a la invasión de Polonia), y yo te tiro del pelo y «el tangram es supermío aunque sea la pequeña», y yo te meto un mordisco que «tú lo que eres es adoptada porque no te pareces en nada a los papás», y ahí sí, Hiroshima y Nagasaki juntos: tirones, pellizquitos mortales, patadas, mordiscos y ella gritando: «Eso no es verdad, que todo el mundo dice que soy igual que el abuelo. Retíralo ahora mismo, retíralo o te tragas el tangram pieza a pieza, la grande también.» Bueno, mientras tenía lugar esa amable y distendida charla entre hermanas, llegaba mi madre, nos pegaba cuatro gritos y decía:

—Que no os vuelva a oír discutir. Las hermanas se quieren, no se pegan. Y ahora, daos un beso y pedíos perdón.

Y nos dábamos un beso, que si el aliento pudiera matar, yo a mi hermana la hubiera petrificado varias veces, y ella decía:

—Perdóname. —Pero yo oía perfectamente dentro de su cabeza: «Perdóname, pero ya estás corriendo en cuanto salga la mamá porque te pienso pisar la cabeza, bonita.»

Porque Dios, imagino que también para compensar, hizo que mi hermana menor pudiera, a los pocos años, hacerme placajes y sentarse encima de mí para dejarme inmovilizada. Dios, sus dones y sus actos de justicia a veces no me han hecho ni una pizca de gracia.

Consecuencias del consejo:

Primera: soy realmente buena escapando a una inmovilización. Mi nombre de guerra era la Lagartija.

Segunda: si alguien me dice «perdóname», me dan ganas de salir corriendo, por si después me quiere pisar la cabeza.

Tercera: abusé durante años del recurrente «eres adoptada» al ver que funcionaba tan bien. Ella abusó durante años del placaje. Así que, cuarta consecuencia: algunos dedos del pie rotos contra los quicios de las puertas, derrapando para huir de mi hermana. Quinta consecuencia: trato cercano con el pediatra de urgencias con el que mi madre conserva, veinticinco años después, una agradable amistad.

Sexta consecuencia: no entiendo eso que dice la gente de que pedir perdón es

difícil. A mí me sale solo. Ahora, de ahí a que perdone de verdad...

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, tener una hermana es la leche. Ojalá tengáis la suerte de tener una como la mía: que te acompañe en todos los juegos y te crea cuando le dices que puede volar, una hermana que aguante broncas por ti, que te traiga chocolate cuando te castigan, que te apoye en los actos de rebeldía aunque no vayan con ella, que se coma tus acelgas cuando tu madre se da la vuelta y que, de adulta, siga conservando esa risa que lo llena todo. Pero incluso con una hermana como la mía, cuando invadáis Polonia no pienso decir: «Daos un beso y pedíos perdón», porque sé que es inútil. Es como cuando te mandaban al rincón de pensar. ¿A pensar en qué? ¿Realmente hay algún adulto que crea que el niño está pensando en que ha hecho mal en romper un jarrón por jugar al balón dentro de casa? El niño está pensando: «Esto me pasa por imbécil, la próxima vez le echo la culpa a mi hermana.» Aunque luego jamás lo haga, porque todos sabemos que una cosa es un pellizco mortal y otra muy distinta chivarse de una hermana. Eso no hay Dios que lo compense.

Versiones:

«En mi casa la invasión de Polonia era un buen mordisco. Una vez me rompieron una pulsera en la cabeza como represalia. A veces me parece que la principal diferencia entre los conflictos infantiles entre hermanos y los de los dirigentes políticos de los países está en el calibre de sus armas. Qué más quisiera Bush que unos dientes de leche. Se iban a enterar los talibanes.» *Víctor Zurdo*

«Mi versión del “eres adoptada” era un “mamá y papá me querían tanto cuando nací que tuvieron otra para ver si era como yo. Y después de ti, nunca vino otra más; yo no quiero decir nada...” Creo que hundí a mi pobre hermana muchos años.» *Buttercup*

La opinión del experto:

«Procura ignorar las disputas menores. Los niños aprenden a solucionar las cosas ellos solos si no acudes siempre al rescate. No intentes averiguar quién ha empezado o quién tiene la culpa. Si se pelean, ambos son culpables. Si uno arremete contra el otro y se produce una agresión física real, toma medidas inmediatamente. Usa la técnica del aislamiento o la de “a la próxima te vas”.» Jo Frost. (*Supernanny. Consejos prácticos y sensatos para educar a tus hijos.*)

Lo que no dice la supernanny es si un pellizco es una disputa menor... Para mí que sí, un pellizquito de nada, hombre. Lo importante es eso de «no intentes averiguar quién ha empezado, ambos son culpables». Bueno, aunque también dice que mandar a pensar a un niño es buenísimo para tranquilizarlo... «No sólo sirve para que el niño vea de forma clara y eficaz que se ha pasado de la raya y ha incumplido una norma importante, sino que además le resta tensión a la situación.» Listilla...

Y no es la única: «A veces emplear la táctica de “tiempo fuera”, que quiere decir “vamos a sacar al chico del entorno” de una vorágine conductual explosiva, es bueno. Vamos a ver, vete a un sitio, serénate, contrólate, deja pasar el tiempo y a partir de ahí puede venir un pensamiento, un interrogante, cuando la emoción no sea tan condicional. La idea es buena si no se utiliza muchas veces y si los tiempos para pensar son cortos.» *Javier Urra*

Yo este señor no se lo presento a mi madre, os lo digo, eso iba a ser una regañina constante.

CAPÍTULO 75

No me, no me, que te, que te...

Esa rimilla podría ser una canción infantil y sin embargo era el terror de mi infancia. Esta frase era puro misterio. ¿Cómo sería el final? Siempre quedaba inconclusa porque había que ser un niño muy tonto para preguntarle a tu madre cómo terminaba. Pero que muy tonto. Uno se lo podía imaginar perfectamente gracias a sus sutiles pistas: sus ojos teñidos de ira, sus cejas apuntándote como si fueran a lanzar un proyectil, la vena que le surcaba la frente... Las típicas pistas de: «Nena, cállate, y si el pánico te deja, corre.»

Cuándo lo utilizaba:

Cuando le había sacado de quicio. Es decir, con bastante frecuencia. Un ejemplo práctico. El día de mi comunión. Yo con mi vestido de princesa, feliz. Por primera vez me había librado de los disfraces de doña Rogelia, de judío ortodoxo, de basura... Por fin era una niña princesa, pero... En mi vida siempre ha habido un pero y éste era que mi hermana tenía que usar cuatro años después el mismo vestido para su comunión:

—¿Tú sabes lo que vale ese vestido? Ni el mío de novia valía tanto. Así que lo cuidas bien. Te lo pones para la ceremonia y, después de las fotos, te lo cambiamos por uno que me ha dejado tu tía que es muy mono, con un babero, y que está casi nuevo.

—Mami, pero es que ése es un vestido normal, normal, y yo quiero ir de princesa para siempre. Ya no me voy a quitar éste nunca más en mi vida.

—De eso nada, que tiene que durar para tu hermana y para tu prima también. Y luego a guardar, que vale un dineral. No quiero oír una palabra más.

El caso es que el día D mi madre estaba tan nerviosa atendiendo a todo el mundo que se dejó el plan B en casa y se llevó un gran disgusto. Aunque yo conseguí aumentarle el disgusto un poco más. Así era yo, una niña entregada. Ahora, que fue un disgusto *boomerang*, vamos, que me vino de vuelta.

—Nena, te quedas en tu sitio sentada toda la comida, y ponte bien la servilleta, que siempre te manchas, que no sé si tienes un labio roto o qué, y no cruces los brazos que se arruga el vestido.

—Jo, mami, pero es un rollo, yo quiero estrenar los patines.

—¿Rollo? ¿Qué crees que va a pensar el Niño Dios si el día de tu comunión me desobedeces? ¡Ay! ¡Qué paciencia! Te quedas ahí quieta que yo te vea. Y siéntate recta que no eres un mono.

Se ve que por la adrenalina del día, es decir, porque me habían regalado una bici, un organillo, una tele (sí, la primera tele que entró en mi casa), un reloj, una muñeca y unos patines, yo pensé: «¿Qué puede pasar? Si sólo voy a probarme los patines un poquito, luego me los quito y nadie se va a enterar.» Ésa soy yo, una niña llena de optimismo. El caso es que en uno de los viajes al baño, me escapé, me puse los patines y pensé: «¿Qué va a pasar porque baje esa cuestita tan pequeña? Si sólo la bajo, me los quito y los devuelvo, y aquí nadie se entera de nada.» Ésa soy yo otra vez, una niña imbécil. Lo que pasó es que me empotré contra una columna y al intentar frenar enganché el bajo del vestido con el freno del patín. Lo que pasó después es que empecé a sangrar y mi primo Miguelito (el chivato de mi primo Miguelito) fue corriendo a decirle a mi madre lo que había pasado. Lo que pasó justo después de que mi primo Miguelito y yo rompiéramos relaciones para siempre fue que mi madre me agarró de un brazo mientras yo comenzaba a llorar y me llevó al baño a limpiarme la sangre. Y cuando traté de explicarle lo que había pasado:

—No me, no me, que te, que te...

Y oye, la niña imbécil que habitaba en mí lo entendió perfectamente.

Consecuencias del consejo:

Pues las rimas tontas me ponen alerta. También me pasa con las adivinanzas.

Oigo: «Oro parece, plata no es» y yo me tenso: «¿Dónde está el truco? Ahora es cuando me llevo un sopapo. Seguro que llega. Tiene que llegar.»

Segunda consecuencia: mi hermana hizo la comunión con un vestido por encima de los tobillos. Mi madre le cortó todo el trozo roto y le hizo un dobladillo. Incluso le insistía por las noches en que no creciera mucho, que ya habría tiempo, decía. Estaba más graciosa... El vestido le hacía un efecto campana... Para verlo. Me encantaría enseñaros la foto, pero me ha dicho que rompemos relaciones como la publique.

Mi prima, sin embargo, creció demasiado y no pudo reutilizarlo. Así que mi madre me descontó de la paga parte de su vestido durante años. Que tampoco es que yo lo notara porque como de mi paga también salía el dinero para el espejo del baño que había roto, para la colcha de ganchillo que quemé sin querer, para la muñeca de mi hermana a la que arranqué la cabeza, para el jarrón que rompí en una tienda... Vamos, que hasta los 17 años que saldé mis deudas, no recibí paga.

Tercera consecuencia: a mí tener una hipoteca no me agobia, como que estoy acostumbrada.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, lo siento. Cuando eres madre se ve que te da por decir esa rima: «No me, no me, que te, que te...» Viene con el cargo de madre junto con otras frases mágicas que nadie entiende, como: «¿Qué hay de comer?» «Comida.» «¿Te crees que la policía es tonta?», o «mamá, me aburro»; «pues cómprate un burro». Creo que lo llaman el enigma de la maternidad... ¡Ah! Y también «manga a la sisa», que debe de formar parte del esperanto de las madres, porque jamás se lo he oído decir a nadie que no tuviera hijos.

Versiones:

«Yo siempre pensé que con la maternidad de serie venía el “Mamá, no puedo más (del puré verde, normalmente)”. “¡Pues haz un poder!”» *Mamá española en Alemania*

La opinión del experto:

«El no siempre es necesario, pero como contrapeso a muchos síes. Un sí al te quiero, un sí a te valoro, un sí a te transmito seguridad, un sí a me vinculo contigo, incluso un sí a daría la vida por ti. Y a partir de ahí, tantos noes como la situación demande.» *Javier Urra*

Pues mi madre se hinchó a noes. Vamos, que la situación debía de demandarle mucho.

CAPÍTULO 76

Haz lo que quieras, nena

Éste es un consejo trampa. A todos los niños del mundo deberían enseñarles que, para sobrevivir a la infancia, hacen falta dos cosas.

Una: aprender pronto a no mearse encima, que ayuda a tener una vida social activa.

Y dos: jamás hay que hacer caso a una madre cuando te dice «haz lo que quieras». Mucho menos si tu madre es una drama mamá.

Cuándo lo utilizaba:

Por puro agotamiento cuando te habías tirado horas, días o meses (sí, meses, qué pasa, ser insistente puede ser una virtud como cualquier otra) pidiendo algo.

Ejemplo práctico:

A las 9 de la mañana:

—Mami, ¿me dejas ver los dibujos?

—En casa no se desayuna viendo la tele, que no somos una casa de padres separados.

A las 10:

—Mami, ya he desayunado, ¿puedo ver los dibujos?

—Tienes que hacer la cama. Un cuarto con la cama desecha es un cuarto desordenado.

A las 11:

—Mami, ya he hecho la cama, ¿puedo ver los dibujos?

—¿Has hecho las tareas? Porque es tu obligación.

—Las hago luego...

—¿Y qué te parecería que yo limpiara la casa luego? O mejor, nunca. Ya sé. Nos sentamos las dos. Y le explicas tú a papá por qué está todo manga por hombro y la comida sin hacer cuando él llegue.

A las 12:

—Mami, ya he hecho las tareas, ¿puedo ver los dibujos? (Yo a estas alturas ya lo preguntaba sin fe, como desganada.)

—A ver, trae aquí el cuaderno. ¿Seguro que los has hecho todos?

—Bueno, mami, casi, casi... Es que los de matemáticas son muy fáciles y me los he dejado para tener que hacer algo por la tarde.

—Como no los hagas ahora mismo por la tarde vas a tener que hacer el doble, te lo estoy diciendo.

A la 1:

—Mami, ahora sí que sí, he terminado los de matemáticas, ¿puedo ver los dibujos?

—Bájate a por el pan y a por el periódico, que van a cerrar.

—Jo, mami...

—Ni jo ni ja. Ya estás bajando, y me traes las vueltas que te conozco.

A las 2:

—Mami, ¿y ahora ya puedo? (Lo preguntaba sin nada de ilusión, tan pequeña y una niña sin esperanzas. ¡Ay!, qué pena me doy.)

—Ahora es hora de comer, y en esta casa no se come mirando la tele. En esta casa hablamos. Ya me lo agradecerás cuando seas mayor.

A las 3:

—Ya he comido, ahora sí que sí, puedo, ¿no?

—Claro, nena, tú vete tranquila que los platos se meten solos en el fregaplatos, anda, dale, haz lo que quieras...

Mira, en serio, por el bien de las generaciones futuras esa frase debería llevar una alarma pegada: «¡Peligro! ¡Alerta!» Sólo si estás loco, si te gusta vivir al límite, si estás dispuesto a morir joven, puedes hacer lo que quieras cuando una drama mamá te lo

dice. Según me iba hacia el salón pensando en que por fin iba a ver mis queridos dibujos comenzaba la letanía:

—Ya ves tú, todo el rato haciendo cosas por ellas, que ni un rato me he sentado en todo el día. Y la nena que sólo piensa en ver los dibujos. Todo el día peleando con ella. Así son, cría cuervos y te sacarán los ojos... —Y yo en el pasillo pensando: «Para mí que lo de cuervos va por mí»—. Pero nada, yo me pongo a recoger. Como una criada me tenéis. ¿Qué se cree, que yo no tengo ganas de ver la novela? Pues claro que tengo, y de poner los pies en alto.

Entonces yo ya no me atrevía a dar un paso más porque notaba el clic en su cabeza. Es más, casi se podía oír. Y clic, se enfadaba:

—Habrás visto, y tan tranquila se va. Ven aquí ahora mismo. ¿Me estás oyendo? Ipso facto —que yo pensaba: «Por qué me llama Ipso Facto, ¿me está insultando?»—. Mira, para mí sería mucho más fácil dejarte hacer lo que quieras, y no discutir —que yo pensaba: «Pero si no estamos discutiendo, sólo me estás gritando»—. Pues no. Yo estoy en el mundo para educarte. Así que me ayudas a recoger. Las buenas madres hacen esto. Y así aprenderás que uno no puede hacer lo que le dé la gana en la vida siempre, que existen obligaciones. Y con garbo, no quiero una mala cara, que te castigo en tu cuarto hasta que seas mayor de edad. ¿Me oyes? Pues hala.

Consecuencias del consejo:

Yo miro la televisión con remordimientos. Siempre que estoy viendo la tele, siento que tengo que hacer al menos otra cosa a la vez: estar con el ordenador, leer, ganchillo... Y eso que no sé hacer ganchillo, pero yo disimulo. Aun cuando estoy sola en el salón, hago como que leo un libro y miro la tele de reojo. Esto me da cierto aire de tarada.

Segunda consecuencia, a base de disimular: es decir, leo un párrafo y luego veo un trozo de serie; en mi memoria Emilio Aragón sale en *Cien años de soledad*... Lo dicho, tarada.

Tercera consecuencia: yo no puedo hacer lo que quiero a pierna suelta porque siempre pienso que mi madre está a punto de castigarme sin salir del cuarto durante meses. Que estoy bailando, malo, que estoy vagueando, peor, que me tumbo sin hacer nada, ¡pecado! Corre, nena, haz lo que sea, dobla calcetines, lo que sea.

Cuarta consecuencia: una vez le llamé a un niño del patio con mucho odio «Ipso Facto». Qué te voy a contar... Creo que todavía oigo las risas.

Excepciones para utilizarlo:

Paso de esta frase. Es mentira, futuros hijos míos; si se me escapa, no me hagáis caso. Por supuesto que no quiero que hagáis lo que os dé la gana, quiero que hagáis lo que me dé la gana a mí, que para eso soy vuestra madre.

Versiones:

«Esa frase era un clásico en mi casa, y una de las broncas más grandes que me cayeron en mi vida fue ya dieciochoañera y después de una de éstas. Pregunté si me podía ir a la playa con mis amigos el mismo fin de semana que había una comida familiar a la que no me apetecía nada ir, mi drama mamá me dijo que hiciera lo que me pareciese y así lo hice. Y el domingo por la noche, cuando llegué de vuelta, empezó una bronca que duró dos días, sólo interrumpida para dormir. Y encima mi madre acabó diciéndome que era una lerda que no sabía leer entre líneas. En fin, yo sé que en el fondo lo que le jodió fue que yo me pasara el finde de juerga y ella aguantando a las primas de mi padre.» Miss *Amanda Jones*

«La versión de mi madre era: “Tú verás lo que haces.” Pero el efecto “¡Oh, Dios mío! ¿Realmente estoy preparada para tomar mis propias decisiones? ¿Tomaré la decisión correcta? ¿Hay decisión correcta?” era el mismo: mucho sufrir. Casi era mejor cuando te decían “come y calla”. Corto, conciso, directo... Mucho más alivio.»
Estefanía

«Todas las mujeres utilizáis el “haz lo que quieras” de forma perversa y tramposa. Esa frase anula el poder de decisión de todo hombre. Ya podemos estar corriendo para salvar la vida de un niño, que si oímos un “tú verás, haz lo que quieras” nos paramos en seco, damos media vuelta y esperamos con las orejas agachadas a recibir nuevas instrucciones en forma de indirectas. ¡Espero que lo reconozcáis!» *Dani*

CAPÍTULO 77

Los fuegos no se apagan con alfombras persas

En otro consejo dije que yo nunca había quemado mi casa. Es verdad, más o menos. Yo mi casa no la he quemado, pero la de mis padres casi. Bueno, tampoco es que yo fuera responsable del fuego, aunque mi madre tiene dudas. Siempre que pasa algo malo a un kilómetro a la redonda mi madre anda pensando si he sido yo. Vivo con ello. Así que sus dudas no sirven para demostrar que fui yo y tampoco ardió la casa entera, que os veo, sólo el hall. Por cierto, ¿por qué sólo las casas de padres tienen hall?

A lo que íbamos. Este consejo va de cómo yo no quemé la casa de mis padres, que quede claro, que creo que no he empezado muy bien.

Sigamos. Los timbres hacen ding-dong. (Ya sé qué estáis pensando: la hemos perdido, se ha vuelto loca. Dadme tiempo, hombre, un poco de fe, que ya llevamos 77 capítulos juntos.) Pues los timbres hacen ding y a veces no hacen dong. Sí, sí, como lo oís. Lo sé, estáis en estado de *shock*. Pues ahí está la clave. Pero vete tú a explicarle a mi madre que el dong nunca llegó, y que el ding fue el culpable. Vamos, que la culpa fue mía, ella lo tiene claro.

El caso es que una mañana de junio mi madre me dejó cuidando a mi hermana y a dos vecinas más pequeñas; yo tendría unos 13 años. Llamaron a la puerta y, como estaba bien aprendida, miré por la mirilla y no abrí a un desconocido que podía traer el mal a nuestra casa, que lo mismo se comía niños o era un enviado del diablo, cualquiera sabe.

Me fui tan tranquila a leer la *Super Pop* de contrabando de mi amiga Martita. Pero no había habido dong. ¿Quién iba a saber que el dong es vital? Uno no valora el dong del timbre hasta que lo pierde. Al rato, enfrascada como estaba en auscultar a la última novia de Michael J. Fox (menuda adolescencia), empecé a darme cuenta de que olía a quemado. Tampoco es que yo me haya dado nunca cuenta de las cosas muy rápido, así que cuando mi cerebro lo procesó todo era tarde. Ya sabéis: «Huele a quemado, pero qué mona es esta chica, qué tendrá ella que no tenga yo. Huele más fuerte, pero tengo que hacerme con el siguiente número de la *Super Pop* que trae un póster de los New Kids on the Block a doble página (una absoluta mierda de adolescencia). ¿De dónde puedo sacar dinero? Oye, cómo huele a quemado. Igual se lo pido a mi abuela. Para mí que huele demasiado... o le pido a Martita que me la compre, claro, este olor no es normal y eso... ¿es humo? Voy a ver, por si acaso. Lo mismo está ardiendo algo.»

Ya os he dicho que no era muy rápida. Abrí la puerta del hall y ¡sorpresa! (que sí, que a esas alturas aún me sorprendí): la puerta principal y parte del parqué ardían y de la caja del timbre saltaban unas increíbles chispas que amenazaban con llegar al armario. Bueno, pues lo bueno de ser un poco empanada es que actúas sin pensar, porque no valoras el riesgo de lo que sucede. Así que, con tranquilidad, fui al cuarto, cogí una manta, cubrí a las tres niñas y las saqué del piso. Me quemé las manos intentando abrir la puerta, que se había inflado por el fuego, pero las saqué. Luego si queréis hablamos de mi acto heroico, que va a pasar desapercibido. Lo estoy viendo venir. Entramos en casa de las vecinas y llamé a los bomberos. Todavía estaba lo suficientemente empanada para darle un último buen mensaje a mi hermana:

—Llama a papá y dile que se está quemando la casa, que yo no he hecho nada y que estamos fuera, que vienen los bomberos. Díselo tranquila para que no se asuste, y repite que yo no he sido.

Justo después me entró la histeria y empecé a gritar: «¡Fuego, fuego!» por todas las escaleras. Sólo salieron niños. Ni un adulto en todo el edificio. Los típicos últimos días de junio en que los hermanos mayores se quedan con los pequeños y se quema la

casa de la del séptimo, cuál si no. Ya me imagino a las vecinas...

El niño mayor del edificio vino a mi rescate. Nos miramos, miramos el fuego y los dos lo tuvimos claro: «Vamos a ser unos jodidos héroes.» Cogimos una alfombra de mi madre y comenzamos a intentar apagarlo. Che, y lo conseguimos. Los bomberos llegaron y me costó explicarles la escena: unos once niños, cinco de ellos manchados por el humo, una alfombra quemada... En eso estábamos cuando se abrió la puerta del ascensor, y mi no drama papá traía la cara más dramática que le he visto en mi vida. Mi hermana se había saltado algunos trozos del tranquilizador mensaje y sólo le dijo:

—Papá, se está quemando la casa. —Y colgó.

De lo de que «yo no había sido», ni mu. Los bomberos miraron a ver si ese hombre estaba sufriendo un infarto y luego dijeron que había sido culpa del timbre («Escucha bien, papá —le dije—, del timbreee.»)

Aquí es cuando vuestra fe se ve recompensada: dijeron que hizo ding, se quedó enganchado, no hizo dong y produjo una chispa. La caja del timbre es de plástico, que arde muy rápido, y la madera también, más si es barnizada. Mi padre firmó un papel y se fueron. Mientras despedíamos a los niños, llegó mi madre con la compra. Y ahí sí que nos costó explicarle la escena, el ding y el dong, la caja de plástico y la madera barnizada, y por qué mi no drama papá había perdido el habla y entonces, cuando llegué a la parte en la que Mikel, el del quinto, una alfombra y yo habíamos sido unos héroes, ahí se jodió todo.

—¿La alfombra? ¿Qué alfombra? No será la alfombra persa que me costó años comprar, que vale más que el coche, ésa no será, nena, ¿verdad que no? Ésa no puede ser. —Me vio la cara de terror debajo de todo ese hollín—. Justo ésa. Me voy una hora, una hora, y me quemas la casa. Y encima me quemas la alfombra persa. Yo guardando diez mantas viejas por si acaso, y tú coges la alfombra.

—Ha sido idea de Mikel —dije, y miré para atrás. Ni resto de los once niños. Cobardes...

—La próxima vez coges una manta. Y qué es eso del ding y el dong. Vamos, que a los bomberos les podrás engañar, pero yo soy tu madre, y seguro que algo has hecho. Los fuegos no se apagan con una alfombra persa, nena.

—Mami, pero si me he quemado las manos y todo por salvarlas...

—Menos teatro, que eres una peliculera.

Lo dicho. El único acto heroico de mi vida y ha quedado manchado por un quitame de ahí esas alfombras. En fin. La vida es dura.

Consecuencias del consejo:

Entro en estado de histeria a la espera del dong cada vez que llaman a la puerta.

Segunda consecuencia: la caja del timbre de casa de mis padres ahora es de hierro y en el armario de la entrada hay dos mantas viejas, por si acaso vuelvo a no quemar la casa.

Tercera consecuencia: de pequeña, creía que una alfombra persa era algo así como un tesoro, tipo:

—Mis padres tienen un Picasso.

—Pues nosotros una vez tuvimos una alfombra persa.

Cuarta consecuencia: creo en el dong sobre todas las cosas.

Excepciones para utilizarlo:

¡Con lo que valen esas alfombras! Futuros hijos míos, tranquilos, nunca voy a tener suficiente dinero para comprar una. Este consejo nos lo saltamos. Y la caja del timbre, de hierro, por si acaso.

Versiones:

Si alguien también ha recibido este consejo, necesito que nos conozcamos. Tenemos demasiado en común como para dejarlo pasar. Quizá juntos podemos gobernar el mundo.

CAPÍTULO 78

No te toques el pelo, que pareces un mono

Ya sé qué estáis pensando: ¿cómo te tocas el pelo para parecer un mono? Pues chico, yo pienso lo mismo. Que miro un mono, me miro a mí, y no encuentro ningún parecido. Así os lo digo. Pero ella no, ella lo ve clarísimo. Es más, incluso cuando no me toco el pelo, ella ve un mono en la tele y dice: «Mira, nena, como tú.» Y yo me callo, porque me desconcierta. Bueno, realmente vivo desconcertada con mi madre, es otro de sus poderes.

Cuándo utilizaba el consejo:

Pues siempre. Y siempre incluye este fin de semana. Tengo 33 años, una carrera, un trabajo, soy independiente, responsable, educada... ¡Soy un lujo de hija! No hay más que ver «Hijos de papá», los ninis o «Callejeros». Yo quedo bastante bien a su lado. Digo yo. Pues, a pesar de eso, mi madre quiere educarme todavía. La mujer no se cansa y, si yo unto la salsa del pollo encebollado, pues me llevo un tenedorazo como Dios manda. Si arrastro la silla, ahí que está ella para darme una colleja. Si apoyo los codos, pues me mete un empujón para desequilibrarme. Si pongo los pies en la mesa, entra en estado de trance, con los ojos en blanco, y da unos gritos que los del edificio de enfrente salieron a la ventana, que yo tengo la sensación de haber cometido la mayor herejía del mundo, y bueno, si se me ocurre tocarme el pelo...

—¿Tienes piojos o qué? Porque eso es lo que pareces: una piojosa. Todo el día tocándote el pelo. Qué manía más fea. Te pienso atar las manos, a ver si se te pasa. Y tu hermana, igual. Ale, que no tengo dos hijas, tengo dos monos. Cualquiera que os vea... Que queda muy feo. Que yo no sé de dónde habéis cogido esa manía de tiraros del pelo.

Pues yo sí lo sé, de mi amiga Maite, que tenía una hermana que se tocaba el pelo. Y ya sabes, la típica tontería de:

—¿Te has fijado alguna vez que tienes algunos pelos como picados, más rugosos que el resto? —Ésta es mi amiga Maite, la culpable.

—Yo no tengo de eso. —Ésta soy yo, la superinocente.

—Anda, mira, todo el mundo tiene. Te estoy viendo uno ahora mismo. —Super, superculpable—. ¿Te lo quito?

—A ver... —Y hasta hoy.

Maite, Maite, Maite...

Y tú dirás «pues no es para tanto eso de tocarse el pelo». Mi madre diría que no tienes ni idea. Así que ha intentado todo tipo de técnicas:

—Nos ponía manoplas de cocina para ver la tele.

—Nos ataba los dedos índice y corazón para dormir.

—Nos cortaba el pelo al cero como tratamiento de choque. Sobre todo de choque contra el álbum familiar, porque hay que ver la pinta de refugiada que luzco en algunas fotos. Entre el corte de pelo y la ropa heredada de táctel con coderas, me doy una pinta... Yo creo que si me vierais me dabais limosna. Mucha. Lo voy a pensar...

—Nos gritaba sin descanso. (Bueno, esto no era mucha novedad, la verdad.)

—Nos castigaba a pensar. (Tampoco era novedad, la novedad residía en que pensábamos con guantes, que nos daba una pinta como de mimos desubicados.)

—Nos hacía trenzas tan tirantes que ríete tú de la cara de susto de Nicole Kidman.

Consecuencias del consejo:

Tengo un poco cara de sorpresa constante, porque las cejas se me han quedado ligeramente elevadas de semejantes trenzas. Parezco asustada siempre.

Segunda consecuencia: me voy a ahorrar un pastón en Botox.

Tercera: a Maite en mi casa la miran mal. Con razón.

Cuarta consecuencia: no me gustan las manoplas. Cada vez que veo a un niño con ellas pienso «pobrecico, qué habrá hecho».

Un día descubrí que esa manía tiene un nombre según los psicólogos: tricotilomanía. Y con mi cara de sorpresa habitual, más la sorpresa añadida, se lo dije a mi madre pensando que la palabra de un psicólogo serviría para calmarla. Ese mismo día descubrí que mi madre cree más en los kiwis que en los psicólogos: «Anda, anda, nena, que te crees cualquier cosa. Que le ponen un nombre raro a un yogur y tú ya andas pensando que es el elixir de la vida eterna. Pues no, un yogur es un yogur, y tu manía es la manía de un mono. Ya me gustaría ver a esos psicólogos con una hija como tú. Vas a ver cómo se cansaban de nombres raros.»

Así que, quinta consecuencia: no creo en las palabras largas. Todas me suenan a mentira. ¿Quién va a creer que «colonoscopia» es una palabra seria? Por no hablar de «otorrinolaringólogo»; vamos, hombre, que no es serio.

Excepciones para utilizarlo:

Si los hijos aprenden lo que ven de sus padres, la llevamos clara, futuros hijos míos. Pero, por favor, que no os vea la abuela, que tenéis la colleja asegurada.

Versiones:

«En mi casa era más bien: “No te rasques, que pareces un mono”, aunque te hubieran atacado doscientos mosquitos furibundos con nocturnidad y alevosía. Y nosotras: “Jo, mamá, es que pica...” Y mi madre: “Pues soplaos.” Desde aquí deciros, madres del mundo: soplar una picadura (o lo que sea) no alivia los picores, lo que alivia es rascarse, hombre ya con la tontería.» *Bequipequi*

«En mi casa era: “No te toques el pelo, que pareces tonta. Todas las tontas se tocan el pelo.” ¿Qué tendrían nuestras drama mamás en contra de que nos tocáramos el pelo?» *Mortiziia*

CAPÍTULO 79

Yo no corrí delante de los grises para que tú te quedes en casa

Que dice mi madre que va a ir a la mani del 15-M. Y también dice que tengo que ir yo. Y a mi hermana la ha echado de casa y le ha dicho que no vuelva hasta haberse sacado una foto en la plaza para que ella vea que ha estado ahí. Mi madre la democracia la entiende a su manera.

Cuándo lo ha utilizado:

Pues hace escasos momentos, por teléfono.

—¿Dónde estás? —Ésta es ella.

—En casa, mamá. —Ésta soy yo, por si no me conocéis todavía.

—¿Y qué haces ahí?

—Pues... aquí con el ordenador.

—Muy bonito, nena, muy bonito. O sea, miles de personas en Sol, y tú en casa con el ordenador, que yo no sé qué haces tantas horas con el ordenador. ¿Pero yo a ti qué te he enseñado? Te vistes y te vas ahora mismo. Yo pienso ir mañana a la manifestación, bueno, que no es una manifestación, que no nos oigan —como si la Junta Electoral le tuviera pinchado el teléfono a mi madre—. Voy a ir a reflexionar con los jóvenes. Eso, a reflexionar. Ya ves tú, que corrimos delante de los grises para que vengan ahora a decir que la democracia no permite la manifestación porque hay elecciones. Con lo que nos costó la democracia. Yo no entiendo nada. Te digo que no entiendo nada. Ahora, que este domingo se van a enterar. Voy a votar a mala leche —que yo me pregunto cómo se hará eso—. ¿Te estás vistiendo ya?

—Pues no, mamá, estoy hablando contigo. Además, voy a ir mañana.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. —Cuña educativa—. Bueno, tú vete pero no te metas en el cogollo, ¿eh? Que no quiero un disgusto. Tú, por los bordes. No te metas en un lío, que te conozco. Porque en cualquier momento la gente se enfada y monta un follón. Con razón se enfadan. ¡Corcho! —Esto es que está superdisgustada, porque «corcho» es su versión de «¡coño!»—. Pues eso, iremos a reflexionar todos, a reflexionar la panda de chorizos que nos gobiernan. Ay, si tu abuelo estuviera vivo... Con lo que luchamos por esto, para que se quede en nada. Hoy salían en la tele creo que los de la Clesa, una mujer que había tenido que devolver el cargo de la hipoteca, y sólo le quedan cinco años para pagar la casa. ¡Cinco, nena! Y la va a perder. Como no le paguen, la pierde. Que no me creo que los dueños de Clesa vayan a perder su casa, eso seguro que no. ¿Estás ahí?

—Sí, mamá, estoy aquí.

—Pues en Sol deberías estar. Nena, que yo ya lo tengo todo hecho, pero a ti te queda mucho, y a tus hijos, que ya estás en edad de ser madre —otra cuña—, les queda más. Y con esta panda... Mira, si yo fuera presidenta —mi madre esto lo dice mucho y a mí me da terror— los bancos las iban a pasar canutas. Es que somos tontos. Les damos nuestro dinero y nos cobran por todo. Eso se iba a acabar. Bueno, bueno, y qué es eso de echar a la gente sin ton ni son. Te digo que yo iba a llenar las cárceles de políticos y empresarios. Y sin que me temblara el pulso. ¿Me oyes?

—Sí, mamá.

—Pues escúchame bien. ¿Que un político roba? Pues no se puede dedicar nunca más a un trabajo público, pero nunca, nunca, ni a barrendero. ¿Que un banquero roba? Pues no puede ser responsable de un negocio nunca. A trabajar para otros. Pero trabajar de verdad. No eso que hacen ellos. A levantarse a las 7 y meterse a dormir a las 12 reventados, como todo hijo de vecino. Ya vas a ver cómo se lo pensaban antes de robar y ya vas a ver cómo querrían jubilarse a los 65. Menos lemas y menos campañas, menos fotos con niños y más acción. Que esto nos ha costado mucho a todos. Así que mañana vas, y grita fuerte, o bueno, reflexiona fuerte. Lo que sea, que yo no corrí delante de los grises para que tú te quedes en casa. Y llévate un gorro

—cuña—, que he oído en el parte que va a hacer sol, no vayas a coger una insolación, que vomitar se te da mal. Y te llevas una chaqueta —supercuña—, que luego por la noche refresca, no te vayas a enfriar y tengamos un disgusto. Y por los bordes, nena, por los bordes, que en los bordes también se reflexiona.

Ella es pro revolución, pero sin catarros ni riesgos.

Consecuencias del consejo:

Pues chico, yo andaba como desganada, que ya no me creo nada, y me ha puesto cuerpo de revolución.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, que yo no estuve reflexionando en el movimiento 15-M para que vosotros os quedéis en casa. Ale, a la calle, y llevaos una chaqueta, que nunca se sabe.

Versiones:

«Este “consejo” lo dice más mi padrastro: “Nosotros luchamos, y a mí me pusieron una pistola en la cabeza y mi nombre en un cartel en la puerta de la facultad de Medicina que decía: ‘Rojos, os vamos a matar...’” Y realmente, aunque nos fastidie, tienen razón. Les costó sangre, sudor y lágrimas a nuestros padres y abuelos conseguir lo que tenemos, como para que permitamos que unos inútiles, ladrones y sinvergüenzas nos lo arrebatan.» *Allyenna*

CAPÍTULO 80

No hables de más, sólo cuando te pregunten

Que, claro, el día que mi madre lea el libro quiero cientos de voluntarios entonando: «Yo le pregunté, yo le pregunté.» Ya os daré una dirección para escribirle. Lo voy a necesitar.

Cuándo utilizaba el consejo:

Lo recuerdo desde niña. Yo soy habladora, por si ochenta capítulos no os han servido de pista hasta ahora. La típica niña que lo cuenta todo, que habla cuando no tiene que hablar y a la que se le fija en el cerebro todo tipo de frases. Así que, cada vez que iba a entrar en contacto con cualquier entorno social, mi madre insistía:

—Nena, no hables de más, sólo cuando te pregunten. Que tú vas y sueltas cualquier cosa. Mejor quedar de muda que de pesada. Y, sobre todo, no repitas nada de lo que yo digo. Y no seas indiscreta, por Dios, no seas indiscreta. Como el jueves en el autobús, que mira que preguntarle directamente a aquella mujer que qué le pasaba. Por favor, qué vergüenza. Pues qué le va a pasar. Que tenía una chepa terrible. Ay, que cada vez que lo recuerdo me pongo mala. —Y yo peor, porque con cada recuerdo me llevaba una colleja—. Y menos mal que era comprensiva y encima te explicó que era porque se había caído. Ya lo sabes. Por saltar en la cama. Te sale chepa por saltar en la cama. —Esto verdad no es, pero ella aprovechaba para asustarme con cualquier cosa—. Así que hoy calladica, que vas a una casa importante. Tú como si no tuvieras lengua. Sonríes y sólo hablas para dar las gracias. Y si alguien tiene los ojos bizcos, le falta un brazo o tiene dos cabezas, te callas, nena. Te guardas la curiosidad y luego, si quieres, me preguntas a mí. ¿Has entendido? Y compórtate comiendo. Te sientas bien recta. No pongas los codos sobre la mesa, que es una casa importante. Y aléjate de cualquier cosa que tenga ruedas, eso también. Y no toques nada que se pueda romper. O sea, no toques nada. ¡Ay!, yo no sé para qué vas a ir. Tu tía, que se ha empeñado, pero no sabe lo tremenda que eres. Seguro que tenemos un disgusto.

Este mini consejo me lo dio justo antes de que una tía mía me llevara a comer a casa de unos amigos suyos, unos señores que en vez de casa tenían un palacete, y en vez de un balcón, que era a lo que yo estaba acostumbrada, tropecientos mil hectáreas, una piscina y una pista de tenis. Según se abrió la verja yo había olvidado todo lo que me había dicho mi madre y tenía un solo objetivo: bañarme en aquella piscina, como fuera. Así que cuando la dueña del espacio más grande que yo había visto nunca me dijo:

—Mira qué niña más guapa, y qué vestido más bonito trae —yo no me contuve:

—Pues a mí no me gusta nada, porque es de mi prima; mi tía le hizo este trozo que se llama nido de abeja, aunque no entiendo por qué, porque a mí las abejas me encantan y esto sólo pica un montón por dentro. Además, también lo ha llevado mi prima Raquel y, luego, otra prima mía, pero como es muy alta pues le tuvieron que poner este volante de abajo, que mi madre dice que tiene una vainica monísima, pero se me engancha en todos los lados, y ya me ha dicho mi madre que como lo rompa, me entero, porque luego lo tiene que llevar mi hermana, aunque van a necesitar un montón de vainica de más por todos los lados, porque mi hermana pesa mucho más que yo; es una «tragalari», que ya se lo dice mi padre, y eso que la tienen a dieta porque la pediatra dice que se va a quedar enana, que yo no lo entiendo, porque también dicen que yo me voy a quedar enana y eso que como fatal, y mi madre dice que más que flaca estoy espiritual y me obliga a comer cualquier cosa en bocadillo. ¿Me puedo bañar en la piscina?

La señora y mi tía casi se mean encima y mi tía sin casi cuando se lo contó a mi madre, que casi me mata, pero como me resfrié porque no salí de la piscina hasta las 9 de la noche, y sólo porque ya tenía los labios morados, pues mi madre andaba más

preocupada en abrigarme que en matarme, por eso fue un casi.

—Mami, no te enfades. Es que me preguntaron...

—¿Qué te preguntaron? ¿Si el traje era heredado de cuarta mano, o si tu hermana tiene problemas con la comida? Explícame. Porque me parece muy difícil que esa señora te preguntara algo así.

—No sé, me lié un poco, es que había piscina...

—No me lo recuerdes, no me lo recuerdes, que ya me ha dicho tu tía que te has pasado seis horas en el agua en bragas, que ni has comido ni nada, y que la sobrina de la casa se ha hecho un chichón porque le enseñaste a jugar a la bomba. Y encima, catarro. Es que no se te puede sacar de casa.

Consecuencias del consejo:

Pocas. Siempre pienso que hablo de más. Da igual que me comunique con monosílabos, inevitablemente pienso que ese sí o no era demasiada información. Aunque luego también me abro un blog y cuento todos los detalles de mi infancia. Mi madre me mata.

Segunda consecuencia: si me preguntan, no tengo freno. Es como si tuviera la excusa perfecta para la incontinencia verbal.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos, éste no lo voy a utilizar, porque para cuando vosotros digáis que os queréis bañar en la piscina yo ya habré contado la procedencia de vuestra vestimenta, si coméis mal, si se os dan bien las matemáticas o si vuestra novia es una lagarta. Lo siento, os lo digo desde ya, pero no me contengo, y menos si hay una piscina de por medio.

Versiones:

«Yo era de las de: Autobusero: “¿Cuántos años tienes, guapa?” Yo: “Cinco, pero mi mamá dice que diga cuatro porque así no pago.” Mi madre: “¿¡@#!?”» *Lorien*

«Yo una vez le pregunté a un amigo de mis padres que si su mujer estaba por ahí de picos pardos. No sabía ni qué quería decir la frase, pero al señor le hizo mucha gracia. Entonces, entre risas, me preguntó por qué le decía eso. Se detuvo el tiempo. Mi padre cerró la boca y se volvió hacia mí. Mi madre se quedó blanca y le empezó a temblar la boca. Pero yo contesté: “Porque como es golfa está siempre por ahí haciendo picos pardos.” Nunca volví a ver a aquel señor tan agradable de bigote. La que me cayó en el coche fue antológica. De hecho, no tengo más recuerdos de haber salido con amigos de mis padres hasta muchos años después. Y lo que es peor, todavía tengo serias dudas sobre lo que es un pico pardo.» *Dani*

La opinión del experto:

«Escucha a tu hijo si se niega repetidamente a ponerse una prenda concreta con la excusa de que es incómoda. A algunos niños les desagrada el contacto de la lana con la piel y dicen que pica. Da igual que el jersey se lo haya tejido con muchísimo cariño tu tía.» Jo Frost. (*Supernanny. Consejos prácticos y sensatos para educar a tus hijos.*)

Igual si la niña está más relajada, no va contando por ahí todos los sistemas de herencia familiares. Igual, digo.

«Los niños saben elegir sus momentos. Se reservan el peor comportamiento para las situaciones en las que saben que te van a hacer pasar más vergüenza, es decir, en plena calle. No te extrañe. Para tu hijo eres un libro abierto, y habrá captado los indicios de agobio, tensión y angustia incluso antes de que salgas de casa.» Jo Frost. (*Supernanny. Consejos prácticos y sensatos para educar a tus hijos.*)

Pues eso, que debe de ser un don lo de hacerte pasar vergüenza delante de las vecinas, en el súper, en la panadería. Otro don más. Si es que ser niño es la leche.

CAPÍTULO 81

Porque lo digo yo, y punto

Éste es el porqué más absurdo, seguido de cerca del «porque sí» y el «porque no». Allí iban los tres juntos, a reventarte la infancia.

Cuándo lo utilizaba:

A mi madre, la voluntad de darte explicaciones no le faltaba. Las cosas como son.

—Mamá, ¿por qué me tengo que comer los garbanzos?

—Porque si no, no vas a crecer. Y si no creces, te dejaremos de querer.

Otra cosa es que la respuesta te compensara.

—Mamá, ¿por qué no me puedo comer las uñas?

—Porque se te clavarán en la barriga y te harán agujeros, y los garbanzos se te escaparán por ahí, no crecerás y te dejaremos de querer.

Ahí, relajada, educativa...

Pero había una serie de preguntas que terminaban en el frustrante «porque lo digo yo, y punto». Y uno de los que más me frustraba tenía que ver con mi cumpleaños. Yo no sé vosotros, pero cuando yo era pequeña, el cumpleaños perfecto era de la siguiente manera:

Con una semana de antelación, entregabas unas invitaciones monísimas a tus amigas especiales, unas 14 afortunadas de poseer tu amistad.

Las invitaciones eran a poder ser de Hello Kitty o de Tarta de Fresa, y si eran con olor, es que eras de clase alta y la estrella total durante varias semanas.

El día en cuestión ibas al colegio con 42 bolsas de chuches para tus compañeros (porque antes en clase éramos 42), que contenían varias gominolas, una bolsa de gusanitos y una piruleta de las que teñían la lengua y los labios de rojo.

Luego, al salir, las elegidas ibais a una hamburguesería o algo parecido a pasar la tarde. Y ellas te llevaban regalos monísimos de Hello Kitty o de Tarta de Fresa.

Bueno, pues mis cumpleaños comenzaban con mi madre llamando a las 42 madres de mis compañeras y diciéndoles que nada de regalos. Sólo libros, material de papelería o como mucho algo de ropa. Porque «¿qué es eso de elegir sólo a 14 niños? No, no. Tú no vas a ser de las que hacen grupitos. Tú invitas a todas y punto. Y olvídate de la tontería esa de comprar invitaciones. Que son carísimas. Si quieres te saco unos folios y que te los dibuje tu hermana, que así se entretiene. No quiero que nadie se sienta obligado a comprarte algo caro. Que habrá mamás que no tengan dinero para eso. Así que 42 libros y ya tienes algo que hacer en verano».

El día en cuestión mi madre me mandaba con 42 chupachups minimalistas. Es decir, que no sólo no teñían la lengua, sino que además eran de esos pequeñitos que dentro tienen una burbuja de aire y que el palo se cae nada más abrirlos. Después, los 42 niños venían a mi casa. «Pero ¿tú te crees que tenemos dinero para pagar la merienda en Don Bocado para todos? No, no. En casa y hacemos unos sándwiches de Nocilla, chorizo y mortadela y listo. Y barra libre de gusanitos, Fanta y Coca-Cola. Te quejarás, nena, que voy a comprar hasta refrescos.»

Como éramos tantos, para que no destrozásemos la casa mi madre sacaba todos los muebles del salón, nos sentaba en el suelo y comenzaba lo que ella llamaba «El un, dos, tres del cole». Se calzaba unas gafas enormes, sentaba a mi padre con una calculadora al lado y ponía un enorme bol de gominolas de las de pela. Y allí que íbamos, a cumplir años con un increíble juego educativo. «Por dos gominolas por respuesta acertada, di tres ríos que pasen por Sevilla.» Ajá. Nos tirábamos la tarde con aquello. «Por dos gominolas por respuesta acertada, di tres invertebrados.» Para morirse. Yo muerta de vergüenza, mi madre gritando «Campana y se acabó», mi hermana haciendo sonar una campana como si el mundo se acabara si ella no reventaba aquel badajo y mi no drama papá poniendo cara de: «¿Cómo he llegado yo aquí?»

—Mamá, ¿y por qué yo no puedo tener cumpleaños normales como el resto de la gente?

—Pero si los tuyos son los mejores... Que me lo dicen todas las madres, que ellas no tendrían paciencia para hacer eso. Anda que no se van contentos tus amigos, y encima seguro que han aprendido algo nuevo.

—Mamá, los cumpleaños son para divertirse y recibir regalos, para aprender ya vamos al cole. ¿Por qué no les dejas al menos que me traigan lo que quieran?

—Porque lo digo yo, y punto.

Lo dicho. Frustrante.

Consecuencias:

Tengo una biblioteca infantil que ya quisieran muchos colegios.

Segunda consecuencia: hacia los 12 años, mi madre se hartó y me dio pasta para invitar a 14 amigos al Don Bocado. Pues increíblemente, a pesar de mi euforia, en mi clase me hicieron un vacío total por acabar con los mejores cumpleaños de la historia del colegio y privarles de ganar al «Un, dos, tres del cole». Cualquiera entiende a los niños.

Tercera consecuencia: oigo una campanilla y busco a mi hermana. «Por aquí debe de andar la loca esa agitándola.»

Cuarta consecuencia en mi no drama papá y en mí: pesadillas recurrentes en las que nos persiguen Mayra Gómez Kemp y la Ruperta.

Excepciones para utilizarlo:

Pues intentaré daros buenas razones y evitar el frustrante «porque lo digo yo, y punto». Y, sobre todo, paso del «Un, dos, tres del cole», que no es plan de tirar años de terapia a la basura borrando esa melodía de la cabeza: «Un, dos, tres... aquí estamos con usted otra vez...» ¡Mierda! ¡Ha vuelto!

Versiones:

«Mi madre no tenía tanta paciencia con las explicaciones, por lo que esa frase la he oído hasta el infinito. Eso sí, en los cumple (que siempre han sido en casa, por cierto). Dejaba que me regalaran lo que quisieran y hacía una tarta de chocolate casera de esas de galleta del tamaño de dos pizzas familiares juntas. ¡Buah! ¡Era la pera!» *No Soy Inútil*

«Mi cumple es en verano, así que nada de llevar chuches al cole ni *na de na*. Para mí era un drama que no sabes tú bien. Eso sí, porquesís, porquenós y porquelodigoyós también me he tragado unos cuantos.» *Miss Amanda Jones*

«Mi madre decía “porque lo digo yo, y está dicho pa ciento y un días”. Que tú te quedabas pensando: ¿por qué justo pa 101, con lo feo que es el numerito? También estaba la versión “porque lo digo yo, que soy grande y voto”.» *Vero*

La opinión del experto:

«“Porque lo digo yo, y punto” no es la respuesta ideal, pero tampoco dar extensas explicaciones de por qué hay que hacer las cosas (sobre todo cuando los niños son pequeños). Lo más eficaz es decir las cosas una sola vez, contar qué ocurrirá cuándo el niño lo haga y qué si no lo hace, y cumplirlo.» *Rocío Ramos-Paul*

Yo creo que igual el sistema fallaba entonces por lo de no dar extensas explicaciones. Tenía que ser eso.

CAPÍTULO 82

Lo poco agrada, lo mucho cansa

«Y tú eres muy cansada», era la continuación del consejo.

Cuándo lo utilizaba:

Pues chica, yo llevo oyéndolo toda la vida. Soy intensita. Las cosas como son. Yo me emocionaba con una amiga nueva, y no hablaba de otra cosa.

—Nena, ven a desayunar ya.

—Pues mi amiga Cristina dice que es mejor desayunar más tarde.

—Pues tú desayunas ahora porque lo digo yo.

—Pues Cristina dice que las madres no lo sabéis todo.

—Eso será la madre de Cristina. Yo sí lo sé todo. A desayunar.

—Cristina siempre desayuna cereales. Yo también quiero cereales.

—Nena, en casa desayunamos tostadas, como toda la vida, porque es lo más sano.

—Pues los cereales de Cristina tienen fibras y más cosas que las tostadas.

—Mira, nena, como digas una vez más la palabra «Cristina» te pongo las tostadas de sombrero. ¡Qué cansada eres!

Cuando me daba por algo, pongamos los bailes regionales, era capaz de tirarme bailando la purrusalda un mes: al levantarme de la cama, en la ducha, desayunaba bailando, iba por la calle bailando.

—Nena, lo poco agrada, lo mucho cansa; para ya. Que ni siquiera te sale bien.

—Por eso tengo que practicar, mamá. —Mirad qué niña más maja, más llena de ilusión.

—Pues sí, practica, pero en clase. ¿Te parece normal estar en el autobús agarrada al palo con esa pinta de mono convulso?

—Es que con una hora no es suficiente... —Una niña completamente entregada, lo dicho.

—Ni con treinta horas, que tú bailarina no vas a ser, que tú más que seguir el ritmo, lo persigues. —Ale, a tomar por saco la ilusión—. Y para ya, que has pisado dos veces a esa señora. Y que no te vuelva a ver bailando en la bañera, que como te abras la crisma, encima te enteras.

Siempre he sido intensa, pero a corto plazo. Luego se me pasaba rápido, y de la purrusalda me lanzaba a tocar la batería, a hacer macramé, o carpintería. Lo que fuera, pero como si no hubiera mañana. Vamos, que yo solita podría hacer el temario de cursos del CCC. He estudiado un poco de francés, poco, pero lo suficiente para andar todo el día: *Je suis étudiant. Mon amour. Lulu c'est moi.* También me dio por el italiano, lo que me tuvo un mes gesticulando con las manos y gritando por el pasillo: *Mamma mia, quando arrivo a casa.* Guitarra: aprendí una canción, era mi época grunge y elegí *Come As You Are* de Nirvana, hasta que erosioné las cuerdas y a mi madre:

—Nenaaaaa, por Dios, elige otra canción; Enrique Granados o algo de Paco de Lucía, y no esa pesadez. Que son tres notas lo que tocas, que se te ve. Y todo el santo día igual.

—Pero es que no me sale la cejilla.

—Si es que te lo dije, que más que manos tienes muñones. Pero no. Tú con tus cosas. Ahora, que terminas el curso, eso te lo digo, que para algo hemos comprado la guitarra.

Hice ballet clásico, me aburrí; funky, me hice daño; flamenco, algo que una niña intensa nunca debería probar; jazz, lo que mejor se me daba: no hay melodía, no hay ritmo. A mi aire, vamos. Aprendí ganchillo, punto de cruz, macramé, y estuve muy pesada con el encaje de bolillos. También natación, baloncesto y esquí. Y, realmente, nunca pasé de los tres meses en ninguna de las actividades.

Pero nada fue tan terrible como cuando me dio la pasión por el bricolaje, lo que ahora llaman el «Do it yourself», que en mi caso era «my self» y el «self» de mi padre.

Y juntos descubrimos algo importante: compartimos el gen de la inutilidad total para las manualidades. Oye, hay gente que se tira toda la vida sin saberlo; al menos, yo lo descubrí pronto. Debo de ser la única niña de España que suspendía los trabajos que le hacía su padre. Como os lo cuento. Que yo llegaba al cole pensando: «Me van a pillar, se van a dar cuenta de que esta caja para guardar cartas la ha hecho mi padre.» Pues no, suspendía; bueno, suspendíamos. Y yo llegaba a casa con mi cero y los dos nos sentábamos en el sofá a reflexionar en qué habíamos fallado:

—Habrás sido que no se puede utilizar pegamento —decía él—, o igual esa esquina que no quedaba muy bien...

—Pues a mí me parece superchula, papá, igual nos ha quedado un poco irregular, que yo he visto las de los otros niños y las cartas no se caían de dentro... Igual podemos intentarlo otra vez. ¿Voy a comprar más chapacumen?

—De eso nada, se acabó la sierra en esta casa. —Ésta es mi madre, por si no lo habéis notado en su entrada abrupta—. Llevamos un gasto en tiritas y mercromina que me han regalado un cupón en la farmacia, por no hablar de que la mesa del cuarto de la nena está serrada hasta casi la mitad. Que de verdad no lo puedo entender, si esos pelos se parten con nada y vosotros habéis conseguido entrar unos 40 centímetros en una mesa de madera maciza. Con lo que nos costó. Se acabó el bricolaje y no se hable más.

Y no se habló más.

También suspendimos dibujo técnico y pretecnología. Menudo disgusto nos llevamos. Al final, tuve que pedir ayuda a una amiga porque ya vi que el «self» de mi padre y el mío me llevaban directa al fracaso escolar.

Consecuencias:

Pues sé un poco de miles de cosas, así que me hice periodista. ¿Sabéis eso de un océano de sabiduría de un centímetro de profundidad? Pues lo inventaron para mí. Puedo hablar cinco minutos de cualquier cosa. Sólo cinco. Bueno, menos de manualidades, que puedo hablar dos. Pero, oye, en varios idiomas.

Segunda consecuencia: soy buenísima en el Trivial.

Tercera consecuencia: cierta falta de concentración en cualquier cosa por mucho tiempo; ahora, eso sí, yo le dedico los cinco minutos más intensos a todo. Descubro el cilantro y pienso: «Cómo he podido vivir yo sin esto.» Y se lo echo a todo: ensaladas, salsas, a las tostadas del desayuno... Luego se me pasa, lo que es agradecido porque imagínate todas esas intensidades juntas y prolongadas.

Excepciones para utilizarlo:

Pues sí, futuros hijos míos, lo poco agrada y lo mucho cansa. Imaginaos que me hubiera centrado sólo en una cosa, yo que sé, el punto: pues haría unos jerséis que ni Dolce & Gabbana, pero a mí me parece más divertido una madre que medio sabe bailar la purrusalda, y que grita por los pasillos «mamma mia», y que toca *Come As You Are* como nadie, y que conoce miles de tonterías como que los esquimales no digieren el azúcar, aunque a vuestro jersey le falte una manga, que tampoco pasa nada. Se llama jersey deconstruido y va a ser la última moda, que lo digo yo, que soy vuestra madre.

Versiones:

«Mi frase favorita para “lo poco agrada, lo mucho cansa” no procede de mi drama mamá, sino de una amiga: “Gustar no gustas, pero jartas.” Yo nunca he sido cansada, he sido y soy jartible y apretá, o sea, lo mismo pero en andalú.» *Morti*

«La variante de mi madre es “lo poco agrada y lo mucho enfada”. Ahora, cuando mis hijos repiten una y otra vez algo, y ya no puedo más, les digo: “Ya sabéis que lo poco agrada y lo mucho enfada.” Se quedan con la cara de lela con que me quedaba yo.» *Arantxa*

CAPÍTULO 83

Culo veo, culo quiero

Los niños, las metáforas, pues a veces no las entienden. Bueno, yo no sé qué hago hablando del resto de los niños... Yo esta metáfora no la entendía. Aunque ya ha quedado claro que tampoco es que yo fuera un dechado de perspicacia infantil.

Así que siempre que me lo decía, pensaba: «Pero por qué habla de culos, yo no he visto ningún culo, no quiero el culo de nadie, yo lo que quiero es un estuche nuevo como el de Martita, con su organillo y su goma de olor. ¿Qué tendrán que ver los culos con los estuches?» Lo dicho: perspicaz, perspicaz, pues no era.

Cuándo lo utilizaba:

Pues siempre que pedías algo que tenía otra persona. Lo que para mí era inspiración, para ella era pura envidia. Aunque bueno, algo de razón tenía. ¿Qué me pasa? ¿Le he dado la razón a mi madre? Me acabo de morir un poco.

Lo que pasa es que yo era muy indecisa; bueno, decir «era» es ser realmente muy optimista, yo sufro hasta para elegir el champú cuando todos sabemos que me va a quedar encrespado, sobre todo mi madre.

Así que uno de los peores momentos era el de elegir el helado. Mi madre, mi hermana y la susodicha nena frente a «El Heladero», el Rey Mago del verano. Y había que elegir sabor. Que mucha gente pensará: «Qué tontería, pues hoy de uno, mañana de otro.» ¡Ja! Ésos son hijos de madres normales, no de una drama mamá. A mí me compraban un helado en junio y me tenía que durar todo el mes. Y si me portaba mal, me quitaban el de julio y el de agosto, porque en septiembre ya no se come helado «que empiezan los primeros fríos, y la garganta es traicionera, a ver si vamos a empezar el curso faltando y te quedas retrasada. Porque tú no querrás ser una repetidora, ¿no? Pues eso, los helados hasta agosto, ¡ea!».

El heladero era un ser mágico, simpático, con un bigote inmenso y un olor a vainilla que hacía que me quisiera quedar pegada a él durante horas, pero mi madre no tenía tanto tiempo libre, claro está:

—Venga, elige uno que tu hermana ya sabe el suyo.

—¿De qué va a pedir?

—De fresa, pero tú coge de otra cosa y así compartís.

—Yo no quiero helado con babas, el mío es sólo para mí.

—Bueno, pues pide ya, que tengo que ir a la pescadería y luego sólo consigo los pescados pochos.

—Es que no sé de qué quiero. ¿Se puede mezclar dos sabores? —Y miraba al señor heladero con pena porque conocía la respuesta.

—Claro que sí, bonita, te pongo dos bolas.

—De eso nada, que vale como dos helados y sólo tiene un cucurucho. Te pides uno y punto.

—Pues me pido dos cucuruchos... —Ya sabéis, el típico día en el que la nena se levantaba suicida.

—¡Dos tortas te voy a dar yo a ti! Que elijas uno ya o te quedas sin nada.

—Jo... Bueno, pues de fresa. —El señor heladero iba a coger el de fresa y entonces empezaba mi eterna indecisión—: No, no, mejor de chocolate. Espere, por favor, de limón, quiero uno de limón...

—Ya vale, ¿a que lo elijo yo?

—Bueno, pues de ése, quiero de ése —decía señalando uno que tenía trocitos marrones.

Y el heladero, extrañado, me dijo:

—¿Seguro que quieres de ése? Que es de stracciatella...

Pero aquí entraba otra de mis virtudes: la cabezonería del ignorante.

—Seguro no, segurísimo.

Y me lo daba. Yo esperaba que mi hermana se hubiera comido un poco el suyo, para darle envidia de que el mío estaba entero todavía, luego le pedía probar el de fresa, ella (que es más buena que el pan) me daba, y entonces sí, probaba el mío. Y siempre, inevitablemente, me había equivocado de sabor y prefería el suyo.

—Mamá, a mí la extraperla esta no me gusta mucho. Quiero el de mi hermana.

—Ya estamos, culo veo, culo quiero. —Aquí mi cerebro se perdía en debates mentales: «Pero de qué culo habla, estamos hablando de helados, yo no quiero otro culo, vivo feliz con el mío, blablablá»—. Pues de eso nada, te comes ése y punto. Con la lata que has dado, y se dice stracciatella. Habla bien.

—Pero es que sabe raro, yo creí que era de chocolate.

—Yo creí, yo creí... Ya te ha advertido el heladero. Ahora te lo comes.

—Jou, yo quería de fresa.

Y, en realidad, ésta es una de las historias que acaban bien, en la que yo me comía el helado, porque las más de las veces, con tanto quejarme, remolonear, intentar darle el cambiazo a mi hermana (que es muy buena persona pero no veas cómo se agarraba la jodía al cucurucho, que parecía que se iba a caer al abismo si lo soltaba), pues la mayoría de las veces mi bola acababa en el suelo, que era toda una tragedia, o encima de mi camiseta, que entonces sí que era la supertragedia porque encima mi madre me llevaba gritando todo el camino a casa por ensuciarme, a veces incluso me amenizaba el camino con un par de pellizcos.

Consecuencias del consejo:

Oye, aborrezco los helados con toda mi alma. Con la ilusión con que yo miraba al señor heladero y ahora es que ver uno y se me revuelve el estómago.

Segunda consecuencia: me pasé mucho tiempo pensando que te podías cambiar de culo. (En realidad, fui una avanzada a mi tiempo.) Y mirando el mío pensando si otras personas lo querrían.

Tercera consecuencia: llegó un momento en que decidí pedir siempre el sabor de mi hermana, para sufrir menos. Ahora, que su sabor preferido acabó siendo el turrón, que ya es mala suerte.

Cuarta consecuencia: aborrezco también el turrón.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, este consejo no me gusta, intentaré no enredarme con metáforas sobre culos que os despisten de la idea principal. Eso sí, un consejo: la stracciatella es un asco.

Versiones:

«Una pena que el heladero no llevara “napolitano”, así se acababan tus indecisiones. Fresa, vainilla y chocolate en un mismo helado: creo que fue especialmente hecho para indecisas. Seguro que a quien se le ocurrió también tenía una drama mamá.» *Valeria*

A nosotros nos pasaba con el Frigopie y el Frigodedo: mi hermano SIEMPRE pedía un Frigopie y sólo se comía el dedo gordo... Luego se ponía a llorar que no le gustaba, pero daba igual, porque al día siguiente pedía el mismo y había pelea con mi padre: “¿Seguro que esta vez sí que te lo vas a comer?” “Que síiiiiiiii, quierooooooooo, tengo hambreeeeeeeeeeee”, y daba igual, lo más que se comía eran los dedos... Se lo terminaba comiendo mi madre.» *Naiara*

CAPÍTULO 84

Esto ya pasa de castaño oscuro

Típica reflexión de madre que ningún niño entiende pero que enciende todas las alertas.

Cuándo lo utilizaba:

Aleatoriamente.

En el mercado:

—Qué precios, pero ¿has visto el precio de los tomates? ¿Cómo quieren que una madre española dé de comer a sus hijos de manera sana a este precio? —Y tú la mirabas desde ese bajo mundo de los niños intentando poner cara de entender la inflación, porque sabías que si no se sentía comprendida, su ira podía atizarte un buen pellizco—. ¡Por Dios! Y mira las patatas. Pero si crecen solas, ni que fueran trufas. Esto ya pasa de castaño oscuro.

En el descansillo, con las vecinas:

—El perro de la del cuarto lleva ladrando ocho días. Sin parar. Que no pego ojo. Que está ese animalico desesperado. Que no sé para qué la gente tiene perro.

—¡Uy! Pues me dijo el otro día que se van a comprar un loro. —La vecina pacífica, siempre buscando amansar a las fieras.

—Lo que me faltaba, que el loro repita los ladridos del perro. ¿Se creará que esto es una comuna hippie? Esto ya pasa de castaño oscuro.

En el baño, después de descubrir que el nuevo peinado que se ha hecho la nena, a modo de tupé y de color verde es gracias a lo que la nena llama «una nueva gomina que me he inventado, mira, mamá», pero que la gente llama Blandi Blub:

—¡Pero qué has hecho! No te puedo dejar sola ni cinco minutos. Qué nueva gomina ni qué ocho cuartos, eso es el moco asqueroso ese que te regaló tu tía. Una cosa es que seas creativa, pero esto, esto ya pasa de castaño oscuro. Pero ¿a qué cabeza normal se le ocurre extenderse eso asqueroso por el pelo? No va a salir, que lo estoy viendo. Y tenemos la comunión de tu prima. Mira la pinta que vas a llevar, con todo el pelo lleno de mocos verdes. Imagínate la foto de familia. Encima no sonrías, que me acuerdo de esa pala rota. ¡A ti te parecerá normal! Menuda pinta de mellada tienes. No sé qué voy a hacer contigo, ¡regalarte a los gitanos del circo! Y dudo que te quieran. Pero ¿por qué tienes tanto?, si para mí que en el bote parecía más poca cosa.

—Es que he cogido también el de mi hermana... —Lo dije bajito, imaginando que no me oía. Bendita ingenuidad.

—¡Te vas a enterar! Métete en la bañera directamente. Y ya puedes rezar para que eso salga con vinagre y agua caliente.

—Mamá, con vinagre no, que luego huelo a ensalada y me dan náuseas.

—A mí sí que me das náuseas con ese pelo enmocado. Tira para dentro.

Consecuencias:

Bueno, pues un estupendo corte de pelo tipo «niña de campo de concentración» que me dio fama de matona en el patio. Estuvo bien.

Segunda consecuencia: secuencia de fotos familiares en las que parezco un niño; en una de ellas casi sonrío y se ve a mi madre pisándome un pie.

Tercera consecuencia: prohibición absoluta e irrevocable de acercarme a un bote de Blandi Blub a un kilómetro a la redonda.

Cuarta consecuencia: terror en mi madre cuando años después se pusieron de moda las Manos Locas, de un moco más sólido que se pegaba al lanzarlas en cualquier parte.

Quinta consecuencia: varios trasquilones en el pelo después de demostrar que sí, que las Manos Locas también se pegaban en el pelo.

Excepciones para utilizar la frase:

Pues creo que ésta no la voy a utilizar. Tengo 33 años y todavía no la entiendo muy

bien. Ya os he dicho que muy despierta nunca he sido. Eso sí, futuros hijos míos, ¡tengo Blandi Blub! Me lo compré en un chino hace un año y sigue teniendo esa fantástica pinta asquerosa que me volvía loca. Y ese olor como a plastilina rancia. Si os portáis bien, prometo dejároslo.

Versiones:

«Mi madre siempre decía: “Esto pasa de castaño oscuro”, y a veces lo remataba con: “O sea, que está casi negro.” Nunca nos compró el Blandi Blub, y mira que mi hermano se puso pesado. Al final alguien nos lo regaló, y después de guardarlo un tiempo sin usar, se descompuso en un líquido rancio y pestilente que ya no tenía consistencia de moco.» *Anónimo*

CAPÍTULO 85

Con la comida no se juega

¿Sabes cuando te presentas a un examen y te ponen una pregunta que realmente no te han explicado? Vale, estáis hablando conmigo, vuestra madre jamás os creería, pero yo sí. En alguna escasa ocasión sucede. Tú vas a selectividad y te preguntan por el sistema bismarckiano, y recuerdas perfectamente la frase de la listilla de tu profe de historia: «Esto no lo damos, que no es importante.» Pues esa sensación tenía yo siempre que me sentaba a comer en mi casa. Intentaba saberme la lección pero mi madre siempre me sorprendía con algo fuera de temario. El efecto sorpresa de una drama mamá es insondable.

Cuándo lo utilizaba:

Esto va de la siguiente manera:

—La edad no importa: tú tienes 8 años; bueno, quien dice 8 dice 18, y quien dice 18 dice 33. «Te haces la mayor para lo que tú quieres. Además, para ser mayor no sólo bastan los años, no, nena, no, sino el sentido común, y tú de eso no gastas. Si yo te tengo que decir con 65 años que te sientes recta en la mesa, pues te lo digo, que para eso soy tu madre.»

—El lugar no importa. ¿Que estás en mitad de una comida familiar en un restaurante? «Siéntate recta, nena.» ¿Que la comida no es tan familiar y llevas a tu nuevo novio? «No apoyes los codos.» ¿Que tu madre se cruza contigo mientras tú estás en una comida de empresa, pues allá que va ella: «Come con la boca cerrada.» Y tú lo único que piensas: «Por Dios, que se vaya, que no diga nada más, prometo peregrinar a Roma, andando, comiendo vainas todo el rato, descalza, pero que se vaya.» Pero tú muy lista no eres, ni lista ni empírica, porque las otras 11.503 veces deberían haberte servido como experiencia para saber que una drama mamá siempre va a apostillar: «Y termínate todo el plato, nena.» Ahí está ella, y tu jefe atragantado, y pasas a ser la nena también en la oficina, lo que te colma de ilusión. La madre que me parió...

—Pero, sobre todo, tú no importas: ya has comido. Vienes de viaje, tienes 33 años y llegas a casa. Pensabas que al café, pero algo se ha torcido y llegas en mitad de esa comida familiar con los futuros suegros de tu hermana. Pues más te vale ser de digestión rápida porque, en mi casa, se vuelve a comer y punto. Y como mi madre te vea entretenerse con los cubiertos... Ni futuros suegros, ni el rey por el medio: la colleja está asegurada y como mínimo te llevas un «con la comida no se juega, nena, y de ahí no te levantas hasta que te lo termines todo. ¿Qué van a pensar estos señores?» Pues que estamos tarados, mamá, eso van a pensar.

Consecuencias del consejo:

Sudoración y sensación pre-examen constante a la hora de la comida.

Si estoy sola como de pie, para no jugármela. En plan tentempié, que así no cuenta. Creo.

Discurso mental algo psicótico cada vez que tengo una comida con mucha gente. Algo parecido a cuando te vas a sacar el carnet de conducir: cinturón, asiento, espejos. Pero más del tipo: codos, cubiertos, espalda, boca.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, nos vemos en nuestra primera comida familiar con la drama abuela: sentaos rectos, que no estamos en un bar, no apoyéis los codos, comed con la boca cerrada, no chupéis el cuchillo, la comida se acerca a la boca, no vosotros a la comida, se bebe con la derecha, no metáis la mano en el plato, no os limpiéis con las mangas, la salsa no se unta, con la comida no se juega... Y, ¡por Dios!, si os acordáis de alguna otra, chivadme, prometo barra libre de Nocilla a cambio.

Versiones:

«Mi madre continuaba con “todo lo que hay en el plato se come”. Y ahí me quedaba

yo intentando camuflar la carne debajo de las patatas, hasta que me derribaban el muro patatil y vuelta a empezar.» *Regina*

«Quien come y canta... ¡algún sentido le falta!» *Lola*

La opinión del experto:

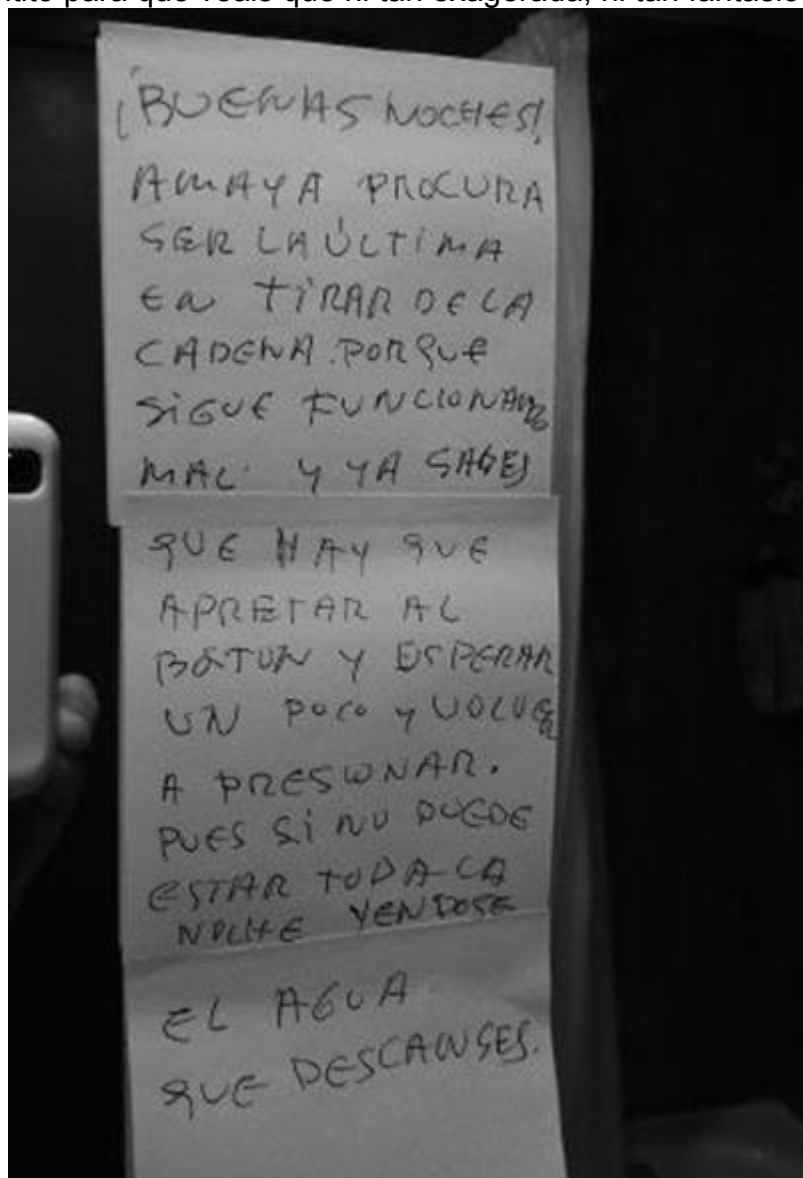
«Para que las comidas sean acontecimientos sociales familiares, agradables y compartidos, debe haber acuerdo respecto a ciertas normas. Y esas normas, si es necesario, deben ir reforzadas por un control firme. Existen buenas razones para que un niño coma sentado a la mesa. En primer lugar, fomenta la postura correcta y los buenos modales. En segundo lugar, es más fácil limpiar las manchas del mantel que quitar el puré de patata incrustado en el respaldo del sofá. En tercer lugar, un niño que come en movimiento no se lo pone fácil a su aparato digestivo e, incluso, corre el riesgo de atragantarse si empieza a correr por ahí con la comida en la boca.» Jo Frost. (*Supernanny. Consejos prácticos y sensatos para educar a tus hijos.*)

Vaya... Ésta va de parte de mi madre, está clarísimo.

CAPÍTULO 86

Nena, tira bien de la cadena

Yo sé que muchos de vosotros pensáis que soy una exagerada. Bueno, vale, soy una exagerada. Algunos incluso que soy fantasiosa. Bueno, vale, soy bastante fantasiosa. Me estoy perdiendo un poco. A lo que iba, os traigo un documento gráfico reciente y calentito para que veáis que ni tan exagerada, ni tan fantasiosa. Hala.



Cuándo lo utiliza:

La foto que ilustra el capítulo la saqué un sábado a las dos de la madrugada. Ese sábado a las dos de la madrugada yo tenía 33 años. Y ese mismo sábado mi madre me había repetido durante todo el día unas cien veces que la cadena soltaba agua y cómo debía tirar de ella. No digo cien veces de manera figurada, no, igual fueron ciento veinte. Mi madre me lo había repetido hasta la saciedad. Antes de ir de viaje a su casa, por teléfono. Con una extensa explicación acerca de las pérdidas de agua, y de no sé qué tía mía a la que le llegó una factura de 600 euros por una cadena que perdía agua, y también sobre una depurada técnica: pulsar dos veces el botón y rezar un avemaría para que deje de salir agua, y algo acerca de un fontanero con depresión que no quería ir a arreglarla, y sobre un molesto ruido que podía volver locos a los vecinos si nos despistábamos; y «cuando uno se vuelve loco puede hacer cualquier cosa. Imagínate que prende fuego al piso o algo. Menudo disgusto, todo por no tirar bien de una

cadena».

Ese mismo discurso nos lo repitió nada más llegar, a mí y a mi pobre novio, que ponía cara de pensar: «¿La cadena suelta agua o es que si no tiras bien produce una fusión nuclear y todo el norte de España se desintegra?» Mientras yo ponía cara de: «¿Por qué estará deprimido el fontanero? ¿Le deprimirá arreglar cadenas?» Mi madre, que me conoce mejor que yo, dijo: «Nena, que bajas a la tierra, y, por favor, te acuerdas de tirar bien de la cadena. Y el fontanero está deprimido porque el hijo no le quiere heredar el negocio. Que va a ser músico, dice. Menudo disgusto tiene el pobre, y con razón. Con la de dinero que da la fontanería. Trompetas va a acabar comiendo ése, ya vas a ver.»

Por si acaso nuestro cerebro no era capaz de recordar una orden simple como «tira bien de la cadena», ese sábado nos lo repitió cada vez que íbamos al baño, que en verano es con frecuencia. Y luego la pillé espiando alguna vez si habíamos tirado bien. Así las cosas, a las dos de la madrugada de ese sábado en el que yo tenía 33 años y había oído unas cien veces, o igual fueron ciento cuarenta, que debía tirar bien de la cadena, me encontré esta sucesión de tres post-it pegados en el espejo del baño:

«¡Buenas noches! (ella es muy risueña). Amaya, procura (el verbo “procurar” en mi madre es un eufemismo de “ni se te ocurra no hacerme caso”) ser la última en tirar de la cadena (esto es que a mi novio no le tiene confianza, vía post-it), porque sigue funcionando mal y ya sabes (qué más dará si lo sé, ella me lo repite) que hay que apretar el botón y esperar un poco y volver a presionar. Pues si no, puede que esté toda la noche yéndose el agua (y menos mal que los post-it son pequeños que, si no, me hubiera recordado lo de mi tía, y lo del fontanero deprimido, y lo del vecino loco pirómano). Que descanses.» ¡Pero cómo voy a descansar! Me pasé la noche entera soñando que me ahogaba en un inodoro gigante.

Consecuencias del consejo:

El domingo bajamos a mear al bar de abajo. Yo no podía soportar tanta tensión. Imagínate tú que por lo que sea se nos olvida tirar bien. Imagínate por un momento lo que tendría que soportar. Un pis no merece la pena. Ahora, que en el bar nos miran raro.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, si nuestra cadena no interfiere en ningún proceso de fusión nuclear y no tiene ninguna relación con un apocalipsis, no pienso utilizarlo. Al menos, no ciento cincuenta veces en cuarenta y ocho horas.

Versiones:

«Lo de rezar el avemaría para que no salga el agua no lo he pillado bien: ¿espera un milagro tu madre? ¿O es el tiempo en que tarda en cargar la cisterna? Mi suegra me recomendaba rezar tres padrenuestros para pasar un huevo.» *Lola*

CAPÍTULO 87

Hay que guardar dos horas de digestión antes de meterse en el agua

Bueno, siento cierta presión con este consejo porque éste, sí que sí, lo han recibido todos los niños de España e imagino que lo siguen sufriendo generaciones posteriores. Vamos por partes.

Cuándo lo utilizaba:

Pues el corte de digestión en mi casa era bastante peor que el coco. Lo del coco o el hombre del saco a su lado era cosa de niños. Vamos, que en mi cabeza un corte de digestión consistía en que la barriga se partía en dos y luego te morías. Así de nihilista andaba de niña.

Ahí estabas tú, en la arena, si con suerte pillabas un trozo de sombrilla, mirando el mar, lleno de gente, a cuarenta grados y embadurnada de crema. Vamos, el jodido paraíso infantil.

—Mamá, ¿y por qué hay tantos niños en el agua?

—Porque ya han esperado sus dos horas de digestión.

—¿Y qué me puede pasar si me meto ahora?

—Pues que te dará un corte de digestión y empezarás a vomitar; te puedes ahogar en el agua y morirte. —De ahí mi nihilismo.

—Pero ya ha pasado una hora y media. Ya igual sí se puede...

—De eso nada, nena, son dos horas. Anda, hazte un castillo o algo.

—Es que ya he hecho cuatro, dos fosos y he enterrado a mi hermana.

—Pero ¿qué dices? Sácala de ahí ahora mismo que le va a dar una insolación. Que menudas ideas tienes.

—Ya voy..., pero a ella le gusta.

—¿Qué le va a gustar? Que la saques ya.

—Igual nos tenemos que bañar entonces, porque nos vamos a llenar de arena...

—Pues os aguantáis, que todavía queda un rato.

—Mami, ¿y qué pasaría si no comiéramos nada, sólo cenamos, y así me podría pasar el día en el agua?

—¿Que qué pasaría? ¿Que qué pasaría? —Cuando una drama mamá repite dos veces una pregunta retórica, en tu cabeza debería sonar algo parecido a una alerta por tsunami—. Que te morirías de inanición y vendría la policía para llevarnos a la cárcel a tu padre y a mí por ser malos padres, y a tu hermana la mandarían a un orfanato. —Que luego mi madre anda extrañada de que yo sea una exagerada—. ¿Tú quieres eso? ¿Quieres que nos manden a la cárcel?

—No..., yo sólo quería bañarme.

—Pues calla ya, que como te pongas pesada nos subimos al apartamento a hacer Vacaciones Santillana y se van a acabar las discusiones. Y por Dios, saca a tu hermana de ahí, que no te lo tenga que repetir.

Así que te callabas, porque las Vacaciones Santillana son al verano lo mismo que la piña a la pizza. ¿Quién quiere fruta en la pizza? En serio, no lo entiendo. Pues lo mismo.

Consecuencias del consejo:

Pues no te creas, que desarrollas una capacidad de frustración que no te digo nada. Gracias a eso ahora soy capaz de ver «Españoles en el mundo» o «¿Quién vive ahí?» sin tirarme por la ventana. Aunque tengo que reconocer que los dos programas me producen ardor de estómago.

Segunda consecuencia: pienso que vivir mirando al mar es la mejor vida. Es mi propio utopos. Yo creo que de mirarlo con tantas ganas.

Tercera consecuencia: a mis 33 años, oye, seré imbécil, pero me cuesta un dolor meterme al agua sin esperar dos horas de digestión. Me mojo las muñecas, la nuca, meto los pies con miedo y ando dando saltitos si el agua me llega a la barriga, mientras

pienso: «Venga, bonita, que no pasa nada, no te vayas a partir en dos.» Con 33 años tampoco es grave, es ridículo, pero la vergüenza me queda lejos. Eso sí, con 17 era terrible. «Venga, corre que nos tiramos de bomba.» «No, que se me saltan las lentillas.» Será de las pocas veces que he agradecido ser miope. Pensaréis: «Será imbécil. ¡Con 33 años!» Pues lo de imbécil podemos discutirlo, pero es que yo sí he sufrido un corte de digestión en el agua. Una variante un poco más salvaje, en realidad. Va de la siguiente manera: yo tenía 11 años, dos primas de 15 con bastante mala leche y un trampolín olímpico, pero olímpico de verdad, de cinco alturas. Y lo que también tenía era bastante inconsciencia. El caso es que nos subimos a la tercera altura y mis dos primas saludísimas prometieron tirarse de cabeza si primero me tiraba yo. Yo y mi inconsciencia ni nos lo pensamos, que era mucho nuestro estilo. Saltito y de cabeza. Ahora, que el aire tiene sus cosas y prefirió girarme ligeramente de manera que me metí una de las tripadas que pasarán a la historia de las leches familiares durante generaciones. Y el agua también tiene sus cosas: si tú te tiras de un tercero en plancha no sólo te quedas roja como una cigala por el lado que caes, sino que además empiezas a vomitar como si dentro de ti viviera la niña del exorcista. Y mi... bueno, mi madre también tiene sus cosas, así que después de que el socorrista la tranquilizara tuve que oír para los restos eso de: «Te esperas las dos horas que acuérdate cómo te pusiste cuando te dio un corte de digestión. Tres días vomitando.» Por cierto, las saludísimas de mis primas bajaron por la escalera. Cobardes.

Cuarta consecuencia: no me tiro de cabeza. Lo intento, pero el saltito ya no me sale, me da un vértigo..., desde el borde de la piscina, sin trampolín ni nada... ¡Con lo que yo he sido!

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, de verdad voy a intentar saltarme este consejo. He buscado en internet y una pediatra (que esa gente tiene carrera y sabe) dice que no es necesario. Que el corte de digestión no mata, y que no se produce sólo por comer, sino por el contraste de temperaturas. Lo explica superclarito. Vamos, que ya sabéis: muñecas, nuca, saltitos y al agua patos. Eso sí, no quiero oír hablar de trampolines olímpicos, y lo de enseñaros a saltar de cabeza lo veo difícil. Confiaremos en vuestro futuro padre.

Versiones:

«Da gracias. Lo mío eran tres horas, que mi señora madre era la médico del pueblo y había que dar ejemplo. Qué veranos, madre...» *Isa*

«En mi casa seguían esto, pero había truco. La digestión no empezaba inmediatamente (según la opinión familiar), y si tal como acababas de comer te metías en el agua (poco a poco, eso sí), podías bañarte habiendo comido. Total, una vez dentro, aunque empezaras la digestión ya no te daba el corte.» *Anónimo*

«En mi casa también estaba lo de la media hora previa y, una vez, una prima mía se tiró a la piscina con el plato para poder bañarse. Yo no lo sufrí tanto, porque hasta los 12 no me pude bañar (tenía problemas en el riñón), así que para mí la prohibición era continua. Sólo un baño de dos minutos y fuera, a cambiarse de bañador y a sentarse en la sombra. Y luego querían mis compañeras de clase que no fuera marciana...» *Anónimo*

CAPÍTULO 88

Si es que no aprendes

Me he comprado un cabecero y dos mesillas. Ha sido todo un capricho, porque es el primer mueble que no tiene nombre sueco en mi casa. Se llama Bahía. Lo vi en una web y me dije: «Mira qué mono, Bahía.»

Luego me lo pensé muy mucho, me lo volví a pensar, medí veinte veces la habitación, remedí, busqué comentarios en foros para ver si la web daba seguridad... Todo esto si eres ese tipo de persona a la que comprar algo para mucho tiempo le paraliza, pero pensé otra vez: «Mira qué mono.» Al final lo compré. Ilusionada.

Y vas tú con toda esa ilusión y un catálogo a tu madre y le dices: «Mira qué mono, mamá, se llama Bahía. Y además es de maderas de casas indias recicladas.»

Ella lo mira y, chica, que no lo ve tan mono:

—¿Eso? ¿Que te has comprado eso? Por Dios, que yo lo veo en una basura y no lo cojo. Pero qué cosa más horrenda. Si es que te engañan, que no es que tenga el encanto de los muebles restaurados, nena, eso está viejo. No me digas más, te lo compras sucio para no tener que limpiar. De dónde habrás sacado tú ese gusto torcido, que ni es gusto ni nada. Te has creído que eres una hippie, eso es lo que pasa. Porque vamos, déjame ver el precio... —¿Sabéis los ojos en los dibujos animados cuando se salen de las órbitas? Pues lo de mi madre igual, pero con doble tirabuzón de córnea—. Por Dios, por Dios, que está viejo, que parece que huele y todo. ¿Lo puedes devolver?

—Pero es que a mí me gusta... —Aquí yo ya estoy menos ilusionada, no sé por qué.

—A ti qué te va a gustar, que no tienes criterio, tú oyes «casas indias recicladas» y te parece mágico; yo oigo eso y pienso: viejo. Y con suerte, que no esté podrido. Yo y el 90 por ciento de la población mundial. ¡Y comprando por internet! Que te van a acabar robando, que lo he visto en la tele.

Aquí ya discutimos, porque entramos en un bucle en el que yo estoy cabreada, le digo que a mí sus muebles no me gustan y que no se lo repito hasta la saciedad, y ella sale en defensa de su chifonier de caoba como una leona, entonces yo lanzo mi espejo marroquí contra su aparador castellano y ella arremete contra mis lámparas de papel con su orejero británico. Siempre gana ella, porque una vez vimos que en la Casa Blanca tienen el mismo sofá que mis padres y eso es la victoria total:

—Pues tan mal gusto no tendré yo, nena, cuando el jefe del mundo, que tendrá el hombre dinero para decorar todo el que quiera, tiene mi mismo sofá. El mismo, el mismo. Y mira qué resultado ha dado. Tiene más años que tu hermana y ahí está, como si nada. Ya me contarás tú dentro de un año qué le pasa a tu cabecero indio. Qué digo dentro de un año: ¡que ya te viene viejo! Si es que no aprendes, no aprendes.

Consecuencias del consejo:

Yo sufro para comprar cualquier cosa y jamás estoy convencida. Y si es de decoración, peor. Así que he desarrollado una técnica absurda que consiste en comprar lo más barato, para que si luego no me gusta, pueda tirarlo sin mucho remordimiento.

Segunda consecuencia: vivo rodeada de muebles de mierda: lámparas que se rompen con mirarlas, estanterías de madera sin tratar, sillas que cojean desde el primer día. Bueno, y ahora de un cabecero que se llama Bahía.

Tercera consecuencia: toda esa indecisión me hace vulnerable a las tenderas listillas. El otro día me compré un biquini porque la tendera me había sacado treinta para probarme y me parecía imposible que no me gustara ninguno, así que elegí uno al azar y me lo quedé. Me sienta fatal.

Cuarta consecuencia: desamparo total cuando llegó el cabecero. Sólo os diré que mi novio dijo: «Yo creo que lo veo en la basura y pienso: “Qué pena que esté tan estropeado con lo bonito que es.”» Mientras, yo sólo pensaba cómo taparlo cuando mi

madre venga de visita, porque lo que me faltaba, encima de tener un cabecero de 300 euros que no está siquiera barnizado, es tener que oír a mi madre diciendo: «Te lo dije, nena; yo siempre tengo razón, es que no aprendes. No aprendes.»

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, espero haber aprendido a comprar cuando lleguéis, aunque si notáis que vuestra cuna cojea, le pedís cuentas a vuestra abuela por hacerme una compradora enclenque. Y del cabecero de mi cuarto no quiero oír una palabra. ¿Queda claro?

Versiones:

«Yo también sigo traumatizada por si lo que compro será del gusto de mi madre o no. Y lo peor es que a veces, a conciencia, compro algo que me gusta y sé que a ella no. Y oye, los dos primeros días muy bien, actitud pasota total, pero luego anda que no me acuerdo de ella cada vez que lo miro... Con la ropa ya ni te cuento; pero es que el otro día, mi hija no se creía que yo nunca hubiera tenido el pelo largo. Y es que cada vez que me crecía tres centímetros de más... ¡a la pelu! Consecuencia: hasta pasados los 35 no he conseguido llevar el pelo largo.» *Sara M.*

CAPÍTULO 89

Si hay que creer en el reiki, pues se cree y punto

Ésta es una frase que nunca creí que iba a oír a mi madre. Ella cree en los kiwis, en una pastora que avisa cuando se avecina tormenta, en Maldonado, el del tiempo, y a veces un poco en santa Rita, patrona de los imposibles. Esto es por mí, que siempre he sido su imposible. Poco más. Pero una drama mamá siempre puede sorprenderte.

Cuándo utilizó el consejo:

Ayer. Mi no drama papá está malito. Muy malito. Pues ayer por la noche estábamos en el hospital, en un día muy intenso en que parece que todo va mal, y andábamos concentrados en esa pequeña supervivencia de los hospitales. Ese trajín de turnos, viajes, noches mal dormidas, noticias, malas noticias, análisis y un sinfín de términos que nunca pensamos que tuviéramos que aprender. Y entonces llegó el señor del reiki.

El señor del reiki es un hombre grande, con manos de pelotari y un abrazo contundente. Llegó, se presentó y dijo que quería hablar con mi padre. Mi hermana, que no entendía nada, entró en la habitación y le preguntó a mi padre si le debía pasta a alguien, y yo fuera trataba de comprender qué hacía aquel señor allí.

Dentro de la habitación estaba mi no drama papá y uno de sus grandes amigos. Los dos comparten nombre, una afición por el buen vino y la certeza de que el reiki es un invento. Bueno, en realidad, ninguno sabía lo que era el reiki hasta ayer; ellos son más de la energía de un buen Rioja que de conectarse a una red mundial de energía positiva. El caso es que el señor del reiki entró y nos dio una pequeña explicación. Mi no drama papá, no sé si por educación, por curiosidad o porque ese señor era muy agradable, le dejó hacer. Y de repente empezamos a reírnos todos, el amigo de padre y su mujer porque habían oído mal y creían que estábamos haciendo reggae, mi hermana porque veía a mi padre con una piedra mágica en la mano con cara de «cómo he acabado así», yo porque el amigo de mi padre me decía que no les dejara solos, que ese hombre tenía un poder y había que tener cuidado, y el novio de mi hermana, que el pobre llegó tarde y no entendía qué narices podían hacer el reggae y Bob Marley por mi padre. Entre broma y broma y algo de reiki, le dije al señor que todo estaba muy bien, pero que él le explicaba a mi madre qué estábamos haciendo allí cuando llegara, porque yo ya me veía tragándome la piedra mágica. Pero no, una drama mamá siempre te sorprende.

Consecuencias:

Ya habíamos casi terminado cuando ella llegó con su termo, unos melocotones de la huerta de no sé quién, un bocata por si acaso, unos pañuelos de papel «más suaves que los que dan en el hospital, que los de aquí son de lija», un poco de flan por si mi padre estaba caprichoso, y seguro que algo más de comida que no nos cuenta, pero que podría mantener a toda la planta alimentada en caso de Apocalipsis, porque la habitación de mi padre huele igual que una tienda de ultramarinos. Así llegó, y el señor del reiki no tuvo que explicarle nada.

—Mire, no me cuente nada, cuando yo me he ido hace unas horas lo he dejado tumbado, medio dormido y triste. Y luego y, después de tantos días, por fin nos reímos; mire lo tranquilo que está. Así que me hago del reiki ese ya. ¿Quiere unas trufas? Tenemos unas trufas riquísimas. Coja una, y otra para el camino. ¿Y tiene hijos? Ande, lléveles algunas, que el chocolate siempre viene bien.

El señor del reiki nos dio un abrazo enorme y allí nos quedamos, riéndonos como hace tiempo que no lo hacíamos, incluso mi padre:

—Hoy ha venido un cura, un psicólogo y el señor del reiki... Este hospital parece una terapia ocupacional. —Ése es mi padre.

—Ya me estáis oyendo. Ese hombre ha venido aquí y ha cobrado tres trufas por estar una hora de su tiempo con nosotros, y encima mira qué bien estás. Así que no

quiero yo que nadie se ría del reiki. ¿Me estáis oyendo? Y si hay que creer en el reiki, pues se cree y punto. —Ésa es mi madre.

Excepciones para utilizarlo:

Todas. Futuros hijos míos, en la vida pasan cosas así y uno acaba creyendo en el reiki sin ni siquiera saber lo que es. En el reiki o en el señor del reiki y su sentido del humor, que creo que, en realidad, fue la clave.

Versiones:

«Mi hermano es, entre otras cosas, maestro de reiki. Aunque mi no drama papá no quiere saber nada de esas cosas, le regaló a mi drama mamá una formación exprés sobre reiki. Ella, sentadita en una silla, abría los ojos y lo observaba todo, escuchaba a la gente, y lo que resumía su experiencia era: “Tu hermano, ¡qué bien habla, y qué guapo estaba!”. Da igual en lo que se crea, el caso es creer.» *O Suso*

CAPÍTULO 90

No había otro como tu padre

En este consejo no creo que consiga haceros reír. Estáis avisados. Las cosas no fueron bien, nada bien. Mi no drama papá no pudo superar la enfermedad. Llevábamos un año y medio peleando, digo llevábamos porque hay enfermedades en las que todos deben luchar porque, si no, no sirve. Y a pesar de la lucha, perdimos. Y perdimos mucho. Seguimos desorientadas, cansadas e incrédulas, sobre todo eso.

Andamos como si el mundo no fuera con nosotras, como si tuviéramos que ir al hospital en un rato... Pero no. Mi padre ha muerto y mi drama mamá no para de llorar. Aguanta el tipo a ratos y otros no puede más. Cuarenta y dos años juntos son muchos años.

Mi padre era un señor, que no es tan fácil serlo. Sabía que los buenos chistes no son a carcajadas y que uno puede reírse hasta de su madre y que eso no resta amor. Bebía buen vino, porque para el malo siempre habría tiempo. Sabía charlar durante horas, pero sabía mejor escuchar durante días. A mi padre le gustaba comer y llevaba la alineación del Osasuna en la cartera, a pesar de que el fútbol no le gustaba más que para tener de qué hablar con los amigos. Cantaba mal, pero bailaba los mejores pasodobles del mundo en las bodas. Mi padre sabía callar y no andaba haciendo juicios. Sabía cuánto vale un amigo y que en los libros uno se hace más grande. Mi padre sabía querer en silencio, acompañarte en la distancia y silbar sin dedos. No apretaba, pero nunca andaba lejos. Mi padre escribía los post-it más absurdos del mundo y nunca supo para qué sirve un destornillador, pero nos ordenó el mundo para que supiéramos ubicarnos. Mi padre casi nunca me dijo que no y casi siempre me hizo entender por qué no. Mi padre archivaba tickets de compra durante años y nunca perdió unas gafas. No era un hombre de paraguas, pero siempre llevaba pañuelos y sabía pelar una naranja en una sola monda. Odiaba el ruido y se iba pronto a la cama. Tenía las manos grandes y 19 dedos. Mi padre subía al monte, pero se mojaba los pies en la playa. Mi padre ayudaba sin que nos diéramos cuenta de que era ayuda. Sólo se puso vaqueros una vez en su vida y viajaba con corbata. Mi padre lloró pocas veces: por amigos, por su padre y por un Vega Sicilia estrellado. O, quizá, mi padre sabía llorar a escondidas. Apenas daba consejos aunque nos prohibía chupar el cartón de los helados. Le gustaba el gazpacho y coleccionaba bolígrafos. Mi padre escribía en mayúsculas y con portaminas. Mi padre subió al Tourmalet en bici sólo para que nosotras pudiéramos contárselo a los demás y nos obligó a aprender a comer marisco con cubiertos, por si acaso. Mi padre nunca creyó que estuviera enfermo y anduvo sin quejarse, para que nosotras no sufriéramos.

Cuándo utilizó el consejo:

Ayer por la noche, mi madre no paraba de llorar:

—Es que era muy bueno, nena, y ayudaba a todo el mundo. —Y ella lloraba—. Nunca se quejaba... —Y ella lloraba—. Ayudaba en casa. —Más lloros—. Y todo el mundo le quería. —Hipo—. Anda que no cuidó a tu abuela, y lo que le gustaba jugar con los niños...

Yo, por tratar de frenar el dolor, le dije:

—Mamá, intenta acordarte de cuando te enfadaba, de cuando regañabais, porque así no vas a poder vivir.

—Pero es que era muy bueno con todos. —Doble hipo—. Y era muy ordenado, generoso y respetuoso. Como tu padre no había otro, nena, y muy simpático y detallista, pero bueno, no reciclaba —dijo llorando—, y mira que le puse post-it con dónde iba el papel y el plástico, pero nunca acertaba. Siempre a la papelera equivocada. Yo tenía que levantarme por las mañanas a separar la basura, las latas del papel. Porque era muy bueno, muy bueno, pero no reciclaba nada de nada.

Y, por fin, nos volvió la risa. Así que estos días, cuando siento que a mi madre se le

doblan las piernas, o que mi hermana está a punto de llorar, nos decimos al oído: «Pero no reciclaba ni un poquito.» Y seguimos para adelante.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, no había otro como vuestro abuelo. Voy a empezar a aprender a pelar la naranja en una sola monda y a silbar sin dedos, a ver si, poco a poco, os puedo explicar lo grande que era.

CAPÍTULO 91

De bien nacido es ser agradecido

Aquí está. Otro consejo mítico. Mi madre es muy de agradecer y a mí se me ha pegado. Pero como siempre he sido una persona sin mucho criterio, pues he llegado a dar las gracias por prestar yo algo, por fregar yo los platos, por recibir un golpe en el coche... Así me va. Que luego ando indignada conmigo misma; eso sí, tengo fama de agradecida.

Cuándo utiliza el consejo:

Siempre. Esto es, siempre. No confundirse con «a menudo», «con mucha frecuencia», o «la mayoría de las veces». No. Es siempre.

—Vas a comprar el pan. Le pagas. Te lo venden. «Nena, da las gracias.» Vale, esto es educación.

—Vas a comprar el pan durante toda tu vida a la misma panadería, en la que además haces un gasto grande en galletas, periódico, leche y huevos. Y la mujer, después de veinte años, una Navidad te regala unas palmeras que se van a caducar al día siguiente. Pues según se entera mi madre no le basta con que tú le hayas dado las gracias, no, te hace bajar con un bizcocho casero, o una botella de vino, o unas vainas de la huerta de tu tío. «Ve y le das las gracias.» Esto es exagerado.

—Vas al garaje, el tío te arregla el coche, te cobra 400 euros. A los dos meses tienes que pasar la ITV. Vas, el tío te revisa el coche y le pagas 150 euros. A los tres meses pinchas, el tipo te cambia una rueda y pagas 100 euros. Como eres una kamikaze pues vuelves a pinchar en el mismo mes. Vas y pagas otros 100 euros. A los cuatro meses se te estropea la sonda lambda (que ojalá no se os rompa nunca jamás, andad a rezarle a quien sea) y el tipo te dice que son 600 euros. O sea, ese tipo que se va a pagar unas vacaciones en el Caribe a tu costa, ¡qué digo unas vacaciones!, que en mi casa hay cuatro coches, y para kamikaze mi madre. Pues a ese tío, que nada más verte se le alegra el día y el mes, a ése, mi madre le regala vino para agradecerle su trabajo.

—Pero, mamá, que es su trabajo, y me cobra. Vamos, mamá, que ni siquiera me limpia el coche. Que lo máximo que nos da es un calendario de cachorritos por Navidades.

—Eso no importa. Será su trabajo, pero lo hace bien. Eso es de agradecer.

—¡Sólo faltaba! Mamá, si yo no hago bien mi trabajo me despiden.

—Nena, que cojas las dos botellas y le das las gracias, que de bien nacido es ser agradecido.

Esto es la locura del gracias. Es el gracias por el gracias. Ahí lo llevas. En mi casa se agradece su trabajo al portero, al carnicero, a la frutera, al del garaje, a la chica que limpia en casa, a la de la panadería, al zapatero y a las de la farmacia. Por no hablar del continuo intercambio de gracias con mis vecinos: tú me traes unos puerros, yo te consigo un queso, tú me regalas vainas, yo te regalo melocotones. Que a mí alguien me regala vainas y, como mucho, lo mando a tomar saco.

Consecuencias del consejo:

Gran fama de agradecida. Lo que ha aumentado mi armario con prendas imposibles. ¿Que no te gusta para nada ese vestido? Tú dáselo a la nena, que es muy agradecida. Y yo, por no tirar...

Por agradecer cualquier cosa, pues pierdo los papeles. Por ejemplo, imaginad que salgo de mi oficina un viernes. Estoy yendo al baño aunque llevo el bolso y todo para irme a casa, y entonces me cruzo con una compañera en la puerta de la ofi que también va al baño, se despide de mí amablemente y me dice que me lo pase bien, que le gusta mi vestido, y luego me dice adiós. Y yo, para que no se sienta mal al ver que también voy al baño y que no tenga que volver a despedirse, pues le digo «gracias» y me voy a mi casa. Eso sí, yo soy agradecida pero meo igual que

cualquiera, así que me tiro cuarenta minutos en la M30 acordándome de mi madre. ¿Veis? Ésos son el tipo de gracias que te complican la vida.

Así que imaginaos cómo me sentí, si por una tontería como un saludo me veo comprometida a mearme encima, imaginad cómo fue que más de 400 personas me dieran ánimos tras la muerte de mi padre, en el blog, en Facebook, por Twitter, por mail... Gente que no me conocía de nada y que me regalaba vino para que brindara por mi padre o galletas caseras para calmarme, personas que me querían hacer una bufanda para que no pasara frío, o me enviaban canciones y vídeos para entretenerme. Gente que me contaba sus dolores, para que entendiera mejor los míos... Yo no tenía presupuesto suficiente para vino para todos, así que sólo pude decir: GRACIAS.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, es verdad, de bien nacido es ser agradecido. Ojalá podáis sentir un día un exceso de gratitud parecido al que sentí yo con el apoyo de tanta gente. Ahora, al tipo del garaje se le paga y se le dan las gracias, punto. El vino para los buenos amigos, y las vainas para los enemigos.

Versiones:

«Me siento plenamente identificada. En mi caso me ocurre lo mismo con el perdón. Si me pisan, pues pido perdón, si me dan un empujón también pido perdón, para preguntar algo siempre empiezo pidiendo perdón, y me paso la vida pidiendo disculpas por todo.» *Anónimo*

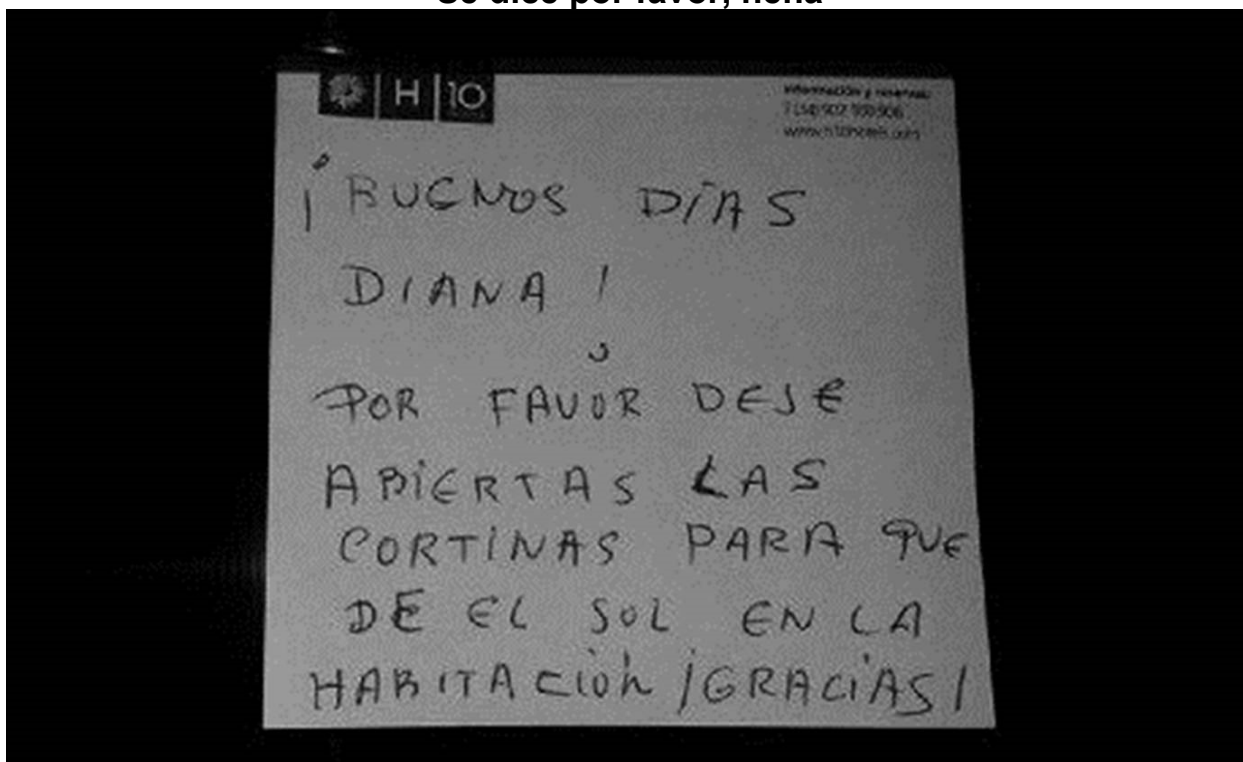
La opinión del experto:

«Enseña a tu hijo a decir “por favor” y “gracias”. Si estas palabras no forman parte de tu vocabulario, ¿cómo va a aprenderlas?» Jo Frost. (*Supernanny. Consejos prácticos y sensatos para educar a tus hijos.*)

Bueno, aquí no me puedo quejar, mi madre es muy de perdón y gracias a todas horas.

CAPÍTULO 92

Se dice por favor, nena



Seguimos con los consejos educados. Y con documento gráfico, que sé que os gusta. Ya os he dicho más de una vez que soy muy educadita. A la fuerza, ahorcan.

Cuándo utilizó el consejo:

Este consejo se conjuga en presente, pasado y futuro. Es decir, cuándo utilizó, utiliza y utilizará el consejo: siempre. ¿La última vez? La semana pasada. Acabábamos de volver de una pequeña escapada: la drama mamá, mi hermana, mi novio (lo sé, un valiente) y yo. Nos fuimos al mar, a ver si la animábamos un poco. No funcionó. Pero a cambio tuve algún pequeño momento de buen humor. Como éste.

La imagen es la nota que la drama mamá le dejó a la chica que limpiaba la habitación del hotel. Ajá. Vamos por partes. La drama mamá buscó el nombre de la chica, Diana. Ay, Diana, tantos años de profesión y aún te llevas sorpresas, ¿eh? Y a falta de post-it, pilló la nota con la pantalla de la tele con el siguiente mensaje: «¡Buenos días, Diana! —Ya os dije que ella es muy risueña—. Por favor —aquí está la clave—, deje abiertas las cortinas para que dé el sol en la habitación. —Ella es muy friolera también—. ¡Gracias! —Y muy, muy educada.»

Mi hermana se moría de vergüenza. Yo me moría de risa. Mi novio no entendía nada: «Pero ¿de qué conoce tu madre a la chica que limpia?»

—Mamá, de verdad, lo de la nota es demasiado. ¿Tú qué crees que va a pensar esa mujer?

—Uy, pues qué va a pensar, que hace frío. Y que así el sol calentará la habitación. Que ya ves tú, un 4 estrellas sin calefacción. Esto pasa en todos los sitios de calor, que se creen que aquí no refresca. Pues no he pasado yo más frío en Málaga que en cualquier pueblo del norte. Que quince grados son quince grados, por mucho sol que tengan en verano. Una nota de reclamación es lo que teníamos que poner. Que Diana no tendrá ninguna culpa. Seguro que la mujer tiene que trabajar abrigada, porque en esta habitación se te queda la nariz fría y eso es muy malo para las anginas.

—¿De verdad que no te parece un poco raro?

—Tú sí que eres rara. Que no le estoy pidiendo que haga mejor el baño, que mira

que se lo podría pedir porque el pie del lavabo también se limpia, pero bastante tendrá esa mujer con tanta habitación y encima con frío. Nena, se dice por favor y ya está. El por favor es la clave.

Consecuencias del consejo:

Más vergüenza en el pasillo por parte de mi hermana, más incredulidad por parte de mi novio y yo casi me meo encima. No va mi madre y para a una mujer de la limpieza y le dice sin dejarla ni contestar:

—Usted es Diana, ¿no? O bueno, se lo dice a Diana. Nada, chica, que he dejado una nota. Que si es posible, nos dejen abiertas las cortinas, por favor, que le dé un poco el sol al cuarto, que hace un frío que pela. Y usted debería abrigarse un poco más, que se pueden coger unos catarros muy malos en esta época. Lo mejor es llevar bien abrigada la cabeza, que por ahí se escapada todo el calor. Bueno, pues muchas gracias, y que tenga un buen día.

Y allí se quedó Diana (o no) sonriendo, mientras mi hermana tiraba de la manga de mi madre y yo me encogía a punto de mearme encima. Yo creo que Diana sonreía por amabilidad, porque tenía cara de africana y también de no entender ni papa de español. Esto lo tuvimos claro cuando volvimos por la noche, y ella no sólo había dejado las cortinas abiertas sino también las puertas de la terraza de par en par. O no entendió a mi madre o Diana tenía mucha mala leche...

—Pues no ha funcionado el por favor, mamá... —Yo es que no sé cuándo callarme.

—Ni tampoco han funcionado todos los años de educación que te hemos dado, y no ando quejándome todo el rato. —Pero ella siempre sabe callarme, siempre.

Segunda consecuencia: pasé una infancia dubitativa, pendiente de un hilo porque delante de gente, ella me decía:

—Nena, ¿qué se dice?

No vamos a incidir mucho en el tema porque ya hemos hablado con anterioridad de que yo muy despierta no era. El caso es que yo entraba en uno de los dilemas existenciales de todo niño: ¿qué narices se dice? Allí estaba yo, ante el vacío del universo, la eterna pregunta, pensando: «¿Por favor o gracias? Una de dos. Cincuenta por ciento. Tan difícil no puede ser. ¿Pero cuál? Ay, el abismo... Dios, sácame de ésta y prometo comer bien el mes que viene, todo lo que me pongan. Bueno, la semana que viene... Al menos las cenas... O casi todo...»

—Nena, que qué se dice, que te quedas atontada.

—¿Gracias?

—¿Cómo que gracias? ¿Cómo se va a decir gracias por pedir una piruleta? Se dice por favor. ¿Pero qué habremos hecho mal nosotros?

Excepciones para utilizarlo:

Hombre, se dice por favor. Las cosas como son, aunque Diana no entendiera la clave. Futuros hijos míos, este consejo nos lo quedamos. Aunque trataré de no haceros pasar constantemente por ese dilema desolador: ¿era por favor o gracias? Que bastante vais a tener con derecha o izquierda. No os digo más, que yo todavía tengo que hacer el gesto de escribir para saber cuál es cuál. Lo dicho, poco despierta, pero educada. Eso sí.

Versiones:

«Con el “qué se dice”, mis padres tienen una anécdota graciosa con mi hermano mayor. Estando en una terraza tomando algo, él daba vueltas por ahí, con unos 3 años. Cuando se dieron cuenta, estaba en una mesita comiéndose las patatas fritas que le estaban dando otros que tomaban algo en esa terraza. Fueron rápido mis padres: “Pero bueno, Dani, ¿qué haces ahí?” “No se preocupen, no pasa nada, si es muy salao.” “Venga, Dani, vamos. ¿Qué se dice?” Y él sin dudar: “¡Más patatas!” Hay quien tiene las cosas claras.» *Irene y Umpa Lumpa*

CAPÍTULO 93

Nena, bien peinada y bien planchada, que nos conocemos

Esta semana me han cambiado de trabajo. En mi anterior departamento la gente llevaba ropa puesta. Ya está. En el de ahora se visten: mucho, muy variado y muy estiloso. Vamos, muy poco yo. Yo tengo tres botas, un par de zapatos y unos siete vestidos por temporada, uno para cada día de la semana y alguno con agujeros. Lo que también tengo es algo de daltonismo según mi madre, que no me ayuda mucho a encajar en la definición de estilosa. Así que cuando le expliqué el cambio de puesto, ella no me aconsejó prudencia con mis jefes, generosidad con mis compañeros y eficacia, no. Ella fue a lo importante:

—Nena, tú llegas puntual, bien peinada y bien planchada, sobre todo eso, que nos conocemos.

Para que os hagáis una idea: si mi madre pillara al diseñador que dijo eso de «la arruga es bella», le plancha la cara a bolsazos.

—¡Pero qué tontería es ésta! Nos estamos convirtiendo en unos vagos. Eso es lo que pasa. Y un poco sucios también. Lo más importante en la vida es tener pinta de aseada.

—Mamá, pero yo me ducho todos los días.

—¡Hombre, sólo faltaba! Es que tienes unas cosas... Si me entero yo de que no te duchas... No me hagas pensar, no me hagas pensar. Hazme caso, no sólo hay que ser aseada sino también parecerlo. Y tú, con ese pelo encrespado, pues ya lo tienes más difícil. Que te lo digo yo. Las rubias se pueden permitir llevar flequillo, pero ¿tú? ¡Tú sólo puedes llevar coleta! Que te lo tengo dicho. O cortico, a lo chico, como cuando eras pequeña. Bien retirado de la cara. Anda que no estabas mona ni nada, y con una pinta de limpia que daba gusto verte.

—Pero qué culpa tengo yo de ser morena...

—Ninguna, nena, ni yo tampoco. Nos viene de serie. Pero mira, yo me puse una diadema y hasta hoy. Que no sé por qué tú hermana y tú le tenéis tanta tiña a las diademas, con lo cómodas que son. Y te queda todo el pelo colocado. No como ese matojo que llevas tú en la cabeza. Que no te peinas. Tiene que ser eso. Porque hay peluqueras que se tiran horas para conseguir la mitad de volumen en un cardado que lo que llevas tú.

—Mamá...

—Ni mamá ni ocho cuartos. Y te planchas la ropa. Toda, nena. ¿Me estás oyendo? Que me estoy acordando del día que te pillé que sólo te habías planchado los cuellos de la camisa...

—¿Ya estamos otra vez con eso? Que llevaba un jersey y no se veía...

—Calla, calla, calla. ¿Y si te pasa algo, que tú eres muy de lipotimia, y te quitan el jersey en tu primer día de trabajo y vas hecha una sucia? Se plancha todo, también lo que no se ve. Sí, las bragas también. Que nunca se sabe. Y nada de trasnochar. Te me vas ahora mismo a la cama para rendir mañana. Que no está el trabajo como para perder uno. Ya me has oído.

Consecuencias del consejo:

Primera consecuencia: yo tenía una imagen un pelín distorsionada de mí. Creía que era afro. Luego descubrí que eso era un pelín exagerado, cuando le dije a mi peluquera brasileña negra de pelo ensortijado: «Nosotras es que sufrimos mucho para alisarnos.» Y ella con esa gracia brasileña que, bueno, que no me hizo ninguna gracia, me dijo: «Niña, tú lo que tienes es mucho pelo, fosco, grueso y rebelde. El mío sólo es rizado.»

Segunda consecuencia: cambio radical de peluquería y una ligera aversión por la bossa nova.

En la adolescencia soporté la toga. Aquello que te ponías todo el pelo para un lado y la toalla como turbante, y luego al contrario. Que imagino que a las niñas que tienen

el pelo finito les iría bien, pero, en mi caso, me tiraba horas con aquello puesto, porque yo tengo el pelo de tres personas. Dios es así, tanto calvo y yo tan sobrada.

Tercera consecuencia: con el peso de aquella toalla empapada viví años con tortícolis. Ahora digo «tortícolis» porque soy una persona adulta y con conocimiento, pero hasta hace cinco minutos, que he buscado en Google, yo decía «tortículis», con u. ¡Qué cosas! Qué ignorante puede ser la gente, no como yo.

Luego llegaron las planchas, ay, las planchas. A cambio llevabas el pelo electrificado que ibas encendiendo las farolas a tu paso, pero oye, liso como una tabla.

Cuarta consecuencia: me pasé mi primer día en el trabajo estirándome el vestido y el pelo compulsivamente. Creo que mis compañeras piensan que estoy en algún programa de adaptación social en el trabajo.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, sólo os digo una cosa: que tengáis el pelo liso, por Dios, que tengáis el pelo liso.

Versiones:

«Yo tengo el pelo rizado y además fosco. Vamos, lo peor de lo peor, porque me resulta muy difícil de alisar y si me lo dejo rizado, pues no tengo unos rizos bonitos, sólo parece que acabo de levantarme de la cama por muchos acondicionadores, sérums y espumas que le eche. Mi madre vive convencida de que es porque en un momento dado dejó de peinarme ella: “Es que, claro, con la edad del pavo te dio la tontería de que no te peinara yo; si me hubieras dejado que te siguiera cepillando el pelo yo todos los días y que te peinara, hoy lo tendrías liso, porque el pelo se doma, claro que se doma. Lo que pasa es que no escucháis porque creéis que sabéis más que yo, y es cierto que estudiasteis más que yo, pero una madre tiene lo que vosotras no tenéis, tiene experiencia, ¿me oyes? Ex-pe-rien-cia, y si yo te digo que el pelo se doma es porque se doma; hoy, si me hubieras dejado, lo tendrías como una tabla y no como eso que tienes que ni es pelo ni es nada, si parece que llevas en la cabeza el nido del pajarito.» *Miss Amanda Jones*

CAPÍTULO 94

Vivir de alquiler es tirar el dinero

Estamos en un momento apocalíptico. Tengo catarro y he perdido un kilo. Lo que en la cabeza de mi madre significa: muerte inminente. Así que cada vez que la llamo, ando haciendo cosas rarísimas para que no me note la congestión. Le hablo con voces. A veces hago de Chiquito, de Mariano Rajoy, de lo que me surge. Yo imito fatal, las cosas como son. Y ahora mi madre se piensa que estoy como una regadera. Razón no le falta.

Cuándo utilizó el consejo:

Reproduzco a continuación una conversación acontecida hace diez minutos:

—Hola, nena, ¿ya estás en casa?

—Sí, vamos a comerrr ahorarr.

—¿Pero qué te pasa? ¿Estás tonta?

—Norrr, es que estoy imitando a Chiquitorrr.

—¿No habrás bebido? Que como yo me entere de que has bebido, y más a estas horas, cojo el tren y me planto a darte un buen sopapo.

—Que no, boluda, que estoy haciendo el tonto —con un acento argentino de mierda—; ¿ves ahora en argentino?

—Esto en público no lo haces, ¿no? Bueno, déjate de tonterías, ¿qué vas a comer? Que la última vez que te vi habías perdido peso.

—Lentejassssss —a lo Rajoy.

—Ya vale, que me estás poniendo mala. Además, ¿quién narices se supone que eres?

—Soy Rajoy...

—Tú lo que eres es tonta. Toda la vida igual. Qué paciencia contigo. Pues échale bien de chorizo a las lentejas, que tengan chicha, que te vendrá bien.

—Lo que usted diga, ama —con voz de pito; yo qué sé, mi repertorio tampoco da para tanto.

—Pero mira que eres pesada. Déjate de tontadas. Y a ver si te centras un poco. Que ya tienes 33 años, que yo a esa edad ya te estaba aguantando a ti. Y tú sigues viviendo como una adolescente. ¡Como si fueras una hippie! A ver si asientas un poco la cabeza. Te compras un piso como Dios manda y no andas por ahí de alquiler, que eso es tirar el dinero, que te lo tengo dicho. Algo que sea tuyo, que la vida da muchas vueltas, nena. Y yo creo que ya tienes edad de dejar la tontería esa de escribir y sacarte una oposición, que eso es trabajo seguro, y no las tontadas que haces tú. Que en cualquier momento te vas a la calle con una mano delante y otra detrás. Debajo de un puente vas a acabar viviendo, a este paso. Ay, si tú hubieras querido... Porque yo no lo entiendo, pero las monjas decían que eras muy lista. Bueno, y muy vaga, eso también lo decían, aunque yo ya lo veía. Que inventaste un sistema de poleas para no tener que levantarte a apagar la luz de tu cuarto. Eso es de vagos. ¡Ay, si hubieras dedicado todo ese tiempo a estudiar! Tendrías tu piso, con tus muebles, tuyo para siempre. Y no como ahora, que vas dando tumbos por toda la ciudad. Ocho pisos en diez años. Si es que eres culo de mal asiento. Pero ya te asustarás, ya. Y entonces querrás sacarte una oposición y tendrás el cerebro oxidado. Tiempo al tiempo.

Yo a estas alturas ya no tengo humor para imitaciones y se me escapa mi tono de voz congestionado, sin disimular ni nada, a pelo:

—Mamá, por Dios, que me deprimes...

—Uy, ¿qué es eso? ¿Tienes catarro?

—Brrttt, ggggggkjkkkk, ssssssss... Mamá, no te oigo... ssssss, brrrrr... me quedo sin cobertura. —Y le cuelgo mientras la oigo decir a lo lejos:

—AbrigatEEEEEEEE.

Yo sé que no ha colado.

En una hora me está llamando para regañarme por ir poco abrigada, por llevar «esos leggins que ni tapan ni nada», por respirar por la boca, «que todo se coge por ahí», y por comer pocas naranjas, «que yo no sé qué tontería te ha cogido con que te dan dentera los gajos».

Tengo una hora para deprimirme porque mi vida es una mierda y, en nada, voy a ir a vivir debajo de un puente. Ahora tengo catarro y depresión.

Consecuencias del consejo:

Cuando pago el alquiler tengo la sensación de que le estoy prendiendo fuego al dinero o algo así. Y he estado echando un ojo a varios puentes bastante céntricos, que tienen su encanto.

Segunda consecuencia: miro a los opositores con odio. Su voluntad es mi castigo.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, por lo que parece, sacarse una oposición ya no va a ser garantía de nada, así que éste nos lo saltamos. Y lo de vivir debajo de un puente, ¿cómo lo veis?

Versiones:

«Mi madre me da la misma cantinela, se agobia con lo pequeño que es mi piso. ¡Que me compre un piso ya! Respecto a las naranjas, pues lo mismo. ¿Súper Ratón tendría una madre española obsesionada con las vitaminas?» *Atropellaplatos*

CAPÍTULO 95

Vete a saber qué te dan por ahí

Ayer llegué de pasar unas Navidades que este año en mi casa han parecido durar ocho años. Andábamos las tres tachando días en el calendario y aquello no avanzaba. Pero sobrevivimos.

El caso es que llegamos yo y mi coche, y dentro de mi coche había: una lata de pimentón, dos chistorras (campeonas ocho veces), un queso de Idiazábal (sólo una vez campeón, pobre), turrón, chocolate y membrillo de Confitería Donézar, un bote de avellanas de la huerta de mi tío, jamón serrano, *foie* supercampeón, pimientos del piquillo de la huerta de un amigo, espárragos, dos túpers con pollo encebollado, gulas, croquetas caseras, una lechuga, vainas, una barca de caquis, tomates cherry de la huerta de mi vecino, caldo de pollo Aneto, ajos, un par de trozos de rosco de Reyes, Actimel y una flor de Pascua. También llegaron mis regalos de Reyes: una bandeja para apoyar el portátil, un abrigo, unas katiuskas, una pulsera, un bolso, un cenicero, un juego de cuencos, una mantelería, un juego de tazas para el café, un boli, una caja fuerte, unas zapatillas masajeadoras, una manta, una colonia y un Dian Seis en miniatura. Por último llegó mi maleta y, luego, ya iba yo con ciática.

Como aclaración: yo no vivo en el fin del mundo. En Madrid hay supermercados donde venden comida. Y dentro de quince días vuelvo a ver a mi madre. Pero esto ella no lo entiende.

Cuándo utilizó la frase:

Ayer, mientras trataba de meter los bolsos en mi coche en plan tetris. Yo no entendía qué era todo aquello y le iba preguntando:

—Y esta bolsa ¿qué es?

—Es chistorra... —Ésta es mi madre.

—Son dos chistorras, mamá.

—Pues sí, nena, pero no son dos chistorras cualquiera, son chistorras campeonas. ¡Ocho veces han ganado el premio a la mejor chistorra! De ésas no hay en Madrid. Las he comprado en la carnicería del pueblo. Y allí están todos los trofeos colgados de la pared.

—¿Y esto?

—Uy, eso es una lechuga riquísima. Rizadita, y no esa iceberg que dan en Madrid que no tendrá ni vitaminas ni nada, con lo tiesa que es. Y no tuerzas el morro.

—Mamá, esto son vainas —le digo abriendo una bolsa camuflada debajo de la lechuga y un queso.

—Pues sí, nena, y ni se te ocurra tirarlas, que están tiernas, tiernas y se deshacen en la boca. Ni masticarlas hace falta. Y el queso también es campeón.

—¿Y este membrillo?

—Uy, nena, este membrillo es el mejor del mundo. Que lo hacen en Confitería Donézar a mano, como Dios manda, ni conservantes ni nada, que te va estupendo con el queso Idiazábal. Y también te he metido algo de chocolate casero, para que no te den desmayos, que tienen uno con avellanas de verdad, de esas que saben a avellana y no a arena. Porque yo no entiendo qué les hacen a los avellanos ahora para que sea igual que chupar una piedra. Bueno, y también llevas un poquito de turrón de mantequilla, que eso te va muy bien para que no me pierdas kilos. Y dos trozos de roscón de Reyes, que me lo hacen por encargo y lleva nata de verdad, también, con su sabor a nata. Que ahora compras un bollo y total, para que lleven aire blanco dentro.

—¡Mamá! ¡Una barca de caquis! Pero si con eso puede comer una familia numerosa un mes.

—Anda, anda, si están jugosos, que eso ni llena ni nada. Son de la huerta de Joaquín el vecino, que no tienen ni fertilizantes ni nada y aguantan un montón. Además, la fruta va bien para todo.

—¿Y este Actimel también es campeón?

—Menos chistes, nena, te tomas uno por la mañana que eso te da fuerzas y te quita los catarros.

—Mamá, en Madrid venden Actimel, y caldo de pollo, y queso, chistorras, caquis... Probablemente vendan más cosas que aquí.

—De eso nada. Que tú te crees cualquier cosa. Me vas a comparar ese chocolate casero de Donézar con cualquiera que te vendan en el supermercado. Que a mí qué más me da que sea suizo si sabe a cartón. O ese queso de Idiazábal, que alimenta con olerlo. Vete tú a saber qué te dan por ahí. Y te he puesto pollo encebollado, que te lo calientas y ya tienes comida para tres días. Hala, y deja de dar la lata, que se te va a hacer de noche. Conduce despacio y por tu derecha. Y me llamas cuando llegues. ¿Me estás oyendo?

Yo ya no oigo nada porque me he metido en el coche y dentro huele a mercado, a campo, a bollos recién hechos, y huele a mi madre y a todas sus ganas de cuidarme como si me tuviera al lado. Y entonces tengo que respirar hondo para que no se me salten las lágrimas mientras ella me dice adiós llorando a moco tendido. Con hipo, como se debe llorar.

En quince días montamos la misma película. Hasta que yo no giro en la curva del parking, la veo en el espejo retrovisor moviendo la mano, despidiéndose mientras hipa, y justo en ese momento, hace el gesto de que la llame por teléfono. «Todas las veces que pares, nena, que ya sabes que yo no descanso hasta que me llamas. Y a ver si la próxima vez vienes en tren. Con lo cómodo que es y la manía que te ha dado con venir en coche. Yo te lo pago.» Que digo yo que necesitaría un tren de mercancías, porque dudo que me dejen subir toda la carga maternal que arrastro. Y justo al girar la curva del parking me inflo a llorar. Esto del drama se pega un poco, las cosas como son.

Consecuencias:

Ligera percepción de que Madrid es una ciudad despoblada, sin sistemas eficaces de abastecimiento.

Segunda consecuencia: la comida que no es campeona no tiene encanto para mí. La como sin ilusión.

Tercera: incredulidad por parte del carnicero del Ahorramás cuando le pregunté: «Pero ¿este queso es campeón?»

Cuarta: una vez me paró la Guardia Civil y, por no registrar mi coche, me dejaron seguir.

Quinta consecuencia: cierta sensación de ser una exiliada que se va de su país para años, pero cada quince días. Esto a su vez provoca como una nostalgia perpetua bastante complicada de explicar.

Sexta consecuencia: tengo dos frigos. Y, en este momento, algo de empacho de chocolate.

Excepciones para utilizarlo con mis posibles futuros hijos:

Hijos, ojalá vuestra abuela nos siga haciendo ese pollo encebollado, porque como tenga que aprender yo a flambearlo, probablemente lo que necesitemos sea una nueva cocina.

Versiones:

«Si vieras la que montamos nosotros cuando vamos y venimos de Argentina... Parece que en España no haya nada. ¡Hasta libretas me traigo! Y la de mocos que soltamos... Por cierto, mi madre hace lo mismo y vivo al lado. He tenido que empezar a negarme, porque yo hacía las compras y ella me las hacía también, y me la pasaba tirando comida. Es el instinto maternal y la falta de confianza en nuestro criterio.»
MóniKa Versace

«Somos los hijos de los que crecieron en la posguerra, y eso marca. La mirada de una madre tiene un efecto inverso a salir por la tele: adelgaza. Si lo sabré yo: si

estuviera más delgado, cada vez que mi madre me dijera “estás más delgado”, ya sería antimateria.» *Víctor Zurdo*

«Dios mío, que no choquemos tú y yo en la carretera, que montamos un Carrefour Gourmet en plena autovía. ¿Será que todas las madres son iguales? Que yo me vengo a Madrid hasta con patatas, y le digo: “¡Pero, mamá, que venden patatas en Madrid!”, y lo peor, que tiene razón, no son como las del pueblo.» *Cris Ham*

CAPÍTULO 96

Es que vas sin mirar, nena

Que levante la mano quien no haya oído esto en su infancia. ¡Venga ya! Bajad esas manos, mentirosos. Todo el mundo ha oído esto. Pero lo peor no es oírlo, no. Lo peor es el momento en que te lo decían. Justo después de haberte metido una leche. Y normalmente acompañado de un «¿pero no lo has visto?».

De verdad. Esta frase debería desaparecer del lenguaje. ¿En serio que si alguien lo hubiera visto se habría empotrado contra ese radiador? Pues claro que no lo has visto. ¡Coño! Que estás sangrando y sangrar a propósito... pues nunca entra dentro de tus planes.

Cuándo lo utiliza:

Pues eso, siempre después de un golpe. El otro día mismamente: el 31 de diciembre de 2011 a las nueve de la noche. Temperatura exterior menos dos grados, humedad al 80 por ciento, bancos de niebla intermitentes. Hemisferio norte. Meridiano de Greenwich.

La escena va así: el coche familiar, que tiene el mismo volumen que cuatro como el mío y era la tercera vez que lo conducía yo. La primera que lo desaparecaba.

Dentro de él: mi hermana, mi novio, y yo al volante.

Fuera: mi madre, mi prima, su hijo bebé y mi tía, todos dirigiendo la operación.

Lo sé, aquel plan fallaba desde la base. La calle cortada a la derecha por la San Silvestre, y yo teniendo que dar la vuelta en una calle de pueblo con pivotes a los lados de la acera. Vamos, que era una misión para Fernando Alonso. Y eso, si el tío es paciente con las críticas.

Mi tía en zapatillas de casa negociando con un policía municipal para que nos dejara pasar porque no llegábamos a la cena de Nochevieja. Mi madre gritando: «Derechaaa, izquierdaaa, tuerce, tuerce, tuerce, yaaaaa.» Que el sargento de hierro a su lado, una nenaza. Mi prima con el niño en brazos animándome con la mirada. Dentro del coche también oía: «Izquierdaaa, derechaaa, tuerce, tuerce, tuerce.» Pero nunca sincronizado con las órdenes exteriores.

Y se precipitan los acontecimientos: el municipal insolidario diciendo que no me dejaba pasar (que ya nos veremos las caras, bonito, al tiempo). Mi tía corriendo y gritando por la calle. Yo pensando: aún tenemos que ir a urgencias con ella y a ver quién sale de esta calle a toda leche. Mi madre con un movimiento corporal tipo biodanza, pero biodanza de la muerte. Y yo sudando en un pueblo que no pasa de diez grados en agosto. Y entonces sí, con el coche cruzado en mitad de la calle, llega el artista invitado: el gilipollas de la bocina que no ve que la calle está cortada 20 metros más adelante. Y ahí sí, yo ya pierdo los nervios y las distancias, y le meto con los bajos del coche a un escalón. Pequeña concreción: a la parte de debajo de los bajos, es decir, al protector. Lo raspo ligeramente. Se hace un silencio sepulcral en el interior del coche, rollo funeral, vamos. Mi prima protege al bebé y oigo un grito desde fuera, desde fuera o desde las mismas entrañas de la tierra:

—¿¿¿¿¿¿iiiiiiPero es que no lo has visto!!!!??????? Es que vas sin mirar, vas sin mirar. Te he dicho izquierda. Clarísimo lo he dicho.

Y a punto estaba de empotrar el coche a propósito mientras le gritaba a mi hermana, que no sé qué me decía de cómo salir de allí, cuando me acordé de una imagen de mi padre: hace muchos años, en mitad de una carretera mal iluminada arrastrando hacia la cuneta el contenedor contra el que habíamos chocado, mientras gritaba: «¿¿¿¿Pero tú crees que si lo hubiera visto me empotro en él!?!? ¿En qué cabeza cabe? ¡Por supuesto que no lo he visto! ¡Verlo implica intentar esquivarlo!» Y mi padre nunca gritaba, ni decía tacos, y creo que le vi perder los papeles tres veces en su vida, contando el «momento contenedor». Y me entró una tristeza tan grande, que se me pasaron las ganas de empotrar nada.

Consecuencias de la frase:

Entre la tristeza, el cabreo, la tensión y probablemente el sudor en las manos, al aparcar en casa de mi tío le di al coche de atrás. Eso sí, nadie dijo ni mu. Le di las llaves a mi hermana y le dije:

—Todo tuyo. ¿Dónde está el vino?

Excepciones para utilizarlo:

Ninguna. Tengo bien claro que el golpe que te das es más que suficiente, aún con más motivo si sangras. Y también que, con toda la adrenalina que tienes en un momento así, lo peor que alguien puede decirte es: «¿Es que no lo has visto?» Pues claro que no, verlo implica intentar esquivarlo...

Versiones:

«La primera vez que conduje el coche de mi padre también fue la última. En el interior, el aforo completo (amiga, padre, madre, abuela y servidora deseando estrenar la L y el carnet de conducir); cerca de allí, un semáforo en ámbar que nunca vi. Aún suena la voz de mi padre en mi cabeza: “¿Es que no lo has visto?” Pues el otro día, bajando una rampa del parking, mi marido no tomó bien una curva y directamente rajó la rueda contra un bordillo, y me sorprendí a mí misma haciendo la puñetera preguntica.» *Yolandica*

«Dar marcha atrás con el coche en la plaza mayor de tu pueblo y partir el mierda-arbolito que acaba de plantar el Ayuntamiento no tiene precio... Bueno, sí, sí lo tiene, le pasaron la factura a mi madre, que para eso es un pueblo y todos saben donde vivo.» *Mi gremlin no me come*

«Cómo me molestan esas preguntas retóricas (por no llamarlas absurdas). Como cuando te caes y te preguntan: “¿Te has caído?” (No, me he tumbado un rato a descansar.) O según vas entrando por la puerta: “¿Has llegado?” (No, soy un holograma de mí misma.) Hay como una tendencia irrefrenable a preguntar lo evidente.» *Mi alter ego*

CAPÍTULO 97

No es más ordenada la que más ordena, sino la que menos desordena

Esto es complicado. Yo soy desordenada. No vocacionalmente desordenada. No es que yo vea un cuarto y piense: voy a reventarlo. No, me sale solo. Como vomitar. Es algo que no puedo evitar. Voy apoyando las cosas por ahí para recogerlas luego, pero luego nunca las recojo. Soy como una pequeña agricultora del caos. Me encantaría no ser así. Mi vida sería mucho más sencilla y barata. Tengo que tener tres pares de gafas que nunca encuentro. Copias de las llaves en todos los bolsos, y soy capaz de perder unas botas durante años en mi propia casa. Yo las meto en una bolsa y digo: «Aquí guardadicas, para el año que viene, que seguro que me acuerdo.» Pero nunca me acuerdo. Mierda, es que por lo menos me podía haber tocado una memoria portentosa.

Pero bueno, tiene sus ventajas, vivo constantemente sorprendida de los tesoros que encuentro entre mis pertenencias y me siento de estreno con ropa que tiene años. Hace poco me encontré 300 euros en un libro. En un libro sobre microeconomía, que luego lo piensas y era bastante lógico, pero en su momento me tiré desesperada buscando en carteras, bolsos y bolsillos los 300 pavos, hasta que llamé a mis padres para pedirles dinero. Ahora, cuando no llego a final de mes, me tiro una semana revolviendo toda la biblioteca a ver si otra vez tuve la genial idea de guardar pasta dentro. Por el momento nada. Sólo un caos de biblioteca. Ya os contaré.

Pero tiene inconvenientes:

—Una pérdida enorme de tiempo buscando cosas.

—Un gasto extra para comprar dos veces el mismo objeto, incluso tres.

—Cajones llenos de servilletas atadas en honor del pobre san Cucufato, al que tengo explotado: «San Cucufato, san Cucufato, los cojones te ato y hasta que no encuentre las llaves (las gafas, los pendientes, el gato) no te los desato.» Luego no me acuerdo de por qué había atado la servilleta, y ahí lo tengo, al pobre hombre, encogido hace años.

—Último inconveniente: mi madre. Uno puede ser el caos en persona, pero combinarlo con una madre como la mía no se puede.

Cuándo utiliza el consejo:

Sobre todo cuando me pilla atándole los cojones a san Cucufato, porque dice que le parece una falta de respeto. Bueno, dice algunas cosas más: que si no pierdo la cabeza porque la llevo pegada, que si un día me voy a perder para no encontrarme, que eso sólo puede ser una manifestación del desorden mental que tengo, que si me parece normal que mi vida sea un caos, que no es más ordenada la que más ordena, sino la que menos desordena, que voy a arrastrar a todo mi entorno a una vorágine de autodestrucción. ¡Bah! Lo típico.

El día crítico fue el que perdí a mi hermana y me perdí yo también. Bueno, que lo dices así y parece una barbaridad, pero que yo no lo hice a propósito, que fue sin querer. Estábamos en el Aqualand. Por primera vez. Yo soy de una ciudad pequeña, en la que no había Corte Inglés, vamos, que por no haber, no había ni unas escaleras mecánicas. Por no hablar de que las barracas venían una semana al año. Y en aquel parque acuático había: ríos con corriente, cascadas, precipicios, trampolines, toboganes, tirolinas, piscinas con olas, y todo legal. ¿He dicho piscinas con olas? Allí estaba todo, y también estaba la Cruz Roja cerca que, con mi corta experiencia, sabía que era una ventaja. Pues eso, que yo no entiendo cómo a mis padres se les ocurrió decirme:

—Quédate aquí un poquito, que vamos por unos botellines de agua. Agarra a tu hermana y no te muevas.

¡No te muevas! Es que, vamos, pedían un milagro. Si a mí atada me cuesta estar quieta. Yo no recuerdo muy bien dónde nos separamos. Sólo vi que ponía: «Kamikaze, el tobogán de la muerte.» Y se me nubló la vista. Aunque no fue todo fácil. El socorrista

me dijo que era muy bajita para tirarme. Pobre. Me agazapé debajo de un seto, sigilosa como un ratón. Esperé a que se despistara y me colé. El caso es que el hombre tenía razón. Al tirarme, como pesaba tan poco, en el primer salto me quedé en el aire, y ya no toqué el tobogán hasta el último momento, de manera que salí rebotada a la piscina de al lado, donde justo caía el señor más gordo que he visto en mi vida. Y lo vi clarísimamente, como un inmenso alud de chichas que se desparramaba sobre mí. Yo de mi hermana ni me acordaba. Ya me vi el papelón. A toda pastilla a la Cruz Roja y venga a decirme que cómo me llamaba, y yo como si fuera autista pensando: «Para rato te lo digo, que llamas a mis padres por megafonía y ya vas a ver. Hasta que no pare de sangrar, no suelto prenda.» Pero entonces apareció mi hermana. Llorando con un amable policía, por decir algo, que la había encontrado en una esquina de la piscina de bolas preguntando por sus padres. Se me abrazó y entonces sí que tuve que cantar. Cuando oí mi nombre por megafonía lo tuve claro. Se acabó el verano. Y no veas si se acabó: cuando llegó mi madre hasta se fue el sol.

Consecuencias:

Frustración constante. Yo le veo todas las ventajas del mundo, incluida la de no tener que oír a mi madre, que eso es la superventaja. Pero no me sale.

En mi hermana, cierto grado de autonomía. La perdí un par de veces más.

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, confiaremos en los poderes de san Cucufato el día que os pierda. Porque va a pasar. Lo tengo claro, y mi madre, también.

Versiones:

«Yo se los ataba a san Donato, y el pobre debe de estar hasta las narices de mí.»
Azaak

«Mi madre usaba ésta. Porque yo vivo en mi desorden, pero no me cambies las cosas de sitio, porque dentro de mi caos, yo me oriento. Y también utilizaba la de “no es más limpio quien más limpia, sino quien menos ensucia”, que hace que tenga una tendencia horrible a usar cuantas menos cosas, mejor, sobre todo cocinando.» *María Victoria*

CAPÍTULO 98

No abras eso con los dientes

Vaya por delante que yo tengo las dos palas falsas, producto de la torpeza infantil. Quien dice torpeza dice cierto ánimo suicida y predilección por aterrizajes forzosos en esquinas, radiadores y suelos en general. Así que tengo ciertas limitaciones para comer: prohibido bocatas, manzanas y pipas.

También vaya por delante que si tú a mí me prohíbes algo, consigues que las pipas, las manzanas y los bocatas se conviertan en mi alimento preferido al instante.

Y luego también está la niña empírica que vivía dentro de mí y que tenía que confirmar aquella recomendación del dentista en sus propias carnes, bueno, dientes:

—A partir de ahora, la niña tiene que tener cuidado con lo que muerde. Siempre mejor con las muelas. Y que se olvide de cosas duras si quiere que esos dientes le lleguen a los 20 años.

Así que mi drama mamá incluyó aquel discurso dentro de su retahíla de discursos varios:

—Ya has oído al dentista. Nada de morder duro. Que con lo que nos han costado esas palas, como para romperlas. ¡Más que mi Seiscientos! Además, si no quieres que te tengan que poner implantes con 15 años, más te vale conservarlas. Bueno, no sé si te importará lo de los implantes, pero como yo tenga que volver a pagar por otras falsas, te pongo a trabajar. Así te lo digo.

Pero como decía, en mi interior vivía una niña empírica que comenzó con las pipas a escondidas, manzanas de contrabando con mi hermana y mordiscos robados en bocatas del cole, y siguió con todo lo demás. Vamos, que yo todo lo abro con los dientes: botes, bolsas, cervezas... Ahora, que la cantidad ingente de collejas que me he llevado por mi espíritu empírico...

—Que no abras eso con los dientes —colleja—; «la nena abrepatas», te voy a llamar. Pero si das dentera y todo. Y como te rompas una pala... ¡Ay, como te rompas una pala!

Consecuencias del consejo:

A mí comer pipas me da vidilla, es como si jugara a la ruleta rusa.

Fama merecida de MacGyver en diversos campamentos. Tú me das un palo y una cuerda, y te limo un arco y una flecha.

Desolación total cuando al final, hace un par de años, una maldita pipa me partió la pala izquierda. Después de haber utilizado los dientes incluso para jugar a la sogu tira, una pipa Facundo acabó dándole la razón a aquel dentista.

Cuarta consecuencia: bronca apoteósica con mi madre, que pasará a los anales de nuestras broncas apoteósicas (y eso es mucho decir), porque ya me lo dijo. Hombre, le podía haber recordado que el dentista les dio a la palas una vida máxima de diez años, y que me habían acompañado casi diez más. Podría habérselo recordado, o mejor tú, se lo podías haber recordado tú, porque yo me protegía la nuca mientras ella soltaba espumarajos por la boca.

Quinta consecuencia: una pena terrible por mí misma y cierto flagelo cuando el dentista me dio la factura que tenía que pagar. Mi nueva pala me costó más que el coche que tenía, no el Seiscientos de mi madre, no, el que tenía yo en 2009. Di que tenía un Saxo con 310.000 kilómetros. Que se lo cambié a mi prima Arantxa por un iPod al poco tiempo, en lo que yo creí el mejor acto de trueque de la historia, porque dentro de aquel coche no funcionaba más que el motor. Hasta el freno de mano había que pillarlo con un destornillador para que se sujetara. El iPod ya no funciona y ahí sigue el Saxo, dándolo todo.

Sexta consecuencia: simbiosis extratemporal cuando en filosofía llegamos a Hume y Locke, esos empíricos que hubieran sabido entenderme. Soy una mujer fuera de mi tiempo, eso es lo que pasa.

Excepciones para utilizarlo:

No abráis las cosas con los dientes, futuros hijos míos. Dádmelas a mí, yo me encargo.

Versiones:

«No tengo dientes postizos, ni me gustan las pipas, en cualquier caso, lo abro todo con los dientes, y mi madre decía una frase constantemente: “TE VAN A TENER QUE PONER APARATO.” Y lo decía no como un fastidio, sino deseándolo...» *Irene y Umpa Lumpa*

«Yo también soy una drama mamá. Cuántas veces se lo he dicho a mi hijo... cientos, pero va el tontolón de él y se rompe una pala una noche de farra, que, según la versión oficial, resbaló con tan mala fortuna que, al caer, se dio con el bordillo de la acera... Me lo creeré, no vamos a dudar del chaval. La reconstrucción del diente le duró un año, y comiéndose una hamburguesa, ¡zas!, se le rompió otra vez, y funda al canto. Y mira que se lo dije veces: “Hijo, cuida los dientes que no te volverán a salir, y con lo que nos estamos gastando en ortodoncias.” Pues eso, ya hemos pagado en ortodoncias, reconstrucciones, fundas... ¡Y lo que nos queda!» *El gallinero de Rosa*

CAPÍTULO 99

No andes descalza

En torno a esta frase giraban un sinfín de amenazas: enfriarte, enfriarte mucho, coger anginas, ensuciarte, romperte un dedo contra cualquier cosa, enfriarte más, pillar una pulmonía y, en mi caso, una más: «No andes descalza que te vas a quedar inútil.» Y vosotros pensareis: ¿qué tendrán que ver los pies descalzos con la inutilidad? Pero ¿mi madre os ha defraudado alguna vez? Pues eso, no penséis tanto.

Cuándo lo utilizaba:

Mi hermana y yo teníamos los pies planos y valgos, que viene siendo sin arco y ligeramente inclinados hacia el interior. Esta ligera deformación en mi casa se vivió como una terrible cruz, en plan: las niñas tienen tres brazos. Como si de mayores no fuéramos a tener una vida normal por unos pies pochos.

La culpa de todo la tuvo un podólogo al que se le ocurrió decir en la primera revisión: «Esto, si no se corrige, en la vejez produce deformaciones de la columna vertebral.» Y agregó: «Qué pena que no sean chicos porque, por lo menos, les habrían dado por inútiles en la mili.»

Y la palabra «inútiles» cayó sobre mi madre como una losa. Bueno, la losa también cayó sobre mi hermana y sobre mí. Siempre hemos sido de compartir losas en mi familia. Así que lo primero fue cambiar de podólogo por uno algo más innovador y que no adjetivara tanto. Eso también lo vimos importante. Y pasamos a la época de nuestros ejercicios de recoger bolis con los pies. Sí, ése fue un ejercicio habitual tres veces por semana. Lo sé, suuuper-normal.

El podólogo innovador, que no adjetivaba, propuso una terapia que combinaba llevar los zapatos de Frankenstein (con refuerzo de hierro en los laterales), sumado a unas plantillas con unos bolos que te hacían cagarte en el cuento de la princesa y el guisante y, por último, la prohibición de no andar descalzas nunca, excepto en la arena de la playa. Y como complemento terapéutico, teníamos que ejercitar la flexibilidad de los dedos de los pies. Una cosa muy práctica para el futuro. Eso, junto con la trigonometría, lo que más he tenido que utilizar yo en mi vida.

El caso es que nos sentaban en el sofá del salón, mientras mi madre nos tiraba bolis y lápices a la alfombra y nos pegábamos así una hora, recogiénolos. Todo sin tele. ¿Qué se os ocurre que pueden hacer dos niñas en esa amena situación? Pues fácil: poner de los nervios a cualquiera; eso sí, cada una cazábamos un boli al vuelo con los pies. Insisto, super... super-normal.

Consecuencias del consejo:

Odio atroz al podólogo, al que adjetiva y al otro, y un ligero complejo de Forrest Gump en el cole.

Segunda consecuencia: locura total ante unos zapatos merceditas, sin hierros, finitos, con su tacón y su pinta de no ser los zuecos de Hulk, que mirábamos en la zapatería de debajo de mi casa como la más ansiada de las pertenencias.

Cierta amistad con la zapatera. Nos miraba, miraba nuestros pies, nos sonreía con lástima.

Cuarta consecuencia: lo dicho, una portentosa habilidad para recoger cosas con los pies que se mostró en todo su esplendor un día en la piscina, cuando cogí una pelota de pingpong con el pie. Total y absoluta admiración de la cuadrilla de la pisci. Y preferencia para tirarme del trampolín desde aquel momento. Yo con los pies recojo lo que me pidas. Un alfiler, un alfiler. El sueño de todo ser humano.

Consecuencias en mi hermana: vacío existencial. Todavía tiene los pies planos.

Y por último: me encanta andar descalza. Pero no un encantarme de «qué placentero es no llevar zapatos», sino más bien de «abajo la dictadura de las zapatillas de andar por casa. ¡Revolución!».

Consecuencias en mi madre: estrambóticas broncas que ningún vecino entendía. Si

me pillaba descalza, me lanzaba el doble de bolis y me amenazaba:

—Nena, como te vuelva a pillar descalza te tiro un fosforito. De los gordos, ¿eh?
¿Me has oído?

Excepciones para utilizarlo:

Futuros hijos míos, me da lo mismo lo que digan. Quitaos los calcetines y apoyad los pies en la hierba, en la tierra, en la arena, en la madera, en las baldosas... ¿Lo notáis? Eso se llama libertad y a veces, pocas, a uno le vale andar descalzo para sentirla. No os lo vayáis a perder por una tontería de calcetines.

Versiones:

«A mí el podólogo (hermano de los tuyos, hijo) me hacía recoger ropa con los dedos. Mi madre, cuando alguien se duchaba en mi casa, me hacía entrar al WC a recoger su ropa y la toalla con los pies. Muy normal tampoco era. ¡Solidaridad entre raritas!» *Esto es para una que lo quiere así*

«Yo también tengo pies planos. Fui con plantillas gran parte de mi infancia, y cuando iba descalza tenía que ir de puntillas. Llevo como una losa no haber podido ponerme bailarinas de charol, y ahora no me las pongo porque me hacen juanetes. La vida...» *Accidentalmente*

«Mi podólogo, supongo que compañero de facultad del tuyo, me hacía recoger canicas del suelo. Con mi hermano jugábamos a ver quién cogía la canica más grande. Consecuencia: los pies los sigo teniendo planos, pero he desarrollado una gran habilidad para coger las cosas del suelo, y ayuda la separación que me quedó entre el dedo gordo y el siguiente. Y no veas, durante los últimos meses del embarazo, ¡la comodidad de poder coger las cosas con los pies sin tener que pedir ayuda!» *Esther*

CAPÍTULO 100

A la 101 se rompe

Cuándo lo utilizaba:

¿Sabes la tapa de las pilas del mando de la tele? ¿Sabes el gusto que da sacar y meter la tapa? Durante horas. ¿Sabes el relajante «clic, clic»? Yo siempre he sido muy de clic, clic. Tengo un compañero de trabajo que dice que deberíamos convertir todos mis movimientos en algún tipo de energía. Estamos pensando en cómo recargar los móviles del departamento atándome algo a las piernas para aprovechar mi meneo cinético. Eso dicen en mi curro, mi madre dice que canso con sólo mirarme. Vamos, que a mis padres el clic, clic no les parecía para nada relajante. Nada de nada. Es más, llamadme perspicaz, pero creo que incluso les tensaba un pelín. ¿Cómo lo notaba mi perspicaz mente infantil?

Pues que si unos mandos de la tele atados con cinta aislante, puertas con topes y cuerdas, tenedores y vasos de plástico, manoplas para ver la tele, ligeras maniobras de inmovilización...

Y luego, la frasecita:

—Nena, a la 101 se rompe. Y te lo descuento de la paga.

Como si decirme eso no fuera exactamente motivo suficiente para comprobarlo. Yo creo que incluso pensaba: «¿Cuántos llevaré? ¿50? A ver si es verdad: 51, 52, 53...». Pero nunca llegaba porque, antes, mi perspicaz mente recibía un buen cojinazo, una siempre sorpresiva colleja, una amable invitación para irme a mi cuarto, y, si estaba cerca de la vez 99, una nada amable invitación para irme a la mierda. Mi madre no decía «mierda», pero ya os he comentado que yo era muy perspicaz y sé que me estaba mandado a la mismísima mierda.

Alguna vez que anduve menos perspicaz incluso me gané una ración extra de vainas por martillar con un tenedor el plato, darle vueltas a un tapón encima de la mesa, o por golpear con insistencia el canto de una puerta.

Por si después de 100 consejos, todavía no me conocéis lo suficiente, cuando hablo de insistencia no hablo de diez golpecitos, no. Hablo de girar las cosas rollo acelerador de partículas del CERN.

Vamos, que me dejas un plato y una cuchara y te hago un Big Bang que te creo un nuevo mundo sin que te des cuenta. Es cansado. Y no creáis que cuando duermo, paro. A veces me levanto tan cansada de la cama de lo que me muevo, que pienso: «Joder, espero haber ganado yo en el sueño que haya tenido, porque con la paliza que llevo...»

La verdad es que yo a veces me agoto de mí misma. Di que esto también le pasaba a mi madre. Ella lo llamaba el baile de san Vito, bueno o «ese movimiento infernal de maraca humana que haría que el santo Job pidiera un valium». Ella no es de metáforas naif. Está más cerquica del gore. Es su estilo.

Excepciones para utilizarlo con mis posibles futuros hijos:

Pues es que todavía no lo sé; lo mismo, al llegar al consejo 101, el libro se rompe. Sería una pena porque en mi cabeza todavía quedan muchos clics maternos, miles de ellos. Ya sería pena que, justo en éste, tuvieran razón, y se fueran a quedar en el limbo de los consejos no criticados, como «si pica, es que se está curando», «no te queda nada que planchar a ti, nena», «la única herencia que te dejamos es tu educación». O frases habituales como «éstas no son horas de llamar a una casa decente», «te cuento hasta tres», que todavía no hay un niño vivo que haya oído decir a su madre «tres»... O «éste es el primer momento del día en que me siento».

También se perderían algunos lamentos como «¿qué vas a hacer cuándo yo falte?», el tantas veces repetido «me estás quitando la vida», o el «te crees que esto es una pensión». Y qué será del «¿te has lavado las manos?», o de mi querido «si quieres te lo pinto».

A los hijos de drama mamás se nos podría olvidar el «y yo quiero un negro que me abanique», o «no bebas más agua que vas criar ranas». También los aterradores «no hagas nada por ahí que no harías delante de mí», «voy no, ven ya» y «antes se pillá a un mentiroso que a un cojo».

Si es que se me amontonan, me salen a borbotones: «Más respeto, que soy tu madre», «te estás quedando en los huesos», «sí, claro, y yo nací ayer», «cuando tengas hijos, harás lo que quieras», «mientras vivas bajo mi techo, harás lo que yo diga», «tú te crees que los pájaros maman», «lo mejor del jamón es lo blanco», «te crees que la policía es tonta», «no arrastres la silla»...

Lo sé, futuros hijos míos, estáis aterrorizados. No me extraña. Prometo intentarlo. Palabrita. Al menos, no decir todos los consejos del tirón. Intentaré no confundiros con conceptos imposibles como manga por hombro, o castaño oscuro, crismas abiertas y demás. Intentaré no utilizar la palabra «pilingui» para hablar de vuestra ropa, ni tiraros de los pantalones hacia arriba. Intentaré no lavaros con mi saliva las manchas, y ser una buena madre. Aunque ya os digo que mi madre fue una madre cojonuda. Aunque me vaya a lavar la boca con jabón cuando se lea este libro, como poco. Menos mal que ya no me puede mandar interna...

Consecuencias del consejo:

Por primera vez lo admito: mi madre tenía razón. A la 101, las cosas se rompen.

CAPÍTULO 101

El último consejo y la confesión: «Reina, si te tienes que hacer rica riéndote de tu madre, pues nada, así sea.»

Pues sí, lo confesé. En mitad de todo este proceso, la drama mamá descubrió que era la drama mamá. Yo me esperaba algo muy intenso, algo tipo lanzamiento de platos, gritos: «¡Cómo se te ocurre! ¡Te voy a matar! ¿Tú para qué tienes que hablar nada de lo que pasa en casa?» Pero no. Ciento y un consejos y, en realidad, no conozco a mi madre.

Allá por marzo de 2011, y por sugerencia de los lectores del blog, presenté un boceto de este libro a la editorial. No pensé que pudiera salir adelante, pero ellos se interesaron. Al mismo tiempo, el blog se me estaba yendo de las manos. Me empezaron a hacer entrevistas, y algunos medios y blogs (con mucha influencia) empezaron a hablar de la drama mamá. Me desbordó. Pero mi alarma saltó el día que una amiga me dijo que leía una bitácora sobre madres y que la protagonista era igualica a la suya pero que aún se parecía más a la mía. Y al decirme el nombre, en mi cabeza resonaron hasta las trompetas del juicio final. Así que me dije (porque yo soy muy de decirme cosas): «Confiesa antes de que te pillen, porque te van a pillar. Siempre te pillan. ¿Por qué será? ¿No sabré tener secretos? ¿Qué consecuencias tendrá esto en mi futuro?» Es que yo me digo cosas y también me meto en espirales existenciales en un pispás.

Bueno, el caso es que me dio una ciática de caballo que me dejó postrada durante quince días y mis padres vinieron a verme a Madrid. Quizá tuvo algo que ver el Diazepam, pero en cuanto vi una posibilidad lo solté todo. También contribuyó el Myolastan. Eso también.

—Mamá, papá... Tengo algo que contaros. —Fue decir eso y en la cara de mi madre se podía leer: «Está preñada, está preñada. Soltera, sin trabajo fijo, de alquiler y embarazada. Dios mío, ¿qué habremos hecho mal?» Antes de que siguiera con ese discurso mental y de que, en un ataque de desesperación, me lanzara algún objeto, seguí—: Eh... eeem, es que tengo un blog.

Me protegí la cabeza y cerré los ojos. Típico gesto inteligente de supervivencia. Pero no dijeron nada. Entreabrí un ojo y su cara era de: «¿Un blog no será una manera moderna de llamar a un bebé? ¿Un blog no serán drogas? Seguro que son drogas.» Así que proseguí mientras me levantaba a cambiar un jarrón de sitio para alejarlo de la vista de mi madre:

—Pues es un sitio en internet donde hablo de cosas...

—¿Qué cosas? —Mi madre no sabe de internet pero tiene intuición la jodía.

—Pues no sé, de todo un poco: de mi infancia, de la educación, de consejos de madres, de disfraces, de juguetes...

—¿Pero tú para qué hablas de eso si no tienes ni idea de maternidad? —Mi padre me miraba ojiplático, sabía que había más. Siempre hay más.

—Bueno, es que hablo desde el punto de vista de una hija. De cosas que me pasaron de pequeña, y un poco de ti. —Esto último lo dije en un susurro. Pero tan bajito que ni estando a mi lado Superman y David el Gnomo lo hubieran oído. Pero ella lo oyó. Malditos superpoderes maternos.

—¿De mí? ¿Se puede saber qué dices de mí?

Mi padre, todo un conocedor de las mejores técnicas de evasión, se levantó despacito y se fue a un sofá más alejado. Me pareció oír que rezaba.

—Pues no sé, cosas, consejos que nos dabas, como «si tragas un chicle se te pegarán las tripas», o cuando nos decías que no eras la dueña del Banco de España...

Cosas.

—Chica, pero si eso lo dicen todas las madres. Tampoco es que inventes la pólvora. ¿Y la gente lo lee?

—Sí, y le hace gracia... Bueno, también cuento cómo me ponías las lentejas en un bocadillo, y nuestras visitas a urgencias...

—No me lo recuerdes, que se me pone mal cuerpo sólo de pensarlo. Pero esto ¿lo leen tus amigos o más gente?

—Pues más gente... Aunque lo llevo en secreto, sin poner mi nombre ni nada.

—Sí, claro, para que no me entere yo. Que nos conocemos, nena. ¿Cuántos no amigos dices que leen esto?

—Pues el último mes unas treinta mil visitas... —Me temblaba la voz, y hablo en serio—, aunque las cifras en internet son raras, no son personas realmente, es gente que entra al blog. En realidad son menos usuarios únicos...

—No me lées con moderneces. ¡¿Treinta mil personas?! Pero ¿qué le pasa a la gente? ¿No tienen vida o qué? Estamos locos. Te digo, nena, que el mundo se ha vuelto loco si a treinta mil personas les interesa saber que te puse lentejas en un bocadillo. Porque, hombre, tú siempre has sido muy sociable, pero de ahí a tener treinta mil amigos...

—Si quieres te lo enseño... —Miré al sofá, y mi padre ya no estaba. Le acerqué el ordenador a mi madre y, después de buscar las gafas de ver de cerca durante diez minutos en su bolso, empezó a leer. Yo no podía apartar los ojos de su cara, esperando la señal, el «corre, nena, corre». Pero no, estaba seria, concentrada. Le fui enseñando posts aquí y allí. Bueno, los más facilitos... Y de repente habló:

—Pero, nena, la gente se va a pensar que yo soy así, y chica, has exagerado mucho. Que sí, que he dicho muchas de esas frases, pero ¿todo lo demás? Que tienes mucha fantasía, te lo he dicho mil veces, que ya se te podían haber dado mejor los números y no las palabras. Toda la vida imaginando... En fin, me tocó una hija imaginativa, qué se le va a hacer, podías haber sido funcionaria, que la vida del funcionario es muy segura, pero no, a ti te gustaban los libros. ¿Y dices que a la gente le hace gracia? Pues no sé, chica, yo no lo veo tan gracioso.

—Me escribe mucha gente que ha recibido los mismos consejos —seguí diciendo muerta de miedo. «Ahora es cuando agarra el plato y me lo lanza», pensaba, presa del terror. «Ahora va a leer esto y va a ver aquello. Tengo que alejar ese otro cacharro de su lado.»

—Pues lo normal, nena, lo normal. Que aquí no hay nada que yo haya inventado. Esto lo hacíamos todas las madres. ¿Has contado que te llevaba con el arnés? Como un perrillo, seguro que a la gente eso le hace gracia. Eso sí que era gracioso.

—¿Me llevabas atada?

—Es que si no te ataba, te perdía, y tu abuela Aurora también. Tu abuela se negaba a sacarte a pasear de pequeña, si no era con el arnés. Que ya te he dicho mil veces que tú eras una niña convulsa. Ibas muy graciosa, tirando de tu abuela por la calle como si llevara un rottweiler... ¡Ay, qué recuerdos! Si yo creo que a ti te gustaba perderte en los sitios para oír tu nombre por megafonía. Mira, lo primero que te enseñamos a decir fue la dirección de casa y el teléfono, para que la policía no diera muchas vueltas.

—Pero ¿iba atada? No me acuerdo.

—¡Uy! Pues te tengo guardado el arnés en el trastero, de recuerdo; es muy mono, ya lo verás. Igual cuando tengas hijos (que ya va tocando, nena) te viene de maravilla. Me hizo una ilusión cuando lo encontré... Porque tú mucho dices aquí que no vas a utilizar estas frases. ¡Ay! Lo que me voy a reír yo cuando te oiga decirlas... —Le echó un vistazo por encima—. Pero ¿ya estás con lo de la Barbie? Chica, qué trauma más tonto, con la de cosas que hay en la vida y tú por una muñeca feúcha, tanto trauma.

Que no sabes qué es importante en la vida, te lo he dicho mil veces.

—También cuento lo de los disfraces. Incluso he publicado una foto de cuando me disfrazaste de vieja chocha.

—Tú siempre queriendo ser princesa. Pues es el mejor disfraz que has tenido, que lo sepas. La más salada de todo el cole. Guapa no estabas, no, pero en la vida no hace falta estar guapa siempre. ¿Y el de elefante? ¿Has contado lo del disfraz de elefante?

—También.

—Me lo imaginaba. Pues mira, en tu cole había diez princesas, diez hadas, diez Caperucitas, diez Blancanieves, pero sólo un elefante. Y estabas graciosísima. ¿Te acuerdas de que tenía una polea para que se te levantara la trompa? Todo el mundo se acuerda de ese disfraz; si supieras la cantidad de veces que me lo han pedido...

—Tú no se lo des a nadie, mamá, por favor. Pobres niños.

—Qué pobres niños ni qué ocho cuartos, la vida está llena de niñas que se creen princesas, que quieren ser como la Barbie y que sólo beben Coca-Cola, pero, para ellas, la vida va a ser igual que para ti, y tú tienes otras defensas, otro humor. Tú deberías saber ya lo que es importante en la vida, y las princesas no lo son. Porque también habrás contado lo del disfraz de basura.

—También.

—Vamos, que lo has contado todo.

—Pues más o menos...

—Bueno, y has añadido un poquito, porque esto es muy exagerado. A ver, esta frase no es mía, ésta es de tu abuela Aurora. ¡Uy!, y eso de que cojas las curvas recto, eso son las tías Carmen y Paqui; y esto yo no lo dicho. —Iba señalando por el blog, estupefacta—. Aunque mira, con lo que he leído de la gente que te escribe, la mitad de las madres de este país han dicho estas frases. Lo normal, nena, lo normal. Esto es la vida normal. ¿Dónde está tu padre?

—Creo que en el baño. —Dichoso escapista.

—Pues vamos a comer que ya es hora. ¿Cómo dices que entro yo aquí para leer esto?

Así fue como mi madre se convirtió en una lectora más del blog. Los primeros posts fueron complicados, porque yo me autocensuraba para que no se enfadara, hasta que un día todo cambió. Estábamos en mitad de una bronca por un vestido que no le gustaba:

—Nena, es que sólo te compras pingos. Pero mira qué telilla más fina. Eso no abriga ni nada. Te lo pones dos veces y ya parece que está viejo. Con lo bien que podrías ir y la pinta que me llevas siempre.

—Pero a mí me gusta.

—Mira, si yo te hubiera dejado hacer todo lo que te gustaba ahora estarías en un programa de rehabilitación, seguro. Ah, y escribe esto en el blog, ya verás cómo me dan la razón. Venga, a poner la mesa, que con tanta cháchara se nos va a hacer tarde.

A partir de ese momento el blog pasó a ser una amenaza tipo:

—No me regañes más que lo pongo en el blog —le decía yo.

—Tú ponlo, que te crees muy especial y muy sufrida, y todas las hijas de España tienen la misma madre que tú. No te extrañes si un día me abro yo un blog. «Cómo no tener la hija más desastre del mundo.» El otro día me llamó Rosa Mari, la madre de Laura, para decirme que en el último post me daba toda la razón.

—¡Mamá! Te dije que no quería que la gente supiera que era yo.

—Pero qué tontería es ésa. Pues que sepas que llevo un papelico en el bolso que me escribió tu hermana, para contarle a la gente cómo lo puede mirar. Porque esto de internet es un poco pesado. ¿En papel no puedes dármelo?

—Eh... Bueno, eso es otra cosa que os quería contar. Hay una... hay una editorial que está interesada en publicarlo...

—¿Pero en plan libro? ¿Con tapas y hojas y cosas normales?

—Sí.

—¡Uy! Pues perfecto. Así se lo puedo dar a todo el mundo, que lo de internet hay mucha gente que no lo entiende. ¡Ah!, y tengo que hablar con el librero para que te lo coloque bien. Que he leído que eso es muy importante.

—Pero ¿no te importa?

—Ya te encargarás de explicar lo exagerada que eres, reina. Más te vale. ¿Me estás oyendo? Y mira, si te tienes que hacer rica riéndote de tu madre, pues nada, que así sea. Venga, cierra ya el ordenador y vamos a comer, pero péinate un poco, hija. Retírate el pelo de la cara, por favor, que estás mucho más guapa cuando se te ven los ojos, reina.

Mi madre sólo me llama «reina» cuando está de buen humor.

Agradecimientos

A todos los que habéis leído el blog, me habéis escrito y acompañado en estos casi dos años. Ojalá pudiera nombraros a todos y regalaros una chistorra campeona. ¡El viaje ha sido la leche!

A Ana Bustelo, mi editora, que me citó en el café Gijón para decirme que le interesaba el libro y me hizo la paleta más feliz del mundo. Gracias también por dejarme publicar la página de agradecimientos más larga de la historia, y eso que me dejo tanta gente...

A Cristina Iraizoz, Cristina Goñi y Maite Echeverría, por la compañía perenne y el humor. Sobre todo por el humor. A las amigas que me juntaron en el recreo y siguen conmigo treinta años después: Amaia Barea, María Hermoso de Mendoza, Laura Flamarique y Viki Huarte. A Idoia Chourraut, que sabemos que no será nunca una drama mamá. A Iban Fernández, Mari José Aliaga, Estefanía Heredero y Bruno Suárez, que me hicieron la mejor publicidad que se puede hacer, la que viene desde el cariño. A todos mis compañeros de trabajo por aguantarme todo el rollo que les he dado. A José Tercero, que me dio muchas pistas sobre el 2.0. A Beñat del Coso, porque su humor siempre es una inspiración. A Mar Moreno y su Juan, por ser mis agentes en la sombra, y alegrarse conmigo como sólo los buenos amigos saben hacerlo. A Isabel León, porque siempre me animó a escribir, incluso cuando yo era una intensa. A Javier Cid, por ir de avanzadilla en esto de publicar y tranquilizarme con las correcciones. A mis primas y tíos de mis dos familias, por la mejor campaña de promoción pre-editorial que ha conocido este país. A los Mañús, a los cuatro, por haber compartido casi todo con nosotros. A mi hermana Silvia, por tantas cosas que jamás me cabrían aquí. Silvita, qué no te diría yo. A mi cuñado Joaquín Donézar, por cuidármela tan bien y por el mejor chocolate del mundo. A José Manuel Chasco, que me hizo miles de cenas, bajó la basura, me puso bonito el blog y me preparó vermouths, mientras yo tecleaba sin descanso. Gracias por tanta paciencia y por apoyarme desde el principio, incluso por saber cuándo no importaba llorar y escribir a la vez.

Y, sobre todo, gracias a mis padres: Joaquín Ascunce y Concha Guerrero. Mamá, gracias por dejarme inventarte, mezclarte con fantasías, aguantar el tipo y saber reírte conmigo incluso cuando hemos estado sin un motivo para reírnos. Y por cuidarme tanto, tanto... Aunque esto no quita para que sepas que, si me caso, pienso llevar el pelo suelto. Las cosas como son.

Gracias a mi padre por regalarme los poemas de Bécquer con 11 años, por comprarme todos los libros que pedí y también los que no le pedí, y por decirme una vez: «Si alguna vez escribes un libro, que no sea cagándote en tus padres como hacen todos los escritores.»

Notas

^[1] Judías verdes. <<